



LA CASA
OSCURA
ALEX BARCLAY

Lectulandia

En un lugar apartado del norte de Texas, dos adolescentes hacen un escalofriante pacto que los mantendrá unidos para siempre en una tenebrosa y retorcida lealtad.

Ahora uno de ellos está muerto. Y el hombre responsable va a pagar por ello.

Después de una investigación de rutina que culmina en un violento y trágico final, el detective Joe Lucchesi se toma unas vacaciones de la policía de Nueva York y se muda con su esposa y su hijo a una pequeña y tranquila villa en la costa sudeste de Irlanda. Son felices, están a salvo y están a punto de experimentar una pesadilla aún más terrible que la que dejaron atrás.

Una joven desaparece y la villa cierra filas en torno a este hecho. Entonces, el detective Lucchesi se propone descubrir la verdad y encuentra una pista siniestra que conecta el otro extremo del Atlántico directamente con el corazón mismo de su familia.

Su esposa está mintiendo, su hijo está mintiendo. Y un asesino está al acecho.

Lectulandia

Alex Barclay

La casa oscura

ePub r1.0

liete 20.01.14

Título original: *Darkhouse*
Alex Barclay, 2005
Traducción: Ana Kusmuk

Editor digital: liete
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*A Brian, mi héroe.
A mis padres.*

El mar crece, la luz se apaga, los enamorados se aferran entre sí y los niños se aferran a nosotros. En el instante en que dejamos de abrazarnos, en el instante en que traicionamos la confianza mutua, el mar nos engulle y la luz se apaga.

James Arthur Baldwin

PRÓLOGO

Ciudad de Nueva York

Unas manos nerviosas se deslizaban por el angosto cinturón hasta ajustarlo bien a la diminuta cintura de ocho años. Donald Riggs señaló el pequeño estuche adosado.

—Esto es como un radiomensaje, cariño, para que la policía pueda encontrarte —le dijo con voz cansina—. Porque ahora te vas a casa. Si mami es una buena chica. ¿Tu mami es una buena chica, Hayley?

Hayley movió la boca pero no pudo hablar. Se mordió el labio y lo miró irradiando inocencia. Asintió con la cabeza tres veces. Él le sonrió y le acarició lentamente la cabellera oscura.

El cuarto día sin su hija era el último que Elise Gray tendría que padecer ese dolor que apenas podía expresar. Inspiró profundamente sintiendo una mezcla de rabia y furia, culpable de que fuera más provocada por su esposo que por el desconocido que le había arrebatado a su hija. La compañía de Gordon Gray acababa de hacerse pública, convirtiéndolo en un hombre acaudalado y en blanco instantáneo de secuestro con extorsión. La familia estaba asegurada —pero todo eso tenía que ver con el dinero—, y a ella eso no le interesaba. Su familia era su vida y Hayley su luz brillante.

Y ahora allí estaba, aparcada en la puerta de su propio apartamento, al volante del BMW del esposo, a la espera de la llamada de ese ser repulsivo a un teléfono móvil que le había dejado con una nota de petición de rescate. No obstante era Gordon quien dominaba sus pensamientos. La compañía de seguros le había dicho a la pareja que variara su rutina, pero por Dios, ¿qué sabía Gordon de variar la rutina? Era el tipo de hombre que preparaba café, hacía tostadas, luego alineaba una manzana, un plátano y un yogur de durazno —en ese orden— cada mañana para el desayuno. Cada mañana. «Un estúpido —pensó Elise—. Un estúpido con tus estúpidos rituales. Sin duda alguien te estaba esperando en la puerta del apartamento. Obviamente ibas a aparecer, porque todos los días apareces a la misma hora, cuando traes a Hayley de la escuela. Sin desvíos, sin paradas a comprar dulces, siempre puntual, todas las veces».

Golpeó la cabeza contra el volante al tiempo que el teléfono móvil que estaba en el asiento del acompañante se iluminó. Cuando buscó a tientas para contestar, ella se percató de que estaba sonando la música de Barrio Sésamo. Ese bastardo depravado le había seleccionado la melodía de la serie Barrio Sésamo.

—Conduce, perra —cada palabra sonaba lenta y pausada.

—¿Adónde voy? —preguntó ella.

—A recuperar a tu hija, si es que te has estado portando bien. —Colgó.

Elise encendió el motor, pisó el acelerador y se desplazó despacio en medio del tráfico. El corazón le latía con fuerza. El cable le irritaba la espalda. Al llamar a la policía ese día a primera hora, había puesto en marcha todo un nuevo desenlace a su suplicio.

El detective Joe Lucchesi estaba sentado en el asiento del conductor, observándolo todo, apenas movía la cabeza. Tenía el pelo oscuro bien corto, con algunos tajos grises a los costados. Volvió a preguntarse si Elise Gray sería lo bastante fuerte como para llevar puesto un cable. Él desconocía hacia dónde la conduciría el secuestrador ni cómo reaccionaría ella si se veía obligada a aproximarse a él más que del otro lado del teléfono. Apenas se había llevado la mano al rostro cuando Danny Markey —su mejor amigo desde hacía veinticinco años y compañero desde hacía cinco— comenzó a hablar.

—¿Ves? Tú tienes el tipo de mandíbula para frotar. Si yo hiciera ese gesto, parecería un idiota.

Joe lo miró fijamente. A Danny le faltaba mandíbula. Su cabeza pequeña se fundía sin contorno en el cuello delgado. Todo en él era pálido: su piel, las pecas, los ojos azules. Miró a Joe de reojo.

—¿Qué? —preguntó.

La mirada de Joe se dirigió de nuevo hacia el coche de Elise Gray. Comenzó a moverse. Danny aferró el tablero. Joe sabía que era porque esperaba que él acelerara. El compañero tenía una teoría de blancos o negros, como él los llamaba. «En la vida hay gente que se fija si hay papel higiénico antes de echarse una cagada. Y están los que van directamente a cagar y se joden». Generalmente, Joe se destacaba: «Tú eres de los que revisan el papel, Lucchesi. Yo soy de los que van a cagar directamente», diría él. De modo que esperaron.

—Ya sabes que el Viejo Nic sale el mes próximo —dijo Danny. Víctor Nicotero era policía de tráfico de toda la vida a quien le faltaba menos de un mes para retirarse—. ¿Vas a ir a la fiesta?

Joe negó con la cabeza, luego inspiró profundamente para aliviar el dolor que le palpitaba en las sienes. Veía a Danny esperando la respuesta. Él no se la dio. Buscó en la puerta del conductor y sacó un frasco de Advil y un blister de antiinflamatorios. Sacó dos de cada uno, los tragó con un sorbo de una bebida energética calentada por el sol.

—Ah, lo olvidé —dijo Danny—, esa noche tu familia política llega de París, ¿verdad? —rió—. Una cena de seis horas con gente a la que no entiendes. —Volvió a reírse.

Joe salió detrás de Elise Gray. Tres coches más atrás venía uno azul marino Crown Vic con los agentes del FBI Maller y Holmes.

Elise Gray condujo a la deriva, buscando a Hayley en las aceras como si fuera a aparecer en alguna esquina y subir al coche de un salto. El leve sonido musical de la llamada rompió el silencio. Ella cogió el teléfono y se lo llevó al oído.

—¿En dónde estás, mami? —Su voz calmada le provocó un escalofrío.

—En la Segunda avenida con la calle 63.

—Ve hacia el sur y dobla a la izquierda por el puente de la calle 59.

—A la izquierda y por puente de la calle 59. —Colgó.

Los tres coches cruzaron el puente de Northern Boulevard East, la suerte de todos en manos de Donald Riggs. Él hizo la última llamada.

—Dobla a la izquierda por Francis Lewis Boulevard, luego a la izquierda por la avenida 29. Te estaré viendo. Sola. En la esquina de la 157 con la 29.

Elise repitió lo que él dijo. Joe y Danny se miraron.

—Browne Park —dijo Joe.

Llamó al jefe del grupo operativo, el teniente Crane, luego le pasó el teléfono a Danny y le hizo un gesto con la cabeza para que hablara él.

—Al parecer el sitio de entrega es el Browne Park. ¿Podría llamar a algunos de los de la 109? —Danny dejó el teléfono sobre el tablero.

Donald Riggs conducía suavemente, avanzando por la carretera, las calles, la gente. Se pasó la mano izquierda por el rugoso nudo de cicatrices que tenía en la mejilla, ya perdidas en la piel que era como una mancha pálida en su rostro bronceado. Se miró en el espejo retrovisor, abriendo mucho los ojos. Levantó una mano para pasarse los dedos por el pelo, hasta que recordó el gel y el fijador que lo mantenía rígido y con los rastros de un peine de dientes anchos. Atrás, terminaba abruptamente en el cuello. Tenía que impresionar a una mujer especial. Se había echado una colonia para después de afeitarse que venía en una botella azul oscuro y había hecho gárgaras con un enjuague bucal con sabor a canela. Se dio la vuelta para vigilar a la muchacha, que estaba tendida en la parte trasera del coche, cubierta con una manta apestosa.

Eran las cuatro treinta de la tarde y cinco detectives estaban sentados en la oficina del teniente Terry Crane, del Distrito Policial número Veinte cuando el Viejo Nic pasó arrastrando los pies, dándose palmaditas en el pelo plateado. «Tal vez estén hablando sobre el obsequio por mi retiro, —pensó achicando los ojos grises e

inclinándose hacia las voces silenciadas—. Si es un reloj de mesa, los mataré». Uno de pulsera podía resistir. Mejor aún, su muchacho Lucchesi había pescado su indirecta y había pasado la voz, el Viejo Nic estaba planeando escribir sus memorias y lo que necesitaba para eso era algo que jamás había tenido: un bolígrafo con estilo, algo de plata, algo que pudiera sacar para escribir en su lindo cuaderno y con el cual contar una historia. Apoyó un hombro huesudo en la puerta y la gorra se deslizó en la cabeza estrecha. Escuchó a Crane dando un breve informe a los detectives.

—Acabamos de descubrir que el delincuente se está dirigiendo a Browne Park en Queens. Aún no tenemos la identidad. No hemos obtenido nada de la opinión de los vecinos, ni tampoco de la escena, el tipo llegó, tomó a la niña y se marchó a toda velocidad, sin dejar rastros. Ni siquiera sabemos qué vehículo conducía. Esto solo lo sabemos por el padre, que oyó los gritos que provenían del vestíbulo. Tampoco obtuvimos nada sobre el paquete que el delincuente dejó caer al día siguiente, solo unas fibras comunes, nada viable, sin huellas.

El Viejo Nic abrió la puerta y asomó la cabeza:

—¿En dónde sucedió este secuestro?

—Eh, Nic —dijo Crane—. Setenta y dos y Central Park West. —Sin indicios aparentes de su obsequio por retiro en la oficina, el Viejo Nic siguió, hasta que un pensamiento se le cruzó por la cabeza y se dio la vuelta.

—Este sujeto se dirige a Browne Park, tenéis que calcular que el área le resulta familiar. Tal vez ese era el camino que hizo el día del secuestro, y entonces pudo haberse dirigido hacia el este por la 42, hacia FDR. Yo solía trabajar en la 17, y si su hombre se pasa un semáforo en rojo, en la 42 con la Segunda hay una cámara que pudo haberle ofrecido su momento Kodak. Podrían comprobarlo en el Ministerio de Transporte.

—Descartad el reloj de mesa —le dijo Crane al grupo, guiñando un ojo—. Muy buena, Nic. Lo tendremos en cuenta. —El Viejo Nic levantó una mano al tiempo que se marchaba.

—Uno siente deseos de abrazarlo —dijo Crane mientras se comunicaba con el Ministerio de Transporte. Al cabo de treinta minutos, tenía cinco aciertos, tres con antecedentes penales. Pero solo uno tenía antecedentes de intento de secuestro.

Joe podía sentir que las pastillas le hacían efecto. Un tibio cúmulo de alivio le subía por la mandíbula. Abría y cerraba la boca, le sonaron los oídos. Respiró por la nariz y exhaló lentamente por la boca. Hacía seis años, todo había comenzado a funcionar mal desde la nuca hacia arriba. Había visitado a médicos que entre otras cosas le habían diagnosticado sinusitis, dolor de oídos y el típico estrés que arrojaban al escuchar la descripción de su trabajo. Fuera lo que fuera que le habían dicho,

todavía seguía teniendo jaquecas, dolor de oídos, dolor en la mandíbula tan agudo que había algunos días en que le resultaba insoportable comer o hasta hablar. Los desconocidos no reaccionaban bien ante un policía callado.

Hayley Gray estaba pensando en La bella y la bestia. Todos pensaban que la bestia era mala y daba miedo, pero en realidad él era un tipo bueno y le daba sopa «Belley», jugaba con ella en la nieve. Tal vez el hombre no era tan malo. Tal vez hasta se había vuelto bueno. El coche se detuvo de repente y ella sintió frío. Escuchó a su mami gritar.

—¡Hayley! ¡Hayley! —Luego— ¿Dónde está mi hija? Ya tiene su dinero. ¡Devuélvame a mi hija, bastardo!

Su mami parecía muy asustada. Ella jamás la había escuchado gritar así antes, ni decir malas palabras. Golpeaba la ventanilla. Luego el coche volvió a ponerse en movimiento, esta vez más rápido, y ella ya no pudo seguir escuchando a la madre. Donald Riggs abrió la mochila de un tirón y con la mano derecha sacó los fajos ceñidos.

Danny tomó la radio para pasar la placa del Chevy Impala marrón que se alejaba de Elise Gray:

—Homicidio Norte a Central. —Esperó a que Central acusara recibo, luego le pasó el número—: Adam David Larry 4856, ADL 4856.

Joe estaba en Citywide One, un canal de dos vías que lo conectaba con Maller y Holmes y con los hombres de la 109 del parque. Habló rápido y claro.

—Muy bien, él tiene el dinero, pero no ha dicho nada sobre entregar la niña. Hay que proceder con calma. No sabemos en dónde la tiene. Todo el mundo alerta.

Danny se volvió hacia él y le recitó su verso habitual:

«Y su voz sonó renovada y hubo mucho regocijo».

A mitad de camino de la avenida 29, Donald Riggs detuvo el coche, se estiró hacia atrás y levantó la manta.

—Levántate y sal de mi coche.

Hayley se deslizó sobre el asiento y dijo:

—Gracias. Sabía que serías bueno.

Ella abrió la puerta, bajó y miró hacia su alrededor hasta que alcanzó a ver a su madre. Entonces corrió tan rápido como sus piernecitas se lo permitieron.

En ese momento Joe y Danny se encontraban detrás de Riggs, los agentes Maller y Holmes detrás de ellos. Danny estaba aguardando recibir la información del coche.

Joe estaba distraído. Tenía un presentimiento de que algo saldría mal; como cuando las cosas salen demasiado fáciles, cuando el maniaco está tan loco que reina una calma escalofriante. Miró a Danny.

—¿Por qué este tipo le devolvería su hija a esta mujer sin el menor rasguño? — Meneó la cabeza—. Es demasiado fácil.

Pegó un frenazo y con el brazo fuera de la ventanilla le hizo señas al Crown Vic que iba delante. El agente Maller le respondió con un rápido cabeceo y tomó la derecha, con los ojos clavados en el coche que iba adelante.

Joe se dio la vuelta y vio la silueta de una madre reunida con su hija. Demasiado fácil. Bajó del coche al tiempo que cogía el teléfono móvil que vibraba en el tablero. Lo abrió, era Crane.

—Tenemos a tu delincuente.

—Chevy Impala marrón —dijo Joe.

—Sí. Del 85. Riggs, Donald, masculino blanco, treinta y cuatro años, nacido en Shitsville, Texas, encerrado por delito menor, estafa, cheques sin fondo, pescado en un secuestro anterior. —Él vaciló.

—Y tenlo presente, Lucchesi, fue atrapado por poseer C4^[1] en Nevada en el 97. Tenemos a un jugador de videojuego banjo bum-bum.

Joe dejó caer el teléfono, con el corazón martilleándole.

—Tengo a la ESU^[2] y a Negociación de Rehenes alertas —dijo Crane a nadie.

Joe comenzó a correr. Deseaba que su corazón acompañara el nuevo ritmo que sus piernas habían alcanzado.

Donald Riggs había llegado a la esquina de la 154 con la 29. Se balanceaba en el asiento hacia delante y hacia atrás, los dedos flacos aferraban el volante, lanzaba miradas alrededor, absorbiendo todo pero sin registrar nada. Aunque hubo algo que captó su atención. Detrás de él, un Ford Taunus negro se detuvo en la esquina y un Crown Vic azul oscuro lo alcanzó. Una extraña visión más clara despertó en su interior. Él siguió conduciendo con la respiración superficial hasta que se detuvo en la siguiente esquina. Entonces un repentino cambio de movimiento atrajo su atención. Dos hombres bajaron de una camioneta Con Ed^[3] en la entrada del parque. Se dirigieron rápidamente hacia la parte trasera y abrieron las puertas. Otros dos hombres bajaron. Por el espejo retrovisor se veía aproximarse al coche azul oscuro, conduciendo peligrosamente en sentido contrario. Donald Riggs se lanzó sobre el asiento del acompañante, aferró la mochila, abrió la puerta de un empujón y se arrojó del coche rumbo al parque. Para cuando Maller y Holmes se detuvieron un instante después haciendo chillar los frenos, los cuatro agentes del FBI con uniformes de Con Ed rodeaban un coche vacío y seis hombres corrían hacia el

parque.

—Vamos, vamos, vamos —gritó Maller, y los seis hombres corrieron hacia el parque.

—¡Has usado mi radiomensaje! —dijo Hayley, asombrada, señalando el cinturón que llevaba puesto con el estuche negro con una luz amarilla intermitente. La madre se paró, confundida, buscando a alguien que pudiera explicarle de qué se trataba eso, aunque sabiendo internamente la respuesta. Sus ojos suplicantes se detuvieron al encontrar a Joe.

—Perra estúpida, perra estúpida, perra estúpida...

Donald Riggs corría salvajemente por el parque, aferrando la mochila, concentrado en el pequeño objeto oscuro que tenía en la mano. Se detuvo y quedó clavado en el lugar. Con los ojos abiertos e insensibles, el cuerpo y la mente bloqueados. Luego, en un nervioso acto de último momento, presionó con el pulgar de la mano derecha el botón negro de un detonador.

Elise Gray supo su suerte. Aferró por última vez a su hija, abrazándola desesperadamente contra su pecho.

—Te amo, cariño, te amo, cariño, te amo. —Luego una explosión terriblemente fuerte e impactante las separó violentamente, la luz incandescente dañaba los ojos de Joe que se quedó mirando en ese momento inmóvil. El rojo, rosado y blanco salpicaban grotescamente mientras una lluvia de hojas y cortezas de árbol caían alrededor del sitio donde segundos antes una madre y su hija ni siquiera tuvieron tiempo de despedirse.

Joe quedó absolutamente inmóvil, paralizado. No podía respirar. Sintió nuevamente la dolorosa presión en la mandíbula. Sus ojos derramaban lágrimas. Poco a poco empezó a sentir el asfalto tibio contra el rostro. Se puso de pie. Lo invadió un sinfín de sensaciones. La radio que llevaba en el cinturón crujió cobrando vida. Era Maller.

—Lo hemos perdido. Está en el parque, junto al campo de deportes.

En ese instante una sensación superó a las demás: la furia.

—No creo que tu mami haya sido una buena chica, Hayley, no creo que tu mami haya sido buena chica. —Riggs pegaba gritos, vociferando, balanceándose salvajemente, se inclinó con la cara desfigurada. Buscó con desesperación en el interior del bolsillo de su abrigo. Joe irrumpió de repente de entre los árboles y se enfrentó a esa escena absurda, listo con la Glock 9 mm desenfundada.

—Pon las manos donde pueda verlas.

No pudo recordar su nombre. Riggs alzó la vista; soltó el brazo de un tirón, balanceándolo salvajemente al tiempo que Joe le pegaba seis balazos en el pecho. Riggs cayó hacia atrás, aterrizando en el suelo hasta quedar mirando al cielo sin ver, con los brazos extendidos y las palmas abiertas. Joe se acercó en busca de un arma que sabía no existía.

Aunque sí había algo en la mano de Riggs: un prendedor marrón y dorado: un halcón en vuelo, con el pico apuntando hacia la tierra. Lo había aferrado con tanta fuerza que le había perforado la palma de la mano.

Prisión Estatal de Ely, Nevada, dos días más tarde

—Cállate, maldito loco. Cierra tu maldito culo. Tengo el National Geographic en mis malditos oídos las veinticuatro horas, maldito hijo de perra. ¿A quién le importa un carajo tus malditos pájaros, Duke Vomitón? ¿A quién le importa una mierda?

Duke Rawlins yacía boca abajo en la litera inferior de su celda de dos por tres. Con todos los músculos tensos de su cuerpo delgado y fuerte.

—No me llames de ese modo. —Se le dibujó un gesto ceñudo, con los labios pálidos. Se frotó la cabeza, desordenando la sucia cabellera rubia que le había crecido en la nuca, pero que tenía bien corta adelante, por encima de los fríos ojos azules.

—¿Qué te llame cómo? —dijo Kane—. ¿Duke Vomitón?

Duke detestaba los grupos. Le hacían decir tonterías que a nadie le interesaban. No podía creer que el imbécil de Kane supiera cómo solían llamarle en la escuela.

—El halcón tiene las alas extendidas, el halcón despedazó una liebre, el halcón es alfa, es beta, y te va a mear todo el camino hasta llegar a ti, enfermo hijo de puta.

Duke saltó de la litera, deslizó un brazo por debajo de la almohada, sacó un clavo filoso de plexiglás. Lo hundió hacia Kane que echó la cabeza bruscamente atrás contra la pared. Lo hundió una y otra vez, cortando el aire lo bastante cerca del rostro de Kane para hacerle saber lo que quería decir.

La voz del policía lo detuvo.

—¿Estás buscando reservarte un pasaje de ida a Carson City, Rawlins? —Carson City era donde los presos condenados a muerte de Ely exhalaban su último suspiro.

Duke giró en redondo cuando el policía empujó la puerta y abrió la celda. Se puso un guante quirúrgico y con calma tomó el arma del hombre que sabía era lo bastante listo como para estropear su puesta en libertad tan próxima.

—Aunque quizá te agrada leer esto, Rawlins —le dijo sosteniendo un papel impreso del sitio de Internet del New York Times.

Duke caminó lentamente hacia el policía y se detuvo. El rostro de Donald Riggs

marcado con cicatrices saltó a su encuentro: UN SECUESTRO TERMINA EN FATAL EXPLOSIÓN. Madre e hija mueren. Secuestrador fatalmente herido. Duke se puso pálido. Se estiró para tomar el periódico de la mano del policía al tiempo que deslizó las piernas y se desplomó en el suelo:

—Donnie, no, Donnie, no, Donnie, no —gritaba una y otra vez. Antes de desmayarse, su cuerpo se convulsionó de repente y vomitó en el piso, salpicando los zapatos y los pantalones del policía.

Kane bajó de la litera de un salto y pateó a Duke en el estómago, de gusto. Su risa sonó profunda y satisfecha.

—Maldito Duke Vomitón. Hombre, esto sí que vale la pena ver.

—Ocúpate de lo tuyo, Kane —dijo el policía al tiempo que le dio la espalda a la celda apestosa.

CAPÍTULO 1

Waterford, Irlanda, un año más tarde

Danaher's es el bar más viejo del sudeste de Irlanda: piso de piedra, madera y luz tenue. La madera restaurada de barcos desafortunados se extendía en vigas debajo del techo bajo, formando estantes para jarras oxidadas y redes de pescar verdes y enmarañadas. El fuego revive y muere en el ancho hogar de piedra. El baño de hombres se llama «Los muchachos» y está afuera: son dos excusados, uno sin puerta.

—Y todavía no nos han robado ni una mierda —le gustaba decir a Ed Danaher cuando alguien se quejaba.

Joe Lucchesi estaba siendo sometido a un interrogatorio en el bar.

—¿Alguna vez has dicho «Quietos, hijos de puta?» —preguntó Hugh, empujándose las gafas sobre la nariz. Hugh era alto y larguirucho y bajaba la cabeza cuando hablaba, siempre listo para atravesar puertas bajas. Lleva el pelo negro atado atrás en una cola de caballo rizada y apartaba los mechones sueltos con los dedos largos. Su amigo Ray miró al cielo.

—¿O «Todo lo que diga o haga será tomado en su contra en la corte?» —continuó Hugh.

Joe rió.

—¿O has encontrado vainas en los pantalones de alguien?

—Eso era en *CSI*, psicópata —dijo Ray—. No le prestes atención. Ahora en serio, ¿alguna vez has puesto pruebas?

Todos rieron. Joe no recordaba ni una noche en que hubiera ido a beber algo sin que le preguntaran por su antiguo trabajo. Inclusive sus amigos aún le sonsacaban información.

—Muchachos, tenéis que salir más —les dijo.

—Vamos, en esta cueva no pasa nada —dijo Hugh.

En Irlanda una cueva era un antro en Norteamérica, pero para Joe, Mountcannon estaba lejos de ser un antro. Era un encantador pueblo de pescadores que había sido su hogar desde los últimos seis meses, gracias a su esposa, Anna. Preocupada por su matrimonio, su hijo Shaun, y por la salud familiar, ella los había llevado allí para salvar lo que amaba. Anna había querido que él renunciara después del último caso, pero él no quería, de manera que acordaron que se quitaría el chaleco por un año: un retiro temporal que le ofrecía nueve meses para decidir si quería volver o no.

En ese momento él no sabía adónde lo llevaría ese año. Anna era decoradora de interiores independiente y había presentado una propuesta en *Vogue Living* para restaurar un edificio antiguo, adquirido por la revista y fotografiado en etapas. El

edificio que ella había escogido era Shore's Rock, un faro desierto y deteriorado que quedaba a orillas de un acantilado en las afueras de Mountcannon, el pueblo del que ella se había enamorado cuando tenía diecisiete años.

Al llegar allí, Joe comprendió cómo se sentía ella. Pero él necesitaba su dosis de Nueva York. Iría al kiosco local y compraría el *USA Today*, el de hoy o el de hacía dos días. Le había dicho a Danny Markey: «Si sucede algo importante por allá, llámame dos días después, para saber de lo que estás hablando».

Para Nueva York, Irlanda era las tardes de sábado escuchando WFUV 90.7: *Cuarenta tonos de verde y Chal Galway*. Pero en un faro aislado junto al pequeño pueblo, la verdadera Irlanda no era solo baladas sentimentales... y estaba lejos de las simples cuestiones prácticas. Él podía conseguir una colosal cerveza y encontrar algún amigo en cualquiera de los tres bares de Mountcannon, aunque ni hablar de intentar alquilar una película, pedir comida a domicilio o encontrar un cajero automático. Para la mayoría de las personas, Ed Danaher era banquero y cantinero, siempre contento de volver a llenar su caja con el cambio que acababa de entregar.

Joe se puso de pie, deslizó algunos billetes por encima de la barra y se despidió de los dos hombres. Regresaba a casa en quince minutos, disfrutando de la última curva cuando el desolado faro recién pintado de blanco se erguía en la oscuridad. Empujó el portón y caminó el trayecto de cien metros hasta la puerta principal.

El sitio estaba en pendiente, esculpido a un lado del acantilado y estaba constituido por una mezcla de edificios que databan de 1800 y que se habían ampliado hasta que finalmente quedaron desiertos a fines de los años sesenta. Había tres edificios de dos pisos, dos de los cuales se utilizarían como viviendas. El primero contenía el vestíbulo, la cocina, la sala y un estudio en la planta baja; y el cuarto principal, el de visitas y un cuarto de baño estaban en el primer piso. El segundo edificio era como un enorme sótano del primero, ubicado más abajo del acantilado: un espacio más oscuro y con ventanas pequeñas. El primer piso era el cuarto de Shaun y el piso inferior una bodega. El tercer edificio era la torre redonda del faro, una estructura separada que quedaba en la parte de atrás de la casa principal. Desde el exterior, lucía completo, pero era su interior lo que representaba un mayor desafío. En la parte más alta del terreno un enorme establo había sido transformado en un taller completamente equipado que Joe todavía estaba aprendiendo a usar. Él había fabricado algunos de los que Anna llamaba muebles en bruto, aunque se lo había dicho como un cumplido, que para él era más que suficiente.

Hacia el fin de año, ella quería que la casa fuese moderna y confortable, conservando la mayor cantidad de rasgos originales posibles. Para eso ella se encontraba en el lugar indicado del país, con carpinteros, ferreteros y obreros fáciles de colocar; aunque rápidamente aprendió a no ser tan obsesiva con sus tiempos, como lo hubiera sido en Nueva York. El usual incentivo que significaba recibir una

mención en *Vogue* estaba lejos de motivar a estos hombres, pero aun así, en seis meses ellos habían colaborado en transformar el potencial incumplido de los húmedos y desmoronados cuartos y los estropeados exteriores. Cuando la familia había entrado por primera vez en Shore's Rock, parecía que todo había sido abandonado de repente, como si alguna tremenda tragedia hubiera barrido con los antiguos encargados. Apestaba a mar, humedad y madera podrida. A Joe y a Shaun les pareció inútil pero para Anna representó el grado de abandono perfecto.

Ahora todo el exterior de ladrillo había sido pintado de nuevo. En el interior de la casa, se había instalado calefacción debajo del piso y las paredes y pisos de madera habían sido restaurados. Muebles simples de madera blanca con toques modernos aportaban a los cuartos una decoración minimalista. La habitación de Shaun fue lo primero en terminarse, pero solo después de que se instalara una antena digital. Anna había tenido que hacer algo para combatir la angustia de los dieciséis años.

Para él, el impacto cultural había sido intenso, porque era joven y su mundo era demasiado pequeño. No soportaba el aislamiento que en ese momento para Anna era como el paraíso transportado a otra área, alejada como estaba de las mismas viejas caras conocidas en los mismos lanzamientos de prensa e inauguraciones de muestras en galerías. En Mountcannon uno conocía a los vecinos, dejaba el coche abierto y no existía calle que no fuera segura.

Joe se deslizó en la cama junto a Anna:

—Asume la posición —le susurró. Ella sonrió, medio dormida, y le volvió la espalda al tiempo que él la envolvió con los brazos alrededor de la cintura y atrajo su diminuto cuerpo contra el suyo. Le depositó besos en la nuca y se durmió con el ruido del mar rompiendo contra las rocas.

—¿Irlandés puro? —preguntó Joe sonriendo. Estaba vestido solo con pantalones vaqueros, parado junto a la cocina, apuntando a Anna con una espátula grasienta.

—¡No, no! —rió ella—. No sé cómo pueden hacer esto todas las mañanas. Tocino, huevos, salchichas, budín negro, budín blanco... —Ella meneó la cabeza y caminó descalza hacia la alacena. Se puso de puntillas para alcanzar el estante de arriba.

—Eso te hace hombre —dijo Joe.

—Eso te hace un hombre gordo —aclaró Anna.

—Para una francesa todos son gordos —ironizó Joe.

—Tal vez todos los norteamericanos.

—Eso ha dolido —dijo Shaun, al tiempo que se deslizaba en la silla junto a la mesa, estirando las piernas bien abiertas hacia ambos lados—. Adelante, papá. Esta mañana estoy orgulloso de enarbolar la bandera de los Estados Unidos. —Cogió el cuchillo y el tenedor y le sonrió al padre de modo travieso. Los genes Lucchesi

habían dominado a los Briaudes, pero lo que volvía a Shaun tan atractivo era que en contraste con los cabellos oscuros y la tez pálida del padre brillaban esos ojos verde claro de la madre.

—Gracias, hijo —dijo Joe.

—Aunque no vendría mal si te pusieras una camiseta —opinó Shaun.

—Es que estás celoso. Y además yo siempre cocino con el torso desnudo —dijo Joe—. Para no apestar después.

Sirvió la comida en dos platos y aspiró exageradamente:

—Tu madre no sabe lo que se está perdiendo.

—Lo sé —aseguró Anna, señalando con un gesto la barriga de Joe.

Él se la acarició.

—Con un día de abdominales desaparece —comentó él.

Ella hizo una mueca.

Él tenía razón. Siempre había estado en forma.

—Vamos, cariño —le dijo él—. ¿Cómo es posible que yo compita con una mujer que se compra la ropa en la tienda de niños?

Ella sonrió. Él se puso por la cabeza una camiseta blanca de mangas largas y se dirigió hacia la cafetera. La tomó de debajo del estante, luego echó agua hirviendo y la agitó. Cuando el vidrio se calentó, vertió el agua y echó cuatro cucharadas de granos Kenyan en el fondo. Lo llenó de agua hasta el borde de cromo. Enjuagó el émbolo con agua hervida y lo colocó encima, girándolo hasta que quedó asegurado en el pico. Al cabo de cuatro minutos, lo hundió suavemente, observando cómo los granos eran empujados lentamente hacia la base de la jarra. Rotó la parte superior del émbolo para que la rejilla quedara alineada con el pico y se pudiera verter el café. Joe no podía ver a nadie más preparar café.

—Anoche llamó tu padre —comentó de repente Anna. Shaun abrió los ojos, pero sabía cuándo quedarse callado.

—Sí, claro —respondió Joe llevando el café a la mesa.

—Lo hizo. Está a punto de casarse.

Joe la miró fijamente.

—No me jodas.

—Cuida tu vocabulario. Y hablo en serio. ¿Cómo podría inventarlo? Quiere que vayas.

—Por Dios. ¿Es con Pam?

—Por supuesto que con Pam. Eres atroz.

—Bueno, con ese tipo nunca se sabe.

—Es increíble —dijo Shaun.

—Sí —respondió Joe—. Compórtate con la familia y parecerás normal ante tu nueva esposa: «¿Ves?, mis hijos vinieron a mi boda. Son estupendos. No soy un

asesino con hacha».

—Bueno...

—Bueno, nada.

—Eh, mamá —dijo Shaun—. Detesto cambiar de tema, ¿pero tienes alguna foto mía de bebé? Quiero decir, ¿has traído alguna a Irlanda?

—Bueno, quizá pienses que ni me hubiera molestado en hacerlo —señaló Anna—, pero eran tan bonitas que he guardado algunas en mi agenda. Espera.

Trajo la agenda de la habitación y sacó tres fotografías de un sobre que había al final.

—Mírate —le dijo. Sostuvo la primera foto, Shaun de dos años en la bañera, con el rostro sonriendo en medio de un halo de espuma. Luego, otra a los cuatro años, con traje camuflado, sosteniendo un rifle de plástico. En la tercera, estaba soplando cinco velas de un pastel con forma de escarabajo—. Ese pastel fue una pesadilla —comentó ella—. Tu padre que revoloteaba encima de mí todo el tiempo asegurándose de que tuviera la forma anatómicamente correcta.

—Ese pastel era increíble —refirió Shaun—. Pero prefiero la foto de soldado. Bonita, pero políticamente incorrecta. Como yo. Esa vida secreta de insecto podría ser un poco demasiado.

—¿Para qué es? —preguntó Anna.

—Para la página de Internet de la escuela —contestó Shaun—. St. Declan's está creando una página. Tenemos un profesor de informática, el Sr. Russell, que en los noventa trabajaba en una de estas compañías masivas de software, pero se le quemó el cerebro y se dedicó a la docencia. De todos modos, es genial. Quiere que todos los que estamos en quinto año subamos algo a la web con una biografía. De modo que tenemos que llevar fotos, como de antes y después. De bicho raro a elegante.

Anna rió.

—Bueno, no hay nada de bicho raro en mi pequeño soldado charlatán —comentó ella mirando la fotografía—. Tal vez tú puedas ser el chico que fue de elegante a bicho raro —le dijo al verle los pantalones vaqueros.

—Mamá, no sabes lo que significa bicho raro.

—Bueno, ¿y entonces qué es? ¿Chicos con pantalones grandes y camisetas largas hasta las rodillas?

—No, eso es ser *cool*. Un bicho raro es un *nerd*. Piensa en alguien como papá.

—Ella lo golpeó con la agenda. Joe rió. Shaun terminó el desayuno, cogió la mochila de la escuela y salió corriendo.

—Os veo en la función de esta noche —dijo, y la puerta se cerró de golpe detrás de él.

Anna se dio la vuelta y señaló a Joe:

—Llama a tu padre.

—Está bien, llamaré a mi *padre* —repitió él. El inglés de ella era casi perfecto, pero aún le costaba pronunciar la «r». Ella le lanzó una mirada.

—Eres tan exótica, Annabel —le dijo él demorándose en la «l».
Ella le lanzó otra mirada.

No.

Sam Tallón estaba en el cuarto de servicio del segundo nivel del faro, moviendo la cabeza. Era un hombre de baja estatura con una gordura fofa.

—Dios mío, esto me trae recuerdos —dijo—. El encargado sentado en este escritorio completando informes... —Se detuvo y señaló—. Tendrá que conseguir una rasqueta para quitar las pisadas de pintura de esa escalera. —Sam era el experto en restauración de Anna, un ex ingeniero de Commissioners of Irish Lights^[4]. Tenía sesenta y ocho años de edad y ella acababa de hacerlo subir por una angosta escalera de caracol.

—Bien —dijo él, y se aferró fuerte para darse aliento y subir los escalones del segundo tramo, luego empujó una puerta de hierro fundido de apertura horizontal y entró con dificultad hacia la torre del faro. La risa del hombre hizo eco hasta donde estaba ella. Cuando Anna subió, él soltó un silbido.

—Sí que tiene trabajo aquí.

—Eso pensé —dijo Anna, mirando alrededor las paredes agrietadas y mohosas.

—Tendrá que limpiar esto de inmediato —comentó Sam. Ahí hay capas y capas de pintura. Va a estar duro como la piedra.

En el centro del cuarto había un pedestal con un tanque de mercurio que soportaba las cinco toneladas de peso de la lente del faro. Solo se podía ver la base, la mayor parte de la cual llenaba la galería de abajo. Sam revisó el medidor que había al lado del tanque.

—Bueno, el nivel de mercurio ha bajado un poquito. De modo que los rodillos que hay debajo de la lente probablemente estén cargando un poco más de peso de lo que se supone que deben soportar. Pero no es gran problema, en especial si la luz no va a estar siempre encendida.

—Solo espero lograr encenderlo.

—Ah, quédese tranquila. Yo diría que la harán encenderlo en determinado momento y dejar que el haz de luz se proyecte tierra adentro.

Anna contuvo la respiración cuando Sam examinó la base de la lente, revisando el mecanismo de reloj que lo hacía girar.

—No puedo creerlo —dijo Sam finalmente—. Creo que está todo en orden. Después de casi cuarenta años. Hay que poner los pesos en movimiento, pero creo que tuvo suerte.

—Gracias a Dios —exclamó Anna.

—Un paño, como la mecha de una vela se consume dentro de esto —dijo mirando de nuevo la lente—. Si no hay paño no habrá luz. Y es un trocito de seda que se puede guardar en el bolsillo —bromeó él—. De todas formas el prisma que hay en la lente refracta la luz, esta gira y así se obtiene el bonito haz de luz del faro. —Sam subió la escalera por dentro de la lente, rompiendo telarañas a su paso.

—Está muy sucio —dijo—. Tendrá que ocuparse de esto más adelante, probablemente después de limpiar las paredes. Y tendrá que comprar algunos paños nuevos, a propósito, de cincuenta y cinco milímetros.

Bajaron las escaleras del faro y salieron por las viejas puertas.

—A éstas también tendrá que reemplazarlas —opinó Sam.

—Ya están en camino —explicó Anna. Él quedó impresionado.

—Ahora, lo que haré —comentó Sam—, será limpiar los rodillos y revisar la presión de la bomba de keroseno. Le dejaré a usted la limpieza de la lente y el cobre. —Le sonrió.

—Está bien.

—Entonces podemos echar un vistazo, para ver si todo funciona bien —apuntó Sam.

—Tal vez no sea inmediatamente. Ya se lo comunicaré cuando llegue el momento oportuno.

—No hay ningún problema.

Los últimos murmullos cesaron y la audiencia se dio la vuelta hacia el escenario. Una música hechizante llenó el salón. Katie Lawson dio un paso adelante y comenzó a cantar. Shaun sonrió. Ahí estaba su hermosa novia, cautivando a la audiencia hasta dejarla en silencio, con la voz más dulce que él jamás había escuchado. Ella le había cambiado la vida. Él había llegado a Irlanda de mala gana, extrañando tremenda y desesperadamente el béisbol, el cable, todo durante las veinticuatro horas del día. Y entonces llegó Katie. El primer día de clase ella fue lo único que vio. Estaba inclinada hacia adelante en su pupitre, golpeándolo con el puño, estallando en una de sus contagiosas carcajadas cantarinas. Luego se apoyó hacia atrás, apartándose el pelo oscuro del rostro y secándose las lágrimas de los ojos. El corazón de Shaun dio un vuelco cuando se le acercó. Ella tenía la sonrisa más bonita que le iluminaba todo el rostro. Era toda natural: piel brillante, mejillas frescas, ojos marrones chispeantes. En cuanto cruzó una mirada con él, quedó perdido.

Katie bajó del escenario y se sentó a su lado, con la cabeza gacha, incómoda por los aplausos.

—Guau —le susurró Shaun—. Has estado estupenda. Los has dejado a todos boquiabiertos.

Katie se ruborizó.

—No, no lo he hecho —contestó ella, moviendo la cabeza.

—Vamos —dijo Shaun—. Has causado sensación.

Ali Danaher, la mejor amiga de Katie, fue la que siguió con un poema escrito por ella misma. Shaun ya estaba sonriendo aun antes de que ella comenzara porque sabía que sería algo oscuro y denso, como sus ropas y la sombra de ojos. Ali tenía el pelo rubio oscuro, y si se arremangaba demasiado, tenía marcas de hojas de afeitar en los brazos, para causar efecto. Ella jamás admitió provenir de un hogar feliz y confortable, porque su personaje se vería afectado. Terminó el poema de manera solemne:

... alma podrida.

Filtrándose hasta finalmente penetrar la superficie de marfil:

una historia manchada

ya desvelada, demasiado tarde para ocultar.

Shaun y Katie ovacionaron por encima de los educados aplausos de los padres. Ed Danaher miró a la esposa, pero fue el último en dejar de aplaudir. Al terminar, Shaun tomó a Katie de la mano y la llevó por el pasillo.

Joe se despidió de Anna con un beso y se fue con Ed a Danaher's. Ella se dio la vuelta aún sonriendo y vio a Petey Grant, el portero de la escuela que se acercaba a grandes zancadas. Petey tenía tez clara y cabellos marrón oscuro bien cortados antes del punto en que empezaran a ondularse. Debajo de las espesas cejas, sus ojos almendrados eran de un suave azul y rara vez contactaban con alguien. Cuando hablaba se inclinaba hacia un lado, sosteniendo las grandes manos al frente y moviendo los delgados dedos como si estuviese a punto de atajar o pasar una pelota de básquet.

—Hola, Sra. Lucchesi. Cuánto me alegra verla esta noche. ¿Ha disfrutado del espectáculo? Yo creo que fue excelente. Katie es una maravillosa cantante. También es una muchacha bonita. El otro día estuve escuchando cuando ensayaba. —Se ruborizó—. ¿El Sr. Lucchesi está aquí? No me molestaría pasar por el taller mañana si le parece bien. ¿Tiene algo que hacer mañana? Yo tengo el día libre. No me molestaría ayudarle con esa mesa que está fabricando.

A Petey le gustaba expresar cualquier pensamiento que se le venía a la cabeza. Tenía problemas de aprendizaje desde niño, y los chicos de la escuela se dividían entre los que le hacían pasar un mal rato y los que lo defendían ferozmente. Anna lo adoraba. Era amable, entusiasta, sensible y encantadoramente inocente para sus

veinticinco años de edad. Desde el principio, Petey había encontrado un amigo en Joe, y alguien con quien compartir su interés por los faros. Aunque para Petey ese tema era su especialidad y de lo único que podía hablar y salir impune. Cuando Joe estaba fabricando los muebles para la casa, Petey iba, se apoyaba en la mesa y hablaba horas sobre las historias de los faros de Irlanda.

—Eres bienvenido en casa cuando quieras, Petey —dijo Anna.

—Muchas gracias, Sra. Lucchesi. Será un placer.

Vaciló, sin saber nunca cuándo la conversación se podía dar por concluida.

Las llaves de Vista Marina pesaban en el bolsillo de Shaun. Su trabajo era cortar el césped y hacer trabajos de mantenimiento en las casas de veraneo, pero ahora era septiembre y la mayoría de las casas estaban vacías. Su plan era escabullirse con Katie en una de ellas esa noche más tarde. Ella le había dicho a su madre que iría a la casa de él, y viceversa. Martha Lawson era una mujer difícil de sortear, pero confiaba en su hija.

—Parece que esta noche hay un poco de confusión —dijo Martha al acercarse a la pareja—. Acabo de hablar con la Sra. Lucchesi y ella dice que venís a nuestra casa.

«Mierda», pensó Shaun.

—Pensé que esta noche veríamos *Aliens* —comentó Katie.

—No —respondió Shaun—. Playstation en casa.

—Bueno, yo me voy, así que os alcanzaré —dijo Martha.

—«Mierda», le dijo Katie a Shaun en silencio.

Anna se quedó un par de horas más, conversando después del espectáculo con algunos de los otros *chupadores de madres* como Joe los llamaba. Para cuando ella se marchó era medianoche. Iba caminando junto a la iglesia, perdida en sus pensamientos.

—Bueno, pero si es la hermosa Anna. —Ese tono de voz sonó muy mal.

Ella contuvo la respiración y luego se dio la vuelta. Quedó aturdida por cómo John Miller aparecía en ese momento. Los ojos encendidos, el rostro con manchas coloradas y las piernas inestables de lo que deducía se debía a la borrachera, aunque lo que más la impactó fue todo el resto: los cabellos grisáceos y grasosos, la piel hinchada, la camiseta estirada en la barriga. Se balanceaba frente a ella.

—Sé que se me ve fatal —le dijo con los brazos extendidos.

—No, no es así —contestó Anna rápidamente—. En absoluto.

—¡Al diablo! Eres francesa. Eres una maldita perfección.

Ella no supo qué decir.

—Así que ahora es Anna *Lucheesy*, según me comentaron. Muy bien.

—Lucazey —aclaró ella tratando de sonreír.

—¿Entonces te casaste con un policía? Vaya un tipo con suerte. Mucha, mucha suerte. —Sonrió burlón—. ¿Alguna posibilidad de follar?

—¡Por Dios, John! —exclamó ella, mirando alrededor—. ¿Qué es lo que estás diciendo?

—Que quiero follar.

—¿Y dónde está tu esposa?

—Aún en Australia. Me echó. ¡Ja! ¿Puedes creerlo? Yo estoy de vuelta aquí viviendo con mi madre, psicópata, en la montaña. A punto de encargarme del huerto. Lo único que juré que jamás haría.

—Lo siento, John —se dio la vuelta y se alejó.

—Eres una estupenda chica. Una chica guapísima —le susurró a sus espaldas.

Siguió caminando. Le temblaban las manos, le ardía la cara.

De repente, se encontraba de nuevo detrás de ella, la agarró y la apretó contra la pared, el aliento olía a cebolla y alcohol, las ropas apestaban a pescado. Tenía una mancha brillante en el mentón y unas boqueras blancas duras. Ella empujó su pesada borrachez a un lado.

—Ve a casa y despéjate.

—Siempre fuiste una perra difícil, Anna...

Lo miró fijamente, inspeccionándole el rostro, pero no encontró ni rastro del John al que solía amar.

CAPÍTULO 2

Stinger's Creek, centro-norte de Texas, 1978

—No va a morderte, Duke. No es del pico de lo que tienes que preocuparte. Es de las garras. Su arma son las garras. «Ataque de siete kilos». Eso equivale a la presión que puede ejercer para destrozarte ese brazo delgado que tienes.

Duke alzó la vista para mirar al tío Bill, preocupado. Estaba sonriendo.

—Solomon no te hará daño. Lo estás alimentando. Sabe quiénes son amigos. Y si llegara a extenderte una garra, yo lo mataría de un tiro.

—No te atrevas a dispararle, tío Bill. No te atrevas.

Bill rió entre dientes, despeinando a Duke. Se dio la vuelta hacia el halcón Harris que tenía posado en una mano, desató la correa de cuero que tenía amarrada y con un movimiento ascendente del brazo liberó al pájaro. Lo observaron aterrizar despacio por encima de ellos, sobre un álamo americano.

—¿Qué pasa contigo, Donnie? ¿Quieres intentarlo? Creo que aquí Duke está un poco asustado.

Duke achicó los ojos hasta que le quedaron como rendijas, con el rostro colorado de rabia. Pasó volando junto al tío y se abalanzó sobre su mejor amigo, Donnie, derribándolo en el suelo.

—Duke Rawlins jamás tiene miedo —siseó.

—Cielos, Duke. Cálmate, amigo. Cálmate. ¿Estás bien, Donnie?

—Claro que sí, señor.

Duke se puso de pie y se sacudió los pantalones vaqueros, extendiendo la mano para recibir el guante de cuero. Bill se lo entregó, al tiempo que sacó un trozo de carne cruda del bolso que tenía a un lado. Apretó la carne entre dos dedos del guante y siguió la rutina.

—Extiende tu brazo izquierdo, ése, el que tiene el guante y ofrécele el hombro. Luego llámalo y espera a que se pose.

Solomon bajó en picado y aterrizó en la mano de Duke, al tiempo que arrebatava la carne con el pico antes de que él la soltara.

—Ahora muéstrale tu palma abierta, para que no crea que tienes comida. —Duke le extendió al pájaro una mano temblorosa.

—Ahora cógelo de las tiras de cuero que tiene en las patas y deslízalas por los dedos, asegúrate de que no se escape.

Duke buscó las tiras a tientas y Solomon batió las alas, pero permaneció en el lugar hasta quedar sujeto.

—Bien hecho, Duke. Ahora suéltalo, tal como te mostré.

Solomon volvió a salir volando. Bill se dirigió hacia el arco que había colgado cerca, donde estaba amarrado su segundo Harris.

—Vamos, Sheba, ahora es tu turno. —Liberó al segundo pájaro, que aterrizó en lo alto de otro álamo americano, moviendo la cabeza de un lado a otro. Bill miraba a ambos halcones—. Siempre controlando lo que sucede —señaló—. Siempre observando y esperando.

De pronto Solomon se lanzó en picado sobre el arco entre medias de Duke y Donnie. Una segunda batida de alas y Sheba se había ido en vuelo determinado detrás del primero. Bill corrió detrás de los halcones, llamando a los muchachos para que lo siguieran.

—Han visto algo. Se deduce por el modo en que están volando. —Llegaron hasta una porción de tierra seca y vieron una codorniz.

—Ahí es donde tenían puesto el ojo —dijo Bill—. Esa es su presa, eso es lo que están buscando matar.

Solomon se acercó volando bajo y en cuanto cazó la codorniz, ésta revoloteó desordenadamente hacia los escabrosos bordes con maleza junto a una hilera de mezquites^[5]. Luego se detuvo de repente. Solomon rebasó al blanco, demasiado tarde para cambiar de rumbo y se vio obligado a aterrizar en lo alto de uno de los árboles de adelante. Pero Sheba había seguido avanzando en forma perpendicular a la codorniz, y antes de que ésta pudiera reaccionar, ya estaba encima de ella perforándole la carne. Solomon bajó un instante después, trabando la cabeza del ave: ambos halcones atacaban ferozmente a su presa.

—Como Jekyll y Hyde —comentó Bill—. En un momento están en la cima del mundo contemplando la creación, y al siguiente instante están destrozando la creación. Y ayudándose mutuamente al hacerlo. —Bill hizo un gesto con la cabeza, satisfecho.

Wanda Rawlins solía ser la estrella de atracción de Amazon. Hombres ebrios y sin dentadura que jamás habían salido del estado juraban que ella era mejor que cualquiera de esas perras de Broadway, y estaban contentos de que se hubiera quedado a bailar para ellos en un sitio tranquilo como Stinger's Creek. Diez años más tarde, cuando sus pechos apuntaban al sur, lo máximo que ofrecía era algo así como «para el hambre no hay pan duro». Diez dólares por una masturbación, veinte por sexo convencional, sin cosas raras y por veinticinco entregaba la boca entera. Todo gratis a cambio de ácido; y si tenías coca te podías quedar el fin de semana. Y dos minutos de un fin de semana fue lo que le llevó a uno de sus fanáticos fieles para engendrar la carga que representaba el pequeño Duke, que en ese momento tenía ocho años pero que la hacía sentir como si ella tuviera cien.

La primera vez que Duke entró en el cuarto de su madre tenía cuatro años de edad y pensó que la estaban estrangulando. Luego se percató de que sí la estaba estrangulando, pero a ella parecía no importarle. Un enorme hombre desnudo estaba de rodillas detrás de ella, empujándola con un grueso brazo apoyado arriba en la pared y el otro aferrando ferozmente una chalina rosa de seda, torciéndola y tirando alrededor de su cuello. Tenía el rostro enrojecido, los ojos vidriosos y los párpados pesados. El hombre alzó la vista hacia Duke, mirándolo ebrio, de manera lasciva, y continuó haciendo lo que le había costado buen dinero. Duke dio media vuelta y salió. La madre apareció en la cocina un momento después, desnuda bajo la descolorida bata de baño. Le lanzó una mirada a Duke:

—¿Qué? —preguntó bruscamente al tiempo que iba hacia la alacena. Luego— ¡Lárgate! —le gritó en el oído al pasar junto a él con el café. Duke pegó un salto con una inocencia que desapareció para siempre al llegar el turno del siguiente sujeto.

Westley Ames era un tipo rechoncho, legañoso, que hacía ruido con la nariz y con una joroba como cargada de disculpas. Tenía una esposa tímida que desde el principio se había entregado para que abusaran de ella y que le había dado tres hijas insulsas. Durante años, él había luchado una batalla interna, demasiado débil para llevar a cabo las enfermas fantasías que lo consumían.

Se encaminó lentamente por entre los escombros del jardín de Wanda Rawlins, llevaba medio gramo de coca meticulosamente envuelto en un cuadrado de papel en el bolsillo del traje.

—¡Hola, Westley! —saludó Wanda, apoyándose en el marco de la puerta; la mano libre formó un arco sobre la ceja para cubrirse del sol. Ella había sido una hermosa adolescente, morena y curvilínea, con una sonrisa dulce que le arrugaba el puente de la nariz respingona. Ahora tenía el cuerpo con una piel pálida que recubría los huesos, el rostro eran mejillas angulosas y ojos azules vacíos. Tenía las piernas escuálidas curvadas hacia atrás y las balanceaba dentro de un par de botas blancas gastadas que le llegaban a los tobillos.

Esa era la segunda visita de Westley y esta vez había ido por el fin de semana. Después del último encuentro, Wanda pensó que quizá moriría de aburrimiento antes de que llegara el lunes.

En un estallido rojo y azul, cubierto de pies a cabeza, apareció Duke de cuatro años corriendo desde un lado de la casa.

—Bueno, ¿a quién tenemos aquí? —dijo Westley, con un ardiente deseo que le hinchaba el pecho—. ¡Debes de ser Superman! ¿No eres el más apuesto de todos, amiguito? —le sonrió. Duke lo miró fijamente y se metió detrás de la pierna de la madre. Westley miró a Wanda y detectó el pánico en sus ojos. Luego se concentró en las pupilas dilatadas. Se volvió hacia Duke—. Déjame hablar con mamá un momento.

Wanda Rawlins estaba sola en la cocina, con el volumen alto de la radio, cantando

con Tony Orlando y Dawn. Junto al cuadrado de papel abierto sobre la mesa, se inclinó para aspirar la atesorada línea, escogiendo ignorar los brutales y desesperantes gritos que provenían del dormitorio.

Dos semanas más tarde, cuando Duke iba caminando por el patio de la escuela, vio la encorvada silueta de Westley Ames en el portón de entrada, una silueta sobrecogedora bajo la luz del sol.

Comenzó a temblar violentamente. El estómago le dio un vuelco, se le revolvió y lanzó todo sobre sus zapatos de lona.

—¡Eh! ¡Duke *Vomitón!* —dijo Ashley Ames al pasar brincando a su lado y seguir corriendo para saltar a los brazos de papá.

Duke regresó de la casa del tío Bill con una sonrisa en el rostro. Jamás había visto a los halcones, ni hablar de sostenerlos. Le encantaba visitar al tío Bill. En la casa del tío nadie salía herido. Salvo esa pobre codorniz. ¡Bam! ¡Bam! ¡Muerta! Se le ocurrían algunas personas a las que le gustaría hacerle lo mismo. Y cuando dobló la esquina rumbo a su casa, una de ellas estaba allí parada, esperándolo, peinándose la fina cabellera marrón con los dedos tensos. Tenía unos treinta y algo y un rostro tierno y aniñado. Absorbía todo lo que captaban esos ojos azules que se deslizaban hacia un lado y a otro del patio, detrás de unas gafas negras. Todo lo demás quedó paralizado. Tenía las manos firmes en las caderas, los pies clavados en unos zapatos negros lustrados, la camisa y los pantalones cuidados y ceñidos. Duke se detuvo y ladeó la cabeza para observarlo. Él tembló. Este tipo era absolutamente extraño.

Duke lo llamaba Bua-bua, durante sus primeras visitas, él siempre había tratado de detener sus lágrimas. Solo le quedó el nombre. Las lágrimas se habían secado hacía tiempo.

CAPÍTULO 3

Anna estaba sentada en el sofá con un libro sobre faros irlandeses abierto sobre su falda: casi tres mil quinientos kilómetros de costa y ochenta faros principales que la custodiaban. Se volvió hacia Joe.

—El lema de los Commissioners of Irish Lights es *in salutem oinimum*: «para seguridad de todos». Es cómico, veo nuestro pequeño faro y me siento a salvo. Ni me imagino lo intenso que debe ser cuando uno está en alta mar en medio de una tormenta, encaramado sobre gigantescas olas y toda tu vida depende de esa luz intermitente.

—Debes admirar a esos fareros.

—Sam tiene unas historias tremendas. Algunos fareros solían jugar al póquer con los lugareños y usaban código Morse para revelarse las cartas que tenían en la mano.

El teléfono sonó y ella pegó un salto para contestar en la cocina.

—Ah, hola, Chloe —contestó. Escuchó un momento y luego se desplazó mientras estiraba el cable amarillo por el cuarto. Joe la siguió. La había visto con el ceño fruncido.

—No. Necesito a alguien que no venga hasta aquí para hacer un trabajo tradicional. El trabajo de Greg en Islandia fue tres Bjórsk por un iglú. No muy bueno. Estaba pensando en este irlandés, Brendan...

Ella miró al cielo y a Joe cuando la interrumpió.

—¡No, no, escucha! He visto su trabajo, es totalmente diferente. Y él evitará todos esos terribles clichés. He hecho algunas llamadas y aparentemente él es increíble...

Se detuvo de nuevo.

—¡Yo no dije que quería modelos irlandeses! Utilizaremos muchachas norteamericanas o francesas, así está bien. Pero esto es una nota de interiores, Chloe. Ellos no deberían ser el centro de atención.

Sostuvo el auricular lejos del oído, luego cuando Chloe se calló volvió a acercarlo.

—Está bien, está bien. Lo llamaré, que te envíe su muestrario de fotos y la nota que vi en la revista irlandesa. Luego fundamenta su decisión —y colgó.

Joe la miró, sorprendido. A kilómetros de distancia de la oficina, era igual de segura como plantarle cara a cualquiera.

—¿Y entonces qué hay para el almuerzo? —le preguntó él, bromeando.

—Chloe es una estúpida —comentó Anna mientras iba hacia la nevera—. Emparedados de albóndigas con salsa de barbacoa.

Él la apretó con fuerza, envolviéndola con los brazos por detrás.

—Adoro tus albóndigas.

Ella rió muy a su pesar.

—*Tragique*. Ah, a propósito, hoy deberían llegar las puertas —comentó.

—Sí, eso sí siguieran juntos y Jim Morrison no estuviese muerto.

Anna simplemente meneó la cabeza.

—Vamos, a ti te encantan los dichos malos —dijo Joe.

Ella lo miró fijamente.

—*Quel curieux caractère*. —Él reconoció la cita de la versión francesa de *Toy Story*. La versión en inglés decía: «Eres un pobre y triste hombrecito».

Después del almuerzo, la camioneta de Ray avanzaba dando tumbos por la calle de piedra. Anna le hizo un gesto señalándole el faro. Giró a la izquierda y fue por la pendiente cubierta de hierba, lo más cerca de los escalones que pudo. Bajó y levantó las manos al aire.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora? —le gritó.

Ella corrió despacio hasta el pie de la escalera.

—Tendré que pedir refuerzos —dijo riendo.

—Me encanta la jerga policial.

—¿Puedo echar una vistazo? —preguntó señalando la camioneta.

—Claro que sí —respondió Ray. Abrió las puertas traseras y levantó una capa de tela asfáltica verde.

—Dios mío —exclamó ella llevándose una mano a la boca—. ¡Son hermosas!

—Son puertas de madera —dijo Ray.

—No, no. Son hermosas. Hiciste un trabajo increíble.

—Gracias. Tuve la fotografía de las antiguas puertas de los faros clavada en mi pizarra todo el tiempo.

—Son *magnifiques* —alabó ella.

—Pudieron ser casi magníficas —corrigió él.

—¡Cállate! —rió—. Siempre te estás burlando de mí.

—Siempre solía burlarme de las muchachas que me gustaban en la escuela —dijo él guiñándole un ojo.

—¿De nuevo coqueteando con mi esposa? —sonrió Joe, acercándose a ellos—. Yo ya casi rondo los cuarenta, Ray, los seductores de treinta me preocupan.

Ray era de la misma estatura que Anna, pero parecía más bajo porque era demasiado ancho. Sus cejas oscuras y la frente constantemente arrugada le daban un aspecto tanto de alguien increíblemente sensible como simplemente de un absoluto estúpido. Pero él no era ninguna de las dos cosas.

—Las puertas están estupendas —comentó Joe, pasando la mano por la madera.

—No lo hagas. Me agrandaré —dijo Ray—. Bueno, ¿y cómo vamos a bajarlas? ¿Dónde está ese refuerzo, Anna?

—Iré por Hugh.

Anna desapareció para sacar a la rastra a Hugh de la merienda y la prensa amarilla. Entre los cuatro subieron las puertas hasta el faro y las afirmaron en las bisagras. Anna las cerró con llave.

—Guau. Estoy emocionada. Estoy muy agradecida.

Ray levantó una ceja.

—No tan agradecida, amigo —comentó Joe, al tiempo que le apoyaba una mano firme en el hombro.

—Para ser franco —dijo Ray—, estoy esperando para ver a las modelos vestirse para la sesión fotográfica. Quizá hasta me ponga un jersey Aran y me meta los pantalones vaqueros por dentro de las botas para la ocasión.

—¿Necesitáis algo más? —preguntó Hugh.

—No, no, gracias por tu ayuda —respondió Anna.

—Yo también me voy —dijo Ray—. Si esas puertas llegan a salirse completamente de las bisagras, ya sabréis a qué se debe.

Anna no lo entendió. Joe rió. Ella se volvió hacia él y le tomó la mano.

—Déjame mostrarte mi pesadilla. —Abrió las puertas nuevas y lo llevó por las sinuosas escaleras. Llegaron hasta el cuarto de servicio y subieron hasta el faro por la escalera empinada.

—Mira esto —dijo Anna, enganchando la punta del dedo en una de las grietas de la pared—. No se mueve.

—¿Y con removedor de pintura? —preguntó Joe.

—No hay posibilidad. Llevaría años quitarla de ese modo. Y por la temperatura que hay aquí, se... —Ella metía y sacaba la mano.

—¿Se hace más grande? ¿Más chico? —preguntó Joe.

—No, no, el metal...

—Ah, se expande y se contrae.

—Sí —respondió—. No sé qué hacer.

—Podría traer algunos de los muchachos para que las rasquen.

Ambos negaron con la cabeza.

—Ya pensaremos en algo —dijo Joe—. ¿Eres tú quien tiene que hacer esta parte? Quiero decir, de todas formas el aparato no funciona —opinó mirando el antiguo pedestal de mercurio—, ¿y en realidad las sesiones de fotos no se harán desde el exterior? —Sabía que él estaba hablando medio en serio.

—Ni siquiera voy a responder a eso. —Además, él desconocía el plan que ella tenía.

Shaun dejó la bolsa en el suelo de la pequeña caseta prefabricada que había visto ese día más temprano en el asfalto, junto al campo de fútbol.

—¿Qué tipo de vestuario es éste? —preguntó.

—¿Veis algún tipo de armario por ahí? —inquirió Robert, mirando alrededor del cuarto vacío. Le gustaba bromear con los amigos—. Se llama vestidor, Lucky. Aquí es donde nos vestimos. Aunque creamos que se nos congelarán las pelotas.

Shaun había descubierto antes que ese tipo de bromas en Irlanda eran comunes, y que si no te las hacían era porque algo andaba mal.

—Quítate del camino —dijo uno de los chicos, pegándole un empujón al pasar. El resto del equipo, con aspecto lamentable en pantalones cortos y camisetas, corrió hacia la cegadora luz de los reflectores. El campo era desolador, duro e inoportunamente frío. Corriendo al margen, vestido de negro de pies a cabeza, con ropa marca Nike iba el entrenador, Richie Bates. Tenía veinticinco años, medía un metro noventa y pesaba noventa kilos, cada centímetro del cuerpo cuidadosamente tonificado conformaba una dura musculatura. Tenía el cuello corto y ancho y la tapa de la cabeza chata como la de Action Man.

Richie era policía, abreviatura de *garda*, singular de *gardai*, la Fuerza Policial de Irlanda. Trabajaba con un oficial en una pequeña subcomisaría de Mountcannon. Al cabo de una hora de juego, él aún seguía corriendo de punta a punta, gritando:

—¡Vamos, muchachos! ¡Moveos! ¡Moveos!

—Está helando —protestó Robert, corriendo despacio detrás de la pelota.

—Si corres, te calentarás —dijo Richie. Robert miró al cielo. Acababa de entrar. Todos a su alrededor tenían las caras coloradas y el aliento blanco. Él seguía pálido como un fantasma, pero sabía que el mínimo esfuerzo lo pondría colorado y lo haría llorar. Él no era deportista. Sudaba demasiado, respiraba con mucha dificultad, se le caían los cabellos en la cara, tenía las piernas oscuras y peludas, pesadas y lentas. Pero llegó a apreciar la ironía. Él era el periodista deportivo del diario escolar. Shaun tenía el balón y estaba a punto de meter un gol. Tropezó y aterrizó con fuerza.

—¡Levántate, Lucchesi! —dijo Richie al instante.

Shaun respiraba con dificultad. Richie sopló el silbato.

—Muy bien, muchachos, es todo. Podéis iros. Bien hecho. —Nadie respondió.

De nuevo en el vestuario, Billy McMann, un chico flacucho, de baja estatura, de doce años, estaba temblando encorvado en el rincón tratando de subirse la bragueta, pero tenía los dedos enroscados y entumecidos por el frío. Se encontró con la mirada de Shaun y le ofreció una sonrisa débil. Shaun se acercó, le subió rápidamente el cierre al niño y le dio una palmada en la cabeza.

—Gracias —le dijo Bill sonrojado.

—No hay problema —respondió Shaun.

—¡Cielos, Billy! ¿Ni siquiera sabes subirte el cierre de los pantalones? —Era Richie, quieto y riéndose apoyado en el umbral.

Shaun lo miró fijamente y le dijo:

—Deja en paz al chico.

Billy buscaba algo a tientas en la mochila.

—Tienes que hacerte más fuerte —dijo Richie señalándolo con el dedo.

—No hay nada de malo con él —comentó Shaun—. Tenía los malditos dedos congelados.

—Cuida tu boca, Lucchesi —se enfadó Richie—. O no te llamarán Lucky mucho tiempo más. —Desafió con la mirada al resto del salón.

—Ahora no llevas puesto el uniforme —le gritó alguien desde atrás.

—Ten cuidado, Cunningham —contestó Richie—. O estaré esperando fuera de la tienda cuando salgas con el paquete de seis botellas de alcohol —y se marchó.

Algunos de los muchachos refunfuñaron. Luego Robert dijo:

—Igual sigues siendo un maricón, Lucky. —Y todos rieron.

—¿Quieres ayuda? —le preguntó Robert a Shaun.

—No —le respondió—. Ya viene mi padre.

Salió de la escuela y se paró junto a los portones, mirando cómo los demás padres llegaban y se iban con sus hijos. Finalmente, Joe llegó en su jeep.

—Qué informal —le dijo Shaun asomándose por la ventanilla—. He estado de pie aquí fuera como veinte minutos.

—Estaba ocupado. Estoy tratando de hacer el equipaje.

—Te has olvidado.

—No, no lo he hecho. Vamos, sube, Shaun.

—¿Cómo es tu jerarquía de las cosas que recordar, papá? ¿En una escala del uno al diez, en qué lugar estoy yo?

—Aquí vamos —dijo Joe.

—Sí, bueno, es un fastidio. Eres capaz de recordar todo lo relacionado con el trabajo, pero...

—Basta —lo interrumpió Joe bruscamente.

—Cielos, relájate, ¿quieres? Soy yo el que se ha quedado Plantado aquí. De nuevo.

—Dije que basta —repitió Joe, demasiado alto. Continuaron el resto del camino en silencio.

Estaba casi en la puerta cuando sonó el teléfono. Joe contestó.

—Regresa, todo está olvidado —aclaró Danny Markey.

—Por favor, deja de llamarme a este número —le recriminó Joe—. Ya te he dicho que se terminó.

—Sí, sí, ya sé lo que sigue —dijo Danny—. No soy yo, eres tú. —Ambos rieron. Shaun hizo un gesto ante la transformación del padre.

—¿Así de mal están las cosas? —preguntó Joe, ignorando a Shaun.

—No tienes idea —dijo Danny—. Estoy aquí con Aldo-marmota-Martínez, que te garantiza que te ayuda a dormir o te devuelve el dinero. Y por si eso fuera poco,

anoche salí con María y mi esposa me llamó buscándome. Este novato le dijo que yo había terminado hacía horas. Y cuando llego a casa y le cuento la noche difícil que tuve, me dio un rodillazo en la zona central. Lo juro por Dios. ¿Qué ha pasado con lo de «Está en la calle, le diré que le devuelva la llamada»? La próxima vez que lo vea le haré volar esa cabeza de novato. Es un retrasado. Clancy lo llamó para joderlo, haciéndose pasar por un chulo que buscaba a su chica Juanita, Sofía, Margarita o lo que sea, y el tipo se levantó del escritorio para ir a comprobarlo. No te miento. En fin, es como que estoy jodido por donde me mires.

—Ojalá estuviera ahí para ofrecerte mi apoyo —dijo Joe.

—Sí, sí, claro —dijo Danny—. ¿Y cómo están esas irlandesas horribles?

—Están muy bien —aseguró Joe—. ¿Quieres que les mande saludos tuyos?

—Por supuesto —contestó Danny—. Iré hasta allí para abrazarme a uno de esos traseros anchos.

—Eh, a Shaun no le va tan mal con su muchacha irlandesa.

—Sí, pero ya la he visto en fotos. Katie es la excepción. Déjame decirte, si él alguna vez se cansa de...

—Eres un enfermo, Danny. Un enfermo.

—Es cierto. En fin, me estaba preguntando si regresarías para tu cumpleaños...

—¿Y ahora qué eres, una chica?

—Es todo un acontecimiento. Cuando yo sea viejo como tú, quiero que lo tomes como un gran acontecimiento.

—No sé qué haré para mi cumpleaños, Danielle, pero quizá podamos hacer un pijama *party*...

—Ya te pareces a mí. Uno trata de hacer lo correcto y...

—Mira, no sé qué haré para mi cumpleaños. Pero esta noche estaré en Nueva York.

—¿Cómo?

—Giulio se casa mañana. No preguntes. No sé si iré a la ciudad. Solo estaré un par de días.

—Llámame. Iré al aeropuerto, te veré para que tomemos un trago o algo.

—Claro. —Vio acercarse a Anna—. Danny, tengo que ir a tomar un vuelo. Aquí te paso, tal vez deberías hablar con mi encantadora señora esposa para hacer algún plan para mi cumpleaños.

—Mmmm, acento francés...

—Cielos. No se salva nadie...

Anna sonrió y le cogió el teléfono a Joe.

—*Bonjouuur* —dijo. Joe alcanzó a escuchar el alarido de Danny.

El taxista conducía el sedán rojo por la sinuosa carretera bordeada de árboles. Hacía

una hora que había recogido al primer pasajero de la mañana en el aeropuerto Shannon y había estado hablando desde entonces.

—Eso es lo que necesitamos aquí, a Rudy Giuliani. El tipo hace una limpieza en toda Nueva York y nuestros políticos no son capaces de limpiarse sus propios traseros. —Miró por el espejo retrovisor. No obtuvo respuesta. Siguió hablando.

—Una vez terminé en Harlem, ¿sabe? Ahí solo hay blancos, lo juro por Dios. Y yo soy de Cork y allá a todos les decimos «chico». Decimos: «¿Cómo va, chico?» o «¿En qué andas, chico?». Bueno, le digo que una noche en Harlem me enderezó bastante rápido. Mi compañero, un tipo negro enorme, me dijo: «Aquí alguien te apuntará con un arma si lo llamas chico». De modo que empecé a llamar a todo el mundo «hombre». «Eh, hombre, ¿cómo andan las cosas?». Ahora estoy de vuelta aquí llamándoles a todos «hombre» y piensan que estoy chiflado. —Se volvió hacia el pasajero y siguió conduciendo—. Bueno —dijo al cabo de dos minutos en silencio—, aquí estamos. ¿Aquí está bien? En general parece que hacen buenos negocios.

—Aquí está muy bien —contestó Duke Rawlins.

Brandon Motors quedaba sobre una carretera flanqueada por árboles, bajando por un campo, junto a un bungalow de ladrillo rojo. Coches nuevos y usados cubrían la hierba, tenían etiquetas rosa y verde fluorescente sujetas en el parabrisas. El *Coche de la Semana* estaba subido a una plataforma de madera con banderines verdes y dorados en los bordes. El vendedor se encontraba de pie al lado, haciendo un gesto hacia el coche, y luego a Duke. Él negó con la cabeza.

Alejada de la brillante fila había una camioneta Ford Fiesta blanca del año 85; estaba abollada, y era tosca y barata. Duke caminó alrededor, mirando por las ventanillas, luego regresó hacia el capó y se inclinó encima apoyando ambas manos. Se enderezó.

—¿Acepta efectivo? —preguntó.

—Sí —respondió el vendedor.

Duke le entregó el dinero y garabateó una firma en los formularios. Se sentó en la camioneta, se estiró y tiró bruscamente un pino que se mecía en el espejo retrovisor. Lo arrojó por la ventanilla mientras se alejaba. Tras conducir durante veinte minutos, se detuvo en una gasolinera y compró un marcador y un mapa. Hizo un círculo en los sitios donde necesitaba ir y luego siguió la carretera con el dedo. Giró la llave del motor y se dirigió a Limerick. En las afueras de la ciudad, se detuvo en un Travelodge^[6], durmió y se duchó.

Para cuando estuvo de nuevo en la carretera, estaba oscuro, esta vez en un tramo congestionado hacia Tipperary. Pronto quedó atrapado entre dos enormes vehículos de seis ruedas; giró el volante virando hacia la derecha hasta encontrar un sitio despejado. Adelante, la fila de coches era constante. Retrocedió y vio un enorme cartel que indicaba un pueblo llamado Doon. Haciendo un viraje abrupto y de

improviso hacia la izquierda se metió por un camino angosto y sinuoso. Los faros alumbraron un cartel en blanco y negro que decía Dead River. Cruzó el puente de piedra y condujo hacia el pequeño pueblo en medio de una oscuridad como boca de lobo. Giró a la derecha en la esquina rumbo a la calle principal de Doon, una extensa hilera de casas, comercios y bares. Eran las once y media de la noche y estaba desierta. Siguió conduciendo hasta que detuvo la camioneta junto a unos portones de hierro que daban a un parque. Aferró el volante y suspiró profundamente. Luego bajó para regresar al pueblo a pie. Quería una cerveza. Pero se le presentó otra oportunidad.

La carretera era larga y con muchas curvas, bordeada de sicomoros a ambos lados. Giulio Lucchesi estaba esperando a su hijo en el vestíbulo de mármol. Estaba en forma, bronceado y arreglado, con el pelo gris cuidadosamente peinado con gomina. La chaqueta de color azul marino de corte entallado, la camisa celeste pastel, los pantalones beis perfectamente planchados y los zapatos de piel de ante cepillados.

—Joseph —dijo con acento entrecortado y británico.

—Papá —se estrecharon las manos.

—¿Recuerdas a Pam? —Preguntó Giulio.

—Sí, hola —respondió Joe—. Cómo me alegro de volver a verte. No puedo creer que finalmente te haya sacado el sí.

Ella sonrió.

No era una sorpresa que la segunda esposa de Giulio Lucchesi no se pareciera a la primera. Pam era alta, delgada y reservada, una rubia nórdica. María Lucchesi era morena y fogosa.

Giulio retrocedió.

—Te mostraré tu cuarto.

—Creo que lo recuerdo —dijo Joe. Tomó la maleta y subió solo las escaleras que conducían al cuarto que no había visto en doce años. Abrió la puerta del hotel minimalista que jamás le había dado la bienvenida y que tampoco se la daba en ese momento. Desde los catorce años y hasta los diecisiete, los vecinos lo traían a Rye para pasar agosto con su padre. Y cada septiembre, su madre bajaba corriendo las escaleras de su pequeño apartamento en Bensonhurt para darle la bienvenida de vuelta a casa.

Pam guió a Joe hasta una mesa de comedor de madera de cerezo. Ella fue a la cocina y regresó con tres platos pequeños con espárragos ennegrecidos en vinagre balsámico.

—Ponle un poco de parmesano —dijo Giulio, acercándole a Joe un pequeño bol.

—Esto está bueno —dijo Joe levantando el tenedor—. ¿Se supone que Beck está aquí? No pude localizarla en su teléfono móvil. —Beck era el nombre de la hermana

mayor de Joe, era directora de localizaciones para cine.

—Rebecca está en filmación —dijo Giulio—. En un sitio bastante apropiado, un asilo de locos.

—Tenemos una gran desilusión —le comentó Joe a Pam. Ella desvió la mirada. Giulio lo ignoró.

—¿Cómo está Shaun?

—Está muy bien, adaptándose a...

—... hasta que en unos meses se desarraigue y regrese a casa.

Joe lo miró.

—Tal vez lo lleve en sus genes. —Se volvió hacia Pam—. Yo pasé mi niñez en Brooklyn, después cuando papá consiguió trabajo en el estado de Louisiana nos mudamos todos, luego tuve que regresar a Brooklyn con mi madre cuando se divorciaron, después me repartí entre ir allí y venir a Rye cuando papá compró el apartamento y más tarde esta casa. Regresé a Louisiana durante unos años y luego volví a Nueva York. Y ahora, por supuesto, estoy Irlanda.

—Guau —dijo Pam—. Eso es mucha mudanza. ¿Fuiste a la misma universidad que tu padre? No me he dado cuenta.

—Brevemente —respondió Joe.

Giulio se aclaró la garganta.

Después de la cena, todos fueron a la sala con gruesa alfombra, sofá tapizado con adornos blancos y dorados, y pesadas cortinas de terciopelo. La peor pesadilla de Anna.

—Entonces, ¿estáis ansiosos por la boda? —preguntó Joe.

Giulio y Pam intercambiaron las miradas.

—Ya nos hemos casado —dijo Giulio—. En Las Vegas. El fin de semana.

—En Las Vegas.

—Lo sé —confirmó Pam—. Suena de mal gusto pero fue maravilloso...

—Cielos, papá, en realidad nunca me habían invitado a una boda donde los novios se hubieran casado antes de que yo llegara. Sí que es un caso particular. Realmente un día especial para todos.

—Lo hecho, hecho está. Me alegra que vinieras hasta aquí —dijo Giulio.

—Estupendo —contestó Joe—. Bueno, buenas noches, ¿eh?

Dejó la copa y se fue a la habitación. Se tiró en la cama y cambió los canales de la TV. Más tarde, cuando escuchó cerrarse la puerta de la habitación del padre, se levantó y se fue a la cocina a buscar café. Tomó la taza y deambuló por el pasillo atraído por el estudio. Miró en los estantes los libros que trazaban la carrera de su padre: textos de los años sesenta sobre entomología: *Introducción y guía práctica*, luego *Entomología agrícola: Tábanos y mosquitos*.

Joe acababa de cumplir cuatro años cuando Giulio comenzó la Universidad en Cornell. Tenía veintisiete años y tres trabajos para costear su carrera de entomología. Él era el único padre del barrio que los fines de semana se quedaba dentro estudiando. Joe sintió una desconocida punzada de orgullo. Había olvidado a ese muchacho que le arrojaba una pelota en el patio para que él pudiera batear.

El resto de los libros cubrían la especialidad final de Giulio, títulos que a Joe le resultaban familiares: *Atlas: Tiempo de muerte, Descomposición e Identificación; Entomología y Muerte: Guía de procedimientos; Entomología forense; La utilidad de los artrópodos en las investigaciones legales*; y cuatro tomos de *Aprenda a deducir el tiempo: Guía para entomología forense* de Giulio Lucchesi. Hileras e hileras de libros sobre insectos y medicina legal. En la base de una pila caída, Joe reconoció un manojo de páginas azules y amarillas de un grueso manuscrito que le provocó un vuelco en el corazón. Lo sacó y limpió la tapa: Universidad Estatal de Louisiana: *Entomología y Tiempo de muerte: Estudio de campo*. Los nombres aparecían impresos debajo. El que saltó a la vista fue el suyo propio. Era de 1982. Tenía diecinueve años y era estudiante universitario de segundo año. Debido a la amistad que su padre tenía con Jem Barmoix, el profesor de entomología médica de la Universidad de Louisiana, había recibido una invitación para sumarse al equipo con el fin de realizar un innovador proyecto de investigación.

—¿Remordimientos? —preguntó Giulio desde el umbral. Joe pegó un salto.

—No, papá. No.

Creo que no valoras lo que tuviste.

Y yo creo que tú no valoras lo que tengo ahora.

—Pero Jem...

Lo sé. Sé cuánto significó la investigación. Pero en lugar de estar mirando un microscopio todo el día, yo soy el que sale a encontrar a los cabrones que crean el cuerpo, para empezar. Sin cuerpo no hay descomposición, ni línea de tiempo de larva o mosca. Pero sin asesinatos no hay cuerpos.

—*Salías a encontrar* a los cabrones.

—¿Cómo?

—Dijiste *salgo a encontrar* a los cabrones que cometen asesinato, ¿pero no debiste decir *salía a encontrar*? ¿No estás en un *impasse*? ¿Ahora a qué te dedicas, Joseph? Anna me contó que eres carpintero. Qué bíblico...

—¿Cuál demonios es tu problema?

—Pudiste haber sido un academ...

—Escúchate. —Joe apuntó al padre con el dedo.

Luego se detuvo e inspiró profundamente.

—¿Sabes algo?, no voy a fastidiarme. Ambos sabemos qué es lo que está sucediendo aquí. No voy a alterarme, es la misma conversación una y otra vez. —Él

arrojó el papel y salió de la sala.

Pam hizo un esfuerzo en vano durante el desayuno; las respuestas de Joe eran cortas y contundentes.

—Detesto irme el día de su boda —dijo al tiempo que se levantaba de la mesa y se dirigía hacia las maletas que había dejado en el corredor.

Giulio lo siguió:

No hay necesidad de partir al día siguiente.

He venido por tu boda —continuó Joe—, que ya ha acabado. Que incluso terminó antes de que yo llegara. Felicitaciones. Pam es una mujer encantadora. Ahora iré a pasar un momento con Danny y Gina.

—Como quieras.

—Como yo quiera. Claro.

Había oscurecido cuando Anna fue a cerrar el portón al final del sendero. Estaba a punto de regresar a casa cuando vio la punta de un cigarrillo que iluminaba el camino. John Miller levantó la mano para que ella se detuviera.

—Anoche perdí el juicio, *decididamente* —le dijo, al tiempo que caminaba en dirección a ella con la cabeza gacha, mirándola con ojos apenados. Estaba recién bañado, vestía una camiseta de rugby limpia aunque arrugada y unos pantalones vaqueros. Ella lo miró confundida. Luego recordó. La primera noche que se habían encontrado, hacía veintiún años, él había estado bebiendo. Francia había derrotado a Irlanda por un tanto en un partido de rugby en París. Al comienzo de la noche, John había llorado la derrota, pero hacia el final, estaba ebrio y exultante porque los irlandeses hubieran estado tan cerca.

—El whisky no va conmigo —le dijo, apoyando los brazos en el portón, mirando para abajo y pateando la grava suelta.

Ella meneó la cabeza y suspiró.

—Lo siento —se disculpó, al tiempo que alzó la vista—. De veras lo siento.

—Está bien —respondió ella y trató de marcharse.

—Vamos. Por favor.

—¿Qué quieres que diga? No fue una buena presentación después de todo este tiempo.

—Ojalá no te hubiera encontrado anoche.

—¿Y cómo te hubieras comportado si me hubieras encontrado hoy?

—Estaría sobrio y tú aún serías hermosa. —Había un brillo conocido en sus ojos. Ella no pudo evitar sonreír.

—Será mejor que regrese —dijo ella, señalando la casa con un gesto. Cerró con

llave la puerta principal detrás de sí. Al entrar al estudio, Shaun se mecía en su silla.

—Mira esto, mamá. Estoy en directo.

Ella se inclinó por encima de su hombro y vio el rostro sonriente de Shaun en la pantalla, junto a la foto de GI Joe. Su nombre aparecía abajo con una lista de datos demográficos.

—¿Tu película favorita es *Mientras dormías*? —preguntó Anna.

—¿Qué? —respondió Shaun asustado.

—Te atrapé —dijo Anna.

Shaun la miró inexpresivo.

—Qué tonta eres.

—Lo sé —le respondió.

Ella leyó que la comida preferida de Shaun era cualquiera que fuera norteamericana, que su bebida preferida era Dr. Pepper, su deporte era el béisbol y su lugar favorito Florida.

—Veo que te estás convirtiendo en un verdadero irlandés —comentó Anna señalando la pantalla.

—Ah, pero mi chica preferida es irlandesa —dijo Shaun—. Esa es la diferencia.

Ella se desplazó más hacia abajo y vio signos de interrogación en la parte de la carrera.

—¿No sabes qué es lo que quieres hacer? —preguntó Anna.

—No —respondió Shaun—. Es como si mirara mi futuro y lo viera en blanco, ¿sabes? Como vivir al borde de este acantilado, sin poder ver nada.

—¿Has estado viendo de nuevo *Dawson's Creek*?

CAPÍTULO 4

Stinger's Creek, centro-norte de Texas, 1979

Trozos de óxido volaban desde la camioneta blanca destartalada mientras se bamboleaba por la sinuosa carretera en las afueras de Stinger's Creek. Era pasada la medianoche y Wanda Rawlins iba hundida y desorientada contra la puerta del acompañante, con las piernas flacas separadas debajo del tablero. Tenía el rostro pálido y unos mechones húmedos de pelo rubio casi blanco con las raíces oscuras le caían sobre las mejillas. Duke parpadeó y abrió los ojos. El empalagoso olor a pino del ambientador le llenó las fosas nasales. Él alzó la vista para mirar a su madre, intentando agarrarle el brazo con flojedad. Alcanzó a ver destellos de luz que le atravesaban el rostro y unos charcos de máscara de pestañas debajo de los ojos. Ella estaba mirando por la ventanilla. Él intentó hablar, pero tenía la garganta seca y áspera de haber gritado. El único color que tenía en el rostro era el moretón rojo que brillaba en medio de la frente. Sentía lentos latidos en la cabeza y una sensación de frío hormigueo que le recorría en ondas desde el brazo hasta la punta de los dedos. Punzadas de dolor se le clavaban por abajo y lentamente colocó su pequeña estructura de lado, los pantalones cortos azul marino le quedaron torcidos. Se desmayó por el esfuerzo.

—Creo que se movió, creo que se movió —gritó Wanda—. Vamos, bebé, vamos, bebé, vuelve a mí. —Comenzó a sollozar ella. Le aferró la cabeza contra su vientre, derramando lágrimas sobre su rostro. No obtuvo respuesta.

—¿Qué le está sucediendo? ¿Qué es lo que le está sucediendo? —gritó sacudiendo el hombro de Duke, demasiado drogada para notar cualquier diferencia.

—Calma, Wanda —dijo el conductor—, cálmate, diablos, o no lograremos llevarlo más lejos que al final de la carretera.

Wanda se quedó en silencio el resto del trayecto, acunando bruscamente a Duke, que balanceaba las piernas desnudas por el borde del asiento.

Al cabo de diez minutos, se detuvieron en un estacionamiento haciendo chirriar los neumáticos. Wanda abrió la puerta de un empujón y sacó arrastrando a Duke, con el cuerpo flácido entre sus brazos. Ella atravesó tambaleándose las puertas dobles que tenía adelante y entró a un pasillo muy iluminado. Duke volvió a abrir los ojos, fugazmente. Hospital, pensó.

—¿Qué diablos te piensas trayéndolo a casa, perra boba? —siseó Héctor Batista, cerrando de un tirón las puertas de la sala detrás de sí. Su acento era cerrado—. Te dije que lo trajeras por detrás. ¿Quién crees que eres? —Miró el vómito que había en la camiseta de Duke, meneó la cabeza y cogió a Wanda del codo guiándola a

empujones de nuevo hasta la puerta por donde había entrado. Con un gesto Héctor le indicó al conductor de la camioneta que los siguiera.

Una luz fluorescente penetró la oscuridad del cuarto mugriento, balanceándose sobre una mesa baja de metal que había en el centro. Wanda depositó a Duke allí y comenzó a sollozar de nuevo, extendiéndose sobre el cuerpo de su hijo. Héctor la apartó y se acercó para levantarle los párpados al niño y alumbrarlo con el encendedor.

—Las pupilas están bien. ¿Qué le ha sucedido?

Nadie respondió.

—Por teléfono dijiste que se golpeó la cabeza. ¿Es eso lo único que tengo que examinar? —preguntó Héctor.

—Sí —respondió el conductor.

Héctor escurrió agua fría de un paño mugriento que había en un lavabo y regresó para colocarlo en la frente de Duke. Él abrió los ojos.

—¿Recuerdas lo que sucedió? —preguntó Héctor.

Duke trató de menear la cabeza.

—¿Sabes qué día es? —preguntó Héctor.

—Viernes —susurró Duke.

—Dime quién es el presidente.

—Él no lo... —empezó a decir Wanda.

—Jimmy Cárter —respondió Duke, orgulloso.

—Se encuentra bien —dijo Héctor—. Una contusión leve. Despiértalo algunas veces durante la noche, asegúrate de que no empeore y evita que ande saltando durante algunas semanas. Debe descansar.

Duke movió la cabeza lentamente para mirar a su madre. Detrás de ella apareció el conductor de la camioneta. Duke agrandó de pronto los ojos con temor y abrió la boca para gritar. La mano de Héctor actuó rápidamente al cerrar los labios agrietados del niño. Duke se retorció bajo la presión, mirando rápidamente para todos lados. No podía respirar.

—Si te calmas, te suelto —dijo Héctor, con el rostro a cinco centímetros del suyo. Sujetó la mano con fuerza hasta que Duke se hubo calmado, la energía se agotó en su cuerpo tembloroso.

Héctor miró de reojo al conductor.

—*Los niños pequeños hacen mucho ruido* —le dijo.

—No hablo el español —respondió el conductor.

Héctor se le acercó y le susurró la misma frase en inglés. Rió.

Duke se había enroscado de costado hasta quedar hecho un ovillo y empezó a llorar. Sintió la mano del conductor en la parte baja de la espalda.

—No más bua-bua, Duke. No más bua-bua.

Duke se estremeció. Lo único que recordaba era a Bua-bua entrando a su cuarto. Lo que no pudo recordar fue el peso del hombre cayéndole encima, empujando cada vez más fuerte, golpeando la frente contra la pared una y otra vez, hasta que se derrumbó y cayó boca abajo e inmóvil en su cama.

Wanda Rawlins escuchó un leve golpe en la puerta mosquitera y la abrió con cuidado. El humo formaba una nube a su alrededor. Ella sacudió la mano.

—Buenos días, señora Rawlins —dijo Donnie—, ¿está Duke?

—Duke tuvo un accidente ayer, está descansando.

—¿Qué le ha pasado?

—Nada serio. Se golpeó la cabeza —sonrió ella—. Vosotros niños sí que sabéis damos enormes sustos a las madres.

—¿Puedo verlo? —preguntó Donnie.

—Solo un momento —dijo Wanda, apartándose para dejarlo entrar.

Donnie entró en la cocina y lo recibió un olor que se le quedó atascado en la garganta. El horno estaba bien abierto y encima de la puerta había una bandeja apoyada en forma diagonal. Unos círculos negros resquebrajados humeaban en la superficie. Otros se habían caído al piso.

—La bandeja estaba caliente —rió Wanda—. Y no llegué a tiempo.

—Bueno, estoy seguro de que saben bien —dijo Donnie.

Wanda lanzó una carcajada fuerte:

—Y yo soy Julia Child^[7].

Duke yacía de costado, cubierto con la sábana. Tenía el rostro pálido y se le habían juntado unas gotas de sudor en la frente.

—Eh —dijo Donnie—. ¿Cómo estás?

Duke trató de hablar pero tenía los labios pegados. Se los limpió.

—Estoy bien —respondió—. Me duele la garganta.

—¿Y eso por qué? —preguntó Donnie—. Pensé que te habías golpeado la cabeza.

—Pero me duele —dijo Duke.

—¿Te caíste de un árbol?

Duke vaciló. Abrió la boca, luego la cerró enseguida.

—Sí. Qué idiota.

Wanda deslizó el pulgar por debajo de la nariz y se levantó de la silla de la cocina mientras volvía a calzarse la zapatilla. Recogió la bandeja y se fue hasta la puerta del cuarto de Duke.

—Mira lo que he preparado para ti, cariño —rió abriendo los ojos—. Para alegrar a mi pequeño soldado. —Duke levantó la cabeza para mirarla. Parecía loca—. No me han salido muy bien —explicó, mirando las galletas—. Mamá lo ha estropeado —volvió a reír.

—Estoy hablando con Donnie —dijo Duke.

—¿Ni siquiera vas a agradecersele a mamá? —preguntó ella haciendo pucheros.

—Gracias, mamá —dijo con voz monótona.

—Ah —respondió ella al tiempo que se acercaba a la cama. Depositó la bandeja colgando a un costado, dejando caer unas galletas al suelo. Se inclinó para mirarlos y recoger algunas—. ¡Encontré una pepita de chocolate! —dijo, sosteniendo una migaja de galleta quemada. Se la puso a Duke en la boca. Él enterró la cabeza de nuevo debajo de la almohada.

¡No! No la quiero.

Cielos, Duke, no es necesario gritar. ¿La quieres? Donnie le preguntó mientras se le desmoronaba entre los dedos. ¡Ups! —Luego levantó la mano—. Shhh —dijo, tratando de concentrarse—. Shhh. —Se oyeron unas ramas crujiendo cuando alguien se acercó por el frente de la casa. Una sombra pasó junto a la persiana del cuarto.

—Donnie, quédate dónde estás, cariño. Yo tengo una visita —dijo Wanda, arreglándose los cabellos y dejando migas negras en ellos.

Abandonó el cuarto y se fue a la cocina. Westley Ames estaba parado en la puerta.

—Eh, Wanda —dijo—. ¿Es buen momento?

—¿Sabes, Westley? Debiste haber llamado, pero supongo que está bien.

—Tengo un excelente producto para ti —le dijo él y ella alcanzó a verle la mano doblada en el bolsillo de la chaqueta—. Pareces sumamente interesada —rió entre dientes.

—Duke recibió un golpe, Westley. Está descansando.

Los ojos de Westley destellaron furia y le desapareció la sonrisa. Volvió a aferrar la bolsa. Wanda lo miró a los ojos.

—Vuelve mañana, Westley —dijo ella y cerró la puerta. Se volvió—. O esta noche más tarde —le gritó por la ventana abierta.

CAPÍTULO 5

—¡Sorpresa! —dijo Joe al entrar en la cocina cargando una enorme caja.

—Mágico removedor de pintura. Recomendado por Danny. Conseguí algunos en Dublín. Me encargaré de toda esa basura de las paredes de la torre del faro. Espero.

—Lo dejó junto a la puerta trasera. Anna corrió hacia él y saltó a sus brazos, enroscándole las piernas fuertemente alrededor de las caderas.

—Hoooola —dijo—. ¡Bienvenido a casa y a tu esposa!

—Esto es estupendo —contestó—. Tengo que irme con más frecuencia.

Ella sacudió la cabeza:

—No, no, no. Nunca más. —Lo besó por toda la cara.

—Te he extrañado —le dijo él—. Demasiado.

Ella bajó.

—¿Cómo tomó Giulio el hecho de que te fueras antes?

—¿Y qué podía hacer? Sabía que lo había arruinado. Siempre lo sabe.

—Es un bicho raro.

—Lo sé. Y yo he heredado algunos de sus genes.

—No te preocupes. Jamás podría olvidarlo.

—Eso llevará un tiempo —dijo Joe, señalando el removedor de pintura—. Hay que colocarlo, cubrirlo con papel, esperar un par de días y ver qué sucede. Es un gran trabajo para una pequeña dama.

—Bueno, haré que algunos de los muchachos me ayuden, si puedo. Pero no podía simplemente derivarle todo el trabajo a alguien.

—No —dijo Joe—. Eso podría llegar a ser un desastre.

Anna le lanzó una de sus miradas y Joe rió.

—Voy al taller. Petey me está esperando.

—¿Ya?

—Lo sé. Siempre hay tiempo para dormir más tarde.

Apenas estaba en la puerta cuando Petey empezó a decir:

—¿Alguna vez ha oído cómo algunos fareros ganaban dinero extra? —le preguntó sin esperar respuesta—. Se dedicaban a fabricar zapatos, a la prostitución y a la destilación. En 1862... —De repente se detuvo—. ¿Qué es la prostitución?

—Guau —dijo Joe, estudiándole el rostro para ver si estaba bromeando.

No lo estaba.

—Eh, ¿sabes lo que es el sexo?

Petey se puso colorado.

—Sí —musitó con la mirada baja.

—Bueno, algunos hombres pagan por tener relaciones sexuales con mujeres a las que llaman prostitutas. Eso es la prostitución. Supongo que algunos de esos fareros

alquilaban sus cuartos a ese tipo de mujeres.

—Ah —dijo Petey, y rápidamente retomó un tema menos incómodo—. Cerca de Waterford, los contrabandistas solían llegar a tierra con alcohol, velas y materiales de construcción, y los fareros los almacenaban hasta que necesitaban venderlos en...

—¿Aun en faros más pequeños como éste? —preguntó Joe.

—Sí —respondió Petey—, ellos solían...

—Petey —llamó Anna, agitando un teléfono móvil que sonaba—. ¿Has dejado esto en casa?

—Un millón de gracias —contestó, al tiempo que respondía a la llamada. Al colgar parecía traumatizado—. Mi madre lleva a Mae Miller a algún sitio. Quiere que le haga compañía en el viaje de regreso. Siempre tengo que ir a sitios estúpidos con ella.

—Esa mujer tiene que darle más independencia —dijo Anna cuando Petey se marchó—. No debería arrastrarlo todo el tiempo como si fuera un niño.

Eran las tres de la tarde cuando Duke estacionó el coche y se dirigió hacia la calle principal del pueblo de Tipperary. Mientras miraba fijamente por la vidriera de una ferretería, un pequeño terrier gris arrastrando una correa de tela escocesa le saltó encima y lo miró expectante. Duke se detuvo y luego se puso en cuclillas para acariciarlo.

—Eh, amiguito —le dijo al tiempo que lo levantaba en brazos y lo aferraba contra el pecho dejando que el perro lo acariciara con el hocico—. Pero si eres precioso.

La dueña, una madre joven, se acercó rápidamente cargando un bebé en la cadera.

—Muchas gracias. Es increíble —dijo—. Loco...

—Es un pequeño muy amigable.

Si lo sabré... —rió ella—. Gracias de nuevo.

Duke les siguió los pasos, luego se dio la vuelta y entró a la tienda. Minutos después, él salió con una bolsa de plástico Carilla y verde bajo el brazo. Siguió caminando por el pueblo. Se detuvo en la puerta de un restaurante de comida rápida.

Dentro había un grupo de adolescentes, hundidos en asientos individuales amarillos, estilo cubo, atornillados al piso mugriento. Él miró el cartel: «Héroes americanos», decía entre dos estrellas y franjas sobre un fondo azul descolorido. Entró y sonó un timbre. La camarera miró en dirección suya y luego volvió a mirar su cuaderno. Llevaba un delantal como de hospital muy tirante en la espalda, que se le enrollaba entre los gruesos muslos. Tenía los cabellos oscuros desgreñados que formaban una cresta en la coronilla y terminaban en una cola de caballo seca en la nuca.

—Deletrea vidrio, Siobhan —dijo él de modo tajante.

—B-I-D-R-I-O —dijo ella.

Todos rieron.

—V-I-D-R-I-O —dijo él—. Como vaca.

—Eso es solo porque yo aprendí a escribir muy rápido —aclaró ella, ruborizándose. Regresó al mostrador.

—Como culo de vaca —susurró el chico, lo bastante alto para que todos escucharan.

La camarera se detuvo al ver a Duke.

—Hola —le dijo, de modo torpe e impaciente—. Estaré contigo en un minuto.

Sirvió jugo para el chico, luego se deslizó de nuevo detrás del mostrador.

—Bueno. ¿Qué se te ofrece? —le preguntó.

—¿Puede ser un taco de carne y una coca? —pidió Duke, sonriéndola al mirarla a los ojos. Miró de reojo el cartel con su nombre: «Siobhan»—. ¿Sy-o-ban? ¿Ése es tu nombre? —le preguntó.

Ella rió:

—Se pronuncia Shiv-awn —aclaró—. Es irlandés.

Él sonrió de nuevo.

—¿Shavawn? Eso no es fácil de pronunciar.

Ella desapareció en el cuarto trastero y Duke se sentó a escuchar la ansiosa conversación que tenía lugar detrás de él.

—*Ésa no es tu mamá* —dijo uno de los muchachos.

—*Sí lo es* —respondió una de las muchachas, hundiendo la cabeza debajo de la mesa.

—*Aunque lo fuera, no podría mirar para adentro* —dijo él.

—*En este momento la estoy saludando.*

—*¡Basta! ¡Te verá!* —rogó ella.

—*Por Dios* —exclamó—, *estás totalmente paranoica. No tiene sentido salirse de clase si vas a ponerte tan loca.*

—*¿Ya se ha ido?*

—*Sí, nunca ha estado allí.*

—*Para ti todo está bien. Yo estoy castigada* —dijo al tiempo que volvía a sentarse—. *Lo cual significa,* —continuó con tono dramático—, *que me expulsarán si me descubren faltando a clases una vez más.*

—*Bueno, yo estoy faltando a un examen de biología importante* —dijo el muchacho—, *y a menos que tenga una muy buena excusa, también estoy metido en un buen lío. Me enviarán a la clase más baja. Junto con los bobos.*

—*Yo solo estoy faltando a dos clases de música y a dos horas libres* —dijo la otra muchacha sonriendo—. *Y al Sr. Nolan se le puede persuadir* —agregó. Todos rieron.

Siobhan llegó trayendo unas patatas fritas, tratando desesperadamente de involucrarse en su conversación. Rápidamente estuvo de nuevo con Duke, con los

ojos caídos, de nuevo rechazada con un comentario cruel y fortuito.

—La gente es idiota —dijo Duke.

Ella sonrió.

—Ah, ellos son buenos —dijo ella, mirando atrás hacia donde estaban los jóvenes.

—¿Sabes? Tienes una sonrisa realmente hermosa —comentó.

Ella se ruborizó.

—Sí, claro.

—De veras —afirmó—. Solo quería decírtelo. Nada más.

Volvieron a llamarla, pero Duke se quedó en el mostrador, hablando con ella cada vez que estaba desocupada. Él era la única persona que quedaba cuando cerró el restaurante un par de horas más tarde, se quedó de pie con ella en la acera mientras cerraba el candado de las persianas.

—Ven conmigo —dijo Duke, ofreciéndole la mano. Ella la tomó y sonrió.

Anna, Shaun y Joe estaban en la torre del faro con una copa desechable de *champagne* cada uno. Joe destapó una botella llena hasta la mitad, llenó su copa y la de Anna y sirvió un sorbo en la de Shaun.

—No te mates, papá.

—Claro —dijo Joe, aclarando la garganta—. Estamos aquí reunidos para brindar por este hermoso faro y por todos los que trabajaron en él. Ha embellecido Shore's Rock y garantizado la seguridad de los marineros de todo el mundo.

Anna levantó la copa.

—Brindamos por su estado actual...

—... en minas —dijo Shaun.

—Y esperamos ansiosos su futura gloria —continuó Anna.

Joe chocó la copa con ella.

—Por la fiel restauración que estoy seguro que atravesará en manos de mi inteligente esposa. Un cambio de imagen para terminar de embellecerlo.

Shaun levantó la copa.

—En las semanas venideras se hará una liposucción, un retoque en la frente, cirugía estética de abdomen, de nariz, e implantes dentales Da Vinci.

—Gracias por eso —dijo Anna—. Por la sensibilidad de tus...

—... tonterías adolescentes —prosiguió Joe.

—El placer es mío —respondió Shaun—. Está bien... ahí vamos. Por mamá, por habernos arrastrado con su loca idea a toda la familia por el Atlántico. Y personalmente tengo que agradecértelo por haberme presentado a mi hermosa...

—No es por ti —dijo Joe—. Empieza de nuevo.

—Claro que sí —aseguró Shaun—. De todas maneras, mamá: por tu creatividad,

tu trabajo arduo, tu dedicación, y por no obligarme a ayudarles a los muchachos a quitar la pintura de estas paredes.

—¿Ves? —dijo Joe—. A veces se le ocurre algo.

Shaun suspiró con aire dramático.

—Está bien. La última. ¿Mamá? Quiero que sepas que... —Se detuvo con un destello en los ojos, y luego le ofreció a Anna una sonrisa muy genuina...— para mí siempre fuiste una luz guía. —Y la besó en la mejilla.

—Oh —suspiró Anna, secándose una lágrima del ojo.

—Eso ha sido encantador —dijo Joe—. Estoy asombrado.

—No soy tan malo... Pero tengo que irme —les informó Shaun, terminándose el *champagne* de un solo trago.

—Bueno, bueno —dijo Anna—, de todos modos tenemos que seguirte. Los muchachos están esperando.

Al salir, Ray, Hugh y Mark, el paisajista, estaban parados en la hierba frente a ella.

—Esto es con lo que andaremos, muchachos —les indicó, al tiempo que les entregaba unas máscaras blancas—. En estas paredes hay capas de pintura con óxido debajo. Tenemos que remover todo hasta que quede solo el metal, para poder preservarlo y pintarlo adecuadamente.

Mark comenzó a hablar.

—Antes de que digáis nada, Mark, no, no se podía simplemente rascar.

Él sonrió y se pasó la mano por la salvaje cabellera rubia.

—Ni siquiera sé para qué me molesto. No tengo ni la menor idea de lo que voy a hacer. Debió haberme dejado con la hierba.

—Bueno, te lo agradezco —contestó ella—. No tienes idea de cuánto.

—Muchas manos... y todo lo que sigue —dijo él.

Ella prosiguió:

—Entonces, lo que tenéis que hacer es colocar este material con una cuchara y cubrirlo con papel. Una vez que esté terminado, lo dejamos unos días. Debería hacer transpirar la pintura vieja. Entonces podremos comprobar el verdadero daño, para ver si hay que reemplazar algunos de los paneles. Eso es todo. Ah, y antes de comenzar cubrid el piso con periódicos.

El viento azotaba alrededor del puerto de Mountcannon, meciendo botes e izando velas. La pasarela de cemento que había arriba, de unos diez metros estaba desierta, salvo por Katie que estaba de pie balanceándose con el viento, con las manos hundidas en los bolsillos de su canguro rosa. Le dio la espalda a los botes y miró hacia el mar, con las luces intermitentes de los faros que había del otro lado.

—Este sitio aún me asusta —dijo Shaun, que llegaba por detrás de ella, señalando

la pasarela de dos metros de ancho sin barandas en todo el largo—. Quiero decir, aquí las opciones son desollarte el trasero en un contenedor oxidado y luego asfixiarte bajo una pila de redes podridas, o... —miró hacia el otro lado... golpearte con alguna piedra enorme y ahogarte.

—Eso es como, ¿qué es peor, morir en un barril de pus o de costras? —dijo Katie.

—¿Cómo? —preguntó Shaun.

—Era uno de los dichos preferidos de mi padre —contestó Katie—. Yo probablemente me inclinaría por el de costras.

—Lo cual suena como una gran idea, hasta que te raspen en la garganta, y luego las inhales hasta que te lleguen a los pulmones...

Katie meneó la cabeza.

—Oh.

Shaun la atrajo entre sus brazos, aferrándole la cabeza contra el pecho y apretándola hacia sí. Ella lo miró y él supo cómo se sentía.

—Todavía no puedo creer que me invitaras a salir —dijo ella.

—¿Qué? ¿Por qué? Si eres un encanto. ¿Por qué no te pediría salir?

—No soy un encanto —dijo ella dándole un golpe—. Es solo que llegaste pareciendo un... un gran jugador de fútbol americano o algo así, con tu dentadura perfecta, y todas pensamos que ninguna tendría posibilidad. Simplemente pienso que es raro que yo esté aquí.

—Estás loca. Realmente eres hermosa. Me haces reír, eres inteligente, bonita...

—Oh, eso es muy bonito.

—No es bonito, es cierto.

—¿Cómo fue la ceremonia del faro?

—Me llené la boca de *champagne*. Ah, e hice llorar a mamá.

—Por un buen motivo, espero.

—No. Le dije que había cometido un gran error.

Katie rió. Shaun la cogió de la mano y caminaron contra el viento hasta bajar los escalones. Fueron por el andén, pasaron junto a las ventanas empañadas de Danaher's y subieron por una calle sinuosa que había detrás de una corta hilera de tiendas. Se pararon en un cartel que decía: «Casas de veraneo Vista Marina».

Más adelante había un callejón desierto sin salida bordeado de árboles. Hacia la izquierda, la calle subía en una pendiente pronunciada hasta juntarse con otra, un callejón más grande, donde había quince casas de veraneo de cuatro habitaciones que daban hacia la fila de árboles. Tres de las casas tenían luces encendidas, cerca de la entrada. La jefa de Shaun, Betty Shanley, vivía en la primera, pero esa noche estaba fuera de la ciudad. Shaun y Katie doblaron a la derecha, fueron corriendo junto a los árboles y bajaron por la pendiente, lanzando rápidas miradas alrededor antes de que Shaun deslizará la llave en la puerta de la última casa, la número 15 y ambos entraron

riendo al vestíbulo.

—He encendido la calefacción temprano —comentó Shaun.

—Sí, lo huelo —dijo Katie, arrugando la nariz ante el aire rancio que salía del calefactor.

—¿Preferirías congelarte el trasero? —le preguntó Shaun.

—No.

—¿No te sientes un poco culpable? —le preguntó él.

—Un poco.

—Yo también. Es solo que... la señora Shanley. Ha sido buena conmigo. Y con mamá, cuando ella era su niñera, o la cuidaba, o lo que sea.

—Lo sé. Pero estoy segura de que nuestros padres hicieron lo suyo cuando tenían nuestra edad.

—No vayamos allá —dijo Shaun.

—Sí. Oh.

—¿Estás lista para tu sorpresa?

—¿Tengo una sorpresa? ¡Genial!

—Ve a la nevera.

Katie abrió la puerta de la nevera y se encorvó. Había un pequeño pastel de chocolate con forma de corazón, media botella de vino y una rosa blanca. Ella le sonrió.

—Es lo más dulce que jamás alguien ha hecho por mí en toda mi vida —le dijo—. ¡Eres adorable!

—Sé que no es algo original, pero qué diablos...

—Cállate. Me encanta todo. Te amo.

Joe se sentó junto a la mesa de la cocina con un correo que había llegado esa mañana. Miró el plato y luego rápidamente a Anna.

Ella movió la cabeza:

—Tú estás malcriado.

—¿Qué? —dijo él encogiéndose de hombros.

—Te vi. Mirando tu cena con esa cara.

—¿Qué cara? —estaba sonriendo.

—Esa cara que se usa para expresar que estás acostumbrado a la comida casera...

—... Preparada por una cocinera francesa.

—Por una idiota francesa —remarcó Anna.

Joe abrió la carta de una empresa telefónica en oferta, le echó una mirada y la arrojó a un lado.

—Estoy exhausta —apuntó Anna—. Compro esta hermosa cena de TV, la pongo en el microondas y...

—Sí, bueno, pero que no vuelva a suceder.

Anna rió.

—No dejaré que sucedan más comidas, a ver qué prefieres...

Joe estaba sonriendo al coger una carta del banco. La rasgó para abrirla, leyó el extracto bancario y frunció el ceño.

—¿Por qué desaparecieron de mi cuenta cuatrocientos euros? ¡En una tienda de muebles de Dublín!

—Oh. Me fui un poco del presupuesto con el baño.

—¿Qué?

—He gastado de más en los accesorios.

—Eso no fue lo que quise decir. Lo que quiero decir es ¿en qué diablos estabas pensando? ¡Otra vez! Supongo que la revista tampoco va a pagarme por esto.

—No, pero sabes que esto es importante para mí.

—Sí, lo sé, pero no voy a caer en bancarrota por esto. ¿Sabes en lo que estoy metido ahora? Dos mil euros gastados en una casa que ni siquiera es mía. Me quedo sin dinero por la habitación, la sala...

—Vale la pena. Jamás he tenido un proyecto así, algo que haya hecho de principio a fin. Esto cambiará mi carrera.

—¿Y qué pasa si no lo hace?

—¿Qué quieres decir con que si no lo hace? Siempre ha sido tu trabajo, tu trabajo...

—Sí. El mismo que os ha mantenido a ti y a Shaun económicamente asegurados durante los últimos dieciocho años. ¿Qué hubiera sucedido si hace algunos años yo hubiera renunciado para intentar hacer algo nuevo?

—Yo te hubiera mantenido.

—¿Con qué? Por el amor de Dios. Tú no vives en un mundo real. La gente común tiene fondos. La revista tiene fondos. Yo tengo un maldito fondo. Pero eso no está bien, ¿verdad? Eso para ti es demasiado normal, ¿verdad?

—Eso no es cierto.

—Lo que estás haciendo es egoísta.

—Al final, dará resultado. Ganaré mucho dinero. Te compraré cosas bonitas. — Ella trató de sonreír. Joe lo ignoró.

—Yo tengo todo lo que quiero aquí, Anna. Yo no estoy buscando siempre algo mejor. —Él terminó de comer en silencio.

John Miller estaba apoyado pesadamente sobre la barra, aferrando una jarra de Guinness con un vaso de whisky al lado. Ed Danaher asentía con la cabeza pacientemente. En general era gruñón y bruto. Pero la gente se sinceraba con él porque si tenían suerte, hasta podía llegar a gritarles alguna verdad útil. Se frotó las

puntas de los bigotes negros, luego se arremangó las mangas de la camisa blanca.

—¿De veras, John? —preguntó—. Eso es algo tremendo. ¿Qué hiciste?

—Me emborraché —sonrió John—. Y desde entonces no he vuelto la vista atrás. Ed rió con él.

—En serio —dijo John—. Me quedé con un amigo. Pero él era más perdedor que yo. Ambos simplemente nos entregamos a la bebida, mañana, tarde y noche. Allí fue cuando mi hermano, ya sabes, Emmet, vino a buscarme. Sally tenía una orden de protección judicial en mi contra, no podía ver a los niños. —Las lágrimas brotaron de sus ojos, rápidamente la furia reemplazó a la congoja—. Todavía no puedo ver a mis malditos niños.

Ed había aprendido a no decir nada cuando los borrachos estaban alterados.

—Oh, no te preocupes —dijo John—. Puedo estar amargado pero todavía no soy malvado. —Se dio la vuelta en la silla balanceándose, para echar una mirada alrededor del bar, con los codos apoyados en el respaldo de la silla y los movimientos imprecisos.

Joe entró y se dirigió a la barra.

—Eh, Joe —lo llamó Ed—. ¿Cómo van las cosas? ¿Cómo va esa mujer arreglándoselas sola?

—Las cosas van bien. Anna se ha topado con algunos problemas con lo del faro, pero ya la conoces...

—Este es un hombre —señaló John, con gesto salvaje—, que lo tiene todo.

Joe lo miró fijamente. John alargó un brazo hacia él.

—John Miller —le dijo.

—Joe Lucchesi.

—Ya sé quién eres, está bien. Esposo de Anna. Padre de Shaun...

—¿Pertenece al *Servicio de Inteligencia Local*? —preguntó Joe con una leve sonrisa.

—Una vez que eres local, estás dentro —dijo John.

—¿De veras? —respondió Joe con tirantez, tratando de volver a captar la atención de Ed.

—Solo estoy bromeando contigo —dijo John.

—Claro —contestó Joe.

—No te vayas a poner raro conmigo ahora —le dijo John, dándole un empujoncito suave en el pecho.

—Déjame invitarte a un trago. Ed, una Guinness para mí y un Jameson aquí para el señor Miller.

—Quédate con tu maldito dinero —balbuceó John—. Quédate con tu maldita esposa, tu hijo, tu faro y tu perfecta...

—Eh, amigo... —dijo Joe.

—¿Has escuchado esta mierda? —comentó John.

Ed dejó la cerveza de Joe encima de la barra y se volvió hacia John.

—Bueno, ya es suficiente. Quizá debas salir e ir hasta los muchachos y llenar los pulmones con un poco de aire.

John resopló pero se levantó y se fue.

—No le hagas caso —dijo Ed—. Su esposa lo dejó, no puede ver a sus hijos. Están en la otra punta del mundo, él está bastante afectado por eso.

—No me digas —murmuró Joe—. Pero yo no he sido el que le cambió la cerradura. —Sonrió y se dirigió hacia el salón. Vio a John Miller que pateó la banqueta al regresar del baño. Tenía los ojos saltones y lanzaba miradas en diferentes direcciones como una mosca. Joe estaba sonriendo para sí cuando Ray y Hugh entraron y se le unieron.

—¿Por qué estás tan contento? —preguntó Hugh.

—Simplemente estaba mirando al borracho de allí con esos ojos de bicho y me recordó un experimento con moscas de la fruta. Era a raíz de una investigación sobre el alcoholismo, porque las moscas de la fruta viven en la fruta fermentada, y aunque al igual que nosotros se aceleran o pierden el conocimiento, jamás se vuelven adictas.

—¿Uno puede apuntarse para ser parte de esos experimentos? —preguntó Hugh.

Frank Deegan estaba sentado junto a la puerta de Danaher's observando a su esposa, Nora. La ceñuda, testaruda y ferozmente inteligente Nora. Sostenía una copa de coñac en la mano y un cigarrillo imaginario entre dos dedos huesudos. Le estaba vociferando a su amiga Kitty algo sobre un artista que le había colgado el teléfono cuando ella le preguntó si mostraría su trabajo en la galería que estaba planeando abrir en el pueblo.

—Ese miserable —comentó, y luego, mirando a Frank, agregó—: disculpa mi lenguaje. Estoy tratando de cultivar su imagen como la de un genio imprevisible. Cuando en realidad es un pobre don nadie, razonablemente inteligente, roto y terriblemente alcohólico. Y, *de manera previsible*, volvió a llamarme y me dijo que accedía. Y sé que es porque necesita el dinero. Probablemente para comprarse unas sandalias y una bata.

Frank y Kitty rieron. Nora bebió el resto del trago de una sola vez, sacudiendo el pelo corto y de color rubio rojizo por encima de los pronunciados pómulos.

—Brandy, *oficial* —dijo ella, ofreciendo la copa al tiempo que le guiñaba un ojo al esposo.

—A casa —dijo él—. Mira la hora. —Eran las once y media, hora de cerrar.

Nora le lanzó una mirada a Kitty.

—Lo siento —comentó—, él nunca es amable.

Frank se puso de pie, sin alcanzar el metro ochenta de su esbelta esposa. Se pasó una mano por la espesa cabellera gris, se estiró el jersey verde y extendió los brazos a

los lados. Nora lo había visto realizar la misma rutina durante cuarenta años. La descubrió observándolo y le guiñó un ojo.

Ray, Joe, y Hugh estaban marchándose al mismo tiempo y se detuvieron frente a él.

—Eh —informó Ray, poniendo un megáfono imaginario en la boca—. Señores, apártense de sus copas. Por favor, dejen sus copas. Han pasado tres punto cuatro segundos de la hora de cierre. Aléjense de sus copas.

Frank sonrió.

—¿Necesita ayuda para despejar el área, oficial? —preguntó Ray.

—Podrías esposar a algunos de éstos. Probablemente Joe recibiría una patada por registrarlos, ¿verdad?

Frank y Joe rieron.

Mick Harrington se abrió paso entre ellos cuando iba a salir cargando una enorme bolsa de papel marrón llena de botellas.

—Cielo santo —dijo Hugh—. Es el padre Merrin.

Mick lo miró.

—Ya sabes, el Exorcista. Entra y se lleva los espíritus —ironizó Hugh.

Mick lanzó una de sus vigorosas carcajadas.

—Hay como veinte hispanos borrachos en el puerto a los que tengo que mantener lubricados —explicó—. Esta es mi segunda redada de la noche en el bar. Les están reparando el barco y ellos lo están esperando mientras cantan esas canciones de mierda de borrachos. —Se volvió hacia Joe—. A propósito, si Robert está con Shaun, dile que regrese a casa. Será mejor que alguien le haga compañía a mi esposa.

—Han salido —dijo Joe.

—Entonces pondrán dos grandes marcas negras junto a los nombres de ambos —manifestó Mick.

Katie se detuvo y echó la cabeza atrás, apretándose los ojos. Aún le caían lágrimas. Comenzó a caminar de nuevo, rápidamente, desesperada por estar en su casa y en su cama. De repente, las luces traseras de un vehículo cobraron vida frente a ella, el vehículo se inclinó en la cuneta. Ella entornó los ojos encandilada y disminuyó el paso hasta quedar lo bastante cerca para saber que algo estaba muy mal.

CAPÍTULO 6

Stinger's Creek, centro-norte de Texas, 1980

La señora Genzel vigilaba a su clase de quinto grado. Estaban inclinados sobre el examen parcial de historia, con los brazos en forma de gancho sobre sus respuestas. Duke Rawlins estaba sentado con la cabeza gacha, moviendo el lápiz furiosamente. Ella alcanzó a ver las hojas que él había terminado, crujientes sobre el pupitre por la presión de sus trazos. Alzó la vista en busca de algo y ella se preguntó qué ocultarían esos ojos pálidos. Luego él se detuvo, y de repente arrancó las hojas y se las comió ruidosamente. Arrojó una o dos al piso. El resto de los niños se quedaron mirando fijamente. Una risita rompió el silencio.

—Shhh —dijo la señora Genzel. Se volvió hacia Duke—. ¿Está todo bien? —le preguntó con tono suave.

Él le devolvió un rápido y brusco movimiento de cabeza. Tenía la boca herméticamente cerrada. Los dedos de la mano izquierda tamborileaban el escritorio.

—¿Quieres comenzar de nuevo? —le preguntó ella.

Él volvió a sacudir la cabeza, esta vez más despacio.

—No, señora.

Luego se apoyó atrás y apretó mucho los ojos. Tenía el pecho agitado.

Ella examinó su expresión.

—¿Puedo verte fuera, Duke?

Él se levantó del pupitre y atravesó la puerta. La señora Genzel trató de mirarlo, pero él mantuvo la cabeza gacha.

—Parece que las cosas no andan muy bien contigo —dijo ella.

—Estoy bien —respondió.

—¿Qué ha sucedido ahí dentro?

—Nada, señora.

Ella esperó.

—Cosas —agregó él.

—¿Qué tipo de cosas?

—No lo sé, señora.

—¿Las preguntas eran muy difíciles?

—No —respondió Duke—. Es que yo... —Él desvió la mirada.

Entonces él la cogió desprevenida, levantó la cabeza para mirarla fijamente. El corazón de ella dio un vuelco. En ese momento se encontraba lo bastante cerca para poder distinguir la lucha interna que ocultaba la mirada del niño. Duke solo veía calidez en el rostro de la mujer, pero rápidamente la reemplazaban imágenes oscuras

de rostros en quienes él no podía confiar, en reacciones que él no podía predecir.

—Nada —dijo retrayéndose—. No supe escribir algo.

Ella no se había dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta que la soltó.

—Está bien. Volvamos dentro.

La oficina era ordenada y acogedora, con paredes color crema y papel estampado, había guardasillas y zócalos con girasoles. Los dibujos de los niños cubrían la pequeña pizarra de avisos. La señora Genzel estaba sentada detrás de su escritorio, tenía los cabellos grises con corte masculino que enmarcaban un rostro cálido y suave.

—Señora Rawlins...

—Señorita —dijo Wanda—. No puedo vivir con ellos...

Se movió en la silla ancha, retrayéndose en ella, de modo que las piernas cruzadas y la costra negra que tenía en la rodilla fue lo primero que la maestra notó.

—Sí —continuó la señora Genzel—. Señorita Rawlins, hoy la he hecho venir hasta aquí para hablar de Duke.

—Ese niño va a matarme —exclamó Wanda, parpadeando lentamente, con la cabeza floja sobre el cuello.

—Ayer estuvo llorando. Dijo que se le había muerto el perro, que alguien le había matado al perro.

—Sparky —dijo Wanda. Comenzó a rascarse con fuerza, las uñas recorrían los muslos de arriba abajo, dejando una huella caliente de líneas rojas—. Pobre Sparky.

La señora Genzel la observó con el ceño fruncido.

—¿Es eso cierto? —le preguntó.

—Me temo que sí. El lunes salí al patio y encontré al animalito tirado allí, frío como teta de bruja... ¡Ups!

—¿Qué le sucedió?

Wanda se inclinó hacia adelante.

—Ni idea. —Volvió a apoyarse atrás, retorciéndose en la silla, calzándose sobre los codos, irguiendo el cuerpo, luego deslazándolo de nuevo hacia atrás.

—Sé que Sparky era importante para Duke —dijo la señora Genzel—. En tercer grado, trajo una fotografía del perro para enseñarlo y hablar sobre él; y solía dibujarlo. Debe estar muy triste.

—Sí —respondió Wanda.

—¿Hay algo que podamos hacer para facilitarle las cosas? —dijo la señora Genzel.

—Lo superará.

—No es tan sencillo...

Wanda ya estaba luchando por levantarse de la silla. Le ofreció una muñeca débil a la maestra.

—¿Está todo bien con Duke? ¿En casa? —preguntó la señora Genzel.

Wanda siguió caminando hacia la puerta...

—Yo estoy sola, pero cuido a mi hijo.

—Por supuesto que sí. Yo simplemente estaba... preocupada.

Wanda se adelantó con un paso drástico.

—¡Tsss! —dijo estampándose un hierro de marcar imaginario en la frente—. Mala madre.

La señora Genzel la miró fijamente. La carcajada de Wanda terminó en un pequeño suspiro.

—En fin, debo irme.

Abandonó la oficina y miró el reloj. Ya era casi hora de esperar a Duke. Se apoyó en el portón de la escuela con los hombros caídos y encendió un cigarrillo. Vio a Duke caminar con pesadez detrás de los otros niños. Se acercó y ella le alborotó los cabellos, dándole una palmada juguetona en el hombro.

—Esa señora Genzel es una vieja bruja.

—A mí me cae bien —comentó Duke. Caminó adelante hacia la casa. Finalmente Wanda habló, extendiendo el brazo y haciéndole dar la vuelta del hombro hacia ella.

—Cielos, Duke. ¡Ya te lo dije! Siento lo del perro, ¿está bien? —Arrojó la colilla del cigarrillo y la pisó con la bota y luego giró la pierna—. ¿Quién hubiera creído que unas patadas lo mandarían a la tumba? Sí, sí, sí, al maldito bicho.

Duke se detuvo, rígido. La miró con furia. Lo único que ella hizo fue sonreír.

El pequeño perro mestizo reapareció en medio del polvo talcoso. Al asentarse alrededor de él, volvió a dar volteretas y formó otra nube.

Duke no podía hablar. Solo observaba. Wanda estaba esperando una reacción.

—¿Cariño? —Esperó—. ¿Cariño? —La voz de ella sonaba aguda en su cabeza.

—¡Cariño!

—¿Qué? —respondió con un tono demasiado alto.

—¿Qué dices?

El corazón de Duke latía con fuerza. El sudor le corría por la espalda. Alzó la vista para mirar a Búa, búa con la frente en alto, las piernas separadas y las manos en las caderas haciendo un gesto de cabeza y sonriendo. Luego volvió a mirar al infeliz animal que daba brincos frente a él. Todo estaba muy mal.

—Gracias, señor —dijo Duke.

—¿Cómo vas a llamarle? —preguntó Wanda.

—Cabrón —señaló Duke.

Wanda le dio un golpe fuerte en un lado de la cabeza.

—¡Dile qué nombre vas a ponerle a este encantador perro nuevo! —le gritó—. Es un gesto hermoso que nunca nadie ha tenido contigo, Duke. Tienes que demostrar un poco de respeto.

—Está bien —dijo Búa, búa—. Pronto lo sabrá. —Le dio una palmadita al niño en la cabeza y entró a esperar a Wanda.

Duke no siguió. Cogió al animal flacucho, sostuvo debajo del brazo el cuerpo que se meneaba y se fue hasta la casa del tío Bill. Él estaba sentado en un claro, con los brazos extendidos después de liberar a un halcón joven.

—¿Es Bounty? —gritó Duke—. ¿El halcón pichón?

—Sí —respondió Bill—. Solo estoy cuidándolo un poco hasta que regrese Hank. —Echó una mirada al perro—. ¿Es tuyo? ¿Ya tienes uno nuevo?

—Mamá me lo ha conseguido.

—Ah. Está bien. Solo ten cuidado...

—No lo dejaré ir, si a eso te refieres —dijo Duke.

—Es importante porque...

Fue interrumpido por un coche que se paró frente a la casa. Le entregó a Duke el guante de cuero.

—No te hará nada —le dijo, señalándole a Bounty—. Tengo la carne en mi bolsa. Regresaré en un momento y entonces comenzaremos con ella.

Duke dejó el perro en el suelo y lo sujetó entre las piernas mientras deslizaba la mano en el guante. Luego lo soltó y el perro salió corriendo por el claro, lanzándose salvajemente de árbol en árbol. Bounty abrió las alas de golpe. Movía la cabeza de un lado a otro. En un instante, se elevó y bajó en picado, con el temor que la conducía hacia una presa improbable; el perro aulló cuando el halcón clavó los talones. Los ojos de Duke se pusieron vidriosos. Apenas percibía el ruido, las alas batiéndose, la frenética y confusa actividad. Volvió a centrar la vista en los instantes finales. Luego, silencio.

—¿Qué diablos está sucediendo aquí? —dijo Bill, golpeando las ramas para apartarlas mientras corría por entre los árboles que había junto a la casa. Se detuvo al ver al perro muerto.

—¿Bounty lo...?

Duke asintió con la cabeza. Miraba fijamente la sangre que estaba formando un charco debajo del cuerpo.

—Siento muchísimo lo que ha sucedido —dijo Bill. Justo después de Sparky... Lo siento muchísimo, amiguito. El maldito pájaro es cazador de perros, demasiado joven para tener juicio, se asustó, probablemente...

—Está bien —dijo Duke.

—Debí decirte que los jóvenes pueden comportarse de ese modo...

—Lo hiciste, tío Bill. La semana pasada me lo dijiste —le dio una palmadita en la

enorme mano del hombre.

Se quedaron en silencio. Finalmente Bill entró. Regreso con una pila de periódicos y dispuso una capa delgada en la tierra para limpiar la sangre. Luego tomó el cuerpo sin vida y lo colocó encima del resto de la pila, envolviéndolo bien con las páginas. Escuchó un sollozo detrás de él. Se dio la vuelta y vio las lágrimas rodando por el rostro de Duke, los espasmos le entrecortaban la respiración. El tío Bill se limpió las manos en el mono, luego atrajo a Duke hacia sí aferrándolo fuerte mientras el pequeño lloraba por un perro llamado Sparky.

CAPÍTULO 7

Joe sintió la alarma golpeándole el pecho. El corazón le latía salvajemente. Se percató de que era el teléfono cuando Anna se estiró por encima de él para contestar.

—¿Hola? —dijo ella y escuchó, confundida.

—No, Martha. Él llegó solo como a las once y media. A menos que... no sé. Déjame ir a ver. —Le pasó el teléfono a Joe.

—Hola —dijo Joe. La dejó hablar—. No tengo idea —agregó finalmente—. Estoy seguro de que hay...

Anna volvió a entrar en la habitación, sacudiendo la cabeza. Shaun venía saltando detrás de ella, con el ceño fruncido.

—¿Qué? —preguntó, mirando a sus padres—. ¿Qué?

—Ella no está aquí, Martha —dijo Joe—. ¿A qué hora la dejaste? —le preguntó a Shaun.

—Como a las once y media o doce menos cuarto —respondió Shaun. Todos miraron el reloj. Eran las cuatro y media de la mañana.

—Dios mío —exclamó Shaun abriendo mucho los ojos.

—¿Qué quieres que hagamos? ¿Hay alguien a quien podamos llamar? —dijo Joe al teléfono—. Está bien —respondió, y luego colgó—. Martha va a llamar a algunas de las chicas de la escuela.

—Pero ella no estaba con ninguna de las chicas de la escuela —dijo Shaun.

—Estará bien —comentó Joe—. Quizá se encontró con alguna de camino a casa. ¿Por qué no la acompañaste? —dudó—. ¿Discutisteis?

Cuando Shaun notó la preocupación en los ojos del padre, desvió la mirada. No había posibilidad de que le contara lo sucedido esa noche. Katie lo mataría.

—No, no discutimos —respondió. Parecía estar a punto de llorar—. Solo que quiso regresar a casa sola.

—No te preocupes —le animó Joe—. Ya aparecerá.

Durante las últimas dos horas, Frank Deegan había estado mirando fijamente al techo. Antes se había adormecido en el sofá, pero una llamada telefónica lo había sacudido y dejado demasiado despierto para retomar su habitual hora de acostarse. Y para empeorar las cosas era alguien que había colgado. Se dio la vuelta hacia Nora que estaba dormida a su lado. Apoyándose en un codo, se levantó de la cama pesadamente y se detuvo para sentarse al borde antes de levantarse. Se ajustó los pantalones del pijama de color azul marino y se dirigió a la cocina. Se detuvo en la mesa, los dedos cortos revolotearon sobre una bolsa de papel metalizado brillante que contenía granos de café. Nora tenía que ser diferente, una adicta al café en medio de una generación de bebedores de té. Ella solía quejarse cuando visitaba amigos que

usaban el mismo café instantáneo que le habían ofrecido un año atrás, los granos formaban un terrón húmedo que quedaba pegado en las paredes del frasco. Solo los sacos de té se reemplazaban regularmente en la mayoría de los hogares de Mountcannon.

—Asqueroso —le decía después a Frank—. Asqueroso.

Él miró el reloj, escuchó el ruido de su úlcera e ignoró la llamada de la cafeína. En cambio puso en la cocina un recipiente con leche y se sentó a la mesa con el periódico. Se estiró para alcanzar las gafas de leer con los gruesos cristales de aumento. Los había comprado en la farmacia. A Nora le encantaba burlarse de él y de sus ojos gigantes. Le recordaba a algo que ella nunca podía saber qué era. A veces él levantaba la vista del libro o periódico solo para hacerla reír.

Al volver a sentarse en la silla, sonó el teléfono.

—Hola —dijo él como si fueran las diez de la mañana.

—Frank, soy Martha Lawson. Katie no regresó a casa anoche.

—¿Quieres decir anteanoche? —preguntó Frank.

—No, bueno, quiero decir esta noche. Debía haber regresado a medianoche.

—Son las cinco de la mañana, Martha, para una adolescente todavía es temprano. Especialmente los fines de semana. —Él se frotó los cabellos con una mano—. ¿No estaba en una de las discotecas de la ciudad?

—No —dijo Martha—. No la dejan entrar. Estaba en el pueblo con Shaun. Por algún motivo quiso regresar a casa caminando sola y ahora no aparece. Ay, aguarda, Frank. Hay alguien en la puerta.

—Bueno, ahí la tienes —murmuró, mirando al cielo.

Ella regresó al teléfono, con la voz temblorosa.

—Solo eran los Lucchesi —comentó.

—Ah, bueno. Entonces iré a tu casa —dijo Frank—. Seguramente me encontraré a Katie en el camino.

—Gracias, Frank. Te lo agradezco.

Frank retiró la leche de la cocina y tomó el café tostado colombiano.

Martha Lawson vivía con su hija en un pequeño chalé blanco con un gran jardín, una casa residencial en un camino rural, a diez minutos a pie del puerto, a treinta minutos a pie de casa de los Lucchesi. Por dentro la casa tenía una mezcla de diferentes maderas, alfombras y géneros: un tocador de caoba con una mesa de café de pino barnizado, alfombra estampada con flores y cortinas con diseños aztecas. Cualquier superficie estaba impecable.

Frank se sentó en un sofá marrón a la izquierda de Martha, con el cuerpo girado hacia la mujer. Ella tenía un rostro poco agraciado, pero la mayoría de los rasgos que volvían hermosa a Katie. Tenía círculos rojos en los ojos y las pestañas húmedas de

lágrimas.

—Estoy seguro de que Katie se encuentra bien —dijo Frank—. No sé qué es lo que se propone, para ser honesto, pero sea lo que sea, estoy seguro de que tendrá una buena explicación cuando atraviere esa puerta.

—No, Frank, realmente no lo creo. Por favor. Conozco a Katie. Ella no es así. Dios sabe que podría estar muerta en alguna zanja. Ya has escuchado sobre esos casos de ataques sorpresa.

—No estés preocupándote por ese tipo de cosas —dijo Frank sutilmente.

—Lo siento —comentó ella—. Es solo que, jamás he... —Se fue apagando.

—Está bien —la consoló Frank, dándole una palmadita en la mano.

—Shaun pasó a buscar a Katie a las ocho —comentó—. Ni siquiera asomó la cabeza para despedirse, simplemente salió de un salto a su encuentro. —Se quedó un instante pensando en eso—. Ni siquiera me despedí de ella —lloró.

—No sabemos si le ha sucedido algo —dijo Joe, que había estado de pie del otro lado junto a la chimenea, bebiendo LV8 de una botella púrpura, una bebida energética con cafeína agregada—. Y si tuviéramos que despedimos de nuestros hijos cada vez que salen por la puerta, estaríamos yendo y viniendo todo el día.

Martha sonrió, al tiempo que se limpiaba la nariz con un kleenex rosa.

—Shaun dijo que habían andado por el puerto, pero que ella quiso regresar a casa caminando sola, o algo así, de modo que él la dejó. —Lanzó una mirada hacia Anna y Joe—. Se supone que tendría que haber estado en casa a medianoche.

—¿Y en dónde está Shaun? —preguntó Frank, con el ceño fruncido.

—Quiso quedarse en casa —dijo Joe—. Y esperar junto al teléfono. Supone que ella lo llamará allí porque no hay mucha cobertura en el teléfono móvil.

Shaun miraba fijamente la pared de su habitación. El corazón le latía con fuerza. Daba vueltas alrededor, probando diferentes posiciones para obtener cobertura en el teléfono móvil, pero sabía que nada resultaría. Lo usó para acceder a su casilla de mensaje de voz. No había mensajes nuevos. Intentó con la línea privada desde su habitación. Sonaba. Colgó. Revisó el contestador. No había mensajes. Levantó el teléfono, marcó unos números, lo miró y volvió a colgar. Seguía sin haber mensajes.

Se escuchó un golpe en la puerta. Martha miró a los que la rodeaban. Todos se levantaron al mismo tiempo, pero la dejaron abrir a ella. Un murmullo bajo llegó desde el vestíbulo. Richie Bates, con su impecable uniforme azul marino, inclinó la cabeza para atravesar la puerta y saludó con un gesto a Joe y a Anna. Estaba pálido pero alerta. Aún tenía los cabellos mojaos por la ducha. Se volvió hacia Frank.

—Qué tal, Frank —dijo con tono tétrico, haciendo de nuevo un gesto con la

cabeza.

Martha entró detrás de él, decepcionada y exhausta.

—¿Te apetece una taza de té, Richie? —le preguntó.

—Yo la traigo.

—No lo harás —respondió ella—. Toma asiento.

Le trajo un plato de galletas comunes y té en una taza de porcelana que parecía perderse en sus enormes manos.

—Gracias —dijo él.

Al cabo de un largo silencio, Frank habló.

—Perdón por preguntar, ¿pero ha sucedido algo malo con Katie? —Sacó un cuaderno. La formalidad de Frank Deegan, fuera de contexto, sentado en el sofá actuando como un policía la hizo llorar.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó Martha.

—¿Tuvisteis una discusión o algo así?

—No, no, todo estaba bien —dijo ella a la defensiva.

—¿Se había peleado con alguien en la escuela?

—Si así fue, no me lo contó.

—Ya se sabe lo que pasa con las muchachas, pudieron haberse puesto celosas o pudo haber sucedido algo...

—No. Sé que en la escuela hay acosos, pero ella jamás se ha involucrado.

Frank buscó hacer preguntas que no alarmaran a Martha en esta primera etapa, pero que la hicieran sentir que se la estaba tomando en serio.

—Estoy tratando de pensar —dijo Martha—, si hice algo que hubiera podido fastidiarla...

—Cuéntame qué fue lo que hizo durante el día.

—Fue a la escuela y después regresó directamente a casa. No tenía tareas, de modo que salió a encontrarse con Shaun. No se quitó el uniforme. Regresó sola a casa para la cena, luego subió y se dio una ducha. Pasó bastante tiempo arreglándose. Estaba bastante maquillada, cosa que normalmente no hace. Debí decirle que se quitara un poco. Creo que eso pudo fastidiarla. —Alzó la vista hacia Frank.

—Yo no me preocuparía por eso —le dijo.

—Luego fui a la cocina y creo que ella tomó una chaqueta del vestíbulo, porque solo gritó: «Hasta luego» y salió con Shaun. Yo fui hasta el vestíbulo detrás de ella, pero ya se había ido —las lágrimas le brotaron de los ojos—. No sé para qué tuve que decirle eso sobre el maquillaje. Estaba hermosa.

Richie Bates se mantuvo en silencio durante la entrevista, pero tomó nota cada vez que ella hablaba. Tenía los dedos de las manos rígidos. Frank se preguntó si el lápiz estaría a punto de partirse en dos.

—Tal vez ella me destetaba y yo no lo sabía —declaró Martha abruptamente.

Todos la miraron.

—No —dijo Anna corriendo a su lado, y le dio una palmadita en la mano—. Ella te ama. A todos nos consta. Solo se le hizo tarde para regresar a casa.

Las preguntas continuaron hasta que Frank quedó satisfecho con haber obtenido suficiente información. Pero eso no significaba que tuviera alguna idea de dónde se encontraba Katie Lawson.

La casa de campo, al final del sendero húmedo y musgoso, quedaba a ocho kilómetros de Mountcannon y estaba abandonada desde hacía quince años. Había unas tablas entrecruzadas en las ventanas rotas, protegiendo el lugar de personas menos decididas que Duke Rawlins. Rompió unos trozos de madera podrida y quitó las partes quebradizas. Minutos después se estaba subiendo a una de las ventanas traseras hasta entrar a una cocina oscura y estrecha. Inhaló el aire rancio, luego manipuló el picaporte oxidado hasta que finalmente abrió la puerta de un empujón dejando entrar la brisa.

Recorrió la casa, alumbrando con la linterna los muebles de caoba, los visillos rotos y las fotos religiosas torcidas sobre paredes con flores. Los cuartos eran pequeños y oscuros, apenas finados por las diminutas ventanas. Un marco de foto manchado yacía volcado sobre de un aparador. En el centro de la había una franja blanca descolorida, una ranura entre las maderas había dejado pasar la luz a través de la ventana. Él tomó el marco y sacó la foto, que dejó caer al suelo. Metió la mano en el bolsillo trasero y sacó otra para reemplazarla. El tío Bill aparecía de pie con una enorme camisa de tela vaquera descolorida. El sol se estaba poniendo a sus espaldas con brillo anaranjado, y se reflejaba en sus cabellos castaños y en la barba espesa. Tenía un dedo enganchado en un cinturón de cuero marrón demasiado ceñido para su enorme barriga. Tenía la sonrisa amplia. Solomon estaba posado en un arco junto a él, con una pata levantada. Sheba venía bajando en picado, a punto de posarse en la mano de Bill enfundada en el guante, para recoger su premio.

—Solomon era genial —dijo Duke, sujetando la fotografía contra el pecho—. Sí que lo era. —Extendió los brazos y miró entre las sombras—. Pero Sheba, tú eres la criatura más hermosa que jamás haya visto.

Anna apartó platos, botellas, cubiertos y tazas para añadir jarabe de arce a la mesa del desayuno. Joe miró los gofres, el jugo, las medialunas, el tocino, las salchichas, el café y el té.

—¿A qué habitación llevamos esto? —preguntó. Anna rió y miró a ver cómo reaccionaba Shaun. No tuvo ninguna reacción. Las lágrimas goteaban en el plato vacío.

—¿Tengo que estar aquí sentado? —preguntó—. No me siento bien.

—No, no, ve —dijo Anna, levantándole el mentón.

Él desvió la mirada y abandonó la mesa.

Frank estaba parado en la puerta en silencio, sonriéndole a Nora. Ella jamás lo decepcionaba. Estaba seguro de que se levantaría de la cama en cuanto él se fuera. Había algo en ella vestida con ese camisón de satén azul marino que a él siempre lo conmovía. No lo había escuchado entrar. Estaba sentada en una esquina del sofá, con las piernas extendidas y descansando sobre la mesa baja que tenía enfrente. Con una mano hojeaba un libro que le enseñaba cómo desordenar su vida. La otra se estiraba para alcanzar una taza de café. Erró con el asa, pero alcanzó a asirla antes de que se cayera por el borde. Frank rió. Ella se sobresaltó.

—Eres tremendo —le dijo sonriendo. Apoyó la taza y se dio la vuelta hacia él—. ¿Y bien? —preguntó cerrando el libro.

—Aún no hay rastro de ella.

—¿De veras?

Frank asintió con la cabeza.

—¿Cómo estaba Martha?

—Muy angustiada. Que Dios la ampare, es muy inocente. Le hice algunas preguntas, pero creo que la aterrorizaron... y ni siquiera llegué ni de cerca a las más serias.

—Ah, para alguien como Martha es difícil. Es de otra época.

—Quién sabe, tal vez Katie se hartó de lo estricta que es y se escapó para llamar la atención.

—Tal vez. O quién sabe, quizá Martha jamás superó la muerte de Matt y el hecho de andar deprimida por la casa todo el tiempo hizo que Katie se sintiera culpable por continuar con su propia vida.

—Podría ser.

—O quizá eso simplemente asfixió a la pobre muchacha.

—Posiblemente —dijo Frank.

Ambos se miraron. Eran conscientes de que ya parecían desesperados.

—Sea como sea, lo sabremos pronto —mencionó Nora—. Las buenas chicas como Katie no duran demasiado tiempo lejos de casa. Probablemente regrese antes del almuerzo.

—Me siento culpable hasta de decirlo, pero llamé a los hospitales y a algunas comisarías más, pero nada.

—No sé si eso es bueno o malo —dijo Nora.

—Mmm.

—¿Y qué hay con Shaun?

—No sé qué es lo que está sucediendo ahí —opinó Frank—. No la acompañó a casa incluso a pesar de que había salido con ella. Siempre lo vemos acompañándola a casa, con esa extraña forma que tienen de caminar abrazados.

—Lo sé —señaló Nora.

—Y no fue a casa de Martha con Joe y Anna.

—¿Qué estaba haciendo?

—Esperando a que ella lo llamara, dijo Joe.

—Eso es un poco raro —se extrañó Nora—. Uno pensaría que él querría estar en todas partes. Y seguramente, si ella no se ponía en contacto con él, hubiera llamado a la madre para hacerle saber que se encontraba bien.

—Tuve una conversación con él después de la de Martha —continuó Frank—, y el pobre muchacho decididamente parecía fuera de sí.

Ella examinó el rostro de Frank.

—Estás preocupado.

—Sí, de hecho lo estoy. —Tenía los ojos cansados y tristes.

Nora estuvo a punto de hacer otra pregunta, pero él levantó un dedo.

—En realidad no puedo parar. Voy a tener que hablar con algunos de los amigos de Katie, tal vez echar una mirada por el puerto y la playa y en las afueras de la ciudad para ver si veo algo. Si después de eso ella no regresa, supongo que tendré que notificarlo a Waterford y hacerlo oficial.

Shaun caminó más de un kilómetro pasando Shore's Rock a lo largo de la carretera panorámica del pueblo. Se subió al portón de la Huerta Miller y saltó al sendero. John Miller estaba en cuclillas en un rincón, quitando hojas y formando una pila humeante, lo bastante alejado para ver a Shaun corriendo junto al muro hacia el lado opuesto y deslizarse por detrás del tronco del manzano. El muchacho cerró los ojos y diez minutos después seguía en la misma posición cuando lo sobresaltaron unos pasos que oyó detrás.

—Hola —dijo Ali.

—Hola. ¿Qué pasa?

Ella se sentó a su lado y sacó una lata de gaseosa vacía. Tenía la base doblada hacia delante y perforada con nueve orificios pequeños. Sacó un poco de marihuana de una bolsa de plástico.

Se volvió hacia él.

—¿Cuál fue la historia de anoche?

Él se encogió de hombros.

—Solo salimos, anduvimos por ahí...

Sí. ¿Y?

—Y luego fuimos a casa, quiero decir yo fui a casa. Katie quiso volver

caminando sola.

—¿Cómo? ¿Qué pasó?

—Cielos. ¡No sucedió nada! ¿Por qué todo el mundo piensa que sucedió algo? — Él se dio la vuelta—. Mira, estábamos en el puerto...

—¿Con Robert?

—¡No! Solos.

—Relájate. Solo estoy preguntando.

—Lo sé. Lo siento. Solo estoy... —Se encogió de hombros.

Ella colocó la mariguana encima de los orificios y se llevó el extremo de la lata a la boca. Acercó el encendedor a la hierba y aspiró fuerte. Trató de pasárselo a Shaun pero él sacudió la cabeza.

—¿Adónde crees que haya ido? —preguntó Ali.

—No lo sé —respondió Shaun—. He pasado la mañana entera vagando por todas partes...

»Anduve por la ciudad buscándola por las tiendas. Que ya sé fue un poco tonto.

—Es que no es de ella ir a...

—Lo sé.

—Este fue mi último recurso.

—El mío también.

Cuando sonó el teléfono Nora y Frank se miraron a los ojos. Él estaba sentado junto a la mesa de la cocina, tratando de comer un emparedado. Lentamente se estiró para contestar.

—Frank, soy Martha. Aún no ha vuelto.

—Está bien —dijo él con firmeza, mirando el reloj. Eran las doce en punto—. Lo que creo que tendré que hacer ahora es llamar a la Waterford. —La comisaría de la policía de Waterford correspondía al distrito de Mountcannon.

Martha quedó boquiabierta del otro lado del teléfono. Él apenas alcanzó a oírla cuando dijo:

—Está bien. Gracias.

—De modo que imagino que un inspector irá a verte hoy más tarde. ¿Hay alguien contigo, Martha?

—Sí. Mi hermana, Jean.

—Está bien. Te haré saber cómo van las cosas. —Colgó y llamó a Waterford. Se sorprendió de cómo se le había empezado a acelerar el corazón. Él jamás había sospechado que a alguien le sucediera lo peor ni que se diera la peor situación, pero en ese momento lo asaltaba un temor que intentaba autoconvencerse era irracional.

Joe llevó los platos del desayuno al lavavajillas y los apiló encima. Abrió la puerta. La máquina estaba llena de vajilla limpia. Le lanzó una mirada a Anna.

Ella sonrió.

—*Tant pis pour toi*. A pesar de todo...

—Te pagaré.

—¿Por qué detestas tanto vaciarlo?

—Me estresa.

—Eres un fracasado.

—Estás adquiriendo un acento irlandés: *un fracasado*.

—No, no lo estoy.

—Sí, sí lo estás. Pronto perderás la «r». Ah, espera un momento, si jamás la usaste.

—Qué tipo más gracioso...

—Lo digo por *padgre*.

—Sigue descargando —dijo ella, señalándole el lavavajillas.

Él estaba sonriendo cuando se agachó y cogió unos cuantos cubiertos, pero al darse la vuelta hacia donde estaba Anna, no había rastro de humor en su rostro.

—Espero estar equivocado —insinuó—. Pero creo que hay algo que Shaun no nos está contando.

—¿Cómo? ¿De dónde has sacado eso?

—Solo se me ha ocurrido.

—Pero debió habérselo dicho a Frank esta mañana temprano.

—No estoy tan seguro —señaló Joe—. Creo que es algo de lo que no quiere hablar. Incluso ni siquiera fue puesto bajo ningún tipo de presión y... no lo sé... parecía como asustado.

—Probablemente preocupado. Creo que fue porque lo cogió por sorpresa, llegar así con Frank. Creo que no pensó que Martha llamaría a la policía tan pronto.

—Tal vez.

La comisaría de Mountcannon era pequeña y nimia, con pisos grises, paredes color crema y pizarras de avisos con carteles de advertencia de todo tipo, desde la bebida y la conducción hasta usar maquinaria cerca de cables de electricidad. No había celda, solo una oficina principal, la de Frank Deegan, una cocina y un baño. Frank se apoyó en el respaldo de la silla, con la camisa celeste clara tirante a la altura de las axilas. El inspector de policía Myles O'Connor había conducido veinticinco kilómetros desde la ciudad de Waterford y se encontraba sentado al borde del escritorio con un lápiz en la mano, pulsando e introduciendo datos en la delgada agenda electrónica plateada.

Era la primera persona que Frank había visto que se sentía cómoda usando una.

Todo policía había escuchado hablar de O'Connor: a los treinta y seis años, era el inspector más joven del país y el primero en Waterford. Frank no podía definirlo, pero había algo en O'Connor que no reflejaba protección.

—¿Estabas de vacaciones? —le preguntó Frank, notando su bronceado descolorido.

—Sí —dijo O'Connor, sin levantar la vista—. ¿Cuál es el nombre del novio de la chica de nuevo?

—Shaun Lucchesi. ¿Adónde fuiste?

—A Portugal. ¿Y dices que esa noche estuvo en una discoteca?

—No —dijo Frank—. Salió con el novio a pasear por el puerto.

Frank notó que O'Connor tenía los ojos inyectados en sangre. De vez en cuando, él se llevaba la mano a la cara como si estuviera a punto de frotárselos, pero se detenía antes de hacerlo. Frank se preguntaba si se debería a mirar la pequeña pantalla entrecerrando los ojos. Luego pensó que quizá estaba cansado, aunque no mostraba otros signos.

—Bien, infórmame sobre el resto —ordenó O'Connor.

Frank se explayó con todos los detalles. O'Connor escuchó, luego tomó nota cuando él hubo terminado.

Richie irrumpió con rudeza, rompiendo el silencio.

—Ya conoces al inspector de policía O'Connor —le informó Frank—. De ahora en adelante Waterford se encargará de la desaparición de Katie. El comisario Brady ya viene en camino.

Richie le dirigió una sonrisa rápida a O'Connor, le estrechó la mano y luego revoloteó a su alrededor, disfrutando de los quince centímetros de altura de diferencia.

O'Connor no era inseguro como para darle importancia.

—Hola, Richie. Encantado de conocerte. —Le sonrió y mantuvo contacto visual hasta que Richie desvió la mirada.

—Bien. ¿Cuál es tu impresión de todo esto? —preguntó el comisario Brady en cuanto entró. Era calvo casi por completo, con una angosta franja de fino cabello blanco alrededor de la base del cráneo y un abundante bigote blanco.

Frank abrió la boca para responder.

—Ah, yo lo dejaría por ahora —respondió O'Connor—. Ella aparecerá más tarde. Era viernes por la noche, es joven...

—¿Frank? Conoces a la muchacha, a la familia... —indicó Brady.

—Ella iba camino a casa —comentó Frank—. Es que parece mentira que haya...

—Todos hemos ido camino a casa —dijo Richie.

—A pesar de todo has estado con Martha esta mañana —respondió Frank,

molesto.

Se volvió hacia Brady.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto —le declaró—. No hay ningún indicio que me haga pensar que Katie Lawson huyera de su casa. Y sí, conozco a la familia desde hace años. No creo que podamos ignorar esto.

O'Connor suspiró.

—En honor a la verdad, ella no tiene dinero, ni pasaporte...

—Creo que esto es bastante serio —dijo Frank, negando con la cabeza.

—Está bien —asintió Brady—. Conseguiremos un equipo de búsqueda para mañana por la mañana si es que no aparece en el ínterin. ¿Podrías actuar como oficial de enlace con la familia, Frank?

—Yo diría que Richie sería el hombre indicado para hacerlo. —Frank sintió que Richie podía aprender a manejar situaciones delicadas.

El comisario Brady les hizo un gesto con la cabeza a los hombres.

—Te lo dejo a ti —dijo—. No queremos caerle todos a la madre y aterrorizarla. Os veré por la mañana.

—Bien —manifestó O'Connor. Y volviéndose hacia Frank, agregó—: Supongo que iremos a ver a la señora Lawson.

—Estará exhausta de contarlo una y otra vez —opinó Richie.

Ambos hombres lo miraron.

—Bien —insistió O'Connor—, quizá tenga que repetirlo todo de nuevo mañana para el jefe y el comisario Brady. Uno nunca sabe qué se puede pasar por alto la primera vez.

—Qué imbécil —dijo Richie más tarde.

—Bueno, será mejor que te acostumbres a tratarlo —manifestó Frank.

—«Uno nunca sabe qué se puede pasar por alto la primera vez». Qué montón de mierda.

Frank ni se molestó en responder. En el mundo de Richie todo siempre era mierda.

Joe se sentó a la mesa pensando en lo que Shaun podría estar ocultando. La primera conjetura era alcohol o drogas, aunque era poco alentadora. Sabía que Shaun había fumado hierba en casa, pero no creía que aún lo hiciera. Y lo máximo que hacía era llevarse un par de cervezas cuando salía. Todos los muchachos lo hacían. Y en cuanto a Katie, no bebía ni fumaba. Era más inocente que las muchachas con las que Shaun había salido en Nueva York. Tenían esa mirada depredadora que no se limitaba a Shaun. Katie tenía un brillo en los ojos, pero era más bien por su inteligencia que por mal comportamiento. ¿La estaría protegiendo Shaun de algo? ¿Habría sucedido algo que la hiciera evitar la vuelta a casa? ¿Estaría llamando la atención? ¿Estaría

embarazada? Ya no quería seguir pensando. Una sensación incómoda retumbaba en su interior, tan física que se reflejaba en el tedioso dolor de mandíbula.

O'Connor se sentó en la cocina de Martha Lawson, en una dura silla de madera que le presionaba la columna. El calefactor que tenía detrás estaba al máximo. Se inclinó hacia adelante. Ya se había quitado la chaqueta del traje y la había colgado en el respaldo de la silla. Pasó por el mismo cuestionario discreto que Frank, pero avanzó rápidamente.

—¿Katie sufre depresión? —le preguntó. La pregunta quedó flotando en el aire.

—¡Tiene dieciséis años! —dijo Martha—. ¡Por supuesto que no tiene depresión!

Frank y O'Connor intercambiaron las miradas. Entre ellos, durante los cinco meses anteriores habían asistido a escenas de cuatro suicidios, todos ellos de adolescentes.

—La depresión puede comenzar incluso antes de los dieciséis años —le aclaró Frank amablemente—. Uno puede hasta no darse cuenta de qué se trata.

—¿Dormía mucho? —preguntó O'Connor—. ¿Estaba sensible? ¿Irritable?

—¿Y para usted no son así todos los adolescentes? —le preguntó Martha.

—¿Tiene la sensación de que se estaba sintiendo negativa o pesimista? ¿O podía haber estado preocupada por algo? —preguntó O'Connor.

—No lo sé —murmuró Martha—. No creo que me lo hubiera dicho —inclinó la cabeza y dejó caer las lágrimas.

Los ojos de Frank se dirigieron hacia los retratos familiares que había en el aparador. El más grande era de Katie con su vestido blanco de comunión, con las manos entrelazadas sobre un misal, y llevaba una bolsa de satén blanca, los padres de pie, orgullosos, detrás de ella. En la segunda estaba vestida con unos pantalones rosa, una camiseta blanca y unas enormes zapatillas blancas, sentada en un banco riendo con su padre.

—¿Crees que estaba muy afectada por la muerte de Matt? —le preguntó Frank.

Martha le siguió la mirada.

—Quedó destrozada. Lo adoraba. Pero cuando sucedió era una niña. Siempre lo ha extrañado, lo sé, pero no creo que sea algo que a estas alturas la tuviera perturbada.

Cuando se dio la vuelta, O'Connor se inclinó lentamente y giró la rueda del radiador. Tenía la cara colorada y los ojos parecían secos. Parpadeaba constantemente.

—¿Bebe o piensa que hay alguna posibilidad de que esté involucrada con drogas?

Martha lo miró confundida. Se volvió hacia Frank en busca de apoyo. Su mirada era de disculpa.

—No —respondió con firmeza—. No, no lo está. No lo tiene permitido. Yo no

tengo bebidas en casa. ¿Y de dónde sacaría drogas una muchacha como Katie?

A Frank le daba pena la reacción de Martha. ¿Es que de veras pensaba que ella solo podría acceder a la bebida en su propia casa? ¿O que a una adolescente le resultara difícil conseguir drogas?

—Para ser franca, estas preguntas me están poniendo muy nerviosa —dijo.

—No se preocupe —observó O'Connor—. Para que podamos realizar nuestro trabajo adecuadamente, tenemos una lista de preguntas estándar para hacerle a la gente en situaciones como ésta. No es que estemos juzgando a Katie ni a nadie. Yo no la conozco, solo estoy tratando de agarrarme a algo. Eso es todo. Nos ayudará a buscarla en los sitios indicados.

Frank asintió con la cabeza.

—Está bien —dijo Martha.

—¿Hay algo más que debemos saber de ella que usted piense que pueda resultar de ayuda?

—Es una muchacha maravillosa —comenzó a llorar.

A la hora del almuerzo del día siguiente, ya todos sabían que hacía dos noches que Katie Lawson no había vuelto a casa. Y cuando se hizo la llamada para que un equipo de búsqueda se reuniera en St. Declan's, lo que el día anterior había sonado como el impulso aventurero de una adolescente ahora se había transformado en algo más oscuro.

Los grupos de personas estaban quietos en el patio de la escuela, comentando su descreimiento y malestar. Dos palmadas fuertes sonaron en medio del bullicio y todo quedó en calma.

—Hoy nos encontramos todos aquí reunidos por Martha Lawson —dijo Frank—. Y ella me pidió agradecerles su apoyo. Tal vez hayan visto búsquedas como ésta en las noticias. Todos se desplazan en línea recta por las áreas de búsqueda asignadas. Estas filas también están conformadas por miembros de la policía, que estarán numerados para la fácil identificación. Como la mayoría de ustedes sabe, Katie mide un metro setenta, es delgada con cabellos oscuros hasta los hombros. Se pasará una foto entre el grupo. La última vez que se la vio llevaba puestos unos pantalones holgados de tela vaquera de marca Minx, unas zapatillas rosas, un buzo rosa con capucha con la palabra «simpática» en la parte delantera, y una camiseta blanca. Probablemente haya llevado una billetera celeste de plástico y un teléfono móvil plateado. En el transcurso de la búsqueda, si creen que ven algunos de estos objetos, no los toquen. Notifíquenselo al policía más cercano y ellos gritarán su número, soplarán un silbato y gritarán: «Hallazgo». Si escuchan esto, deténganse inmediatamente, hayan o no encontrado algo ustedes mismos. No vuelvan a moverse hasta que escuchen la palabra: «Adelante». Hablen lo menos posible, pero si deben

hacerlo, háganlo en voz baja. No necesito aclarar que no deben dejar cosas personales durante la búsqueda. De modo que guarden envoltorios de dulces, colillas de cigarrillos o cualquier otro tipo de desecho en el bolsillo hasta que lleguen a un cubo de basura. Gracias.

Shaun se dirigió con ojos suplicantes hacia donde estaba Frank. Éste sacudió la cabeza y le puso una mano en el hombro.

—No creo que sea una buena idea —le indicó—. Tal vez debas esperar en casa a que ella llame. Apuesto a que serás la primera persona a quien llame.

—Tengo mi teléfono móvil —señaló Shaun.

—Eso no te será de gran ayuda, sin cobertura, una vez que salgamos del pueblo —dijo Frank.

—Ve a casa —le animó Joe, acercándose a su lado.

—No sé por qué estáis todos tan preocupados —se inquietó Shaun, subiendo el tono de voz—. ¿Qué pensáis que vamos a encontrar?

—Probablemente nada de nada —respondió Frank.

—Pero simplemente es mejor que tú no estés cerca —señaló Joe. Shaun se marchó.

Frank le ordenó a Joe que se uniera al grupo de personas que estaban frente a él.

—Bueno —dijo Frank—, todos ustedes vienen conmigo. Tomaremos la parte central del pueblo, desde Vista Marina, los comercios, el puerto y de nuevo hacia Shore's Rock.

Unas cuarenta personas caminaban en fila y se dirigían hacia las casas de veraneo. En la tarde soleada, los árboles apiñados de manera compacta proyectaban sombras negras en el camino. Joe iba al borde de la fila y casi se cayó encima de un niño agazapado detrás de un sicomoro. Abrió mucho los ojos al ver a Joe.

—Me estoy escondiendo —le dijo en un susurro en voz alta. Se llevó un dedo a los labios y le señaló a los padres, que estaban guardando las maletas en una camioneta frente a la casa.

—Ah. Pero eso puede asustar mucho a tu madre y a tu padre. Estoy seguro de que si no te encuentran se pondrán muy tristes.

Miró por entre los árboles y notó una luz en el rellano de la última casa, el extraño brillo de una bombilla a la luz del día. No había coches en el camino de la entrada.

—No quiero volver a casa —dijo el niño tristemente.

—Eso es una verdadera pena —contestó Joe—. Yo voy a pasar a saludar a tu mamá y a tu papá. ¿Quieres venir?

El niño sacudió la cabeza frenéticamente. Joe le dijo al hombre que tenía al lado que iba a revisar algo.

Se acercó a la pareja.

—No miren ahora pero su pequeño está entre los árboles justo detrás de mí. Me hizo jurar guardar el secreto.

Los padres se miraron entre sí y luego al cielo.

—Lo mataremos —dijo el hombre.

—¿Han estado aquí durante todo el fin de semana? —preguntó Joe.

—Sí —contestó la mujer—. Pero para Owen todavía no es suficiente.

—¿Por casualidad no han visto a alguien en la última casa? —preguntó Joe, señalando.

—No. De hecho aquí uno apenas ve los coches que entran y salen. Es muy tranquilo —comentó el hombre.

—O mejor dicho las luces de los faros —agregó la esposa—. Hemos estado dentro todas las noches. —Hizo un gesto señalando a su hijo.

—Está bien. Solo era curiosidad —señaló Joe—. Que tengan buen viaje. Buena suerte con subirlo al coche.

Joe volvió a unirse al grupo en la caminata por el pueblo hacia Shore's Rock, turbado no solo por la luz sino por los fuertes latidos que sentía en la mandíbula. Palpó la chaqueta en busca de calmantes pero no encontró ninguno. Se mantuvo concentrado en la búsqueda y en cada silbato que sonaba cuando alguien se detenía y un policía recolectaba lo que fuera que se había encontrado. Luego la fila volvía a avanzar en silencio hasta que se les pidió que se detuvieran en el portón de un faro.

—Está oscureciendo —dijo Frank—. Y el bosque ya es bastante oscuro, de modo que tendremos que posponer el resto de la tarea. Gracias a todos por participar.

El grupo de Richie había regresado más temprano y se encontraba en la comisaría cuando Frank entró.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó.

—Nada de nada —contestó Frank—. Obviamente nada equivale a nada. ¿Y tú?

—No —respondió Richie—. La verdad es que me advertían de cada resto de basura tirado en el camino. Envoltorios de dulces que jamás había visto desde que era niño. Kitty Tynan clavó un condón usado con un palo y me lo agitó en la cara. ¿Hasta dónde llegasteis?

—Nos detuvimos en el faro.

—Puedo organizar un pelotón para cubrir el bosque mañana o cuando sea.

—Háblalo con O'Connor pero a mí me suena bien.

Frank sacudió la cabeza.

—Pobre Katie, probablemente estará de vuelta esta noche, riéndose de todo esto, mortificada por el hecho de que el pueblo entero lo haya recorrido entero en su búsqueda.

Shaun yacía en el sofá frente a la TV, el control remoto en el brazo extendido,

cambiando canales una y otra vez.

—¿Este fin de semana has trabajado? —preguntó Joe.

—Desde el jueves por la noche, no. ¿Por qué?

—¿Alguna de las casas fue reservada?

—Solo tres. Para el fin de semana.

—¿Cuáles?

—¿Por qué lo preguntas?

—Dejaste una luz encendida.

—¿Qué? —A Shaun le empezó a martillar el corazón.

—La del final. Salvo que haya alguien dentro. Pero supongo que no habrás tenido que trabajar allí a menos que estuviera alquilada. —Joe hizo reventar dos paquetes de barras energéticas Fuel It que tenía en la mano y se las comió bebiendo LV8 de limón de un solo trago.

—No hay nadie allí. Pero yo no dejé la luz encendida.

—Bueno, está encendida, entonces alguien lo hizo. ¿La señora Shanley aún está fuera?

—Papá, ¿a quién le importa?

—¿Te molestaría echar un vistazo?

—En este momento tengo otras cosas en mente.

—Puedo ir yo.

—Iré yo. Es mi trabajo. Pero no hay ninguna luz encendida.

—Yo iré caminando contigo.

—Mira, estoy bien. Iré yo solo, ¿de acuerdo?

—Iré contigo.

—Bueno, tomaré una ducha primero.

—Está bien. Avísame cuando quieras ir.

Shaun corrió al dormitorio, cogió el teléfono y llamó a Robert.

—Rob, necesito que me hagas un gran favor.

—No hay problema.

—No hagas preguntas y no puedes decírselo a nadie.

—Está bien. ¿Qué es?

—¿Puedes venir hasta mi casa y ponerte debajo de mi ventana para que yo pueda tirarte algo?

—Bueeeno. ¿Qué es? ¿Es algo sobre Katie? ¿Sabes en dónde está?

—No, no lo sé. Solo necesito que hagas algo por mí. Te lanzaré las llaves de Vista Marina y si puedes vete a la número 15, la que está al final, apaga la luz y tráeme de nuevo las llaves.

—... Está bien. ¿Por qué?

—La señora Shanley está fuera. El jueves por la noche dejé una luz encendida, tal

vez lo carguen a la cuenta de los siguientes inquilinos. No quiero que ella me llame la atención. Estoy demasiado deprimido con lo de Katie como para hacerlo yo mismo.

—De acuerdo.

—Solo no dejes que mi padre te vea.

—¿Qué tiene que ver él con esto?

—Ya conoces a mis padres.

—Sí. ¿A qué hora?

—Ahora mismo.

Ray tocó el timbre de la casa. Finalmente Anna salió.

—No quería molestarte, pero es por lo del faro, el óxido y eso. No lo sé... ¿tienes interés en echarle una mirada? O, ya sabes...

—Solo un momento —dijo, y se estiró para tomar una chaqueta.

Ella fue corriendo por la hierba, fue hasta el faro y subió la escalera que daba a la torre. Las paredes habían quedado completamente limpias hasta verse solo el metal. Algunas partes estaban muy oxidadas.

—Se ve muy diferente —opinó Anna—. Muy oscuro.

—Lo sé —confirmó Ray—. El producto realmente funcionó. Quitó todas las capas de pintura, sin problema. Ahora podemos volver a pintar todo de blanco e iluminarlo. Pero realmente necesitamos quitar de encima un par de paneles. Ya ves el óxido. Entonces, ¿sigo adelante y los reemplazo?

—Eso sería estupendo —manifestó Anna—. Muchas gracias. De veras valoro todo el trabajo arduo. Díselo también a Hugh. Lo siento, estoy muy cansada como para que se me vea más contenta.

—Extraño —dijo Joe—. Lo hubiera jurado. —Estaba en el vestíbulo, apoyado contra la baranda y mirando hacia arriba a la luz del rellano que él sabía había estado encendida en la casa del final del callejón sin salida de Vista Marina.

—Pudo haber sido el reflejo del sol —señaló Shaun—. Ya sabes cómo.

—No voy a creerme eso —dijo Joe—. Yo la vi encendida. —Subió las escaleras y encendió y apagó la luz—. ¿Entonces definitivamente no has estado por aquí desde el jueves por la noche?

—El viernes estuve fuera, papá. Y fue con Katie. Y ahora ella no está. Anoche estuve toda la noche dentro preocupado por ella. Me viste. Así que en eso es en lo que estoy pensando. No en responder preguntas tontas que me haces y que no tienen sentido. ¿Y qué pasa si había una luz encendida? —Abrió la puerta principal—. Vamos, papá, esto es absurdo.

Petey empujaba la fregona torpemente hacia un lado y hacia otro por el piso del buffet, su primer trabajo de todos los lunes por la mañana. Frank entró por detrás de él.

—Hola, Petey. Tengo un par de preguntas que hacerte, si es que tienes un minuto. Estoy haciendo las rondas.

Frank notó el temor en los ojos de Petey al ver la tablilla con el sujetapapeles con su nombre y detalles en la parte superior del cuestionario.

—Es sobre Katie Lawson.

Petey se puso colorado y miró fijamente al suelo. Mecía el palo de la fregona hacia un lado y otro.

—He oído que se ha perdido —dijo, y meneó la cabeza—. Es espantoso.

—Sí —confirmó Frank y esperó—. ¿Qué es lo que sabes de Katie?

—Que sale con Shaun Lucchesi y que viene a esta escuela.

—Sí, bueno, la última vez que se la vio fue el pasado viernes por la noche. Tú no la viste a ella, o algo extraño el viernes por la noche, ¿verdad?

—No —respondió Petey sonrojado y con la vista baja—. Yo estaba en casa. No salgo mucho.

Frank sintió un arranque de pena.

—Mírame —le dijo—. ¿Tu madre estaba contigo en casa?

—No. Ella estaba fuera jugando al *bridge*. Después vino a casa muy tarde con su amiga la señora Miller. Ella se quedó a dormir en casa.

—¿Y tú qué estabas haciendo cuando ellas estaban fuera?

—Mirando TV Discovery. Un programa increíble. Sobre la tragedia del torneo de Fastnet de 1979. Entre el 13 y el 15 de agosto, la fuerza 11...

—Petey, háblame sobre Katie. ¿A ti te gustaba? —Frank luchaba por que lo mirara a los ojos.

—Ella era una muchacha buena, me llevaba bien con ella. —Petey giró la cabeza y se le escaparon unas lágrimas contenidas. Frank le dio una palmadita en la espalda. Petey se sobresaltó.

—Está bien —le dijo Frank—. Gracias por tu ayuda. Volveré a contactar contigo si lo necesitamos. —Se detuvo a la vuelta de la esquina para apuntar algo en el margen inferior de la hoja.

Richie estaba erguido sobre el escenario, con las piernas abiertas y los brazos cruzados a la altura del pecho. Observaba al pequeño grupo de adolescentes que concurría a la escuela secundaria. Frank entró por una puerta lateral.

—Buenos días a todos —saludó Richie. Uno de los muchachos del equipo de fútbol ahogó una risa y luego siguió con una tos fuerte. La rabia ardió fugazmente en

el rostro de Richie.

Una parte de Frank creía que Richie sería más respetado por ser más joven, más cercano a la edad de los muchachos. Pero otra parte de él entendía por qué no era así. Richie jamás había logrado un equilibrio entre la autoridad y la severidad.

—Hoy he venido hasta aquí para hablaros a todos sobre Katie Lawson —continuó—. Como ya sabéis, Katie es alumna de quinto año de esta institución. Desapareció el pasado viernes por la noche y desde entonces no hemos sabido de ella.

Una energía de nervios fluyó entre la multitud. Se dieron la vuelta para ver alguna reacción en Shaun, pero él ese día tenía falta justificada.

—De manera que, si alguno de vosotros sabe algo —siguió Richie—, lo que sea, por insignificante o irrelevante que pudiera parecer, por favor poneos en contacto conmigo o con Frank. —Señaló con un gesto hacia la pared donde estaba apoyado Frank. Algunos de los alumnos le sonrieron, otros lo saludaron con la mano. Richie hizo una pausa y luego continuó—: Al igual que algunos detectives de Waterford, estaremos visitando las casas de los alrededores durante dos días, de modo que allí también nos podréis encontrar. Y, por supuesto, todo lo que nos digáis será tratado dentro de la más estricta confidencialidad.

Joe estaba en Tynan's comprando un *Usa Today* cuando una pila de *Evening Herald* aterrizó en el piso a su lado. Por un instante, quedó confundido por la familiaridad del rostro que aparecía debajo de los titulares de la portada: «NO HAY PISTAS EN LA BÚSQUEDA DE LA ADOLESCENTE». Rompió la atadura y sacó el segundo ejemplar. Kitty Tynan no le cobraría nada.

—No pierden el tiempo, ¿eh? —dijo ella—. Hasta viene una fotografía de la búsqueda. Yo ni siquiera sabía que estaban ahí.

—Sí. Yo vi al tipo —comentó Joe—. Y a un periodista haciendo preguntas. Algunas personas hablaron con él.

—Pero nunca son los más cercanos a la familia —observó Kitty.

—Jamás —dijo Joe.

Se fue hasta un banco que había junto al puerto y leyó el artículo sobre la trágica desaparición de una estudiante llamada Katie Lawson y sobre la preocupación de vecinos anónimos.

Anna estaba en la cocina frente a la tabla de picar con una pila de rebanadas de cebollas. Se había detenido para ver la puesta del sol. Joe entró, con el ceño fruncido, apretándose la mandíbula con dos dedos.

Anna giró en redondo:

—Oh, no —dijo.

—Oh, sí —respondió él.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Bueno, hubo algunas luces de alerta, pero... —Él se encogió de hombros.

—Ah, y pensaste que desaparecerían. En el mágico mundo de Joe.

Él la ignoró.

—Estuviste *bruzando* durante la noche —dijo ella—. Traté de despertarte, pero tú solo cambiabas de posición y continuabas haciéndolo.

—Probablemente percibí que no me estabas despertando por algún motivo de índole sexual. —Él trató de sonreír, pero el dolor se lo impidió. Fue hasta el cajón con medicamentos y tomó dos antiinflamatorios y calmantes, y se los tragó con un vaso de agua. Golpeó ligeramente el reloj y se dirigió hacia la sala de estar. Recostado en el sofá, esperó a que los medicamentos hicieran efecto. Al cabo de media hora, regresó a la cocina.

—Olvidé preguntártelo: ¿Qué diablos le pasa a ese tipo, Miller?

—¿John Miller? —preguntó Anna, mientras arrojaba las cebollas en una cacerola caliente.

—Sí, el borracho. —Deslizaba la mandíbula hacia adelante y hacia atrás.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo ella, regresando junto a la ventana.

—La otra noche me estuvo diciendo algunas estupideces extrañas en Danaher's.

—¿Como qué? —preguntó ella, rebanando un pimiento rojo.

—Me hizo pasar un mal momento, diciendo cosas sobre ti. ¿Lo conocías o algo así?

Anna lo miró:

—Él es John —le respondió pacientemente—. Ya te lo he contado. El John con el que salí la primera vez que vine aquí. —Se alejó.

—Ah —dijo Joe—. ¿Y qué pasó?

—Yo me fui a Nueva York y él terminó en Australia. —Comenzó a lavarse las manos—. Esta noche hay carne de res salteada. No creo que te haga bien masticar. Te prepararé uno de tus batidos. Y será mejor que beber ese LV8 energético, lleno de cafeína.

—Se pronuncia «elevation».

—No me interesa —respondió ella—. Lo único que sé es que lo que sea que venga en colores chillones como eso no puede ser bueno para ti.

Él miró al cielo. Ella fue hasta la nevera a buscar los ingredientes. Sacó la licuadora del armario y arrojó unas rebanadas de banana, dos cucharadas de helado, dos cucharadas más pequeñas de manteca de maní, una de miel, llenó el resto con leche y lo puso a batir hasta que quedó cremoso. Le colocó un sorbete y se lo sirvió a Joe.

Él bebió un trago.

—Gracias. Entonces, ¿cuánto tiempo salisteis tú y este tipo Miller?

—Ocho meses.

—Ah. Debe haber sido bastante intenso.

Anna no respondió. Seguía picando.

—¿Y fuiste tú la que lo llevó a la bebida? ¿Mi bebé le rompió el corazón? —dijo Joe, al tiempo que se colocó detrás de ella, la envolvió con los brazos y le besó la nuca.

Anna sonrió.

—No lo creo, aunque en cierto modo... —señaló ella.

—Podría haber sido —dijo Joe, bromeando.

—Me estás tirando el batido encima —le reprochó ella, retorciéndose para zafarse de sus brazos—. Ve a traer un merlot.

—Claro —dijo él, al tiempo que atravesó la puerta y se dirigió hacia la bodega.

Anna dejó el cuchillo, cerró los ojos y suspiró.

CAPÍTULO 8

Stinger's Creek, centro-norte de Texas, 1981

Geoff Riggs yacía de espaldas sobre una alfombra pegajosa, con el brazo derecho flexionado por encima de la cabeza. Tenía una camiseta gris enrollada hasta el pecho que le dejaba al aire la barriga pálida y cubierta de vello. Donnie entró rápido como lo había hecho tantas veces, sacudiendo la mochila para quitársela por un hombro y deslizaría por el brazo hasta dejarla caer en el suelo. Se hincó de rodillas junto al padre y apoyó el oído en el corazón. Luego le levantó los párpados con los dedos. Nunca supo qué era lo que buscaba haciendo eso, ni qué cosa sería algo peligroso de ver. Puso al padre de costado, luego se levantó y examinó la habitación. La TV estaba en silencio. Cogió el control remoto y subió el volumen alto. Después lo arrojó sobre el sofá, rápidamente volvió a coger su mochila y volvió a salir. Geoff recobró el sentido, con el brazo derecho dormido y el cuello duro. Lo torció lentamente, luego bajó el brazo al costado del cuerpo.

—Eh —dijo Donnie, asomando la cabeza en la entrada.

—No te he escuchado entrar —gruñó Geoff, rodando de espaldas.

—Eso es porque tenías la TV con el volumen demasiado alto —replicó Donnie, al tiempo que la apagaba—. ¿Te traigo algo?

—Un emparedado. De carne.

Duke estaba sentado junto a la puerta de la casa del árbol, observando a una araña trepar por el marco. Extendió la mano y la dejó desplazarse por la palma, guiándola hasta el suelo, donde se metió de un salto en un rincón oscuro.

—¿Estás ahí? —preguntó Donnie desde atrás.

—Sube —dijo Duke—. ¿Dónde estabas?

—En la tienda. ¿Dónde estabas tú?

—En casa del tío Bill. Un amigo estaba tomando fotografías de los halcones. ¿Qué hay en la caja de zapatos?

Donnie se arrodilló frente a él. Movié rápidamente los ojos de izquierda a derecha.

—Mira lo que he encontrado en el fondo del armario de papá —susurró al tiempo que levantaba la tapa. La caja estaba llena de pequeños paquetes.

—Pólvora negra —dijo.

Duke agrandó los ojos.

—¡No te preocupes! —dijo Donnie—. Sé lo que estoy haciendo.

—¿Y qué es lo que estás haciendo?

—Voy a encenderla con fuego. ¿Qué crees?

—¿Aquí? ¿Por qué no volamos algo bien?

—Lo haremos después. Solo quiero ver esto primero.

Se puso en cuclillas y le indicó con un gesto a Duke que se mantuviera alejado. Colocó un tapón de pólvora en el piso y encendió una cerilla. Volvió la cabeza y cerró los ojos, extendiendo la llama hacia la pólvora. Ésta se encendió de inmediato. Rugió. Las manos, brazos y un costado de la cara y cuello le quedaron negros. Tenía los ojos enormes. Parte de la camiseta se le agujereó en el pecho. Duke comenzó a reír. Donnie rió con él, pero le dolía. Ninguno de los dos notó la pila de libros de historietas en llamas detrás de ellos hasta que fue demasiado tarde.

—¡Mierda! —dijo Donnie—. ¡Mi casa del árbol! —Buscaron alrededor del pequeño cuarto para ver si encontraban algo para apagar el fuego, pero no tenían nada. Las llamas crujían y se propagaban rápidamente por la madera seca.

—Larguémonos de aquí —dijo Duke—, antes de que la escalera se prenda fuego. —Atravesaron la puerta gateando y se lanzaron de un salto. Retrocedieron para observar la casa de árbol quemada. Las llamas ardían en sus ojos. Se quedaron paralizados hasta que finalmente se desplomó, dejando rescoldos ardiendo y pequeñas partículas flotando alrededor de sus cabezas.

—Mierda —dijo Donnie—. No puedo regresar así a casa con papá. Estuvo años construyéndola. Me matará.

—No, no lo hará. Fue un accidente —dijo Duke.

Donnie lo miró.

—Iremos a mi casa —dijo Duke—. Al menos podrás lavarte un poco.

Al llegar allí, Wanda estaba dormida en el sillón. El baño era un desorden. Ropa interior y toallas sucias cubrían el piso. Donnie llenó la bañera y cogió una pastilla de jabón y una toallita. Mientras se refregaba el resto del negro, se miró al espejo. Las lágrimas le brotaban de los ojos.

—Mierda, Duke. Mierda, mierda.

Duke pegó un salto desde el borde de la bañera.

—¿Qué? ¿Qué?

Miró a Donnie y a través del negro alcanzó a ver piel al rojo vivo con ampollas blancas, algunas reventadas por la toallita. Ambos miraron los brazos de Donnie. Comenzó a frotárselos reventando más ampollas.

—Ay, mierda —dijo Duke—. Voy a buscar a mamá.

—Espera —dijo Donnie—. Necesitamos inventar bien la historia.

Wanda trató de entablar una conversación con Geoff Riggs. Tenía los cabellos desgreñados atrás, peinados encima de un hueco oscuro y grasiento. Llevaba puesto

un chaleco sin sostén debajo. Las caderas le bailaban dentro de las bermudas vaqueras.

—¿Puedes creerlo? —decía.

—No, no puedo —respondió Geoff articulando mal—. Increíble. —Tenía las manos en los bolsillos y se balanceaba sobre los talones al borde del último escalón.

—Increíble.

—El doctor dijo que son de primer y segundo grado —dijo Wanda—. Podría dejarle cicatrices en la cara y en los brazos...

Donnie estaba horrorizado.

—Oh, disculpa, Donnie, no he debido decir nada —dijo ella—. Estoy segura de que te pondrás bien.

—Déjame decirte que si encuentro a esos mocosos de secundaria, les disparo con el rifle.

Donnie le lanzó una mirada a Duke.

—Andar por ahí aprovechándose así de los niños —agregó Wanda.

—Lo sé —dijo Geoff, tratando de fijar la vista en Donnie—. Pudo haberse quemado vivo ahí arriba. —Se volvió hacia Wanda—: Muy amable de tu parte por haberlo traído a casa —le dijo.

—Ningún problema con eso —respondió Wanda sacudiendo demasiado la cabeza.

—¿Crees que debemos llamar a la policía? —le preguntó él mientras bajaba las escaleras.

—¡No! —exclamó Duke.

Todos lo miraron. Él vaciló.

—Dios... eh, los pecadores, eh, pagarán por sus pecados.

Donnie rió con disimulo.

—Bueno, ¿y qué tal eso? —dijo Geoff—. Estás criando a un pastor. —Bromeó y Wanda lanzó una ruidosa carcajada hueca.

CAPÍTULO 9

Anna estaba parada frente a la cartelera comunitaria del supermercado y vio tres pósteres con carteles rojos que los atravesaban que decían «Suspendido». Uno era de un concierto benéfico en el que Katie tenía que cantar y los otros eran de bailes matinales organizados en el salón de la escuela. Mountcannon se encontraba en el limbo, con la vida normal suspendida. La gente se esforzaba por encontrar el modo apropiado de comportarse de acuerdo a la situación que les tocaba vivir. Al cabo de dos semanas, los periodistas continuaron sin escribir la única historia concluyente que todos querían leer: KATIE LAWSON FUE HALLADA SANA Y SALVA. Una pregunta sin respuesta quedó flotando en el aire. Anna se secó las lágrimas mientras iba de camino a la casa de Martha.

La cafetería estaba llena de olor a tocino y huevos. El inspector O'Connor estaba sentado frente a Frank Deegan, con la agenda electrónica abierta delante de él. Una camarera joven se acercó a anotar el pedido, sonriéndoles nerviosamente, y vaciló antes de alejarse.

—Tendrás que tener cuidado —dijo Frank—, o tendrás al municipio entero escuchando.

—Siempre es así —dijo O'Connor, y levantó la vista—. ¿Cómo crees que le está yendo a Richie? Quiero decir, esto realmente lo está hundiendo en la parte más honda. En un momento, multas de estacionamiento, carteristas e inspecciones y al siguiente, esto.

—En realidad, para ninguno de nosotros hay demasiada diferencia —comentó Frank—. No lo sé. Richie es admirable. Es un muchacho serio para su edad, algo nervioso, eso es todo. Aunque está trabajando duro. Creo que va a sorprendernos.

—De acuerdo —dijo O'Connor—. Él es muy... intenso.

—Creo saber por qué —opinó Frank—. No conozco la historia completa, pero un joven amigo suyo, Justin Dwyer, se ahogó cuando él tenía ocho o nueve años. Richie estaba allí en ese momento. Aparentemente, pasó un terrible momento tratando de salvarlo, pero... —movió la cabeza—. Richie es un muchacho que hará algo por Katie. Creo que la culpa por el hecho con ese niño se ha quedado dentro de él durante años. No querrá volver a sentir lo mismo.

O'Connor asintió con la cabeza.

—He estado pensando en los intereses de Katie y si han tenido o no que ver con esto. —Leyó una lista en la pequeña pantalla de la agenda electrónica: salir con amigos, leer, ver películas, cantar, escuchar música, jugar a videojuegos.

—¿Amigos? Bueno, ya tenemos sus declaraciones. ¿Leer? Creo que es seguro

afirmar que allí no hay nada perverso. ¿Cine? Pudo haber ido a Waterford a ver algo, pero a esa hora de la noche hubiera sido demasiado tarde. Bueno. En cuanto a cantar o escuchar música, ¿habrá ido a alguna audición en algún sitio, sin el consentimiento de la madre? ¿A una de esas de cantantes pop? Tal vez alguien le prometió algo, una carrera...

—Ella no se hubiera visto tentada por algo así.

—¿Y si se trataba de alguien que ella conocía?

—Aun así no lo creo. ¿Quién?

—Cualquiera. El hermano, primo, amigo de alguien...

—Ella cantaba en un grupo de la iglesia —dijo Frank con paciencia—. Y en los recitales de la escuela. No era Tina Turner. —Se apoyó en el respaldo del asiento y estiró los brazos por detrás de la cabeza.

La camarera volvió a aparecer, depositando tazas y teteras con cuidado frente a ellos.

—Gracias —dijo O'Connor. Se apretó la comisura de los ojos y parpadeó lentamente.

—¿Y qué pasa con Internet? —dijo, al tiempo que servía una taza de té para cada uno—. ¿Podría haber estado *chateando* con alguien? ¿O tal vez pudo haber ido a encontrarse con él?

Frank negó con la cabeza.

O'Connor se encogió de hombros.

—Tiene dieciséis, es fácil adular a una muchacha así.

—Tal vez. Si no se tratara de una muchacha bonita, inteligente y feliz con un joven novio apuesto...

—Pero a algunas muchachas quizá les guste el misterio...

—No a Katie.

—Estoy pensando en voz alta. En realidad no espero que respondas a todas mis preguntas. Sé que conoces a estos chicos, pero dudo de que eso te mantenga actualizado.

—No tienen que hacerlo. Es obvio cómo son. Los conozco desde hace años.

—Estoy comentando las cosas contigo, eso es todo.

—Mira, tú mismo puedes ir a hablar con algunos de sus amigos: Ali Danaher y Robert Harrington podrían ser los principales, pero probablemente te digan lo mismo. Lo que ves es lo que hay sobre Katie.

—Bueno, lo que me queda es lo relacionado a la drogas, embarazo...

Frank estaba moviendo de nuevo la cabeza.

—Desafortunadamente, lo que a mí me queda es algo mucho peor que eso.

O'Connor se quedó callado, luego volvió a coger la agenda electrónica y deslizó el lápiz por la pantalla.

—Entonces piensas en suicidio...

—No es y nunca debió haber sido una posibilidad —dijo Frank—. A mí me han sorprendido los suicidios, pero apuesto mi propia vida a que ella jamás se haría algo así. Katie Lawson no se hizo daño. Me temo que alguien se lo hizo a ella.

Shaun estaba mirando fijamente al vacío. Robert estaba frente al televisor jugando al Hombre Araña.

—Maldición, esto de lanzar la telaraña —dijo Robert. Sin siquiera mirarlo Shaun sabía que su amigo estaba azotando los controles hacia un lado y otro.

—Sabes que eso no ayuda —dijo Shaun—. Golpearlos.

—Cállate —dijo Robert—. He estado en este nivel ocho veces. Ocho.

—Dámelo —pidió Shaun, al tiempo que cogía el control—. Tienes que hacer así.

Los fluidos de telaraña se dispararon de las muñecas del Hombre Araña trasladándolo de edificio en edificio. Luego dio un giro en el aire para adquirir la energía extra que flotaba entre dos rascacielos.

—Eso a mí no me ayuda —dijo Robert—. No tengo idea de lo que acabas de hacer. —Shaun le lanzó el manual de instrucciones y siguió jugando.

Ali Danaher estaba sorprendida de sentir una leve pizca de pánico al hacer entrar al inspector O'Connor a la sala. Ella se sentó en el sofá. A él se lo tragó un sillón desbaratado que había junto a ella y quedó sentado más abajo. Ella contuvo una sonrisa.

—Sé que ya te han hecho bastantes preguntas —le dijo O'Connor, al tiempo que se empujaba hacia el borde del sillón—, pero yo solo quiero aclarar algunas cosas en mi cabeza. Estoy tratando de hacerme una imagen de Katie. ¿Qué clase de persona es?

—Es un encanto.

—¿De veras?

—Sí. Una de esos seres extraños que no son conscientes de ello. Y tiene una gran inteligencia... lo cual me lleva a preguntarme...

—¿Qué cosa?

—Bueno, ¿por qué desapareció?

—¿Tienes alguna teoría?

—No, pero estoy ansiosa por averiguarlo. —Le ofreció una sonrisa irónica.

—¿Era impulsiva?

—A veces, pero nunca lanzada, si es ahí adónde quiere llegar.

—¿Podrías llamarla extrovertida?

—Infantil. Quiero decir, no era tímida, pero tampoco descarada.

—¿Es posible que hablara con algún desconocido?

—Soy yo la que habla con extraños. Y ella terminaba hablando con quien yo hablaba.

—¿Esto es en Mountcannon?

—En Mountcannon no hay extraños. Hablo de cuando vamos a la ciudad.

—¿Katie es ingenua?

—¿Las personas inteligentes son generalmente ingenuas?

—¿Ella se conectaba a Internet?

—Sí. Aunque no mucho.

—¿A qué tipo de sitios?

—Generalmente a los de fabricar bombas.

O'Connor esperó pacientemente.

—Bajar música, horóscopos, cosas de la escuela, entretenimiento, programación de cine —dijo Ali.

—¿Entra en las salas de *chat*?

—Eh. Solo con maniáticos. No.

—¿Estás segura?

—Bueno, yo no estoy con ella todo el día a todas horas, pero realmente lo dudo. Ella anda demasiado ocupada con sus amigos sanitos —se señaló a ella misma—. Ahh, ya entiendo —le dijo—, usted cree que pueda haberse escapado con algunos de esos tipos viejos y extraños —rió—. De ninguna manera.

—¿Katie era insinuante?

—Eh, ¿ha visto al novio?

—Supongo que lo que quieres decir es que le era fiel.

—Él no es mi tipo, pero sí, creo que se podría decir con seguridad que la mayoría de las chicas normales estarían absolutamente contentas de salir con Lucky.

—¿Era fácil de halagar?

—No. Ella detesta los piropos.

—¿Estaba deprimida?

—No. ¿Adónde quiere llegar con todo esto?

—Solo estoy haciéndote algunas preguntas. —Él miró el cuaderno—. Bueno. Como hija del dueño de un bar, ¿tendrías acceso a...?

Ali lo miró:

—¿A ensuciar vasos?

O'Connor la miró fijamente.

—Yo más bien estaba pensando en el sentido del alcohol.

Ella miró al cielo.

—No me diga...

—Vamos. No llevará demasiado tiempo.

—Mire, eso es lo que yo hago en el bar: Lavar vasos. Los recojo de las mesas, les quito el líquido, inhalo la peste a mono de la cerveza rancia, los cargo en el lavavajillas, lo pongo en marcha, limpio el mostrador, espero a que la máquina termine, la abro, echo vapor en mi acné, descargo los vasos y los guardo en los estantes. Sí, alcanzo a ver la conexión que hay entre eso y la desaparición de Katie. Yo me ocupo de los vasos de cerveza. ¿No será en el espejo en lo que está pensando? Tal vez ella se fue por allí.

—No eres demasiado colaboradora para tratarse de alguien cuya mejor amiga está desaparecida.

—Eso es porque volverá.

—¿Qué es lo que sabes para estar tan segura?

—No es lo que sé sino a quién conozco. Yo conozco a Katie, sencillamente no es el tipo de chica que se vaya y no vuelva.

—Mmm. Tú fumas hierba, ¿verdad?

Ali agrandó los ojos de golpe.

—¿Eh, cómo?

—Me has oído. ¿No es así?

—Supongo que eso significa que ya sabe que es así.

—Sí, lo sabemos. ¿Y Katie?

—No —rió ella—. En absoluto.

—¿Estás segura?

—Eh, sí. Ella es mi mejor amiga. Creo que lo sé.

—¿Alguna vez te pidió drogas?

—Muchas veces. Soy traficante. En Feminax.

—Por favor, ¿podrías tomarte esto en serio?

—Bueno, está bien. Katie jamás consumiría drogas.

—¿Y ella aprobaba que tú lo hicieras?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Tenemos dieciséis años. Somos amigas. No aprobamos o desaprobamos lo que hace la otra.

—No —dijo O'Connor pacientemente—. Solo quería saber cómo se sentía ella con respecto a las drogas.

—Mire. Ya le he contado todo esto a Frank. Esto no tiene nada que ver con las drogas —dijo Ali—. Nada. En este tema ella es neutral, ¿de acuerdo? No siente nada en relación a las drogas. Las drogas no forman parte de su vida, ni de su desaparición. Yo fumo hierba en algunas ocasiones. No soy una drogadicta, Katie no está involucrada con el grupo malo, no anda en ningún depósito de ninguna parte recibiendo un cargamento de coca. Solo somos dos chicas de un pequeño pueblo, una de las cuales fuma un porro de vez en cuando y ninguna ha tratado con ningún sujeto dudoso más que... ¿Ve? Ni siquiera se me ocurre ninguno con el que alguna vez haya

entablado contacto. Cielos. ¿Qué tiene que ver eso con nuestras insignificantes vidas?

—Está bien ser así.

—No me diga, el mundo es un lugar horrible y nosotros tenemos suerte...

—Sí, de hecho tenéis suerte. Fuera puede llegar a ser bastante nefasto.

—Bueno, puede llegar a ser bastante monótono *aquí dentro*. Gracias a Dios que Katie provocó un poco de alboroto.

—¿Entonces piensas que ella hizo todo esto para llamar la atención?

—Oh, por el amor de Mike. —Ella miró al cielo con dramatismo—. Debe de haberse sacado un diez en la clase de interpretación literal.

Él la miró.

Ella levantó una mano.

—Y antes de que diga nada, ya sé que no existe una clase de interpretación literal.

Anna apoyó la taza suavemente en el plato y se volvió hacia Martha.

—Recuerdo que una vez me escapé —dijo—. Llené un bolso pequeño, les dejé una nota a mis padres y cogí un autobús a París. Me senté a llorarle a una amiga en McDonald's. Entonces ella me contó que su madre la golpeaba a ella y a sus hermanos y ahí me di cuenta de que yo estaba loca. Mis padres me adoraban, tenía un hogar maravilloso, yo solo estaba tratando de ponerlo todo a prueba, de desplegar mis alas. Quería tener un poco de independencia, pero en realidad cuando la encontré, quise volver a casa de inmediato.

Martha sonrió y le apretó la mano a Anna.

—Estoy segura de que de eso se trata todo esto, Martha. De una jovencita tratando de tener independencia. Ella sabe que tú la amas, sabe que tiene un buen hogar. Pero tiene dieciséis años, piensa que está preparada para todo. Pero pronto sabrá que no lo está.

—Gracias —dijo Martha—. Eso espero. —Doblaba y desdoblaba un pañuelo de papel—. Sé que he sido estricta con Katie. Yo he pasado por todas las cosas que evité que ella hiciera, como dormir en casa de amigas, salir hasta tarde, o salir con muchachos. Por supuesto cedí cuando conoció a Shaun. Katie no lo sabía pero yo los había visto juntos una vez cuando regresaban de la escuela y de inmediato supe que no tenía esperanza de separarlos.

Anna sonrió.

—Entendería si ella se hubiera ido por algo como eso: si la hubiera obligado a no ver a Shaun. ¿Pero esto? No sé qué es lo que está sucediendo. —Martha se detuvo—. ¿Estás segura de que él no sabe nada?

—Por supuesto —respondió Anna—. Nos lo diría. Él está desolado. Él diría algo.

—Lo sé —dijo Martha—. Lo siento. Tenía que...

—Está bien.

Martha sonrió de nuevo, luego fue a la cocina a preparar más té.

Anna volvió a apoyarse en el sofá e inspiró profundamente. No había nada en Katie que diera que pensar que pudiera huir. No era el tipo de chica que buscaba aventuras; ella estaba lo bastante contenta como para no querer escapar.

Sonó el teléfono. Martha tiró la bandeja con la tetera, salpicándose té caliente sobre las piernas. Lo ignoró y corrió al teléfono. Anna alcanzó a escucharla hablar lentamente.

—No. Definitivamente pantalones vaqueros, Frank. De esos holgados. Sí, el resto está bien, sí.

Colgó y entró en la sala, desanimada.

—Alguien vio a una muchacha con un buzo rosa con capucha, haciendo dedo el domingo, pero llevaba pantalones deportivos y querían cerciorarse si yo pude haberme equivocado, con respecto a lo que llevaba puesto. —Se sentó—. Supongo que no me importa que me llamen para cosas así, pero es que, ya sabes, cada vez que suena el teléfono, casi me da un paro cardíaco.

Anna miró las salpicaduras en las piernas de Martha.

—Ah, estoy bien —dijo Martha—. ¿Sabes?, mi madre solía meter las manos en agua hirviendo para quitar los huevos, o debajo de la parrilla para sacar salchichas. En mi familia hay mujeres fuertes.

De repente empezó a llorar. Anna le trajo un kleenex y se sentó al borde del sillón. Apoyó la mano con delicadeza sobre el hombro de Martha.

—Es extraño como uno no conoce a la gente —dijo Martha, limpiándose la nariz—. ¿Conociste a John Miller? Él solía estar en mi clase. Era un tipo adorable, dulce, encantador. Alguien que haría cualquier cosa por uno. En fin, al terminar la escuela yo fui a Londres, regresé varios años después y escuché que se había trasladado a Australia. Ahora me he enterado de que la mujer lo echó... porque él la golpeaba. Y fue su madre la que me lo contó, me lo confesó en un susurro en el supermercado. Conozco a Mae Miller de toda la vida como a una persona muy discreta. Jamás hablaba de sus cosas. ¿Y ahora empieza a contarme algo tan personal a mí, que soy una conocida ocasional? —Ella movió la cabeza—. Con la gente nunca se sabe. Cualquiera puede sorprenderte.

La vergüenza invadió a Anna. La idea de haber tenido una relación tan íntima con un hombre que había llegado a golpear mujeres le causaba repulsión. Una imagen suya enterrada hacía tiempo sujetándole las manos por encima de la cabeza apareció en su mente. Le causaba repulsión, porque en esa imagen pudo ver una sonrisa dibujada en su rostro.

—Dios mío —dijo Ali bajando las escaleras hasta el cuarto de Shaun—. Katie me debe bastante.

—¿Cómo? ¿Por qué? —dijo Shaun.

—Por pasar por una experiencia absolutamente vomitiva. El tipo al cargo de la investigación, el inspector. Vino a casa para hablar. Lo cual estuvo bien. Y luego empezó: «Sé que fumas hierba». Y yo casi vomito.

—Guau. ¿Y qué le dijiste?

—Yo, como que, bastante bien. Pero no es que no me corra sangre por las venas, casi me pego un tiro en la ingle dentro de una cabina telefónica. Cielos...

Shaun meneó la cabeza.

—Cielos, es increíble.

—Creo que piensan que Katie estaba involucrada en algún tipo de submundo turbio. Raro. Me hubiera reído de no haber estado tan cagada. También andaba preguntando sobre los maniáticos *online*. —Ella sacudió la cabeza—. Digo, es un absurdo.

—¿Qué? —preguntó Robert.

—Os estáis equivocando al buscarle calificativos. —Se arrojó sobre el sofá y se quejó—. ¿Dónde estás, Katie? Qué chica tan mala eres.

Joe golpeó levemente la puerta y bajó las escaleras.

—¿Quién va ganando? —preguntó.

—Todos, salvo Rob —dijo Shaun.

—Hola, señor Lucchesi —dijo Ali, sonriendo ampliamente. Se apoyó en los codos.

—Hola, Ali. Me gusta tu pelo.

—Negro azulado —dijo ella.

Joe se sentó en el borde de la cama.

—¿Y cómo están todos? —preguntó.

—Regular —dijo Robert—. Ha sido bastante difícil para todos. —Hizo un gesto hacia Shaun—. Todos estamos un poco conmocionados. No sabemos qué es lo que Katie se propone.

Shaun dejó los controles y abandonó el cuarto.

—Cielos —dijo Robert—. No he querido decir que...

—No te preocupes —dijo Joe—. No es culpa tuya.

—Entonces muchachos ¿en dónde estabais vosotros esa noche, cuando Katie...?

Ali fue la primera en hablar:

—Detesto confesárselo, pero yo estaba en casa haciendo la tarea. Un viernes por la noche. —Hizo un gesto con la cabeza.

—¿Robert? —dijo Joe.

—Eh, en el puerto.

—Ah. Con Katie y Shaun.

—No. Con otros, Kevin y Finn. Creo que nosotros estábamos abajo, cerca de la

lancha salvavidas y Katie y Shaun estaban arriba, del otro lado.

—Claro. Y no los visteis irse...

—¿No visteis irse a quiénes? —preguntó Shaun, de pie en la puerta con una bolsa de patatas chips.

—A ti y a Katie. Esa noche —dijo Robert rápidamente.

—Solo estoy pensando en voz alta —dijo Joe.

—Interrogando en voz alta —murmuró Shaun.

Joe se puso de pie. Algo le llamó la atención.

—¿Qué es ese raspón que tienes en la mano, allí, Robert?

Él se ruborizó.

—Ah, el fútbol. Soy malísimo. Me choqué con el palo de la portería.

Joe asintió con la cabeza y la furia brilló en los ojos de Shaun.

—Estamos tratando de jugar, papá. —Al ver que Joe no se movía, Shaun dijo gruñendo—. ¿De acuerdo?

—Claro —respondió Joe, al tiempo que se ponía de pie para irse.

Duke Rawlins deambulaba por la pequeña tienda de comestibles al lado de la carretera, escogiendo productos, leyendo etiquetas y volviendo a dejarlas en su lugar. Dos adolescentes lo miraban desde detrás del mostrador. Él se les acercó.

—Señoritas. ¿Qué les gusta comer a todos por aquí?

Ellas intercambiaron miradas y risitas:

—¿Qué quiere decir? —preguntó una de ellas.

—Ya sabes, ¿qué es lo que recomiendan? ¿Cuál es su cena preferida?

—Ah —dijeron ellas al mismo tiempo—. Pasta.

—¿Ambas?

—Sí. A todos les gusta la pasta. Le alcanzaré de las buenas —dijo la otra.

Ella fue hasta la nevera, tomó dos bolsas de *penne* con salsa de tomate y ajo.

—Aquí tiene. Tome —dijo ella, lanzándole una. Él erró—. Disculpe —dijo ella, riendo tontamente, al tiempo que se acercó y le alcanzó la segunda bolsa.

Él la dejó sobre el mostrador.

—Y dos botellas de coca —dijo él—. Y dos botellas de vino tinto.

—¿Le dirá que cocinó todo solo?

Él rió.

—Mierda —dijo de pronto—. No tengo cocina.

Las muchachas intercambiaron miradas.

—Extraño —comentó una de ellas—. Bueno, puede darles un golpe en el microondas de allá y yo después lo envuelvo con papel aluminio.

—Gracias —dijo él.

—Pero sepa que se le puede volar la tapa —aclaró ella.

Él sonrió.

O'Connor estaba sentado en la oficina de Frank con las manos en los bolsillos, mirando hacia el puerto.

—Ali Danaher —dijo.

—Ah —dijo Frank.

—Te digo que en mi época no era así —señaló O'Connor, dándose la vuelta y sonriendo.

Frank notó que tenía los ojos limpios por primera vez. O'Connor sacudió la cabeza.

—De haberle hablado a un adulto de ese modo, hubiera sido un gran problema.

—¿Has tenido alguna infección en los ojos? —preguntó Frank.

—¿Qué? —preguntó O'Connor—. Ah. ¿Por los ojos rojos? No. Lentes de contacto. Es un poco lista, Ali, ¿eh? En fin, se sorprendió de todo. Supone que no bebe, no se droga, no hay posibilidades de que se conecte a Internet, no a todo.

—Intenté decírtelo —dijo Frank—. No tiene sentido tratar de encajar teorías modernas en una muchacha chapada a la antigua como Katie. Igual que yo con lentes de contacto —dijo levantándose las gafas de leer.

Joe estaba sentado en el estudio, concentrado en el mapa turístico de Mountcannon desplegado sobre el escritorio que tenía enfrente. Mostraba el puerto, la iglesia, las cantinas, dos restaurantes y la cafetería, junto con la carretera panorámica costera pasando el faro y otras dos rutas periféricas del pueblo, una sin salida y la otra que conducía a Waterford. Con un bolígrafo negro, marcó el puerto y la casa de Katie, ignorando la carretera panorámica costera que hubiera llevado a Katie más lejos de la casa; se concentró en las otras dos rutas: Upper Road y Church Road, que formaban una curva para luego conectarse directamente con Manor Road hasta formar un semicírculo disparejo. Hizo anotaciones en los estrechos márgenes blancos y se metió el mapa dentro del bolsillo de la chaqueta.

—¿Cómo están los chicos allá abajo? —preguntó Anna, mientras entraba y se quitaba el abrigo.

—Bien, aunque probablemente pensando que el padre de Lucky es un don nadie.

—¿Por qué?

—Solo les hice algunas preguntas.

Anna miró al cielo.

—¿Y ahora qué es lo que estás haciendo?

—Revisando algunas cosas.

—Ahh, llegó el hombre de palo —dijo ella, señalando una hoja con un gráfico de

hombres de palo con nombres debajo y flechas que se conectaban. Miró más de cerca—. Gente de palo —comentó, al ver dos con faldas triangulares—. Ah, *menores* de palo —explicó al darse cuenta de que representaban a Shaun, Robert, Katie, Ali y a algunos de los demás chicos de la escuela—. ¿Esto es una alineación de jugadores? —dijo con el tono de voz más serio.

Joe levantó la vista:

—¿Qué es lo que Nora Deegan dice sobre «La verdad a medias es mentira verdadera»?

—Bueno, por supuesto que me preocupa hacia donde está yendo tu... mente.

—Yo y mi mente estamos saliendo —dijo él al tiempo que se paraba, la besaba en la mejilla, le apretaba la mano y pasaba junto a ella.

Hizo un desvío por la cocina y tomó una botella de LV8 verde y dos calmantes. Tomó el jeep y lo estacionó en la puerta de la escuela, recorrió a pie el corto trayecto hasta la intersección a orillas del pueblo. La izquierda lo conduciría a la casa de Katie, colina arriba, por el camino regular que ella tomaba a casa. Ir hacia la derecha también lo conduciría allí, con una caminata más larga por Church Road hacia Mariner's Strand y la carretera a Waterford. Si en cambio ella había doblado en la iglesia a la izquierda, hubiera seguido caminando hasta llegar a Upper Road y luego doblaría a la izquierda hasta llegar a casa. Joe escogió el primer camino, escudriñando el suelo mientras caminaba, absorbiéndolo todo. Rodeó la curva que lo condujo hasta la casa de los Grant, donde vivía Petey con su madre. Luego avanzó hacia la casa de Katie. Antes de llegar se dio la vuelta y regresó hasta la intersección. Esta vez hizo el otro camino, doblando a la derecha por el sendero empinado y angosto hasta donde empezaba Church Road. Un muro torcido evitó que sufriera una abrupta caída a la playa de Mariner's Strand. Miró el agua de abajo, gris pizarra, enrollándose en forma diagonal hacia la estrecha costa formando olas poco profundas. Miró hacia la izquierda, más allá de la carretera, hacia la vieja iglesia de piedra y el típico cementerio abarrotado de tumbas. Luego se detuvo, y en ese preciso instante supo lo que necesitaba encontrar.

O'Connor salió de la pequeña cocina de la comisaría con dos tazas de café. Dejó una sobre el escritorio de Frank y volvió a acercarse a la ventana. Bebió un sorbo grande.

—Me estaba preguntando, Frank, ¿tú serías capaz de estar bien cerca de estos chicos?

—¿Cómo?

—Obviamente —dijo al tiempo que se daba vuelta—, tu participación es de gran ayuda, porque tú conoces el área, a la gente involucrada, etcétera. ¿Pero crees que tu juicio podría llegar a ser confuso?

—No —respondió Frank, preservando su dignidad con calma.

El portón de hierro del cementerio estaba cerrado con trozos flojos de un sucio cable de remolque. Joe tiró de él hasta que cedió. Cada pisada crujía en la grava al avanzar por entre las hileras de tumbas, luego siguió un silencio mientras iba caminando por la pendiente cubierta de hierba hasta una modesta parcela bien cuidada.

MATTHEW LAWSON 1952-1997
AMADO ESPOSO DE MARTHA
DEVOTO PADRE DE KATIE

Y sobre la tumba yacía una rosa blanca marchita.

Frank se puso de pie para hacerle saber a O'Connor que era hora de irse. En la sala había una carga que él no tenía energía para asumir. Comprendió que lo que O'Connor quiso decir podía habersele cruzado a cualquier persona por la cabeza en la misma situación. Simplemente se sorprendió de que él tuviera la necesidad de decirlo en voz alta.

Mientras Joe regresaba caminando por el pueblo, el alivio de encontrar evidencia del camino seguido por Katie fue sustituido por el temor. ¿Y si la rosa que había en la tumba del padre no tenía que ver con él? Tal vez se trataba de un anuncio. Como el padre estaba muerto, ella planeaba... Joe sacudió la cabeza. Nadie estaba exento de las profundidades de su negatividad.

O'Connor estaba sentado en el coche y observó a Frank cruzar la calle rumbo a Danaher's, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos. O'Connor sabía que probablemente había estado a la altura de cualquier cosa que Frank esperara del inspector más joven del país. Pero trató de convencerse de que había dicho lo que tenía que decir.

Joe se deslizó en el banco junto a Frank, al tiempo que abrió el mapa de Mountcannon sobre la mesa de Danaher's.

—Bien —dijo—. Aquí es donde se encontraban en el pueblo. Y aquí están los posibles caminos de salida del pueblo desde allí.

Frank frunció el ceño.

Richie salió del baño de hombres y dijo:

—¿Este hombre habla en serio? ¿Qué es esto?

—Richie —dijo Frank.

—Solo estoy viendo adonde pudo haber ido Katie ese viernes por la noche — declaró Joe.

—¿Por qué? —preguntó Richie.

—Porque creo saberlo.

—Tú no sabes nada —dijo Richie—. Antes de nada, da la vuelta al mapa y mira la fecha en la parte de atrás. 1984. Ese mapa es viejo. La mitad de las cosas...

—He tomado nota y tachado lo que no corresponde.

Richie miró el mapa, luego leyó detenidamente las minuciosas anotaciones en negro con letra de imprenta escritas al margen de la hoja. Le lanzó a Joe una mirada perpleja.

—De todos modos, nada de esto te incumbe a ti —dijo él—. Aquí estamos teniendo una reunión privada. ¿Te importaría?

—Si pudierais mirar solo un segundo. Vosotros creéis que fue por este lado...

—El único motivo por el que sabes algo de lo que opinamos es porque eres amigo de Martha Lawson. Lo que ella te dice o deja de decirte no me interesa. Lo que *sí* me interesa es que pienses que eso te da derecho a involucrarte en la investigación. Tú solías ser detective en Nueva York. Yo solía trabajar en un bar. Pero no me ves aquí sirviendo cerveza, ¿verdad?

—Richie, hay una jovencita desaparecida —dijo Joe.

—Sí, la novia de tu hijo, ya lo sé. Entonces deberías estar agradecido con que la investigación siga su curso.

—Yo solo quiero ayudar.

—Vosotros, yanquis arrogantes, pensáis que podéis salvar al mundo —opinó Richie.

CAPÍTULO 10

Stinger's Creek, centro-norte de Texas, 1982

—Creo que mi bebé hoy va a patear algunos traseros —dijo Wanda.

—El primer deportista de la familia Rawlins. —Duke miró al cielo.

Wanda bajó del vehículo y se estiró los pantalones vaqueros arrugados hasta los zapatos amarillos de tacón. Miró al hijo, vestido con el traje del equipo de fútbol de la cintura para abajo.

—Estás muy guapo, cariño —le dijo.

Él se encogió de hombros y tomó el resto de equipo del suelo del taxi. Se puso las hombreras y la camiseta por la cabeza.

—Pumas. Número cincuenta y ocho —dijo Wanda. Era la primera vez que lo veía—. ¿Y entonces qué es lo que tienes que hacer? ¿Para qué he pagado mis treinta dólares?

—Vuelvo a lanzar la bola de entre las piernas y me aseguro de que el defensor central del otro equipo no bloquee al mariscal de campo.

—Bueno, eso es maravilloso, cariño. Estaré prestando atención —le dijo ella apuntándole al pecho.

Los ojos de Duke se desviaron para mirar a otra familia, vestidos con ropa de domingo, el padre estaba de pie detrás del hijo, sonriendo, aferrándolo de los hombros con las enormes manos.

—¡Cariño, mira todas esas bonitas pequeñas porristas! —dijo Wanda.

En una esquina del estacionamiento, un grupo de adolescentes con pantalones cortos azul oscuro y camisetas cortas con un puma blanco formaban un círculo, practicando sus rutinas. Junto a ellas había una rubia esbelta sobre una sola pierna y la otra estirada casi hasta tocarse el hombro. Otras saltaban o se abrían de piernas, con los rostros con amplias sonrisas estáticas dibujadas. Duke se volvió hacia la madre con la misma sonrisa congelada espeluznante. Wanda frunció el entrecejo.

—Deja eso, cariño —le dijo pegándole en el hombro.

Dos hombres estaban quietos en una nube de humo de cigarrillo en la entrada del estadio, riendo fuerte y enérgicamente.

—¿O Wanda Mamada?

—¿Wanda acaba-en-mi-cara?

—Lo único que logro con Gloria es Wanda Sujétate —rieron a carcajadas.

Uno le palmeaba la espalda al otro. Ambos dejaron de reír cuando Duke pasó

junto a ellos y les dio un firme puñetazo en el estómago a cada uno y siguió hacia el estadio.

—Eh, amigos —soltó.

Los hombres se miraron.

—Doce años —dijo uno de ellos meneando la cabeza.

—Un auténtico hijo de perra.

Duke entró al área de pesarse, luego se sentó con su madre y Geoff Riggs a presenciar los últimos minutos del partido de los Pequeñitos. Donnie salía corriendo despacio del campo, con la cara colorada y brillante. Los cabellos mojados de sudor.

—Debiste haberlo visto hoy ahí —dijo Geoff—. Corriendo con esas piernitas flacuchas para atrapar el balón.

—Geoff se pasó una mano gruesa por la cabeza afeitada, mostrando las manchas de sudor en su camiseta militar y soltando una ráfaga de aire pestoso.

Wanda se reclinó:

—Qué bien por ti, Donnie —dijo—. El héroe de Miniatura.

—Donnie está en los Pequeñitos —dijo Duke—. Yo soy de los Miniatura.

Wanda le sonrió a Geoff.

—Hoy Duke va a anotar un tanto, ¿no es cierto, cariño?

Duke miró al cielo.

—Sí, mamá... si me convierto en mariscal de campo.

Donnie rió.

—Tenemos que irnos —dijo Geoff—. Buena suerte, Duke.

—Gracias.

Duke tomó el casco y dejó a la madre sola en la tribuna. Cinco filas delante de ella, separados por unos pasillos, unos grupos de padres conversaban y reían, señalando a los hijos que estaban en las líneas de banda. Wanda se concentró en sus pies, frotándose las marcas rosadas de las cicatrices. Giró los tobillos y examinó las nuevas costras rojas de los talones. Se agachó y metió una uña por debajo de la piel dura y seca y la arrancó. Crystal Buchanan pasó junto a ella, con la cabellera rubia dura, pintada como una azafata, con un termo de café y dos vasos desechables colgando del dedo meñique. Se sentó junto a ella.

—Hola, Wanda —la saludó sonriendo—. ¿Hoy juega Duke?

Wanda la miró con curiosidad.

—Sé que eres una buena católica...

La sonrisa de Crystal se congeló.

—... pero yo no soy tu maldita María Magdalena.

—Solo estaba tratando de ser amable —dijo Crystal.

—No. No me lo creo —dijo Wanda, mirando fijamente hacia el frente—. Estás

buscando rescatar al pisoteado. Ancianos, bebés minusválidos y prostitutas. Crystal Buchanan, nuestra Salvadora.

Crystal se levantó para irse.

—Verdaderamente estás muy lejos de recibir cualquier ayuda.

—Bueno, eso está muy claro —dijo Wanda—. Ah, y saluda al señor Buchanan de mi parte. —Wanda no conocía al Sr. Buchanan, pero le agradaba su capacidad de provocarle un escalofrío a una buena dama.

Volvió a mirar hacia el campo, observando cómo el centro de los Bravos comenzaba el partido. Le pasó rápidamente el balón por entre las piernas al mariscal de campo, luego bloqueó al jugador defensivo abalanzándose sobre él. El mariscal corrió a gran velocidad, pero fue bloqueado y derribado por un defensor rechoncho y perdió el balón que salió rebotando. El árbitro sopló el silbato. El partido continuó con los jugadores apilados en el suelo encima del balón, desenredándose, apilándose y volviéndose a desenredar.

En el intermedio, Wanda miró el tablero de puntuación. Los Pumas llevaban la delantera por un tanto. Observó a Duke montar el balón a horcajadas e inclinarse hacia adelante. Los jugadores se alinearon a ambos lados de él.

El mariscal gritó la jugada de campo.

—¡Azul! ¡Rojo! ¡Hut! ¡Hut! Duke pasó rápido el balón por entre las piernas. En un instante, el jugador defensivo había empujado a un lado y derribado al mariscal de campo. Éste dejó caer el balón y el defensor la recuperó. Todo el mundo se abalanzó. El silbato sonó. El mariscal se dio la vuelta hacia Duke.

—Buen trabajo... maldito retardado. —Pero Duke tenía los ojos puestos en la espalda del jugador defensivo mientras iba corriendo despacio hacia el agrupamiento. Duke fue rápido tras él, con el casco al frente para atacar a la altura de los riñones.

—¡Vamos, Dukey! —le gritó Wanda antes de percatarse de su error.

Los padres estiraron el cuello para mirarla fijamente.

El muchacho se desplomó en el piso, lanzando un grito en medio del silencio, conmocionado. La madre se puso de pie y corrió hacia él. El silbato sonó y una bandera amarilla flameó en el aire y aterrizó a los pies de Duke.

—¡Fuera! —gritó el árbitro—. Estás descalificado. Vete. —Le señaló el camino.

Duke lo miró fijamente y luego se fue corriendo. Pasó junto al entrenador que lo apuñaló con un dedo:

—¡Quítate el uniforme! Ve a sentarte en la tribuna.

La madre del jugador defensivo entró al campo a empujones hasta llegar donde se encontraba su hijo.

El entrenador de Duke atropelló al árbitro.

—No quiero escucharlo —dijo el árbitro, levantando la mano.

La voz del entrenador era baja.

—¿Qué puedo decir, Mike? Estoy de acuerdo contigo.

—Es bueno saberlo —dijo Mike—. El muchacho está loco. Golpear así al niño por...

—Ya lo sé, por el amor de Dios. Debiste haberlo visto en la práctica. No entendía el concepto de *sin contacto*.

Ambos miraron hacia la tribuna y vieron a Wanda avanzar tambaleándose entre el alboroto, empujando a Duke adelante.

—Pobre bastardo —comentó el entrenador.

CAPÍTULO 11

—Escuché un grito —dijo Mae Miller.

Frank esperó.

—¿No tuvimos ya su declaración? —le preguntó.

—No. Estuve fuera hasta ahora, no me he enterado de nada de esto hasta que regresé. Como integrante del Grupo de Vigilancia Vecinal, por supuesto con tu esposa como miembro del comité, soy bien consciente de la importancia de mantenerse alerta en relación a actividades sospechosas e informar de inmediato, en ese caso.

Mae Miller tenía ochenta y seis años de edad, era esbelta y lucía un elegante traje de lana marrón con un collar color mandarina. Usaba medias tostadas y zapatos bajos de charol negros. Frank no sabía demasiado sobre maquillaje, pero no estaba seguro del lápiz de labios rojo. Mae Miller había enseñado en la escuela primaria de Mountcannon durante más de cuarenta años. Entre los cuatro y los doce años, la mayoría de los niños del pueblo se habían sentado en su aula, con temor.

—Fue el viernes por la noche —dijo ella, instalándose en una silla junto a la puerta al tiempo que se quitaba unos guantes de cuero verde—. La señora Grant, madre de Petey, y yo estábamos jugando al *bridge* en la casa de una amiga en Annestown. Yo sabía que mi hijo John esa noche regresaría tarde, de modo que me quedé en la casa de los Grant para sentirme acompañada. Como ya sabe, ellos viven en una esquina del camino que conduce a la casa de la muchacha extraviada, Katie Lawson, donde vive con su madre Martha Lawson. Su padre, Matthew Lawson, por supuesto falleció hace varios años. En 1997, si mal no recuerdo. Era un buen hombre.

Frank asintió pacientemente.

—En fin, yo me encontraba tomando un té en mi habitación —continuó ella—. El cuarto de los huéspedes al frente de la casa, que da a la calle.

—¿Miró hacia afuera? —preguntó Frank, haciéndola avanzar—. ¿Cuándo escuchó el grito?

—Lo hice —dijo ella, asintiendo con la cabeza—. Y vi a dos personas, caminando por la calle desde el pueblo hacia la casa.

—¿Hombres o mujeres?

—A un hombre y a una mujer, bueno, bastante joven, diría yo, no muy grande. Él era más alto. —Hizo un leve gesto.

—¿Reconoció a alguno de ellos? —preguntó Frank.

—Parecían conocidos, pero no puedo asegurar si la muchacha era la joven Katie.

—¿Cómo estaba actuando la pareja?

—Como si el mundo no les importara.

—¿Pero y el grito?

—Sí, eso fue después de que los viera por la ventana.

—Ah. Pensé que eso había sido lo que la hizo asomarse.

—No. Yo ya estaba mirando por la ventana. Volví a tomar mi té, oí el grito y miré de nuevo. Ellos ya no estaban —vaciló—. Pudo haber sido al chico Lucchesi a quien vi. —Hizo una pausa y se inclinó hacia adelante—. ¿Recuerda a su madre hace años?

Frank negó con la cabeza.

—Nosotros no estábamos aquí en esa época.

—Faldas cortas hasta el trasero. Jamás vi una puntada de ropa respetable en ella. Me rompió el corazón que mi John tuviera algo que ver con esa muchacha. No la hubiera tenido bajo mi techo.

La dejó seguir hablando, pero no tenía más detalles que ofrecer. Cuando se puso de pie para marcharse, él extendió la mano para estrechársela, pero ella lo atrajo en un abrazo. Lo apretó fuerte contra sus muslos. Él se soltó amablemente, estrechándole los brazos con gentileza y guiándola hacia la salida.

—Madre de Dios —dijo al cerrar la puerta detrás.

A Sam Tallón le gustaba trabajar por la mañana temprano cuando todo el mundo estaba durmiendo. Fue directo al faro y estaba a punto de abrir la puerta con llave cuando se percató de que ya estaba abierta. Subió los escalones, deteniéndose a mitad de camino para recuperar el aliento. Al llegar arriba, Anna ya estaba allí, quitando los periódicos húmedos del piso.

—No podía dormir —le dijo al ver la mirada en su rostro.

—Ah, si me lo pregunta a mí, solo se necesitan cuatro horas de sueño —comentó él—. Empezaré a revistar todo. Podemos llegar a descubrir bastante pronto si se puede encender o no a esta dama.

Shaun iba camino a casa de los Danaher para encontrarse con Ali, con la cabeza gacha contra el viento. Ya no se veían mujeres caminando solas por el pueblo. Padres, esposos, hermanos y novios habían reacomodado horarios para que ellas no tuvieran que hacerlo. Shaun chocó el codo con otra persona que pasaba en sentido contrario y se detuvo para disculparse.

—Solo soy yo —dijo Billy McMann sonriendo.

Shaun bajó la vista y vio al pequeño a quien había ayudado a subirse el cierre después del partido de fútbol.

—Ah, eh, Billy.

—Eh, no te he visto, pero quería decirte que siento lo de Katie.

—Yo también.

—Igual ella regresará, ¿verdad?

—Eso espero.

—Voy de camino a esperar a mi hermana al autobús —le dijo encogiéndose de hombros. La hermana de Billy tenía diecisiete años.

—Bueno, ella cuenta con un tipo rudo que la proteja —comentó Shaun.

—Y también Katie —respondió Billy. Se ruborizó—. Quiero decir, lo que sucedió... si tú hubieras estado, no...

—Gracias —dijo Shaun—. Sé lo que quieres decir.

Joe tomó una madera de la pila que estaba junto a la mesa de trabajo. La aseguró con dos prensas de sujeción y se quedó mirándola. De la parte superior del estante, escogió un cepillo y comenzó a trabajar en uno de los bordes cepillando las astillas. Luego aflojó la madera y volvió a arrojarla a la pila. Se sobresaltó al ver una silueta de pie en la puerta.

—Martha —dijo—. Me has dado un susto enorme. ¿Cómo estás?

—Me estaba preguntando si puedes ayudarme, Joe —le dijo ella—. Con Katie. Tú tienes experiencia con estas cosas.

—Sí —dijo Joe—. Pero...

—¿Qué crees que sucedió? —le preguntó ella.

—Honestamente, Martha, no lo sé. No tengo todos los datos.

—Tú también has estado por ahí haciendo todas esas preguntas. Yo te he informado durante las últimas semanas. Sabes tanto como yo, que es lo mismo que sabe la policía.

—Quizá tenga más información de la que da —sugirió él. Ella bajó la vista.

—Tú no crees que ella haya huido, ¿verdad? —le preguntó.

—Pudo hacerlo —le respondió—. Si tú estás aquí debido a mi experiencia, te diré una cosa que aprendí, y es mantener la mente abierta. En especial con los adolescentes. Uno no sabe cómo actuarán. Yo a veces no tengo ni idea de lo que a Shaun le pasa por la cabeza.

—¿Hay algo que tú puedas hacer?, ¿puedes lograr que la policía te deje ayudarla? Él sonrió.

—Me temo que no hay nada que yo pueda hacer al respecto. Sencillamente, no es así como funciona. ¿Qué es lo que ellos creen que sucedió? ¿Adónde creen que fue ella esa noche?

—No tiene sentido. Parecen creer que huyó. Pero no me dicen por qué piensan que haría algo así. Su teoría es que dejó a Shaun en el puerto, fue caminando al pueblo, dobló a la izquierda para ir a casa y luego todo se vuelve un poco vago. Creo que no tienen ni idea.

—Bueno, creo que puedo llegar a hacer algunas preguntas —dijo Joe—, ver si hay algo que no parezca estar bien. Pero no será como mi trabajo de allá donde cuento con todos los recursos de rutina.

Ella asintió tristemente.

—Mira, quizá si tú me mantienes al tanto de todo lo nuevo que la policía te diga, eso pueda servir de ayuda.

—Está bien —dijo ella. Lo miró directo a los ojos—. ¿Y si está muerta?

Él no vaciló.

—Recuerda tener la mente abierta —le dijo apretándole el brazo.

Ella asintió con la cabeza.

—Creo que está muerta. —Se marchó rápido del taller sin mirar para atrás. Él se preguntó, y no por primera vez, ¿por qué la gente pensaba que podía decirle cosas a él que sabía jamás se las habían dicho a otra persona?

Betty Shanley estaba saliendo de Tynan's cuando vio a Shaun cruzando la calle. Le hizo señas con la mano.

—Disculpa, cariño, sé que estás en tu hora de almuerzo, pero solo quería que supieras que tenemos unos huéspedes en una de las casas este fin de semana. ¿Podrías prepararla?

—Claro, señora Shanley —respondió él—. ¿Para el viernes?

—Sí. Igual podrías pasar después de la escuela. Ellos no llegarán como hasta las diez. —Ella le dio un rápido abrazo—. Espero que estés bien —le dijo—. Pobrecillo.

—Gracias —le manifestó él al tiempo que se alejaba—. Ah, ¿qué casa es?

—La número quince —respondió ella.

Su corazón le dio un vuelco.

Joe estaba sentado en el estudio con la Power Book enfrente.

—Hola —saludó Anna asomando la cabeza.

—Este caso es una maldita pesadilla —comentó Joe. Martilleaba los dedos en el teclado.

—¿Qué caso? —preguntó Anna.

Él desvió la mirada.

—Mierda, quise decir Katie.

—¿Caso?

—Lo siento, ya sabes lo que quiero decir. Es solo que, ya sabes, no estar entre la gente informada.

—No me gusta hacia dónde estás yendo.

—Mira, estoy cerca de esto, conozco a los jugadores, solo necesito saberlo todo si es que...

—Epa —dijo Anna—. Está en un *impasse*, *detective*.

—Vamos —dijo Joe—. ¿En quién confiarías más?

—Tú no sabes qué es lo que la policía está haciendo —le dijo ella—. En este momento, podría estar, como tú dirías *encima del culpable*. ¡Dios mío! —exclamó ella—. Escúchame. Yo ya he asumido que alguien le hizo algo, que alguien... —Las lágrimas le brotaron de los ojos.

—Oh, cariño —dijo Joe—. Ven aquí.

—No sé qué es peor —dijo Anna—. Que alguien se la haya llevado a alguna parte o que ella... quiero decir...

—Lo sé, lo sé. Por eso quiero ayudar.

—¿Hablas en serio? —dijo ella, secándose las lágrimas.

—Por supuesto que hablo en serio. La novia de nuestro hijo ha desaparecido. Él está destrozado. —Bajó la vista—. Y Martha me ha pedido ayuda.

—Ah, ya veo —dijo Anna—. Tienes la bendición de alguien.

Él no dijo nada.

—¿Me permites? —dijo ella, apartándose y haciendo clic en los iconos al pie de la pantalla. Más de treinta Post-it informatizados amarillos, verdes y azules se abrieron ante ella. Sonrió y movió la cabeza:

—Guau.

Cada nota tenía una referencia relacionada a la desaparición de Katie con comentarios debajo. Joe apartó la mano de Anna y bajó la pantalla. Pero no antes de que ella alcanzara a ver un pequeño icono verde, cerrado, pero titulado «Shaun».

Shaun suspiró al ver lo que había dentro de la nevera. Pequeñas migajas de torta. Las empujó con el dedo y quedaron pegadas. Echó el resto en la palma de la mano y se quedó inmóvil, con la mano suspendida encima del fregadero, preguntándose si al tirarlas no estaría atrayendo a la mala suerte. Dio la vuelta a la mano y abrió el grifo, observando cómo las migajas flotaban y luego formaban un remolino hasta desaparecer por la rejilla. Deambuló por todas las habitaciones de la casa, revisando todo lo que se suponía tenía que revisar, cumpliendo con su trabajo accidentalmente. Se dirigió a la habitación principal. El corazón rugió en su pecho. Se recostó en la cama con la almohada en la cara. Se paró. El cuarto estaba vacío. Abrió y cerró los armarios. Arregló la cama, lloró y bajó las escaleras. Encendió la calefacción y dejó una nota de bienvenida sobre la mesa. Cerró la puerta con llave, dejó las llaves debajo de la alfombra y se marchó a casa.

Joe entró corriendo despacio a la comisaría y le preguntó a Richie si podía hablar con Frank.

—Supongo que sí —le respondió—. Frank —gritó—. El señor Lucchesi está aquí y quiere verte. —La sonrisa era amplia y falsa.

—Bueno, en realidad los dos podéis escuchar esto —dijo Joe.

Frank se acercó al mostrador.

—Es sobre lo que he estado tratando de decirles en Danaher's. Shaun le regaló a Katie una rosa blanca el viernes que ella desapareció, y yo la encontré en la tumba del padre. De modo que creo que ella fue por Church Road y en el camino se detuvo en el cementerio. Todavía está allí, podéis ir a comprobarlo.

—Eso está muy bien, pero tenemos una testigo que dice lo contrario —Frank le contó brevemente sobre Mae Miller.

—Ah —dijo Joe confundido—. Bueno, siento haber... Debe de haberse tratado de otra rosa... Tal vez Martha... —Él se dio la vuelta y les hizo un gesto con la cabeza—. Gracias por escucharme.

Anna pasó por el faro. Sam estaba terminando, guardando unas llaves dentro de una pequeña y ordenada caja de herramientas amarilla. Se limpió las manos con un paño lleno de aceite y sonrió.

—Le tengo buenas noticias —dijo—. No tuve que hacer demasiado. Había algunas pérdidas de keroseno y tuve que reemplazar las cubetas de la bomba de aire.

Anna había esperado malas noticias.

—Lo que digo es que no pude encontrar nada que impida encenderlo.

Ella le dio un fuerte abrazo y le palmeó la espalda.

—Muchas gracias, Sam.

—Ah, y hay otra cosa —le dijo él—. ¡Esto! —Sacó un pequeño paño rosa de seda.

—¡Guau! Gracias de nuevo. —Lo cogió y lo sostuvo en la palma de la mano—. No es lo que me esperaba en absoluto. Es muy suave. Parece algo que mi abuela pudo haber tejido a ganchillo.

—Las cosas buenas vienen en envase pequeño —dijo Sam, guiñándole un ojo.

Joe cerró la puerta principal detrás de sí y atravesó el vestíbulo obsesionado con Frank, Richie y Mae Miller. Se sentía como el alumno que levanta la mano para responder todas las preguntas en la escuela, pero siempre da la respuesta equivocada. Necesitaba volver al principio. Mientras iba caminando se percató de que iba disminuyendo la marcha. Luego algo lo hizo detenerse: una extraña y vaga esperanza. Se quedó vacilando ante la puerta del cuarto de Shaun. En parte le dolía lo que estaba a punto de hacer, pero la otra parte estaba con el piloto automático. Abrió la puerta y bajó las escaleras. Caminó por el cuarto, tocando lo menos posible. Imaginaba que cualquier cosa que tocara, brillaría como Luminol^[8] en cuanto Shaun volviera a entrar. La cama estaba hecha y había una revista de cine encima. El único póster que

había en la pared era el de Scareface. En el cuarto no había fotos de modelos ni actrices, Shaun las había quitado cuando empezó a salir con Katie. Joe no esperaba que él volviera a ponerlas. Se paró frente al armario abierto y tomó las cajas apiladas en el estante de arriba. Tenían una marca negra y blanca de zapatillas al frente, pero estaban repletas de fotografías, entradas de conciertos y pequeños juguetes de plástico. Joe estiró la mano y sacó un Magic 8-Ball. Lo sacudió.

No escuchó el crujido de arriba.

—¿Qué diablos estás haciendo? —le gritó Shaun desde la puerta.

Joe se dio la vuelta lentamente.

—Eh...

Shaun bajó las escaleras corriendo y le arrebató la pelota de la mano.

—Eso es mío.

—Solo estaba...

—¿Qué? —dijo Shaun—. ¿Espionando?

—¡No! —dijo Joe—. No, yo...

—¡Mentiroso de mierda!

—Cuida tu boca.

Shaun resopló.

—No se trata de mi boca sino de invadir mi privacidad. No serías capaz de revisar ni la casa de un drogadicto de mala muerte sin una orden, ¿qué es lo que estabas buscando?

—No lo sé. Algo que pueda servir de ayuda. Quiero ayudar. Quieres saber lo que le sucedió a Katie, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —respondió Shaun bruscamente—. Pero si la respuesta estuviera en mi cuarto, creo que ya la habría encontrado. ¿Y qué diablos fue eso con Robert? ¿Crees que todos somos estúpidos? *¿Qué es ese raspón que tienes en la mano?* ¿Crees que él no se dio cuenta de lo que querías decir? Te pasaste, papá. Lo único que puedes ver es lo malo en la gente. Hasta en tu propio hijo. Incluso habiendo renunciado a tu estúpido trabajo. Eso es muy triste.

La silla estaba húmeda en la espalda de Duke. Tenía los párpados pesados y la cabeza se bamboleaba floja hacia adelante y hacia atrás. Afuera, en algún lugar, escuchó un grito entre los árboles. Abrió los ojos de golpe. Se aferró a los apoyabrazos de la silla y se levantó lentamente. Se dirigió hacia la puerta trasera y salió al patio. En el siguiente terreno vio a un par de mochileros riendo y ayudándose a cruzar un cerco. Detrás de ellos había un largo sendero de hierba amarillo. Duke se inquietó. Fue caminando hacia el frente de la casa y hasta el comienzo del camino. Un pequeño cartel con una mano pintada mostraba el dibujo de un hombre caminando. La flecha señalaba hacia donde se encontraban los mochileros. Él se estiró y movió el cartel

hacia un lado y hacia otro hasta quitarlo. Lo arrojó en la maleza, se dio la vuelta y volvió caminando hacia la camioneta. Subió y condujo hasta que vio el mar.

Sosteniendo con una mano una taza de café y con la otra un posavasos debajo con cuidado, Nora Deegan se ahuecó en el enorme sillón.

—Él conoce su café. Se lo daré —dijo ella, inclinándose para inhalar el intenso vapor.

—¿A Joe?

—Sí. Éste es otra variedad colombiana. Podría quedarme oliéndolo toda la noche.

—Qué amable por su parte traértelo de nuevo —dijo Frank.

—Sí. Igual es algo del café. Los bebedores de café son los fumadores del mundo de los brebajes.

Frank rió entre dientes.

—Hablo en serio —dijo ella—. Nos estamos volviendo marginados: *Dios mío, estaría toda la noche despierto si bebiera tanto café como tú, o ¿No te preocupa lo que va dentro de tu organismo?* o *No, no. Para mí descafeinado*. Los descafeinados tienen más sustancias químicas...

—Algunos no tenemos opción —dijo Frank poniendo cara triste.

—No estoy hablando de ti, cielo —dijo ella—. Estoy hablando de la gente a quien no le pasa nada y quitan el café de su dieta. Una locura.

—¿Qué vas a ver? —le preguntó él, señalándole la TV con un gesto.

—Estoy viendo —dijo ella, al tiempo que se ponía las gafas y levantaba un periódico enrollado— *Las últimas horas de Pompeya. Noche de historia*.

—Estupendo. Yo me estoy yendo a Danaher's a encontrarme con Richie, para continuar con algunas cosas del caso.

—Cuando esto termine, estaréis hartos de veros —comentó ella.

—Mmm —dijo Frank.

Joe se inclinó y echó una mirada a los tres trozos de bistec que había debajo de la parrilla. La manteca apenas se había derretido encima. La salsa Worcestershire no chisporroteaba.

—Sal de ahí —dijo Anna.

—Vamos. Emparedados de bistec. Mi especialidad.

—El único inconveniente es que claramente Shaun no sale de su cuarto por algún motivo. Y yo no tengo mucha hambre. Y lo último que tú necesitas es algo para masticar —comentó ella señalando la LV8 abierta y la tableta de calmantes vacía que había sobre la mesa.

Joe volvió a echar una mirada a la parrilla. Anna suspiró.

—Lo he estropeado —dijo Joe sin mirarla—. Me encontré revisando su cuarto.
—Se enderezó, apagó la parrilla y echó los bistecs a la basura.

Anna frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Honestamente no lo sé.

—Sí que lo sabes.

—No lo sé. Mira, simplemente hay algo que a mí no me cuadra, ¿de acuerdo?

—¿Qué es lo que quieres decir? Me estás asustando.

—Creo que yo mismo me estoy asustando. —Fue hasta la puerta—. Voy a salir.

—Basta de hacer eso, de salir cuando yo quiero hablar contigo. Escapar.

—No lo hago. Necesito dar una vuelta. Hablaremos más tarde.

Joe retrocedió con el jeep por el sendero, doblando violentamente en el último momento para esquivar el poste de la izquierda. Se detuvo antes de doblar en dirección al pueblo, tratando de calmar sus nervios crispados. ¿En qué clase de padre se había convertido? Mientras conducía recordó cuando trabajaba en Delitos Sexuales y cuando un día Anna había llegado con Shaun a la comisaría. Él no la había visto durante cinco días. Había estado durmiendo en el sillón de la sala de espera de arriba al recibir la llamada desde el escritorio. Estaba exhausto después de su turno pero se había quedado a trabajar en un caso. En el suelo, a su lado, había un expediente y una foto de color brillante, encima, de un niño hispano de cuatro años vestirlo con pijama celeste con avioncitos rojos. Estaba riendo, la parte superior del cuerpo inclinada y los brazos extendidos como si estuviera planeando. Joe aún recordaba su nombre: Luis Vicario. Había sido atraído con engaños hacia una casa por una prostituta joven pagada por el dueño, un sucio camionero obeso que acababa de trasladarse al barrio. Él le había dicho que Luis era su hijo y que su esposa jamás lo había dejado entrar. La prostituta le prometió a Luis dar una vuelta en un avión de verdad, lo llevó a la casa y se marchó. El pequeño cuerpo fue hallado tres horas más tarde. Apenas respiraba. Una ambulancia lo trasladó urgente hasta un hospital, donde lo entubaron, le trataron las heridas lo mejor que pudieron, tenía agujas clavadas en los brazos y estaba conectado a un respirador. Joe visitó a la familia todas las semanas durante tres meses hasta que el niño perdió la batalla. El vecino huyó. La prostituta vio la historia en las noticias y se presentó. Estaba esperando en la sala de reuniones para ver a Joe. Se levantó y bajó las escaleras deprisa para encontrarse con Anna, quien, sin decir una palabra, le entregó de un empujón a Shaun de seis años y le dijo: «Éste es tu hijo, Shaun». A Joe le resultó difícil mirarlo pero se agachó y lo abrazó dándole una palmadita en la espalda, mirando fijamente a Anna en todo momento. Ella tenía lágrimas en los ojos. Al cabo de un instante, él se levantó. Anna tomó a Shaun de la mano y se dio la vuelta: —*Au revoir*, —le dijo mientras se marchaba. Sabía que eso no significaba simplemente adiós, sino *hasta la próxima vez que nos veamos*. Pero

prefería que ella se enfadara con él a tener que explicarle.

Ese año en Irlanda había comenzado del mejor modo para él y para Shaun. No quería que sucediera nada que lo echara a perder. Pero la peor parte de que Shaun lo hubiera descubierto más temprano era el hecho de darse cuenta de que al entrar a su cuarto él *si* estaba pensando lo peor. Se había acercado a esas cajas con el corazón martilleándole en el pecho. El hecho de tomar el Magic 8-Ball era solo por tocar algo familiar y agradable. En ese momento estaba lleno de temores. ¿Y por qué razón tenía a Mae Miller metida en la cabeza como un CD atascado? Apenas la conocía, pero se preguntaba si su testimonio podía tomarse en sentido literal o si ella tendría algo que ocultar o alguien a quien proteger. Un nombre le vino a la mente. Condujo hasta la casa de los Grant, donde Mae Miller se había quedado la noche en que Katie había desaparecido. Eran casi las once y media, hora en que Katie hubiera estado regresando a casa a pie. En el instante en que bajó, percibió que algo estaba mal. Había otras tres casas cerca, sin embargo, ninguna había escuchado ningún ruido. Frank hubiera apoyado el testimonio con la mayor cantidad de testigos posibles. Solo las pisadas de Joe ya habían provocado el ladrido de un perro. Otro cachorro de terrier gritón apretaba la cara contra los barrotes de un portón. Joe miró las ventanas de la planta baja. En dos de ellas había luces. La tercera estaba a oscuras pero, al acercarse, alcanzó a ver un reflejo al fondo de la casa. No era demasiado tarde para que el vecino de la señora Grant estuviera despierto.

Apretó el timbre de la primera casa. Atendió una mujer con una blusa blanca radiante y unos pantalones de poliéster. Se ruborizó al ver a Joe.

—Hola, señor Lucchesi —saludó—. ¿Cómo está?

—Hola —respondió Joe—. Estoy bien, Yo... me preguntaba si usted estuvo aquí el viernes por la noche, el 6, cuando Katie desapareció.

—Pobrecilla. —Meneó la cabeza—. Sí, estaba —dijo—. Era el cumpleaños de un amiguito. Estuve limpiando después de la fiesta hasta tarde.

—¿Como hasta la medianoche?

—Cielos, no. Como hasta las dos de la mañana.

—¿No escuchó nada de nada?

—No. Nada.

—¿Pudo haber tenido la aspiradora encendida?

—La hubiera tenido de haber estado reparada. Andaba de rodillas quitando las palomitas de maíz de la alfombra. ¿Los muchachos le dijeron que viniera para ayudar con la investigación? —le preguntó ella con los ojos brillantes.

—No, no —respondió Joe—. En realidad no es así como funciona. Solo curiosidad, eso es todo. ¿Esa noche vio algo?

—No. No tuve ni tiempo de persignarme, ni hablar de mirar por la ventana.

—Está bien —dijo Joe—. Gracias. —Se dirigió hacia la segunda y la tercera

casas, antes de regresar conduciendo a Danaher's.

El bosque de Shore's Rock estaba sumamente tranquilo, el silencio roto solo por las pisadas de Mick Harrington y la respiración fuerte de su perro, Juno. Como a un kilómetro y medio de la casa de los Lucchesi, a través de una tupida valla de arbustos y brezos, Mick siguió por un sendero hacia el borde del acantilado, el mismo sendero que había recorrido de arriba abajo durante más de treinta años, hasta una comisa que sobresalía hacia el mar, donde le gustaba sentarse a contemplar una de sus vistas preferidas. Juno siguió trotando despacio, cansado. De repente, el perro soltó un ladrido penetrante y siguió ladrando hasta que Mick trepó y lo cogió suavemente de la cabeza, sujetándolo de las orejas y poniéndose en cuclillas para mirarlo a los ojos.

—¿Qué sucede, muchacho? ¿Por qué mi muchachote ladra como un loco? —La mirada de Mick se deslizó más allá del perro y se detuvo repentinamente. Retrocedió tambaleando, buscando a tientas la correa de Juno, esforzándose por volverlo a enganchar al collar. Él empezó a correr de nuevo por medio del bosque, llevando a Juno detrás hasta que finalmente lo levantó y lo llevó de nuevo al coche caminando con pasos torpes.

Frank estaba tranquilo terminándose la cerveza cuando Joe llegó y se sentó a su lado, Richie casi se levanta de su silla para protestar. Abrió la boca, pero las palabras quedaron ahogadas al abrirse de golpe la puerta de Danaher's. Mick Harrington escudriñó el bar. Fijó los ojos en los de Frank.

Frank se puso de pie y atravesó el salón como atraído hacia él.

—Dios santo —dijo Mick, en voz baja. Contuvo las lágrimas—. Yo estaba fuera dando un paseo. Por... por el bosque. Vi... creo que... No sabía lo que era. —Contuvo la respiración—. Creo que... era Katie.

CAPÍTULO 12

Stinger's Creek, centro-norte de Texas, 1983

Duke golpeó la puerta mosquitera y bajó de nuevo los escalones para mirar por la ventana. Alcanzó a ver la luz de la televisión que brillaba a través de la lisa cabeza calva.

—¿Señor Riggs? —llamó—. ¿Señor Riggs?

Geoff Riggs giró la cabeza lentamente y le hizo señas a Duke para que entrara por la puerta principal. Se levantó del sillón pesadamente, fue hacia la puerta y la abrió de un tirón. Aquel era un feliz día de bebida.

—Eh, señor Riggs, ¿está Donnie? —preguntó Duke.

—Pensé que estaba contigo en la ensenada.

—Ah, claro —dijo Duke lentamente—. Se suponía que me encontraría con él allí. Siento haberlo hecho levantar.

—No te preocupes. Necesito hacer ejercicio, hijo —le dijo él, haciéndole un ademán con el control remoto.

Duke fue caminando por el sendero entre los árboles. Le gritó pero no obtuvo respuesta. Finalmente encontró a Donnie tirado bajo un álamo a orillas de la ensenada, con las piernas flexionadas contra el pecho, unos pies flacuchos sobresalían por debajo de unos pantalones vaqueros ceñidos azul marino. Estaba dormido.

—Eh, amigo —dijo Duke, pellizcándole suavemente los dedos de los pies.

Donnie despertó lentamente, rodó de espaldas sacudiéndose la tierra de la mejilla.

—¿No fuiste a casa anoche? —preguntó Duke.

—Sí fui —respondió Donnie—. Y papá volvió a dejarme fuera. Por más que golpeé la puerta mosquitera, nada lo sacó de ese sillón, con el feliz paquete de seis a sus pies: «Vamos, chico», me dijo, como si yo fuera un perro. —Rió moviendo la cabeza.

—Al menos tú no vives en casa —dijo Duke.

—¿Está todo bien con tu mamá? —dijo Donnie.

—Está todo mal con mi mamá —respondió Duke. Se sentó a su lado apoyando la espalda contra el árbol y desenrolló un libro que había sacado del bolsillo.

—No —dijo Donnie al tiempo que se ponía de pie—. Leer no. Hagamos algo.

—Cállate. Esto es diferente. Está bien. Tío Bill me lo dio.

Sostuvo el libro sin mirar a Donnie, luego lo hojeó hasta que encontró lo que estaba buscando.

—Escucha esto —dijo, leyendo lenta y bruscamente—: «En la mitología se cree que el halcón posee poderes especiales como gran sabiduría, cualidades como el

orgullo, la nobleza, el coraje, el sentido común, algo que no sé leer y honestidad. Se considera de suerte que lo primero que uno vea por la mañana sea un halcón».

—Tu tío Bill debe ser el tipo más afortunado con vida —comentó Donnie.

Duke continuó leyendo:

—«Si uno escucha el grito de un halcón, es señal de abrirse a recibir un mensaje, a...». —Se detuvo, luego terminó la frase solemnemente—, hay que tener cuidado. Espeluznante, ¿eh?

—Espeluznante —dijo Donnie—. Pero igual quiero hacer algo.

Empezó a quitarse la camiseta mientras se contoneaba. El sol temprano de la mañana se sentía caliente en su rostro. Duke alzó la vista. Donnie se daba palmaditas en el vientre hinchado, con la espalda arqueada. Se quitó el resto de la ropa y gritó:

—El último es hombre muerto —antes de ir corriendo hacia el agua cubierta de neblina. Duke miró pasar su cuerpo moreno y desnudo. Un escalofrío le corrió por la espalda. Esa sensación no le gustó. No lo siguió.

El agua parecía cálida cuando Donnie entró de un salto. Salió a la superficie agitando ambas manos. Volvió a hundirse y luego salió aferrándose de una soga que colgaba de su árbol favorito. Subió la soga, se columpió y volvió a zambullirse en el agua. Cuando acabó, regresó corriendo a temblar a la sombra.

—Debiste meterte —le dijo—. Ha estado bien. Eh, ¿qué quieres hacer después de la escuela?

—No sé —respondió Duke, levantando la vista—. Cielos, ¿quieres ponerte algo de ropa, por el amor de Dios?

Wanda Rawlins iba a toda velocidad por Stinger's Creek en la camioneta con una lata de gaseosa apretada entre las piernas. Fumaba como un hombre, con el cigarrillo entre dos dedos, cada chupada que daba era larga y profunda. Clavó los frenos al ver una silueta solitaria al lado del camino. Retrocedió en zigzag.

—¡Eh, Dukey! —lo saludó—. ¿Quieres que te lleve a casa? —Él se encogió de hombros.

—Eh, eh. Mírame. ¿Qué pasa?

—Nada.

—Nada —se mofó ella—. ¿Qué es?

—Ah, se suponía que tenía que encontrarme con Donnie, es todo. No hay problema.

—Sube —le mandó ella—. Te llevaré adonde sea.

—Solo déjame en la tienda.

—Bueno, eso no queda tan lejos, ¿verdad?

—Entonces iré caminando.

—Ay, sube, por el amor de Dios.

Se inclinó hacia él mientras conducía, girándose para mirarlo cuando le decía algo. Él miraba fijamente adelante y mantenía una mano apenas en el volante.

Donnie revolvía la malteada con una pajita a rayas verde y blanco.

—Eres tan gracioso —le dijo Linda Willard, empujándole el brazo.

—Y tú también —respondió Donnie.

Linda picó unas patatas fritas, poniéndose la brillante cabellera roja detrás de la oreja con la mano libre.

—¿Y qué tipo de música te gusta? —le preguntó ella.

—No sé —respondió Donnie—. No tengo estéreo ni nada. Ni siquiera tengo radio. Mi padre tiene el televisor encendido toda la noche... —Se encogió de hombros.

—¿Y entonces a qué te dedicas? Quiero decir, ¿además de andar por ahí con Dukey Vomitón?

—Ah, él detesta que lo llamen así —aclaró Donnie—. Todo eso fue por culpa de Ashley Ames. A mí me cae bien Duke. Nosotros nos llevamos bien.

Duke observó sus rostros sonrientes a través de la ventana del restaurante, luego frunció el ceño y regresó a casa.

Dos horas más tarde, Linda Willard iba saliendo del pueblo en su bicicleta roja cuando vio a Duke Rawlins haciéndole señas desde el lateral del camino.

—Linda —la llamó—. Ven aquí un momento, ¿quieres?

—Claro —respondió Linda, al tiempo que apoyaba un pie en la tierra para detenerse—. Se me han roto los frenos —explicó sonriendo.

—Donnie me habló sobre ti —dijo Duke.

—¿Lo hizo? —Se ruborizó ella.

—Sí —respondió Duke—. ¿Quieres saber lo que dijo?

—¿Qué? —preguntó Linda, apoyándose sobre el manillar con los ojos brillantes.

—Dijo que tú y él habíais estado en la ensenada el otro día y que tú...

Duke se inclinó hacia adelante y le susurró la última parte lentamente al oído. Ella agrandó los ojos. Era desagradable y ni siquiera conocía a alguien que pudiera hacer algo así. Lo único que sabía era que jamás quería volver a ver a Donnie Riggs.

CAPÍTULO 13

—Eso es —lo contuvo Frank mientras Richie apoyaba la mano en un árbol, con la cabeza gacha y un hilo de saliva colgando del labio. Escupió y esperó a que se le pasaran las náuseas. Pero volvió a tener arcadas y vomitó por tercera vez. Se secó las lágrimas de los ojos. Como a un metro yacía el cuerpo hinchado de Katie Lawson, desnudo de la cintura para abajo. Solo la cara y las piernas estaban bien expuestas, tenía un grotesco color negro verdoso en la piel y estaba cubierta de enormes ampollas. La parte superior estaba oculta bajo una mezcla de tierra y hojas, la capucha rosa se había vuelto marrón sucio. Aparte de la ropa, solo se la reconocía por la larga melena oscura que la tenía desplegada arriba y ya estaba comenzando a desprenderse de la cabeza. Tenía los rasgos completamente distorsionados, la piel estaba desprendiéndose del hueso.

—Pudieron ser animales, gusanos; Dios sabe qué heridas habrá debajo —dijo Frank—. ¿Sabes? Hubiera dicho que ella solo salió a dar un paseo, quizá se cayó, se golpeó la cabeza, pero por... —Señaló los pantalones vaqueros y las bragas, enroscadas y tiradas a sus pies; todavía tenía puesta una zapatilla rosa en un extremo.

—Éste es un trabajo terrible —afirmó el doctor Cabot, el médico de cabecera local, al tiempo que retrocedía, cubriéndose la boca con un pañuelo azul y blanco. Su trabajo había terminado, la extraña tarea de confirmar la muerte de un cuerpo en estado de descomposición.

Frank hizo la señal de la cruz.

—En un momento como este, uno tiene que pensar en el alma —dijo con voz conmovida—, porque con un cuerpo en estas condiciones... bueno, simplemente ésta no es la pequeña Katie.

Joe estaba sentado junto a Mick Harrington en Danaher's mientras el hombre tembloroso se llevaba el segundo vaso de whisky a los labios. Observaba cómo el pecho de Mike subía y bajaba. Ed no preguntó nada cuando llevó las copas. Joe quería irse en lugar de ser amable y esperar a que disminuyera el impacto que sentía Mike; de manera extraña, quería llegar a la escena del crimen más importante que jamás vería. Pero se quedó en silencio. Había tenido demasiado tiempo para pensar en lo que podía haberle sucedido a Katie. Por un instante, la imaginó como si fuera un ángel, tendida de espaldas sobre un manto blanco, con una leve sonrisa dibujada en el rostro tranquilo. Luego un torrente de imágenes más oscuras invadió su mente con toda la maldad que jamás había visto. Pensó en el bosque, en el cuerpo de ella sin vida colgando de una soga que pendía de la rama de un árbol. Pensó en su rostro, dañado y destrozado, en sus ojos opacos y fijos. Luego la vio envuelta en plástico o enterrada o... Miró a su alrededor y sintió deseos de ser cualquier otra persona menos

él, alguien que había perdido para siempre la oportunidad de ver el mundo como algo bueno.

Frank extendió la mano y sintió el comienzo de una llovizna brumosa.

—Tenemos que cubrir el cuerpo de inmediato —ordenó.

—¿Tienes algo?

—Solo un par de chaquetas impermeables en el coche —respondió Richie.

—Corre —lo mandó Frank, al tiempo que se estiraba para abrir la cremallera de la dura capucha plegada en el cuello del anorak verde oscuro. Estiró los cordones tirantes y se los ató por debajo de la barbilla. Fue lo último que hizo antes de quedarse absolutamente inmóvil, mirando fijamente al frente, con los pies clavados al suelo. Cualquier movimiento que hiciera podía comprometer la escena. Ya una vez había fracasado en proteger a Katie Lawson; no estaba dispuesto a cometer de nuevo el mismo error.

Mientras Richie estaba sacando las chaquetas del baúl del coche, un par de faros los iluminaron desde atrás acercándose velozmente. Giró en redondo cuando el coche se detuvo haciendo crujir la grava. El inspector O'Connor bajó con la libreta negra en la mano, seguido del comisario Brady. O'Connor le hizo una seña a Richie para que apartara de ellos el reflejo cegador de la linterna.

—¿Definitivamente se trata de ella? —preguntó Brady.

—Sí —respondió Richie—. Está poniéndose húmedo. Necesito cubrirla.

—Hemos traído la carpa blanca —dijo O'Connor—. Tómala de allí. Pero coge una de esas chaquetas para ti.

Richie corrió hasta el coche de O'Connor. Tomó la carpa del baúl y regresó corriendo hacia los árboles. Los hombres lo siguieron, alumbrando con una linterna adelante entre los árboles. Llegaron a la escena, saludaron a Frank con un gesto, luego echaron un breve vistazo al cuerpo antes de cubrirlo con la carpa.

—Tendremos que hacerle una llamada al perito —aseguró Brady.

El Departamento Pericial de la Policía, con base en Parque Phoenix en Dublín, nuncaabría antes de las nueve de la mañana, por atroz que fuera el crimen descubierto la noche anterior. Al cabo de ocho horas y media, alguien levantaría un mensaje del contestador sobre una muerte sospechosa en Waterford y se reuniría un equipo. El patólogo, que a esa altura se habría enterado del hallazgo del cuerpo a través de las noticias, entonces recibiría una llamada del perito técnico para ir a la escena del crimen.

Brady miró a Frank.

—Preservemos esto.

—Richie, tú quédate aquí —pidió O'Connor—. Frank, el comisario Brady y yo hablaremos con Martha Lawson, antes de que lo haga cualquier otra persona.

Frank volvió a mirar a O'Connor al verle las gafas sin montura.

—Está bien —accedió O'Connor, alcanzándole a Richie la libreta negra. Sacó un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta azul acolchada y se la entregó—. Anota cada una de las personas que llega a la escena, comenzando por nosotros. Obviamente, no alteres nada, ten cuidado de por dónde caminas o dónde pisas. O respiras. Definitivamente, no podemos alterar nada, no necesito aclarártelo.

Richie asintió con la cabeza, pero el pánico se le notaba en los ojos. O'Connor vaciló y luego se marchó.

Mick Harrington llegó a casa a los brazos de su esposa y lloró como nunca antes lo había hecho. Robert se quedó quieto al final de la escalera observándolo, pensando en que algo le había sucedido a su abuelo hasta que sus padres se dieron la vuelta para mirarlo.

Joe Lucchesi atravesó despacio la puerta principal de Shore's Rock y meneó la cabeza suavemente cuando Anna se le acercó. La aferró y ambos se abrazaron. Luego, cogidos de la mano, bajaron las escaleras hasta el cuarto de Shaun.

Martha Lawson gritó hasta que la garganta se le quedó seca, desplomándose en el piso del corredor, cubriéndose los oídos y repitiendo NO una y otra vez entre sollozos entrecortados. Frank, O'Connor y Brady ni siquiera habían hablado y tuvieron que esquivarla para poder entrar a la casa. Frank estaba visiblemente conmovido por la reacción de ella. Se inclinó y le rodeó los hombros con un brazo, medio abrazándola, medio levantándola del suelo y llevándola al sofá de la sala.

—Que alguien traiga un poco de té —pidió. O'Connor miró a Brady y luego se dirigió a la cocina.

—Yo no quiero té —gritó Martha y se llevó la mano a la boca—. Oh Dios, lo siento —se disculpó—. Lo siento. ¿En dónde está ella? ¿Dónde la habéis encontrado?

—En el bosque —respondió Brady suavemente—. Junto a Shore's Rock.

—¿Cómo? —preguntó ella—. ¿Pero no habían buscado antes allí?

—Sí, lo hicimos —respondió O'Connor—. Pero quizá sin penetrar demasiado. Resulta muy difícil adentrarse.

—Obviamente no es tan difícil —gritó ella—, si Katie lo hizo. —Y dejó la idea flotando en el aire—. Dios mío —dijo ella de repente—. ¿Y qué estaba haciendo ella ahí? ¿Qué fue lo que le sucedió? ¿Se cayó? ¿O...?

—Aún no lo sabemos —respondió Brady con cautela—. La patóloga...

—... La doctora Lara McClatchie llevará a cabo una autopsia en el cuerpo hoy

más tarde —terminó de decir Martha—. Ya conozco el resto de esa oración —dijo sollozando—. Lo he escuchado en las noticias y pensé: «Jesús, María y José, pobre familia», ¡y ahora, mirad esto! La pobre familia soy yo. La pobre familia soy yo. — De pronto se levantó de un salto del sofá y fue deprisa al corredor para tomar una de las chaquetas de Katie del perchero. Tiró con fuerza para abrir la puerta principal y caminó tambaleándose en medio de la noche—. Tengo que ir a verla —expresó desesperadamente. Los hombres quedaron asombrados pero solo O'Connor logró correr tras ella. No hizo falta, Martha estaba tendida de bruces en el jardín, abrazando la chaqueta de Katie, la llovizna caía suavemente sobre su camisón.

Desde las nueve de la mañana del día siguiente, la gente del pueblo comenzó el recorrido del trayecto hasta el bosque, estacionando los coches donde la carretera había sido cortada y acercándose a pie a la actividad que se desarrollaba colina arriba. O'Connor había asignado a uno de los policías jóvenes más oscuros de Waterford para que se quedara en el cordón, recibiendo todos los ramos de flores y ositos de peluche que quisieran depositar junto a la escena. Una vez que se formó una pila, los cámaras y fotógrafos se acercaron para captar la mejor imagen.

Richie estaba de espaldas a la comisaría, frotándose la cara frenéticamente. Se había quedado con el cuerpo la mayor parte de la noche hasta ser relevado por un policía de Waterford. Se dio la vuelta al escuchar unos pasos detrás y ver a una morena parada en la puerta. Quedó atónito por su altura, medía al menos un metro ochenta. Instintivamente le miró los pies. Llevaba puesto un calzado deportivo caqui con tiras negras. Volvió a mirarla a la cara. Era atractiva al natural, de tez pálida pero saludable, cejas pobladas, labios carnosos y no usaba maquillaje. Llevaba los cabellos recogidos en una cola de caballo alta.

—En realidad no está abierto —aclaró Richie—. Pero si se trata de alguna emergencia...

Ella frunció el ceño.

—Eh... creo que va más allá de una emergencia —afirmó ella, con acento británico occidental—. Estoy aquí por la sospechosa...

Frank había estado intentando salir de detrás del mostrador pero era demasiado lento.

—Lo siento —le respondió, señalando a Richie con un gesto—. Buenos días, doctora McClatchie. Soy Frank Deegan, el oficial al cargo. —Le estrechó la mano y luego se volvió hacia Richie—. Ella es la patóloga estatal. Él es el policía Richie Bates.

Richie se ruborizó.

—Yo...

—Solo me ha visto en la televisión. Aparentemente no parezco ser la misma en la

vida real —sonrió ella.

—Eh, sí.

—No se preocupe —dijo ella.

—Sea muy bienvenida, si es que ése es el mejor modo de expresarlo —aseguró Frank—. Déjeme llevarla al lugar de los hechos.

—Por favor, llámeme Lara.

Frank la acompañó afuera, pasaron junto al viejo Citroën negro de ella y fueron en dirección al Ford Focus. En el camino la puso al corriente. Dos camionetas de prensa más habían llegado desde que él se había ido más temprano, los periodistas y cámaras andaban por ahí merodeando. Frank pasó de largo y estacionó detrás de la camioneta del Departamento Pericial Técnico. Con lo primero que se toparon al bajar del coche fue con el hedor a vómito.

—Siempre hay alguien que vomita en la escena del crimen —contó Lara. Uno de los forenses se le acercó sigilosamente.

—En realidad fue Alan —aclaró él refiriéndose a uno de sus colegas—. No tuvo nada que ver con el cuerpo. Es solo que anoche estuvo de copas.

Ella ahogó una risa y luego miró dentro de la camioneta.

—¿Puedo ponerme mi equipo?

—Claro.

Encima de los pantalones y la chaqueta negra se puso el traje blanco estándar extra grande, lo cual era estupendo para su altura, aunque ella jamás querría abarcar todo el ancho, como algunos de los fornidos policías. Seguían los cubrecalzado, los guantes y finalmente se subió la capucha del traje para evitar que los cabellos se le engancharan entre las ramas mientras caminaba.

—¿Tiene alguna bolsa por ahí? —preguntó Frank.

—No —respondió ella—, solo esta pequeña por si necesito recoger alguna muestra —la sostuvo en alto—. En realidad mi trabajo se lleva a cabo en la morgue.

Caminaron hacia la cinta azul y blanca que marcaba la escena del crimen. El policía de allí apuntó su nombre, el de Frank y la hora.

—¿Quiénes son esas otras personas? —preguntó ella mirando a su alrededor.

El policía señaló a cada uno de manera distraída:

—Ésa es una pareja del escuadrón de Waterford, y aquél, en realidad... eh, ése es mi primo que trabaja en el periódico.

Lara lo miró fijo.

Frank la condujo hasta el cuerpo que estaba junto al sendero delimitado con la cinta, y luego fue directo a hablar con el policía de la entrada.

Cerca del cuerpo, había otro policía señalando las huellas mientras alguien gritaba:

—Es fresca. Es la huella del policía de Mountcannon. De cuando él y el oficial

llegaron. Yo no me preocuparía por eso. Dijeron que en la escena del crimen no había ninguna.

—Hola, Alan —saludó Lara al del equipo forense—. ¿Cómo fue anoche?

—No me hables —le respondió él.

Ella echó una mirada alrededor.

—Parece espantoso.

—¿El crimen? ¿O los idiotas, disculpa mi lenguaje, que andan pisando la escena?

—Parecía calmado pero ella lo conocía bien.

—Ambas cosas —aseguró.

Alan le señaló a alguien.

—A propósito, el de allá es periodista y tiene una pequeña cámara. Así que recuerda no sonreír.

Ella arqueó una ceja castaña:

—Esa es mi sonrisa de la escena del crimen. Solo para principiantes. Es igual a tu furia medida. Para que nadie que esté mirando las noticias te vea y piense «sospechoso»; nadie me mira y piensa «qué mujer tan tonta haciendo el trabajo de un hombre».

Frank observó a la doctora McClatchie de cuclillas junto al cuerpo, luego se levantó y caminó lentamente alrededor. Todos la miraban como si con cada movimiento hubiera posibilidad de que ella se diera la vuelta y dijera: «Muy bien, el asesino es fulano de tal y lo encontrarán en tal lugar».

El hecho de que todos supieran con certeza que había un asesino involucrado no era impactante sino más bien otra deprimente realidad que tenían que afrontar. Frank sabía que la mayoría de los hombres que estaban allí jamás había visto un cuerpo. Los únicos cadáveres que él había visto eran suicidios, el más reciente era el de un chico de quince años colgado en el granero de un vecino. Frank lo había encontrado, segundos después que la madre.

Parte de él sentía deseos de detener el mundo entero, pero la mayor urgencia era la de parar lo que sucedía delante de él. La violación de la intimidad de Katie le resultaba casi insoportable. Aunque era consciente de que la verdadera violación probablemente había sucedido hacía semanas. Esa parte era algo que tenía sentido, que tenía que haber sucedido, que había sido hecho para el beneficio de la víctima.

La gente regresaba caminando lentamente del sitio donde se hallaba el cuerpo mientras la doctora McClatchie se iba acercando. Dos forenses se pusieron en cuclillas junto a ella. El fotógrafo los siguió. Pieza por pieza apartaron las ramas y hojas que cubrían el torso de Katie, deteniéndose para fotografiar y filmar cada nueva capa. Al cabo de dos horas, el cuerpo estaba completamente descubierto y todos se quedaron tensos y retrocedieron.

Frank observaba mientras amarraban bolsas en la cabeza, manos y pies del cuerpo

que luego metieron en una funda plástica, cerraron con una cremallera y trasladaron en una camilla.

—¿Alguna idea de la causa de la muerte? —preguntó O'Connor al tiempo que se acercaba a la doctora McClatchie.

—Eso se lo diré una vez que lleve a cabo la autopsia —miró a su alrededor—. ¿Alguien podría acercarme hasta mi coche?

Duke usó todo su control para no apretar la bocina con fuerza. El tráfico que tenía delante estaba estancado, incongruente en la angosta carretera de las afueras de Dromlin Woods, a kilómetros de Mountcannon. A su lado, estacionado en el arcén había un hombre sentado con la ventanilla abierta escuchando los comentarios frenéticos del partido de fútbol gaélico.

—Joder, Din, puedes enterarte del resultado más tarde —le gritó el amigo que pasó caminando frente a la camioneta de Duke dando una palmada en el capó al pasar.

Din apagó la radio y bajó con renuencia, recogiendo el equipo del baúl del coche antes de partir. Duke observó a los hombres dirigirse hacia la entrada del bosque, ambos con ballestas a los costados. Mientras el tráfico avanzaba lentamente, Duke alcanzó a ver a una mujer inmensa con una chaqueta anaranjada sentada junto a una mesa de picnic, con una pila de papeles delante, entregando a los arqueros formularios y bolígrafos.

Algo que para Duke estaba enterrado y hundido volvió a salir a la superficie. Salió a toda velocidad, brevemente hacia el lado equivocado de la carretera.

La sala de autopsias de Waterford Regional Hospital no era más grande que un aula de clases, con las paredes revestidas con planchas de acero. Frank y O'Connor estaban de pie de manera incómoda junto al lavabo, con mascarillas colgadas en las manos. Lara echó una mirada. Era como un Western, uno esperando a que el otro desfundara. Estaba vestida con uniforme azul, una bata desechable verde de mangas largas que le llegaba hasta los tobillos y un delantal plástico verde. No llevaba puesta máscara. Se puso unos guantes de látex, los frotó con una crema de manos perfumada y luego se puso otro par de guantes. Los hombres la observaban atentamente.

—No me importa el olor —explicó ella—, solo quiero evitar que se me quede en las manos cuando estoy almorzando. Así que uso doble. —Se dio la vuelta y se acercó al cuerpo de Katie, tendido sobre una de las dos mesas de acero inoxidable que había en la sala, junto a una bandeja de instrumentos. Los hombres la siguieron, pero mantuvieron la distancia. Por una fracción de segundos O'Connor fue el primero

en colocarse la máscara. Desde algún sitio, la voz grave de Johnny Cash llenó la sala. Lara había metido cuatro discos compactos entremezclados en el estéreo, dos recopilaciones de música *country*, uno de Hank Williams y otra de Johnny Cash.

—Tengo épocas —comentó ella para sorpresa de los hombres—. Aunque jamás pensé que me daría por la música *country*.

Luego casi no habló ni una palabra mientras ellos la observaban ponerse a trabajar junto a un técnico, un fotógrafo y un experto en balística y huellas dactilares.

—Mmm, ¿qué tenemos aquí? —comentó ella, sosteniendo un pequeño fragmento de algo oscuro que había arrancado de la herida de la cabeza. El de balística abrió una bolsa de plástico; ella lo metió allí y se volvió hacia el cuerpo—. Aquí hay más —agregó, al tiempo que quitaba una segunda y una tercera pieza.

O'Connor se adelantó.

—¿Qué cree que es?

—Ni idea —respondió ella—. Y probablemente nunca la tendré hasta que me presente en la Corte con mi prueba. —Ella alzó la vista hacia los hombres—. Son ustedes los que averiguan este tipo de cosas a través del laboratorio. A mí nadie me dice nada. —Ella rodeó a O'Connor y él se quedó al fondo junto a Frank, donde estuvieron apoyándose en un pie y en otro hasta que finalmente, al cabo de cuatro horas, Lara se quitó los guantes y dejó que los hombres se acercaran al lavabo. El comisario Brady acababa de llegar y un policía que había en la puerta le permitió entrar. Retrocedió ante el olor, se cubrió la boca con la mano y atravesó la sala hacia donde se encontraban ellos. Pareció buscar de dónde venía la música.

—El mismísimo *Man in Black* —comentó.

Lara asintió con la cabeza y sonrió.

—Muy bien —dijo. Los tres hombres se amontonaron frente a ella. Ella los miró de modo despectivo y ellos retrocedieron un poco—. Hay pruebas de golpe en la cabeza con objeto contundente. Ha recibido varios golpes, obviamente con algo pesado. También hay pruebas de estrangulamiento, daño en laringe, fractura de la nuez de la garganta. La herida del cuero cabelludo está carcomida por gusanos. Cuando las moscas se acercan al cuerpo, lo que probablemente haya sucedido a las pocas horas, buscan los lugares jugosos para depositar los huevos; esto incluye todos los orificios: ojos, fosas nasales, oídos, boca, pene, vagina, ano. Pero si hay heridas, allí es donde penetrarán primero. Disculpen el juego de palabras. Eso explica lo que mencioné sobre el cuero cabelludo. También hay evidencia de actividad de gusanos en brazos y manos, lo cual indicaría la presencia de heridas defensivas.

—¿Y entonces la causa de la muerte? —preguntó Brady.

—Yo diría que fue estrangulada y luego golpeada en la cabeza. Cuando se es estrangulado, no se muere inmediatamente. Pudo haber quedado balbuciendo, lo cual quizá pudo haber alarmado al atacante que tal vez cogió lo que tuvo a mano para

terminar el trabajo. En este caso había marcas angulosas, yo diría de una piedra.

—¿Y la hora de la muerte? —preguntó Brady.

—Resulta difícil decirlo. Lo más cercano que podría decir, basado en las condiciones del cuerpo es que coincide con el momento de la desaparición.

El inspector O'Connor tenía el ceño fruncido.

—Me temo que no puedo ser más específica que eso —aclaró ella—. La hora del deceso sería mucho más precisa si el cuerpo hubiera sido hallado a los pocos días, pero cuando ya han pasado semanas, se vuelve mucho más difícil.

—¿De modo que este sujeto pudo haberla tenido en algún lugar y luego asesinado en una etapa posterior?

—Si me está preguntando si el cuerpo fue trasladado, yo diría que no hay nada que lo indique, pero fuera de eso, solo depende de cualquier prueba que se encuentre.

—¿Y qué hay del abuso sexual? —preguntó Brady.

—Diría que hay prueba circunstancial —explicó Lara—, basada en el hecho de que le quitaron pantalones vaqueros y ropa interior. Obviamente, eso sugiere altamente un intento de abuso sexual, aunque no podría arriesgarme a decir nada más definitivo.

—¿Por qué no? —preguntó Frank amablemente.

—Lo que sucede con la descomposición es que la zona genital se inflama mucho... —Todos los hombres bajaron la vista. Ella continuó—... y puede haber ruptura de tejido de esa zona, que es lo que ha sucedido en este caso. Eso complica las cosas. Nuestra única esperanza son los resultados de los exudados vaginales y anales. Si el atacante utilizó un preservativo, no tendremos nada.

—¿Qué hay con la escena? ¿Con la mitad superior del cuerpo cubierto de ese modo? —preguntó O'Connor.

—Yo trabajo con lo que veo en el cuerpo. Por lo demás, pueden llamar a un criminólogo —sonrió ella.

—Es algo que no quiero volver a escuchar mientras viva —dijo Joe, acariciándole el rostro a Anna mientras estaba tendida en el sofá pegada a él. Ella sabía a lo que él se refería: el grito ahogado en la garganta de Shaun. Se habían quedado con él toda la noche hasta que finalmente se había quedado dormido. Desde entonces, no había subido. Joe siguió acariciándola hasta que a Anna le pesaron los ojos y la respiración se tomó lenta. Él le besó la frente tibia, luego bajó la cabeza suavemente de su regazo y la apoyó sobre un almohadón. Tomó una linterna de un cajón junto a la puerta de entrada, salió sigilosamente y se dirigió al bosque.

Oran Butler estaba sentado en el sofá con los pies sobre la mesa baja. Se metía en la

boca judías con salsa de un plato que sostenía debajo de la barbilla. Richie salió de la cocina.

—Eres un maldito asqueroso, Butler —lo insultó—. Este lugar es un desastre. ¿Por qué no...?

Oran levantó la mano para callarlo.

—Estoy destruido. No empieces.

Ambos se habían entrenado juntos para ser policías y ahora compartían un apartamento en Waterford Road, a diez minutos del pueblo. Oran era uno de los seis policías que trabajaba en la Brigada antidrogas en las afueras de la ciudad de Waterford.

—¿Qué hay con el trabajo? —preguntó Richie.

—Ah, lo mismo, lo mismo. Un atraco en el Depósito de Alfombras Healy en el polígono industrial Carroll, sorprender a los cabrones. O'Connor meándose encima. Este podría ser su gran momento.

Se inclinó y abrió una lata de cerveza, levantándola para hacer un brindis. Miró el vaso de Richie.

—Agua mineral. Qué tristeza.

—Cállate, colorado —dijo Richie.

—Original y además detallista —ironizó Oran—. Por qué también no me llamas pecoso.

Bebió de la lata, agitándosela a Richie y sonriendo.

Joe podría haber seguido conduciendo más colina arriba y llegado hasta donde habían hallado el cuerpo, pero no quería perderse nada. La luz de la linterna era débil, un brillo pálido y confuso que apenas le iluminaba el camino. Tenía que levantar mucho las rodillas por encima de los brezos e imaginó que a quien fuera que se hubiera llevado a Katie hasta allí viva o muerta le habría costado. Al cabo de quince minutos, encontró los restos andrajosos de la cinta azul y blanca de la policía agitándose en un árbol y a veinte metros, otro trozo en la base de un tronco. Miró alrededor con cuidado, alumbrando el suelo con la luz tenue, buscando el sitio donde claramente había yacido el cuerpo. Se acercó lentamente, luego retrocedió y se puso en cuclillas, alumbrando con la linterna adelante. Buscó en la parte interna de la chaqueta y sacó un bolígrafo que utilizó para levantar algunas hojas desparramadas. Se detuvo para observar algo con más detenimiento, lo tomó entre sus dedos con cuidado y lo trajo bajo la luz. Era un cilindro de color rojo amarronado, muy delgado y de unos cinco milímetros de largo, con un extremo en forma de punta y el otro roto. Él sabía de qué se trataba pero no estaba seguro de lo que significaba.

CAPÍTULO 14

Stinger's Creek, centro-norte de Texas, 1984

—¡Ojos que no ven, corazón que no siente! —rió el tío Bill al ver a Duke parado en la entrada de atrás buscándolo. Duke trató de seguir la voz.

—¡Estoy aquí arriba! —Bill le ofreció una amplia sonrisa.

—Me has engañado —dijo Duke sonriendo—. ¿Ropa camuflada nueva?

—Sí, señor —respondió Bill—. El último equipo ya casi estaba blanco. No puedo permitir que esos ciervos me identifiquen como a un bobo. Y también tengo un Baker tree stand^[9] nuevo —contó dándole una palmada en el costado—. Poderoso en las alturas —comentó riendo—. No sabrán quién les dio.

—¿Tienes planes? —preguntó Duke.

—Sí. En un par de semanas iré conduciendo hasta Uvalde para la apertura de la temporada de ciervos. —Bajó y le palmeó la espalda a Duke—. Antes de partir necesito saber si todo está funcionando en orden. ¿Cómo está tu madre?

—Mamá está bien. Ella... ella está bien.

—Me alegra saberlo —dijo Bill, agachando la cabeza para examinar el arco.

—¿Crees que podrías enseñarme a disparar?

Bill alzó la vista.

—¿Hablas en serio, hijo?

—Claro que sí, señor —respondió Duke—. ¿Ya soy lo bastante mayor?

—Mientras sepas escuchar, sostener el arco y tener cuidado...

Duke hizo una venia.

—Entonces está bien. Comencemos con cómo se sostiene el arco. Éste es un arco compuesto. Una belleza. Mayor potencia, menor esfuerzo. Ahora necesitamos descubrir qué mano usarás para sostener el arco y cuál...

—Yo escribo con esta mano —aclaró Duke, levantando la mano derecha.

—Eso no tiene demasiada importancia —comentó Bill—. Todo está en los ojos —dijo señalándolos con dos dedos—, cuál de tus ojos es el dominante.

Duke movió la cabeza.

—Muy bien. Haz lo siguiente —le pidió Bill—. Escoge algunos objetos a lo lejos.

—¿Ese viejo cubo de basura? —preguntó Duke.

—Perfecto. Ahora apúntale y luego cierra el ojo izquierdo. ¿Está bien? Luego cierra el ojo derecho. Ahora, al tener un ojo cerrado, tu dedo parece desplazarse a un lado. ¿Para ti cuál es, Duke?

—El ojo derecho —respondió Duke.

—Entonces tu ojo derecho es el dominante, igual que tu tío Bill.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Duke.

—Significa que debes sostener el arco con la mano izquierda y tirar de la cuerda del arco con la derecha. Así que —empezó a decir al tiempo que apoyaba una mano en el hombro de Duke y le daba la vuelta en dirección a los árboles—, ponte derecho, con los pies separados. ¿Estás cómodo?

—Sí, señor.

—Muy bien. Ahora sostenlo. —Le entregó el arco, riendo cuando el niño se balanceó hacia adelante por el peso.

—Pesado, ¿verdad? —preguntó Bill. Duke sonrió—. Probablemente tú uses algo un poco más ligero. De todos modos, lo que sigue es anclar la flecha, lo que quiere decir que colocas esta parte de aquí en la cuerda, donde veas esto. —Tomó el arco que tenía Duke y colocó la flecha en el arco—. El astil queda aquí. —Señaló el punto de anclaje—. Será mejor que observes el resto.

—Está bien —aceptó Duke, desilusionado.

—¿Qué? —dijo Bill—. ¿Crees que estoy loco para dejar que un niño se largue a usar solo un arma peligrosa? —sonrió—. Ahora pones el dedo de señalar en la cuerda del arco por encima de la flecha y los otros dos debajo, pero no toques el punto. Relajas el dorso de la mano y tiras solo un poco hacia atrás.

Él subió levemente el arco, aferrándolo entre el pulgar y el índice, haciendo un gesto de cabeza para indicarle a Duke que observara cómo lo sostenía.

—Ahora extiendes el brazo del arco y levantas el brazo de dibujar, manteniendo alto el codo. Luego sujetas atrás la mano de dibujar contra el mentón, manteniendo el cuerpo inmóvil en todo momento. Ahora colocas la mira en el centro del blanco. Le estoy apuntando a la lata que está allá junto a ese árbol. Alineas todo: la cuerda, el arco y la mira, manteniéndolo todo en sentido vertical. ¿Has entendido?

—Sí —respondió Duke, frustrado por la interrupción—. ¡Hazlo! ¡Dispara! —Saltaba de un pie a otro.

—Controla tus nervios —le pidió Bill con los dientes apretados, manteniendo el mentón rígido—. Y disparas —indicó. La flecha voló en línea recta y alcanzó el blanco, moviéndose apenas hacia ambos lados por el impacto.

—Genial —dijo Duke.

Bill le enganchó un brazo alrededor de los hombros y atrajo al niño hacia sí.

—¿Quieres probar?

—¡Sí, señor! —respondió Duke radiante.

—Lo que hay que tener en cuenta en todo momento es el blanco —aclaró Bill—. Quédate quieto y concentrado. Piensa en el blanco, obsérvalo, todo el trayecto. Jamás lo pierdas de vista.

El arco volvió a balancear a Duke, pero él se movió hasta que logró estabilizar el peso manteniendo las piernas bien separadas. Bill se quedó quieto detrás de él y

sonrió cuando el niño se esforzó por subir el arco a la altura del hombro.

—Para mí las cosas van a ser un poco más rápidas, tío Bill, porque no lograré sostener el arco mucho tiempo.

Bill lanzó una carcajada fuerte, esa profunda carcajada amigable. Luego observó a Duke asombrado de cómo seguía cada paso. La flecha se detuvo a escasa distancia del objetivo, pero solo porque en el último momento el peso del arco lo inclinó hacia delante. Duke pateó la tierra.

—Maldición —dijo retorciendo el pie—. Maldición.

—No te castigues, hijo. Lo único malo fue el peso del arco. Una vez que te consiga uno para ti, creo que te irá muy bien.

—¿Conseguirme uno para mí? —preguntó Duke.

—Claro. Te conseguiré un arco.

—Gracias, tío Bill —dijo Duke. Pero se alejó indiferente, frío ante la distancia entre el cazador y la presa.

CAPÍTULO 15

Anna se encontraba sola en el sofá, tendida de espaldas, rígida, cuando de repente abrió los ojos. Tenía la boca bien cerrada y no podía moverse. Finalmente logró levantar una mano y llevársela al centro del pecho donde sintió un charco empapado de sudor en la camiseta. El corazón le latía con fuerza. Imágenes vagas e interrumpidas le pasaban rápidas por la mente, luego se hacían más lentas hasta que lograba distinguir el verdadero terror que contenían. El corazón le latía más deprisa. Sabía de qué se trataba: parálisis del sueño. El estrés la afectaba de ese modo, generalmente a mitad de la noche, cuando no quería mirar el reloj por si quedaba detenido en el tiempo hasta la mañana siguiente. Se volvía hacia Joe y se preguntaba si lo despertaría y le haría saber la intensa paranoia que seguía a cada episodio, aunque no le gustaba despertarlo. Entonces se quedaba mirando fijamente el techo hasta que la respiración se normalizaba, luego se volvía de lado, estiraba un brazo para tocarlo y se acercaba más a él, le besaba los hombros, la espalda, cerraba los ojos deseando así disipar el temor. Esta vez, con Katie y Shaun y todo lo que la agobiaba, sentía que perdía el control. No podía con todo. Desde que se había enterado del asesinato de Katie, su mente estaba horriblemente trastornada y la paranoia parecía escalofriantemente real. Entró a la habitación, Joe estaba tumbado en la cama con los brazos extendidos debajo de la cabeza.

—Necesito decirte algo —empezó a decir ella—. No creo que tenga que ver con nada, pero quizá sí y no quiero arriesgarme.

—¿Qué? ¿Qué tenga que ver con qué? —preguntó Joe.

—Es sobre John Miller —anunció Anna.

Joe frunció el ceño.

—No solo estuve con él durante ocho meses cuando estaba en la universidad —confesó ella.

—No me interesa cuánto tiempo estuviste con él.

—No es cuánto tiempo sino cuándo —sugirió Anna.

—No entiendo —dijo Joe.

—Volví a estar con él, cuando regresé aquí...

Joe lentamente se iba dando cuenta de lo que ella estaba diciendo.

—¿Fue cuando estábamos comprometidos? —le preguntó al tiempo que se sentaba.

—Sí —respondió Anna. Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Sí. Las dos semanas que estuve aquí. No sé por qué.

—¿Por qué? —preguntó él.

—No sé por qué —repitió ella—. Él estaba ahí y...

—Yo estaba a kilómetros de distancia y a ti ni te importó —terminó de decir Joe,

levantando la voz.

—No, no fue así. Es solo que, ¿qué puedo decir? Fue hace mucho tiempo...

—¿Y por qué me lo estás diciendo ahora? —Pero Joe sabía el impacto que los traumas emocionales provocaban en las personas y de cómo purgaban sus almas. Los secretos oscuros afloraban en los momentos oscuros.

—No lo sé —confesó Anna—. Tal vez... no lo sé.

—No puedo creer estar escuchando esto. —Él movió la cabeza—. ¿Te ha hecho algo?

—Se ha comportado de modo extraño. Me empujó contra una pared. Me pidió que tuviéramos relaciones sexuales. Y luego estuvo hablando contigo esa vez en el bar...

—¿Te pidió que tuvierais relaciones sexuales? —Joe estaba de pie, furioso.

—Sí.

—Bueno, ¿y tú qué respondiste?

—¡Qué no! ¿Qué crees que le dije?

—No lo sé. ¿Qué sí, tal vez?

—Lo que sucedió fue hace mucho tiempo —repitió ella con voz más alta.

—Estupendo. Bueno, entonces no tiene importancia. Ah, yo me acosté con alguien, pero fue hace cinco años, así que dejemos que todo siga su curso normal —provocó Joe.

—¿Lo hiciste? —preguntó Anna con el miedo reflejado en los ojos.

—Oh, por el amor de Dios, ¡no, no lo hice! Lo que quiero decir es que no importa *cuándo* eres infiel, lo importante es que lo fuiste y mentiste y que hay un tonto que se casó contigo de todos modos, sin estar al tanto de todos los hechos. ¿Crees que eso es justo? ¿Crees que eso sea una buena base...?

—¿Te arrepientes de haberte casado conmigo? —preguntó Anna.

—No te atrevas a darle la vuelta a las cosas. Ya sabes cuál es la respuesta. Pero no voy a dejar pasar esto. Yo te he sido fiel durante veinte años, Anna. Y no muchos policías pueden decirle lo mismo a sus esposas. Hay prostitutas que nos muestran las tetas, bailarinas exóticas que harían lo que sea por escapar del castigo de la droga, mujeres que se excitan con el maldito uniforme, por el amor de Dios.

—¡Qué bien para ti! —gritó Anna, levantándose de la cama de un salto—. ¡Qué bien para ti! ¡Gracias por no haberte acostado con ninguna prostituta!

—Oh, creo que sí lo hice —respondió él.

Ella se quedó mirándolo.

—Bastardo. —Él la tomó del brazo cuando pasaba a grandes zancadas pero ella se soltó de un tirón y siguió.

El inspector O'Connor estaba de pie frente a Frank Deegan y los treinta policías que

trabajaban en el caso en la comisaría de Waterford.

—Bien, muchachos. Escuchad. Esto es lo que tenemos hasta el momento sobre Katie Lawson: hora de deceso consecuente con la hora de la desaparición, aunque pudieron haberla tenido cautiva durante días antes del asesinato, el estado de putrefacción dificulta la estimación, como todos sabéis. También debemos considerar la posibilidad de que la hayan matado en otro lugar y de que el cuerpo haya sido depositado en ese sitio por algún motivo en particular. La causa de la muerte fue un golpe en la cabeza con objeto contundente, posiblemente provocado por una piedra y precedido de estrangulamiento. No podemos descartar o incluir la idea de abuso sexual; no obstante, el hecho de que le haya quitado la ropa de la cintura para abajo así lo sugiere. Poco fue lo hallado en la escena que nos haya llamado la atención como algo de importancia, pero se han enviado al laboratorio las pruebas extraídas del cuerpo, incluyendo fragmentos de un objeto extraño encontrado en el cráneo. Los resultados serán revelados al recibirlos. Por ahora, continuaremos revisando nuestros interrogatorios originales, haremos seguimiento de vehículos que pudieran haber sido vistos en el área, eliminaremos más testigos; para eso obtendremos ayuda de los medios y, mientras tanto, estudiaremos al novio, Shaun Lucchesi. Sabemos que el padre, Joe Lucchesi, detective de Nueva York, y en cuya propiedad fue hallado el cuerpo, visitó la escena anoche, tarde, y posiblemente haya recogido alguna prueba que quizá hayamos pasado por alto durante nuestra búsqueda inicial...

El estéreo llenaba el jeep con un tema ambiental de Gainsbourg. Joe lo quitó torpemente y se alejó de la casa en silencio y a toda velocidad, sin tener idea de adónde iba. Estaba enfermo, disgustado y furibundo por algo de lo que se sentía impotente, una furia arrolladora que sabía que al final dejaría la situación exactamente igual. Anna lo había engañado. Insoportables ideas e imágenes fueron reptando por su mente. Era consciente de haberse sentido un poco satisfecho cuando los matrimonios se separaban a su alrededor y él podía regresar a casa junto a su bella esposa y confirmar que ellos eran diferentes. Ahora eran exactamente igual es al resto: había engaño, traición, ira, culpa, miedo. Aferrando más fuerte el volante, condujo cada vez a mayor velocidad hasta que supo que tenía que detenerse. Se encontró al final del callejón que daba a la Huerta Miller. Reclinó el asiento, se apoyó en el cabezal y cerró los ojos para abrirlos rápidamente al escuchar una tos seca del otro lado de la calle. Giró la cabeza lentamente y vio a John Miller parado allí, dando golpecitos con un cigarrillo en el lomo del paquete. Trató de imaginarlo hacía dieciocho años cuando Anna se había puesto en riesgo ese par de semanas con el anillo de compromiso en el dedo. Ella era joven, solo tenía veintiún años, pero Joe pensó que sabía lo que quería al responderle que sí tan rápidamente. Cuando estaba a punto de viajar a Irlanda, él la había llevado al aeropuerto y había llorado en el baño

de hombres al partir ella. Para encontrarse con John Miller. Joe lo observó encender el cigarrillo cual profesional. John era alto, fornido y con el paso de los años había acumulado unos veinte kilos extras a su vieja silueta de jugador de rugby. Joe solo veía lo que en ese momento tenía ante él: a un hombre patético con pantalones grises holgados, una camisa arrugada y zapatos baratos. Y eso casi le dolía todavía más.

El peso solo era suficiente. John Miller era un hombre resentido. No había podido tener a Anna, entonces había ido en busca de alguien cercana a ella, una joven casi de la misma edad de Anna cuando la había conocido. Miller solo habría tenido que avanzar unos metros por la calle para observar el movimiento de entrada y salida de Shore's Rock. Katie no habría tenido motivos para no confiar en él. Probablemente ella hasta hubiera sentido pena por el tipo.

Joe esperó a que se diera la vuelta, luego encendió el motor y se alejó.

Anna salió corriendo de la casa a la calle al escuchar la bocina. Ray bajó de la camioneta y se dirigió hacia las puertas traseras.

—Hola, Ray —saludó Anna—. Bien hecho.

—No hay problema —aseguró él—. En realidad he traído los tres paneles de acero conmigo. Puedo insertarlos justo donde eliminamos las partes oxidadas.

—Fantástico —dijo ella—. ¿Te molestaría traerlos hasta el faro?

—No hay problema. También tengo los bidones de keroseno, por si Sam da luz verde. —Él miró el piso—. ¿Te encuentras bien? Pareces...

—Estoy bien —respondió ella—. Es solo que esta noche...

—Lo sé —coincidió—. Es espantoso. Es tan difícil de creer...

Golpeó el lateral de la camioneta y dijo:

—En fin, será mejor que comience con todo esto. Afortunadamente no llevará demasiado tiempo. Y seguramente te veré en la funeraria.

—Qué extraño —dijo Anna—. Pienso que cuando el que muere es un menor, la gente quiere aprovechar todas las posibilidades para despedirse. Y hace todo: va a rezar a la funeraria, luego a la misa conmemorativa, luego a la mañana siguiente al funeral. Creo que eso es bueno.

El jeep de Joe apareció detrás de ellos y pasó circulando veloz y saludando a Ray con una especie de gruñido.

Fue directo hacia el teléfono del estudio, abrió bruscamente y hojeó la guía de Dublín en busca del número del Trinity College.

—¿Hola, Departamento de Zoología?

—Hola, quisiera saber si podría hablar con un entomólogo —preguntó Joe.

—Sería con Neal Columb, pero en este momento está en clase.

—¿Podría dejarle un mensaje para que me devuelva la llamada?

Al colgar el teléfono, miró el reloj y pasó a ver a Shaun antes de darse una ducha

y vestirse. Estaba en el baño, con el pie sobre la tapa del inodoro, frotando los zapatos de cuero negro con un extremo de la toalla blanca cuando entró Anna.

—Oh, por el amor de Dios —dijo severamente—. Debajo del lavabo hay ropa.

Él levantó la vista.

A ella las lágrimas le brotaron de los ojos.

—No sé cómo va a hacer para superar esto.

—Con nosotros —aseguró Joe. Tenía la voz tensa.

—Lo siento mucho —se lamentó ella.

—Shhh.

Frank estaba de pie junto a O'Connor en el portón de la funeraria. El inspector llevaba las mismas gafas sin montura que había usado la noche en que descubrieron el cadáver de Katie. Frank notó que tenía los ojos limpios.

—¿Qué ha pasado con las lentes de contacto? —le preguntó.

—Me deshice de ellas —respondió O'Connor—. ¿Sabías que el noventa por ciento de los crímenes que nuestros hombres están abordando son delitos de orden público relacionados con el alcohol? Está fuera de control. Es eso lo que los está manteniendo ocupados. Y la gente se está volviendo loca. Las personas llaman a los programas de radio para quejarse del alcoholismo, pero en realidad nadie evita que sus hijos salgan y lo consuman. Nadie piensa que sus propios hijos son parte del problema. Es increíble. La otra noche Paul Woods llevó a una chica a casa que estaba tan borracha que no podía bajar del coche, ni mucho menos caminar por la calle. Él tuvo que ir a buscar a la madre, que no le creyó hasta que finalmente salió y vio a la muchacha allí tirada, quince años de edad, desmayada, con una minifalda hasta el culo que la madre ni siquiera reconoció. Mientras tanto, lo que esta gente no registra es el enorme problema que tenemos con las drogas. Problema del que mis hombres no pueden ocuparse por estar demasiado obsesionados por limpiar el vómito del asiento trasero de sus coches. Sin embargo, existe una banda de criminales muy organizados distribuyendo drogas por toda la ciudad y sus alrededores.

—Es verdad —coincidió Frank con voz monótona.

—El mes pasado, por ejemplo —continuó él—, estuvimos cerca de nuestra primera pequeña tregua en meses con esta pandilla en particular. Antes de eso habíamos estado vigilando, observando una *disco* de jóvenes todos los sábados durante un par de semanas. Entonces una camioneta estacionó y dos jóvenes subieron. Nos acercamos, de modo casual, pero la camioneta salió volando como llevada por un demonio. Por supuesto que los muchachos no dijeron nada, pero al día siguiente la historia recorrió el pueblo entero, los padres llamaban a la comisaría, como si fuera la primera vez que ese tipo hubiera aparecido. Uno de los periódicos publicó una nota en primera página y presionó. No puedo sumarle a eso un loco

suelto que anda por ahí atrapando jovencitas.

—Estamos haciendo todo lo que está a nuestro alcance —aseguró Frank—. Estamos tomando declaraciones, luego repasaremos las tomadas anteriormente... — Se detuvo al ver a Richie acercarse.

—Anoche hasta tarde, por lo que escuché —comentó O'Connor sonriendo. A Oran le encantaba llegar al trabajo con historias salvajes de bebida.

—Sí —masculló Richie, esbozando una breve sonrisa—. Pero al menos no tengo resaca que lo pruebe.

—Qué bien —dijo O'Connor lanzándole una mirada a Frank.

Joe observó a Shaun acercarse a la puerta lateral de la funeraria. Era unos quince centímetros más alto que la mayoría de sus amigos y parecía extrañamente adulto vestido con su traje negro nuevo. Todos trataban desesperadamente de enfrentarse a su propio dolor pero parecían demasiado conmocionados para hablar. La mirada de Joe se desplazó hacia los policías parados junto al portón. Se preguntaba cuál sería la dinámica que compartían. El inspector de Waterford mantenía una profunda conversación estilo monólogo con Frank, que asentía con la cabeza amablemente cada cinco minutos. Richie parecía incómodo entre las dos personas mayores. Se habían alejado de él inconscientemente aunque lo suficiente para dejarlo visiblemente excluido. Frank estaba en el medio en más de un modo. Parecía aliviado de descansar de Richie, pero no del hombre que le hacía levantar la cabeza hasta un ángulo incómodo. Solo O'Connor observaba a todo el que entraba y salía de la funeraria.

—¿Y qué es lo que *tú* piensas? —preguntó Anna apoyándole una mano en el brazo. Él se la quitó y meneó la cabeza.

—Solo estaba diciendo que podríamos recibir a algunos de los chicos este fin de semana para ayudarlos a...

Joe mostró una cara que decía que no. No la había mirado a los ojos desde esa mañana. Los irlandeses usaban una expresión para cuando algo les resultaba desagradable o irritante: *atravesar*. Todo lo que Anna hacía o decía a él lo *atravesaba*. Ese día le permitía estar a su lado por el bien de Shaun... y quizá por el de los vecinos, si tenía que ser honesto. Y quizá para mortificar a John Miller. Las imágenes de Miller y Anna volvieron a invadir su mente. Se preguntaba si debía importarle que todo hubiera sucedido hacía veinte años, aunque sabía que el amor que sentía por Anna hacía que tuviera importancia. Se estremeció. Podía sentir la mirada de ella encima. Le dolía la cabeza. El dolor que bajaba hasta ambos maxilares era como un latido mecánico, constante. Él continuó mirando fijamente hacia adelante.

Martha Lawson estaba sentada frente al ataúd de su única hija mientras el lastimero canto litúrgico crecía entre la multitud de la funeraria.

—Ave María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre... — Las mujeres mayores entrelazaban las cuentas de los rosarios entre los dedos, con las cabezas gachas, convencidas de sus oraciones. Los grupos de adolescentes confundidos con uniformes escolares grises murmuraban las partes que sabían, extrañamente reconfortados por el ritual, aunque preguntándose si en realidad algo de eso funcionaría. De vez en cuando desviaban la mirada en dirección al féretro de roble que estaba en la parte anterior de la sala, deprimente e irrevocablemente cerrado. Aquellos eran niños acostumbrados a ver ataúdes abiertos, a aferrar las manos de los muertos, a besar las frentes de mármol de los abuelos o parientes mayores. Jamás a una chica de dieciséis años.

Martha Lawson se apoyó torpemente en su hermana, Jean, con el rostro sin vida, la mirada oscura y vacía. Era católica devota y tenía en cuenta cada palabra del rosario que estaba repitiendo, porque creía en Dios, en la oración y en la bondad del ser humano. Ningún asesino la alejaría de su fe. Pero no lo entendía. No sabía por qué se encontraba allí sentada por segunda vez en ocho años, pariente más cercano al fallecido, primero al perder a su esposo por el cáncer y ahora a su hija por un asesino. Miró el ataúd fijamente, incapaz de aceptar el cuerpo de Katie brutalmente tratado que yacía en su interior; su pequeña, la tapa cerrada sobre su hermosa niña. Cuando la oración concluyó, todos salieron a la calle donde el coche fúnebre estaba aguardando para trasladar el féretro hasta la iglesia en un corto trayecto.

El padre Flynn, el párroco más anciano, echó un breve responso. Sus palabras sonaron vacías y aburridas, pronunciadas demasiadas veces. Él no había aprendido que con cada funeral llegaba nueva angustia y dolor. La gente empezó a moverse incómoda en su silla. Martha pensaba en el día siguiente, cuando su primo Michael llegara en un vuelo desde Roma para celebrar una misa. Él siempre encontraba las palabras apropiadas.

Durante una hora después del breve responso, un desfile constante de personas se acercaron por el pasillo hacia donde estaba Martha: «Lamentamos la pérdida», murmuraban, moviendo las cabezas, tratando de avanzar en la fila.

Unas estacas altas de madera se quemaban en hilera en el hierba fuera del faro. Brendan, el empleado fotógrafo de *Vogue*, estaba parado adelante sosteniendo un fotómetro. Shaun murmuró algo y siguió caminando hasta entrar en casa. Joe miró a Anna.

—No pude hacer nada —se excusó ella—. Lo contrataron hace semanas.

—Ya lo sé —dijo Joe.

—Estaré allí por la noche —aseguró ella.

El sol brilló a la mañana siguiente a través del frío helado, ofreciendo solo un tema de conversación a los incómodos asistentes al funeral. Avanzaron hacia la pequeña iglesia de piedra en las afueras del pueblo hasta llenarla y luego se apiñaron en los pasillos laterales. Sonó la campana, la congregación se puso de pie y apareció el padre Michael con dos monaguillos caminando detrás. Dio golpecitos en el micrófono.

—Tomen asiento, por favor. —Levantó la vista y habló de modo tenue—. Cuando Katie tenía tres años de edad, yo le enseñé dos palabras que aparecían en la lista de *Reader's Digest*. Una era *empatía* y la otra era *aliento*. Al día siguiente le pregunté cuál era la palabra que se usa cuando uno comprende lo que le está sucediendo al otro. Ella me miró y frunció el ceño. No la recordaba. Yo no le dije nada. Simplemente me quedé esperando sin darle pistas. Entonces ella estiró su pequeña mano, me dio una palmada en el brazo y dijo: «¡Aliéntame, Michael!».

»Hoy, frente a esta terrible tragedia, sí, podemos sentir empatía por la familia de Katie Lawson. Pero más importante aún es poder alentarla. Podemos alentar a las personas a que se aferren a su fe, a que sean fuertes por ellos y por Katie. Eso es lo que ella hubiera querido. Sé que las canciones escogidas hoy aquí por el novio, Shaun, y por los amigos de la escuela son canciones positivas, canciones de esperanza, y, como dije, de aliento. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el pequeño grupo que se encontraba en el balcón y a la llorosa reemplazante de Katie, cuya voz temblorosa se esforzaba por entonar el primer solo.

El padre Michael volvió a hablar:

—Hoy nos encontramos aquí reunidos por muchos motivos: nuestro amor por Katie, nuestro apoyo a Martha y a la familia Lawson, por Shaun, nuestra fe, nuestra esperanza, pero también porque ninguno de nosotros entiende lo sucedido. Cómo una joven de dieciséis años llena de vida, con tanto para dar, que de hecho nos dio tanto a todos, nos fue arrebatada tan de repente. ¿Qué clase de odio puede habitar el corazón de alguien para llevarlo a cometer un acto de tanta crueldad y violencia? —Se detuvo. Lo único que se escuchó en medio del silencio fue a los periodistas que se encontraban al fondo, tomando rápidas anotaciones en sus cuadernos de espiral.

»Quizá nunca lo sepamos —continuó él. Varias personas miraron instintivamente hacia donde se encontraban Frank Deegan y Richie Bates—. Pero lo que sí sabemos es que no podemos permitir que el odio se apodere de nuestros corazones, pues el odio nos traerá sufrimientos. En nuestros corazones debe haber amor, deben estar llenos de bondad como lo estaba el corazón de Katie.

Joe era el más alto de los portadores del féretro, se encorvó para acomodarse a la

altura de los otros cinco hombres que con los brazos por encima de los hombros acarreaban el ligero ataúd. La multitud encabezada por Martha los seguía detrás a paso lento. Avanzaron por el cementerio y se vieron obligados a detenerse junto a las otras tumbas, todos los ojos puestos en el foso de medio metro de ancho y dos de profundidad y en el féretro que ahora se encontraba al lado.

Shaun se encontraba de pie más cerca de la tumba. No podía asociar a la persona que amaba con lo que estaba sucediendo en ese momento. De pronto cayó en la cuenta de que en ese instante el cuerpo de ella se encontraba allí dentro. Físicamente ella se encontraba a escasa distancia de él, pero muerta y dentro de un ataúd. Se preguntaba qué aspecto tendría: ¿ocuparía todo el espacio o se encontraría pequeña y perdida dentro de los pliegues de satén? Comenzó a sollozar descontroladamente.

Todo los que habían logrado mantenerse enteros durante el responso se quebraron ante la sombría realidad de un féretro que descendía irremediablemente a la tierra y la mano temblorosa de un muchacho que arrojaba una sola rosa blanca sobre la lustrosa tapa.

Después del entierro, la mayoría de los allegados se dirigieron a la casa de los Lawson. Los vecinos habían estado preparando comidas y bebidas desde la mañana temprano. Anna iba caminando por el corredor cuando vio a John Miller escabullirse de la larga cola del baño y dirigirse hacia el jardín trasero. Estaba asqueada con lo que él estaba a punto de hacer, pero al menos era la única que lo había visto irse. Cuando él apareció de detrás del cobertizo ella lo estaba esperando.

—¿Qué es lo que sucede contigo, John? —le preguntó con tono brusco—. ¿Qué es lo que has hecho con tu vida?

—Cielos, solo estaba meando —aclaró él sonriéndole a nadie.

Tenía la bragueta abierta y ella se la señaló furiosa. Él le guiñó un ojo.

—Necesitas ayuda —aseguró ella.

La miró como si fuera a decirle algo, pero se dio la vuelta y se alejó por un sendero sinuoso de nuevo hacia la casa.

Richie y Frank estaban amontonados en un rincón del pasillo con tazas de té y emparedados en las manos.

—Disculpad la interrupción —dijo Joe—, pero...

—A estas alturas no estamos interesados —informó Frank, sin levantar la vista.

Aquello a Joe le sorprendió.

—Pero...

—No, haznos reír —se burló Richie—. ¿Cuál es tu última teoría?

Joe estaba de pie frente a ellos con su mapa y se sintió patético. Pero sabía que en

esto tenía razón.

—Trajo su mapa —siguió provocando Richie.

—Mira —advirtió Joe—. Déjame terminar con esto.

Cuando Joe terminó su teoría sobre Mae Miller, Richie habló:

—¿Cómo sabes que ninguno de los demás vecinos escucharon nada?

—Porque se lo pregunté —aclaró Joe sabiendo adonde quería llegar.

—¡Aléjate de esto! —le gritó Richie bruscamente, elevando y luego bajando rápidamente el tono de voz—. ¿Y qué hay con que Katie no haya visitado la tumba, haya vuelto caminando como siempre y pasado por la casa de Mae Miller y ah... Y cómo era eso? ¿Haya terminado enterrada en tu maldito patio trasero?

Frank se sobresaltó.

—Ese bosque es propiedad del Estado, hijo de puta —le advirtió Joe—. Y lo que estás diciendo de adonde fue ella no tiene sentido, maldito terco.

Richie estaba furioso. Frank intervino.

—Bueno, lo que sea que haya sucedido —dijo con voz serena—, ella pasó por la casa de los Grant y Mae Miller escuchó un grito.

Joe sacudió la cabeza y se alejó.

Frank se volvió hacia Richie.

—Tienes que relajarte.

—¿Qué quieres decir con que me relaje?

—Estás tan a la defensiva que... no sé. Ese no es el modo indicado de manejarse en un trabajo como este. Yo me iré el año que viene y no quiero que las cosas se alteren en el pueblo en mis últimos meses.

—No quiero ser rudo, pero sí, tú te irás y yo seguiré estando aquí. Mi carrera es mi vida y no quiero que ningún caso sin resolver la manche. Los Lucchesi son unos recién llegados. El tipo o su hijo, o ambos, son sospechosos desde mi punto de vista.

—Tu punto de vista, Richie, es un funeral. Recuérdalo y contrólate. —Bebió un sorbo de té—. Si Joe Lucchesi es tan *sospechoso*, como dices, igual tenemos que hacer bien nuestro trabajo. Y te diré una cosa, prefiero tener un caso no resuelto que una impresión equivocada en mi conciencia. De todos modos, esta investigación está a cargo de Waterford. El futuro de tu carrera no dependerá de...

—Pero...

—Escúchame. Tú no escuchas. A la larga lo que importa es el modo en que te mueves tú y a las demás personas. Tienes que ser paciente. No puedes abrirte paso a empujones. Recuerda que por el modo en que estás llevando a cabo el trabajo, estás comenzando con el pie izquierdo con la mayoría de la gente. Ya no hay tanto respeto como en mis épocas. Cuando me entrenaba en Templemore, uno de los detectives me dijo: «Si vas por la calle dejando multas en cada coche que ves, el pueblo entero pensará que eres un bastardo. Si vas por la calle sin dejar multas en ningún coche, el

pueblo entero pensará que eres un bastardo».

—Entonces somos unos bastardos —aseguró Richie—. Fin de la historia.

—No, no es así. Depende de nosotros tratar de que la gente no lo crea.

—Pero igual pueden fastidiarte.

—A mí me han fastidiado y estoy orgulloso de eso —aclaró Frank.

Anna bajó lentamente las escaleras hasta el cuarto de Shaun. Estaba tendido en la cama vestido con unos pantalones vaqueros muy holgados y una camiseta de béisbol, colgando los pies por el borde. Estaba dormido, con las mejillas rojas por la calefacción. Tenía el brazo extendido sobre la almohada en la misma posición que lo había visto desde niño. Seguía siendo un niño, pensó. Las lágrimas le rodaron por las mejillas. Shaun abrió los ojos lentamente y se volvió hasta quedar de espaldas. Anna lo vio todo en su rostro, ese horrible despertar donde todo el mundo parece estar tan bien y segundos después todo está tan mal. De pronto se sintió triste. Se incorporó y se apoyó en el cabezal, se llevó las rodillas al pecho y lloró. El corazón de Anna dio un vuelco. Se acercó a la cama, se sentó a su lado y lo atrajo hacia sí en un abrazo. Él se quebró desgarrándola con cada sollozo. Lo acunó sin decir nada. No había nada que pudiera decirle. Una hermosa joven de dieciséis años no pertenece al cielo, no existía alivio, ni lección positiva o espiritual para aprender de esto.

—Te quiero —le susurró simplemente sobre los cabellos húmedos—. Te queremos, cariño.

El llanto fue calmando y él dijo:

—No lo entiendo. No lo entiendo. ¿Por qué...? ¿Por qué alguien...? Ella era tan perfecta, ella... —Volvió a romper a llorar y Anna lo sostuvo entre sus brazos, acariciándole los cabellos, hasta que finalmente volvió a dormirse y le apoyó lentamente la cabeza sobre la almohada.

Ella fue a su habitación y se vino abajo mientras se quitaba la camiseta empapada de las lágrimas de Shaun.

Era casi medianoche y Danaher's todavía estaba atestado de gente que había estado allí desde el funeral o que había ido después de pasar por la casa de Martha.

—Buena suerte —le deseó Ray cuando Joe bajó de la banqueta de la barra para ir al baño que estaba fuera. Fue a pararse cuando sintió el efecto del alcohol en el estómago vacío. Lo único que había bebido esa mañana era una leche malteada que se había preparado él mismo, seis analgésicos, dos LV8 y tres cervezas.

El excusado con puerta estaba ocupado, así que se dirigió hacia el otro, se abrió el cierre y esperó a que se le relajara el cuerpo. Se balanceaba suavemente sobre los talones.

—Supongo que he cogido el baño con puerta —escuchó decir desde al lado.

—Supongo que sí —respondió Joe esperando a que sucediera algo...

—Ya sabes que siempre se puede...

Joe se preparó para reír amablemente, como se hace con cualquier desconocido que pudiera hacer algún chiste.

—... esperar y entrar a éste si necesitas hacer fuerza, te dejaré el asiento caliente.

Joe se sintió obligado a continuar con la risa amable. La parte inferior de su cuerpo seguía en la nada. Luego silencio. Escuchó algo que rayaba la puerta del excusado y luego:

—No estás teniendo demasiada suerte, ¿verdad? —La voz se escuchaba más cerca, como si viniera de lo alto del compartimento de la pared delgada, y atenuada como si tuviera la mejilla pegada a la pared. Joe quedó paralizado. Luego escuchó la puerta de al lado abrirse con un crujido, raspando el piso de cemento.

—Que tengas muy buenos días —saludó la voz.

De nuevo en el bar, Ray escuchó el chillido estridente con el que abrió el altavoz de Danaher's.

—¿Podría el dueño del automóvil con placa número 92W 16573 quitarlo del estacionamiento y sacarlo del maldito camino? —preguntó Ed.

—Cielos, no tienes que comerte el micrófono —gritó Ray.

—Cállate, pendejo, —volvió a decir Ed al micrófono.

Ray se paró al tiempo que sacaba del bolsillo las llaves del coche.

—¡Y encima era tu coche! —rió Ed mientras Ray atravesaba la puerta.

—Bonito peinado —comentó Ray al hombre que estaba de pie fuera junto a su coche. Tenía la cabellera rubia, corta y dura arriba y larga atrás.

—¿Éste es tu coche? —preguntó el hombre—. Entonces muévelo.

—¿Dónde es el incendio? —Preguntó Ray al tiempo que se subía al coche—. ¿Y tu peluquero salvará el pellejo?

—Quita tu maldito coche —dijo el hombre cambiando el peso nerviosamente de un pie a otro, con la cabeza gacha y las manos enterradas en los bolsillos.

Ray retrocedió del sitio, dejando la camioneta de adelante con espacio libre para moverse.

—*Woah, we're half way there, woah, livin' on a prayer* —venía cantando Ray de regreso al bar.

De repente una mano lo cogió del hombro desde atrás y le dio la vuelta. Los dos hombres quedaron inmóviles frente a frente. Ray se adelantó un paso, pero recibió un fuerte empujón.

Con un movimiento torpe trató de asirse de la chaqueta del hombre para estabilizarse pero fue demasiado tarde. El hombre subió a la camioneta de un salto y

se alejó del estacionamiento a toda velocidad. Ray se puso de pie desconcertado. Luego algo le llamó la atención: un pequeño destello que contrastaba con el asfalto negro.

Joe estaba de nuevo en el bar con otra cerveza.

—¿Y a ti qué te ha pasado? —le preguntó al ver a Ray.

—Un maldito loco en el estacionamiento. Norteamericano, por supuesto. Un tipo absolutamente raro: camisa roja a cuadros, pantalones vaqueros ceñidos, botas grandes. Un tipo bien parecido pero definitivamente loco. Se metió conmigo por hacerle un chiste de su peinado...

—No, el *critica peinados*, no. ¡No! ¡No! ¡Ayúdenme! —empezó Hugh, levantando la mano y fingiendo terror.

—Creo que estuve genial —dijo Ray—. En fin, mirad lo que se ha olvidado. Una joya algo maricon. —Arrojó algo sobre la barra, Joe miró y en un instante sintió como si le fuera a explotar el pecho. No podía hablar. Todo se tomó más lento. Era algo que no lograba entender. Volvió a mirar tratando de comprender cómo algo así estaba sucediendo. En un instante, varias teorías le pasaron por la cabeza, ninguna de ellas verdadera. Cogió el objeto y corrió a la puerta, sabiendo que ya era demasiado tarde. Se detuvo en la entrada, bajo la luz pobre del pórtico y sostuvo el objeto en alto. Vio el contorno conocido: el dorado y marrón, las alas, las plumas, el halcón en vuelo, el pico puntiagudo con pequeños restos de pintura verde de la única puerta verde del excusado.

Joe volvió a casa deprisa y se quedó esperando fuera para recuperar el aliento antes de meter la llave en la cerradura.

La casa estaba en silencio. Fue hacia la cocina y vio a Shaun sentado a la mesa, mirando fijamente la nevera con los ojos hinchados. Un imán amarillo con forma de taxi guardaba una foto de él y Katie tomada en el verano, la cara bronceada de él pegada a la pálida de ella. Tenían las cabezas echadas atrás y la de él torcida tratando de besarle la mejilla. Joe se le acercó y le puso una mano en el hombro delicadamente. Shaun soltó el suspiro que había estado conteniendo, se puso de pie y se marchó.

Joe entró al estudio, se sentó junto al escritorio, cogió el teléfono y marcó la línea directa de Danny. Colgó en la mitad. Encendió el ordenador, hizo clic en Safari y la página de la portada de Google llenó la pantalla. Escribió tres palabras: «halcón, prendedor, vuelo». Encontró accesos a Wright Brothers y Kitty Hawk, Black Hawks y Prendedores de Pilotos. Volvió a intentar lo escribiendo literalmente «prendedor de halcón dorado y marrón». Encontró sitios con halcones con motas, orioles marrones y

prendedores de búfalos dorados. Fue a lo más genérico con «Texas, halcón, prendedor», pero solo encontró www.luchalibre.com, un sitio de prendedores de solapa y una página de Texas de relojes Halcón. Estaba a punto de avanzar a la página siguiente pero volvió a hacer clic en un sitio de vida silvestre creado por un hombre llamado Larry: larryadoralavidasilvestre.com. «Larrynecesitaunavida.com», pensó Joe. Dos fotografías en color fueron cargándose gradualmente y ocupando la pantalla, la primera mostraba a cuatro hombres que parecían tener unos cincuenta años, que vestían ropa camuflada con cámaras y binoculares colgados del cuello. Él leyó al pie: «Dick, Bobby, Jimmy y yo en el condado de Nueces, Texas, donde detectamos la primera Águila Dorada de la temporada (Sí, ¡leyeron bien!)».

«Qué bien por vosotros», pensó Joe. Avanzó hacia abajo, hacia la segunda imagen, los mismos cuatro hombres de la cintura para arriba.

«Dick, Bobby, Jimmy y yo identificados (¡¡Ja, ja!!). En serio, ese día adquirimos en una tienda esta edición limitada de prendedores; ¡a SOLO \$ 10!!».

A Joe le dio un vuelco el corazón al mirar los prendedores con más atención. Examinó los rostros de los hombres. Ahora todos tendrían —revisó la fecha— unos sesenta largos.

—¿Qué es lo que estás haciendo a esta hora de la mañana? —preguntó Anna acercándose a él.

—Investigando —explicó él mientras agitaba la mano hacia atrás para mantenerla alejada.

—Está bien —aceptó ella—. Pero el día de hoy ha sido tremendo —le pidió con voz suave—. ¿Quieres venir a la cama?

—Lo siento —respondió él—. No.

Ella cerró la puerta suavemente detrás de sí. John Miller apareció de repente en la mente de Joe. Luego recordó cuando tenía siete años y escuchó la voz fuerte de la madre que retumbaba en el piso de madera de su habitación.

—¿Qué es lo que crees que hago yo durante todo el día, eh?

—Dímelo tú —gritó el padre.

—Dímelo tú —gritó María—. Crío a nuestros hijos. Les cocino, a ellos y a ti. Limpio para ellos y para ti... eso es lo que hago durante todo el día, todos los días. ¿Y qué es lo que haces tú, Giulio?

—Yo estoy construyendo un futuro para nuestros hijos.

—¿Qué futuro? —preguntó María elevando la voz—. ¿Crees que esto es el futuro? ¿Padres que jamás se ven a no ser a comienzos o al final de la semana? Tú no eres el tipo de hombre que yo quiero que mi hijo sea. —Todo quedó en silencio. Luego él alcanzó a escuchar los suaves pasos de la madre en las escaleras, después en el corredor yendo a su habitación. Ella empujó la puerta suavemente para abrirla, se deslizó en la cama junto a él y lo abrazó. Sintió las lágrimas de ella en sus cabellos.

Joe se volvió hacia la pantalla. Aparte de Larry y sus amigos de la vida silvestre, al menos otras dos personas habían adquirido esos prendedores y los habían conservado durante casi veinte años. ¿Por qué Donald Riggs, que solo era un niño, tendría el mismo prendedor en la mano al morir? ¿Quién había dejado el prendedor en la puerta del bar? Volvió a coger el teléfono y esta vez se comunicó.

—Dos cosas, Danny —le pidió—. Necesito que saques el archivo de Donald Riggs.

Silencio.

—Aquel tipo, Browne Park, la explosión...

—Ya sé quién es —aclaró Danny—. Solo quiero saber por qué lo preguntas.

—Solo quiero saber quiénes eran sus socios en Texas —dijo Joe—. Si es que los tenía.

—Por supuesto —aseguró Danny—. Puedo hacerlo. Pero según recuerdo, el tipo no estaba metido en demasiados problemas antes de, ya sabes...

—Dame el gusto —pidió Joe—. Ah, ¿y te molestaría revisar la bolsa de pruebas y buscar ese prendedor dorado con el halcón?

—El hecho de que hasta intentes que esa petición suene casual dice mucho de ti —comentó Danny—. ¿Qué es lo que está sucediendo allí?

—Te lo diré cuando yo mismo lo sepa —dijo Joe—. Escucha, cuídate.

Colgó el teléfono se quedó en la oscuridad hasta que salió y subió las escaleras hacia la habitación de huéspedes. Estaba a punto de abrir la puerta cuando Anna salió al corredor con un destello de esperanza reflejado en el rostro. Él se detuvo. Era tan hermosa, tan sensual en todo lo que hacía, incluso en ese instante en que se pasaba la mano por la cabellera oscura y enredada. A él se le comprimió el estómago al imaginar a otro hombre tocándola. Ella lo vio en sus ojos y la esperanza murió. Joe entró en esa habitación ajena y cerró la puerta detrás de sí.

CAPÍTULO 16

Corpus Christi, Texas, 1985

Una bandera roja se ondulaba entre dos postes de madera en la entrada de Hazel Bazemore Country Park: «Bienvenidos a la Vida Silvestre».

—Suenan como una promo —comentó Duke entre dientes.

—Sí —coincidió Donnie.

—¿Qué es lo que estáis susurrando, muchachos? —preguntó el tío Bill.

—Nada —respondió Duke. Miró a su alrededor—. Este lugar parece fantástico.

—Creo que va a gustaros —dijo Bill, mientras compraba las entradas—.

Llegaréis a ver casi todo lo que Texas tiene para ofrecer en cuanto a vida silvestre.

Los niños andaban corriendo, riendo y gritando, tirando de sus padres en diferentes direcciones. Una enorme y lanuda ardilla rayada y un búho andaban agitando y repartiendo globos verdes. Todos los puestos estaban repletos de libros, juguetes e información sobre la vida silvestre en Texas. Un fotógrafo con un chaleco color crema se abría paso entre la multitud.

—¿Alguien quiere fotos? Le hago fotos al que quiera...

Cuatro hombres vestidos con lo que parecían ser uniformes del ejército estaban parados cual reporteros de guerra con binoculares, cámaras y bolsos colgados en el hombro.

—Bueno, adelante —dijo uno de ellos—. Bien podríamos sacarnos una todos juntos. Hoy es un día especial, hemos visto cientos de pájaros diferentes.

El fotógrafo retrocedió un poco y enmarcó la foto. Con un clic el momento quedó inmortalizado.

—¿Os gustaría sacaros una foto, muchachos? —preguntó el tío Bill.

—No. —Donnie se pasó una mano por el mentón con granos.

—No —repitió Duke.

—Bueno, tal vez podamos conmemorar nuestro gran día de algún otro modo —comentó el tío Bill.

—Mirad —mostró Donnie señalando un pequeño puesto.

—Os dejo que vayáis vosotros, muchachos —dijo Bill—. Aquí tenéis algo de dinero.

En el puesto había una mujer mayor arrastrando un montón de aros negros de goma como si hubiesen estado jugando a las cartas. A unos pasos detrás de ella, en tres hileras había pequeños premios montados en tazones dados la vuelta.

Miró a los dos muchachos.

—¡Lo único que tenéis que hacer es enganchar uno de estos aros y será vuestro!

—Ya lo sabemos —aclaró Duke.

—Cinco aros por un dólar.

Duke le entregó dos dólares. Echó una mirada a las hileras y vio un reloj digital plateado con una esfera roja brillante. Lo señaló y le dijo a Donnie:

—Aquél es mío.

La mujer rió entre dientes.

Duke la miró fijamente al tiempo que levantaba la mano derecha.

—Es como hacer cabrillas —comentó volviéndose hacia Donnie—. Sencillo.

Se concentró en el reloj, torció la muñeca y el aro aterrizó en lo alto rebotando en el estante de arriba. Duke arrastró los pies y fijó la cadera contra el mostrador. Los aros volaron uno tras otro hasta que no le quedó ninguno. Estaba furioso.

—Este juego está trucado.

—Cuida tu boca, muchacho —le advirtió la anciana.

Él comenzó a subir la rodilla sobre el mostrador para trepar, ella avanzó de una zancada y se paró frente a él, deteniéndolo con una mano en el pecho. Él levantó un brazo, le golpeó fuerte en la mano apartándola bruscamente.

—Maldita bruja —la insultó—. No me toques. —Se alejó y Donnie lo siguió.

—Son las tres, muchachos —dijo Bill. Les apoyó la mano sobre los hombros y señaló una tarima baja donde había un hombre alto y delgado vestido de beis que estaba enderezando y alisando un cartel triangular sobre una mesa de madera.

—Genial —dijeron Duke y Donnie y fueron a sumarse a la multitud que había adelante.

El hombre dio unos golpecitos en el pequeño micrófono y comenzó a hablar.

—Buenas tardes a todos. Mi nombre es Len y hoy estoy aquí para hablarles de el halcón Harris, una de las halconerías más populares de Norteamérica.

Bill le hizo un gesto con la cabeza a Duke.

—Primero, lo primero —dijo Len—. El nombre oficial del halcón Harris es *Parabuteo unicinctus*, de la familia de los *Accipitridae*. Es un buteo, un halcón que planea en las alturas, hallado en la selva desde Arizona y México hasta Chile y Argentina. Es un halcón de tamaño mediano, generalmente pesa entre quinientos gramos y un kilo cien. La hembra es más grande y más poderosa que el macho.

—Ahora, vayamos a lo divertido. Lobos con alas. —Lanzó una mirada hacia el grupo de gente—. ¿Alguien sabe a qué me refiero?

Duke lo sabía. Le brillaban los ojos.

—Lo que quiero decir —explicó Len—, es que el halcón Harris caza en forma cooperativa, como un lobo, como un león. Eso es algo muy poco frecuente en un ave de rapiña. Dos, tres o hasta más halcones Harris trabajan juntos para capturar una presa. Atacan con precisión militar. No se trata de una competencia libre. Ellos saben lo que hacen. En primer lugar examinan el área hasta localizar la presa. Luego hay

muchas maneras de aunar fuerzas para perseguirla. Un ejemplo es que uno de los pájaros se eleva en vuelo —ya sea tras una liebre, un roedor o un lagarto— y luego, de manera muy inteligente, se turnará con los otros para perseguir a la presa hasta que quede débil, exhausta y lista para matar. La criatura no tiene posibilidades. Las garras de los halcones Harris pueden aferrar, machacar y matar de forma instantánea y no sueltan hasta que la presa haya dejado de moverse. Recuerden, este es un animal diseñado para la caza. Puede llegar a detectar a un ratón moviéndose a kilómetros de distancia. Tiene un tercer párpado que cubre el ojo cuando vuelan a alta velocidad para evitar que se hagan daño o —una vez que tocan tierra— para protegerse de una basura. Las garras son terriblemente poderosas. Si uno fuera a crear el máximo pelotón con ellos, ¿qué puesto ocuparían? El de estar concentrados puesto que serían inteligentes y precisos. El halcón Harris es todo eso. Pero mientras que un pelotón se movería mejor en secreto o en la oscuridad, el halcón Harris caza a la luz del día. Su visión nocturna no es mejor que la nuestra.

Duke tenía la atención puesta en el hombre flacucho y encorvado y en los gestos controlados que hacía con las manos para hacer sus comentarios.

—Sí, el halcón Harris es una impresionante máquina de matar. Y sin embargo es difícil encontrar un pájaro que sea más elegante y grácil en vuelo. —Sonrió—. Pero —empezó a decir arrastrando las palabras y cambiando el gesto de la cara a una expresión seria—, me duele escuchar a esos halconeros que solo andan hablando de la cantidad de matanzas que ha realizado su pájaro.

Duke se distrajo, miró fijamente más allá del hombre y se concentró en algo a lo lejos.

—No solo de eso trata la halconería —continuó Len—. Para los halcones Harris, al igual que para cualquier pájaro, la matanza tiene que ver con la supervivencia. Y todos hacemos lo que sea para sobrevivir.

El tío Bill se quedó a escuchar el resto de la conferencia, pero Duke se puso de pie y arrastró consigo a Donnie.

—¿No ha sido increíble? —preguntó Duke.

—Claro que sí —respondió Donnie.

—¿No son increíbles? ¿El modo en que trabajan?

—Sí, un verdadero equipo.

—Nosotros podríamos ser así.

—Nosotros somos un equipo, ¿verdad, Duke?

—¿Puedes imaginar lo que podríamos llegar a hacer juntos?

—¿Como qué? ¿Matar alimañas? —rió Donnie.

—No. Ya sabes, conseguir lo que queramos, trabajar en equipo para conseguir lo que queramos.

—¿Y qué es lo que quieres?

—No lo sé. Tal vez... no lo sé. ¿Qué es lo que tú quieres?

—Esa muchacha de allí —rió Donnie—. Mírala. —Señaló a una joven con una falda corta azul y una camiseta ceñida amarilla.

—Bien. Si eso es lo que querías y por algún motivo no has podido conseguirlo, podríamos trabajar en equipo para conseguir lo que el otro quiere. Digamos, si yo quisiera alguna cosa, como...

—¿Como qué?

—No lo sé. Lo pensaré. Pero sea lo que sea, podríamos conseguirla juntos.

—¿Como cuando yo arrastro a mi padre cuando está borracho y tú le arrebatas la billetera?

—Bueno, sí, algo así. Tú jamás podrías hacer algo así solo. ¿Recuerdas la primera vez que los vimos? ¿Cuando fueron tras la codorniz? Jamás olvidaré eso mientras viva.

—Es simplemente lo que saben hacer, sobrevivir, ¿verdad? —preguntó Donnie.

—Eso de la supervivencia es una tontería. Yo ya he sobrevivido. Es hora de salir a conseguir lo que uno quiere.

El tío Bill estudió la bandeja de plástico que había en una mesa que tenía enfrente. Tres hileras de prendedores, cada una separada en cuatro compartimentos pequeños.

El tío Bill cogió uno. Duke y Donnie se acercaron e inclinaron hacia adelante para mirarlos.

—¿Ése de ahí es un Harris? —preguntó Bill mirando el prendedor y entrecerrando los ojos bajo la luz del sol.

—Claro —respondió el anciano vendedor—. Son poco comunes así que le costarán. Ningún fabricante se mete tanto con la raza, solo quedan un par, hecho por un residente de la zona.

—¿Cuánto cuestan?

—Diez dólares.

—Bueno, me temo que lo único que tengo son veinte —aclaró Bill, al tiempo que sacaba la billetera y le guiñaba un ojo a los muchachos. Depositó el billete sobre la mesa—. De modo que tendré que llevar dos. —El hombre se estiró por encima de las hileras—. No, no —dijo Bill y señaló—. Del marrón y dorado.

Duke y Donnie estaban sentados en lo oscuro junto a la ensenada con las piernas cruzadas y una linterna al lado. Donnie levantó la palma de la mano. El pequeño prendedor brilló.

—Cierra el puño —le pidió Duke, aferrando el suyo. Donnie cerró la mano y apretó hasta que Duke asintió con la cabeza. Abrieron los puños y vieron los tres mismos cortes donde habían penetrado los picos y las alas. Sacaron los prendedores y

se estrecharon las manos derechas ensangrentadas.

—Lealtad eterna —dijo Duke.

—Lealtad eterna —repitió.

CAPÍTULO 17

Joe observaba a Anna desde la entrada. Estaba de pie en la sala, frente a un enorme rectángulo envuelto en capas de papel marrón, recostada contra el respaldo del sofá. Apoyó la rodilla en uno de los almohadones y comenzó a rasgar el papel dejando cada vez más a la vista el sólido marco de un acrílico blanco, con una gruesa pincelada de verde brillante en el extremo derecho. Al terminar se echó atrás y sonrió y luego se sobresaltó cuando Joe apareció por detrás. Él cogió un trozo de papel del embalaje que colgaba de una esquina.

—The Hobson Gallery —dijo y agarró la factura antes de que Anna pudiera hacerlo y la sostuvo enfrente. La leyó y sacudió la cabeza.

—Por favor, dime que no van a cargar a mi cuenta trescientos setenta y cinco euros por esto.

Ella lo miró:

—Lo harán.

—¡Por el amor de Dios!

—Lo encargué hace semanas, antes de que sucediera nada. Brendan vendrá de nuevo a sacar fotos. Necesito una obra grande...

—Necesito. Necesito —imitó él.

—Tú no eres creativo —dijo ella con enfado—. No entiendes nada de esto. —Hizo un gesto indicando la pintura, el mueble, el blanco perfecto del entarimado.

—Entiendo lo que haces. Adoro lo que haces —dijo él con calma—. Adoro que seas tan decidida, solo que no estés tan decidida a arruinar nuestras finanzas. —Se alejó—. Y de hecho, pienso que la pintura es estupenda —continuó de espaldas.

Shaun vio el grupo de muchachos al dar la vuelta a la esquina, pero rápidamente se ocultó tras un muro al escuchar su nombre. Tres de ellos estaban hablando.

—Pero para el Estado está jodido.

—Lo sé. Hemos tenido suerte de que no viniera con su abrigo a enterrarnos en la mierda.

—Ay, por Dios, madurad. Esos tipos eran unos fracasados.

—Bueno, quién sabe. En el fondo puede que sea un loco. Los callados siempre lo son.

—¡Pero él ni siquiera es callado! Es simplemente normal.

—Exactamente. Lo que estoy diciendo es que siempre se trata del menos sospechoso.

—Eso a ti te dejaría al final de la lista.

—Ja. Ja.

—Pantalones militares, cabezas rapadas, que se saben de memoria el guión de *La*

chaqueta metálica, Buenos días Vietnam, y La caída del Halcón Negro. Y han visto *Pelotón* veinticinco veces. —Dijo haciendo el sonido de una alarma.

—Bueno, nadie ha venido a llamar a mi puerta para llevarme.

—Tampoco han ido a llamar a la puerta de Shaun, idiota. Igual es muy incómodo... Aparentemente, su padre anda por ahí haciendo preguntas a lo Jessica Fletcher.

—Jessica Fletcher.

—Como sea, la gente está empezando a fastidiarse bastante. Richie está enloqueciendo. La gente le dice cosas al padre de Lucky, le oculta cosas a Richie, o simplemente están hartos de repetir lo mismo una y otra vez. Y tal vez el tipo tendría que fijarse mucho más cerca de su casa. Quiero decir el señor Lucchesi.

—No hay forma de que Lucky haya tenido algo que ver con esto.

—Ya lo veremos.

—Te pareces a mi madre.

—Ya lo veremos.

—Cállate.

—Lucky... ¿podría ese apodo ser *más* irónico?

Shaun se dio la vuelta y se fue caminando a casa.

—Detesto tener que volver a hacer esto —se quejó Frank, tratando de sonreírle a Martha—. Pero uno nunca sabe lo que podría llegar a encontrar que sea de ayuda.

—Esto no parece estar bien —dijo Martha—. Ella era muy reservada.

Ella empujó la puerta para abrir la habitación de Katie. Era una mañana húmeda y gris y el cuarto estaba oscuro. Ambos alzaron la vista, atraídos por las estrellas fluorescentes que había en el techo. Martha encendió la luz y el destello desapareció. Se sentó en la cama, cubriéndose la nariz con un pañuelo, pensando: «Esto parece ser lo único que he estado haciendo durante semanas, sentarme y frotarme la nariz irritada».

—Ay, lo siento, Frank —se disculpó al tiempo que se levantaba rápidamente—. Estoy soñando —y cerró la puerta suavemente detrás de sí. Frank miró a su alrededor. El cuarto era el de una pequeña haciendo lo imposible por parecer una adolescente. El papel de las paredes era de niña, pero habían quitado una tira para escribir notas. El edredón era florido y descolorido, pero la lámpara que había junto a la cama era sencilla y moderna. El armario debía de ser marrón pero había sido lijado y vuelto a pintar de blanco con los bordes rosa fuerte. No había ositos ni muñecas por ninguna parte. Se dirigió hacia el espejo, había una cinta extendida en la parte superior con fotos sujetas con pequeños clips. No vio la cara de Katie en ninguna pero vio a Ali y a algunas otras chicas del pueblo, a Shaun y a una pequeñita en el zoológico, tomando la mano de un hombre, mirándolo y sonriendo. Se fijó con más atención y

vio que era una fotografía de Katie y el padre, tomada unos años antes de que él muriera. Sobre el tocador había una caja llena de horquillas para el cabello, bandas elásticas, maquillaje y alhajas baratas. Se dio la vuelta, abrió las puertas del armario y pasó la mano por la ropa. Se inclinó y vio una pila de zapatos viejos y dos raquetas de tenis viejas. Luego vio un sobre, con una tarjeta enorme, metida en un lado. La sacó de la ranura de la madera y la depositó sobre la cama. La enorme tarjeta era de cumpleaños, firmada por varias niñas, con círculos y corazones. Todos los mensajes eran inocentes. Metió la mano al fondo del sobre y sacó más tarjetas y cartas de sus amigas y de Shaun; tarjetas de cumpleaños que volvían a su niñez y algunas de San Valentín. Una de ellas, que estaba dentro de un sobre rosa claro, tenía un oso sosteniendo flores. La abrió: «Las rosas son rojas, las violetas azules, el azúcar es dulce y también lo eres tú». Era algo escrito por un niño. Había un gran signo de interrogación en el lado izquierdo. A Frank le sorprendía que alguien pudiera escribir un poema tan cursi. ¿Pero de cuándo era la tarjeta? Le dio la vuelta al sobre y tenía una estampilla del año anterior. ¿Sería un niño el que le habría enviado una tarjeta de San Valentín a Katie? ¿O se trataría de alguien que quería parecerlo? Pero eso no tenía sentido. Echó una mirada al resto de las tarjetas, luego alrededor del cuarto y bajó por las escaleras angostas hacia la sala. Martha se quedó expectante.

—¿Y bien? —le preguntó.

Le mostró la tarjeta.

—¿Sabes de dónde ha venido ésta? —le preguntó.

Ella la tomó y sonrió.

—Ah —dijo con lágrimas brotándole en los ojos—. No puedo creer que haya conservado esto. Era de Petey Grant, que Dios lo bendiga. Ella pensaba que era muy dulce. En su momento la alentó un poco, aunque ella sabía que no iba a suceder nada. Por eso me la mostró. Aunque jamás me mostró las otras que recibió. Recuerdo que se rió de que él se hubiera molestado en ponerle un signo de interrogación al lado, ya que su letra era muy reconocible pues solía dejar notas en la pizarra de la escuela para avisarlos de que el piso estaba húmedo o algún aula estaba cerrada por limpieza.

Ella se detuvo.

—En fin, no paro de hablar. ¿La necesitas? —le preguntó sosteniendo la tarjeta.

—No, puedes conservarla —respondió Frank.

El inspector O'Connor aparcó el coche en el sendero y fue caminando hasta la puerta de los Lucchesi, mientras admiraba la vista. Joe se tomó su tiempo para atender.

—Hicieron un excelente trabajo con el faro —comentó O'Connor.

—Esa fue mi esposa.

—A mí siempre me han gustado.

—Sí. Es un sitio estupendo.

Joe asintió con la cabeza y esperó.

—Como estoy seguro que ya lo sabe, soy el inspector Myles O'Connor de Waterford y estoy al cargo de la investigación del caso Katie Lawson.

—Sí, lo sé. Pase.

Se quedaron parados en el vestíbulo.

—Tiene que ver con su intervención. Voy a tener que pedirle que...

Joe sabía que O'Connor tenía la esperanza de evitar completar la oración.

—¿Qué? —le insistió.

—Mantenerse al margen de las cosas. Jamás había pasado por esta situación con alguien que ande tocando a las puertas y haciéndole preguntas a la gente, que llegue a la comisaría sin previo aviso y les diga a nuestros hombres qué hacer...

—Pensé que colaboraba. La información que estaba ofreciendo está basada en mi experiencia...

—Simplemente cortemos con esto aquí. Obviamente cree que nosotros no estamos haciendo bien nuestro trabajo, que somos un pueblo tranquilo con una fuerza policial lenta.

Joe no dijo nada.

—¿Honestamente cree que la investigación de la muerte de una adolescente es algo en lo que cada uno de mis hombres no esté poniendo el corazón entero? Por aquí las cosas se hacen diferentes. No confunda un *modus operandi* medurado con uno sin prisa. Nosotros no andamos como Harry el Sucio corriendo por las calles persiguiendo delincuentes.

—Ni yo tampoco.

—Bien, entonces ya son dos conceptos equivocados que quedan descartados.

—Supongo que sí —Joe miró más allá de O'Connor.

—Bien, entonces no le quitaré más tiempo. Solo quiero que sepa que nos está yendo bien sin su ayuda.

Empezó a marcharse pero se volvió:

—No contamos con VICAP o HOLMES^[10] ni con lista de *los diez más buscados*, pero tampoco hay miles de asesinatos al año. Tenemos alrededor de cincuenta.

Joe se encogió de hombros.

—No me malinterprete —dijo O'Connor— nosotros cometemos errores, igual que la policía de Nueva York y que la fuerza policial del mundo entero. Pero ninguna de las veces que he estado en Nueva York he irrumpido en un recinto...

—Vamos. Katie era la novia de mi hijo...

—Entonces quizá usted sea una de las últimas personas...

—Si usted fuera yo, ¿se quedaría al margen sin hacer nada?

—Lo dejaría en manos de los profesionales...

—¿Y yo no soy un profesional?

—Aquí es un aficionado. Y está comprometiendo nuestra investigación. En Mountcannon hay gente que dice que anda haciendo consultas y eso a mí realmente me molesta. Se lo estoy pidiendo —ahora formalmente—: Manténgase fuera de esto. Desafortunadamente, usted tiene conexión con la víctima y por eso les ofrezco mis condolencias, a usted y a su familia. Pero la breve entrevista que tuvimos al comienzo de todo esto es donde su intervención debió haber concluido.

Richie estaba preparando café cuando Frank llegó de regreso de la casa de Martha Lawson.

—¿Has encontrado algo? —preguntó.

—Nada extraño —respondió Frank—. Lo único es Petey Grant, de nuevo. En el cuarto de Katie he encontrado una tarjeta de San Valentín enviada por él. Ya sé que es un pobre diablo inofensivo, pero quizá el rechazo le molestó o el hecho de que ella no lo tomara seriamente... No lo sé.

—¿Por qué no tengo una charla con él? —dijo Richie—. Tú ya has hablado con él. Tienes la tarde libre. Entonces puedo traerlo aquí y ahorrarte el fastidio.

—No lo sé —respondió Frank. Luego hizo una pausa—. ¡Eso es! El documental. Él dijo que esa noche estaba viendo algo sobre una tragedia de Fastnet. ¿Cómo se llama?

—¿Qué quieres decir?

—Discovery Channel.

—No lo tengo —aclaró Richie.

—Bueno, hay un tema cada noche: las superestructuras, la delincuencia, o lo que sea. La noche de los viernes es sobre historia. Nora estaba mirando... en fin, no tiene importancia. No veo que un programa de Fastnet coincida con eso. Siempre es sobre historia, nada reciente. ¿Los torneos de Fastnet no son siempre de deportes o barcos o algo así?

—Se lo preguntaré a Petey, honestamente.

—Tienes que ser cuidadoso con alguien como Petey Grant, Richie. ¿Puedes hacerlo?

—No hay problema.

Ray se apoyó contra la escalera de la torre del faro con dos latas de pintura blanca y verde en el piso junto a él. Las paredes estaban lisas por primera vez en años, transformadas después de que las limpiaran y reemplazaran los paneles.

—Bueno —dijo Anna—. ¿Sabes lo que tienes que hacer con los colores y todo?

—Creo que sí. Blanco en las paredes, verde en el techo y en todos los detalles, como la escalera.

—Perfecto —respondió ella—. Te lo dejo a ti.

Richie se paró frente al pequeño espejo de la comisaría. Se frotó las sienes con los dedos, sobre nudos que parecían pequeñas cuentas debajo de la superficie de la piel. Se echó cera en las palmas de las manos y se la pasó cuidadosamente por el pelo. Demoró la vista en los músculos que llenaba la camisa. Iba a un gimnasio de Waterford los siete días de la semana, a diferencia de los muchachos con los que se había entrenado en Templemore. Algunos de ellos jamás se entrenaban. Con sus tempranos veinte años ya tenían una barriga de cerveza que ni se molestaban en adelgazar.

—«Muy bien, Petey, ¿qué es lo que tienes para mí?» —se dijo al atravesar la puerta. Condujo hasta la escuela en el patrullero, en lugar de hacer el corto trayecto caminando.

El miércoles habían dejado salir temprano a los alumnos y él encontró a Petey Grant en un aula silenciosa, limpiando pizarras. Toda la escuela parecía desierta.

—¿Qué tal? —saludó Richie.

Petey parecía confundido. Retrocedió.

—Hola, Richie —devolvió el saludo—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió Richie—. ¿Cómo va?

—Bien, solo estoy trabajando un poco con las pizarras.

—Mira, Petey, ¿te molestaría venir a la comisaría a responder algunas preguntas más?

Petey agrandó los ojos.

—¿Por qué?

—Porque sí —se impuso Richie, sabiendo que Petey no discutiría con él.

—Está bien —aceptó Petey— iré por mi abrigo. —Se fue por el pasillo hasta la sala de personal donde cogió una chaqueta. Se sentía mal.

—Me están arrestando —le comentó a Paula, una de las profesoras que se había quedado hasta tarde.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Richie me está llevando a la comisaría —aclaró él—. Creo que tengo graves problemas. ¡Adiós! —Salió corriendo del edificio, se dirigió hacia el patrullero y abrió la puerta para sentarse adelante junto a Richie.

—Sube atrás —le ordenó Richie con tono áspero.

Petey estaba temblando al subir y siguió así durante todo el tormentoso y breve trayecto por el pueblo.

—Soy yo —saludó Danny—. Tu prendedor marrón y dorado está aquí, no lo han

revisado, nada. Y tengo tu larga lista de socios conocidos. ¿Tienes un bolígrafo, Duke Rawlins?

Joe esperó.

—¿Eso es todo?

—Sí. Donald Riggs, *el señor popularidad*. El individuo más probable de recibir un disparo en medio de un parque.

—Rawlins. Ese nombre me suena familiar. ¿Hay algo sobre él?

—Nada importante. Pasó ocho años en Ely, Nevada. Acuchilló a un tipo en un estacionamiento. Riña común de bar.

—¿Es todo?

—Sí.

—¿No hay violación ni asesinato?

—No parezcas tan decepcionado.

—¿Algo más?

—No, solo que fue el policía de la prisión el que gentilmente nos proporcionó una conexión. Asentó una visita de Crane después del asesinato de Riggs, Crane garabateó algo al pie del expediente. La letra del tipo... de todos modos, nadie le prestó atención a eso. ¿Y por qué lo harían? Riggs estaba muerto. Entonces llamé al policía, buen tipo. Al parecer Rawlins se llenaba la boca hablando de Riggs con su compañero de celda. El compañero se involucra en un altercado y negocia con el policía para evitar el confinamiento. Le dice que el amigo de Rawlins, Riggs, estaba planeando secuestrar a un niño y que al salir de prisión lo esperaba una pila de efectivo.

—¿Y cuándo salió? —preguntó Joe.

—¿Rawlins? Eh, en julio. Hace dos meses. ¿Por qué?

—Cielo santo, Danny. Creo que este loco anda detrás de mí.

—¿Por qué diablos? El tipo acuchilló a alguien y en la cárcel era buen chico. A mí no me suena como si fuera un loco. ¿Tú crees que quizá tenga algo que ver con Irlanda o algo?

—Maldición, esto es serio. Pudo haber matado a Katie.

—¿De eso se trata todo esto? ¿Piensas que este tipo Rawlins lo hizo?

—No lo sé —respondió Joe.

—La pregunta es si un borracho pendenciero puede convertirse en un psicótico trasatlántico.

—¿Queremos saber la respuesta? —preguntó Joe.

—¿Cómo diablos supo que estabas en Irlanda? —preguntó Danny.

—No lo sé —respondió Joe.

—¿Quién más sabe que estás allí? —preguntó Danny.

—Los amigos, la familia, el trabajo...

—Sí, pero ninguno de ellos le diría a nadie dónde encontrarte. ¿Y qué, crees que te siguió hasta el aeropuerto? —Se le notó un tono nervioso.

—El taxista que nos llevó al aeropuerto pudo haber mencionado algo, no sé. Algún vecino, alguien que haya andado husmeando...

—Joe, hablas como un loco.

—¿Cuánto hace que me conoces, Danny?

—Demasiado.

—Bien. ¿Y en general con cuánta frecuencia me equivoco?

—Sí, pero ahora estás de vacaciones. Yo jamás en mi vida he resuelto un crimen sentado junto a la piscina.

—Vamos —dijo Joe.

—Mira, uno sencillamente no da ese tipo de información. Hoy en día la gente sospecha, quieren saber quién lo pregunta. Espera un momento, me está entrando una llamada.

Joe aguardó en la línea.

—Este tipo es un tarado mental —comentó Danny—. La llamada era para MacKenna, me dejó ahí hablando con... —Danny se detuvo—. Mierda —dijo—. Aguarda un momento.

Al cabo de unos minutos, Joe colgó. Cuando estaba yéndose, volvió a sonar el teléfono.

—Hace un par de semanas —interrumpió Danny, directo al grano—, un teniente Wade llamó desde la Diecinueve buscándote a ti. La llamada fue derivada y la mala noticia es que nuestro recepcionista jamás había escuchado nombrarte, le preguntó por ti a uno de los muchachos que le contestó gritando que estabas en Irlanda. Y ya sabemos que en la Diecinueve no hay ningún Wade. Y también sabemos que en la recepción hay un inepto.

Joe se quedó callado con el corazón latiéndole con fuerza.

—Dios mío —exclamó él—. ¿Le mencionó Irlanda? Pero solo eso, ¿verdad? ¿Nada más?

—Solo eso, de modo que ni siquiera sabrá en dónde te encuentras en Irlanda. Si asumimos que el tipo fue quien hizo la llamada.

Joe meneó la cabeza.

—Sí, *estamos* asumiéndolo. Y no lo sé. Irlanda es un país pequeño.

—No tan pequeño.

—¿Cuántas personas viven en Irlanda, Danny?

—No lo sé, ¿doce millones?

—Cuatro. Y más de un millón viven en Dublín. Lo que quiere decir que hay menos de tres millones desparramados por todo el país. Créeme, es poco. Mira, déjame a mí. Veré qué se me ocurre. —Estuvo a punto de colgar cuando se detuvo

—. ¿Eh, Danny? ¿Crees que podrás llamar a ese buen policía, contactar con el compañero de celda de Rawlins y hablar con él a ver qué es lo que sabe?

Danny refunfuñó.

Tan pronto como Joe colgó el teléfono, se dirigió hacia el estudio. Tomó una caja del fondo de la hilera de libros y sacó el duplicado (una copia de su placa). Era ilegal, pero la mayoría de los policías la tenían. Extraviar la original significaba perder diez días de vacaciones, de modo que cuando estaba de servicio, Joe dejaba la placa a salvo en casa y llevaba el duplicado. Esta vez, no había original. Había tenido que entregarla al renunciar. Sintió una sensación de algo parecido a los celos. Abrió rápido la billetera y miró su documento, una palabra impresa en rojo lo cambiaba todo: *retirado*.

O'Connor estaba sentado frente a una pila de expedientes y se preparaba para seleccionar cada palabra de lo que estaba a punto de leer. Como era usual, cada tarea relacionada con la investigación, seguimiento de registro telefónico, entrevista con la persona que encontró el cuerpo, retirar informes médicos, todo había sido asentado por escrito en formularios por triplicado y asignado a un detective por el encargado de registros. La copia azul estaba pegada a la página izquierda del registro de tareas, con una nota del otro lado donde figuraba quién era el responsable y cuál había sido el resultado. Las demás copias estaban archivadas en los expedientes que tenía enfrente: Testimonios, Testigos, Sospechosos... Miró la pila y sacó la que decía Testimonios. El primero de todos y de cuatro páginas era el de Shaun Lucchesi. Le vinieron a la mente tres hombres que durante los cinco años previos habían asesinado a sus novias y salido en libertad. Si el instinto de cada policía que trabajaba en sus casos hubiera sido admitido como prueba, tres de esos hombres hubieran sido encerrados por mucho tiempo. El instinto de O'Connor no le estaba diciendo que Shaun Lucchesi fuera un asesino, pero *sí* le estaba diciendo que era un mentiroso.

Joe casi ignoró el teléfono que sonó a su lado sobre el escritorio.

—Hola, señor Lucchesi. Soy Paula de aquí de la escuela... La profesora de historia de Shaun. No puedo comunicarme con la madre de Petey Grant, de modo que pensé en llamarle a usted. Él me acaba de decir que fue arrestado por Richie Bates y que iba camino a la comisaría.

—¿Cómo? —preguntó Joe—. ¿Está segura?

—Bueno, no. Ya conoce a Petey.

—Iré a comprobarlo. Gracias por llamar.

Richie y Petey estaban sentados uno frente al otro en el escritorio de la comisaría.

—¿Por qué me has arrestado? —preguntó Petey.

Richie se rió de él.

—No estás arrestado, estás... —levantó los dedos para hacer el gesto de comillas—: «ayudándonos con la investigación». Quiero decir, no tenemos ninguna prueba... todavía. Entonces —continuó, deliberadamente con tono amigable—, obviamente estamos aquí por Katie.

—Ah —dijo Petey.

—¿A ti te gustaba? —preguntó Richie a secas. Tamborileaba fuertemente los dedos en la madera de la superficie.

Petey se ruborizó.

—¡No! —respondió.

—Le enviaste una tarjeta de San Valentín, ¿verdad?

Petey agrandó los ojos de repente:

—Eso fue antes de que saliera con Shaun —aclaró tartamudeando.

—¿Y te molestaste cuando ella empezó a salir con Shaun?

—¡No! —respondió Petey, horrorizado—. Shaun es mi amigo. ¡Y también Joe!

—¿Alguna vez la invitaste a salir?

—¡No! —Se detuvo—. Jamás he invitado salir a nadie. —Parpadeó para contener las lágrimas.

—Voy a ir al grano, Petey —empezó Richie—. ¿Sabes algo de lo que sucedió el viernes por la noche en que desapareció Katie?

—No —respondió Petey—. Ya te lo he dicho. Yo estaba dentro, como se suponía que debía estar.

—¿Estás seguro? —preguntó Richie enérgicamente.

—Sí —Petey comenzó a dar golpecitos con el pie en el piso.

—¿Te das cuenta de lo importante que es que nos digas si sabes algo? —le preguntó Richie—. Si no contamos con toda la información, otra muchacha podría morir.

Petey parecía conmocionado.

—¿Alguien más podría morir? —repitió—. Oh, Dios.

El timbre lo sobresaltó.

—Quédate dónde estás —le ordenó Richie con tono brusco. Petey estaba temblando.

Duke se levantó del banco de un salto y apoyó la oreja en el grueso vidrio redondo. Lo escuchó de nuevo: un ruido de algo que raspaba, luego se agitaba y luego raspaba.

—Mierda. —La dueña del lugar se le acercó.

—¿Tiene algún inconveniente con la secadora?

—Eh, sí —titubeó Duke—. Creo que dejé un prendedor en el bolsillo de mis pantalones vaqueros.

—Oh, querido —se lamentó ella—. Bueno, a ver. —Colocó una llave en la ranura del lateral y la apagó—. Ahora deberías poder abrirla.

Él se estiró y sacó el pantalón y la chaqueta enredada de tela vaquera. Al fondo del tambor había una moneda de euro caída. Él la recogió, confundido. Le quemó la palma de la mano.

—Dinero —dijo—. Mejor aún.

Pero en ese momento a Duke le entró pánico, le dio la vuelta a los bolsillos, examinó la tela vaquera, palpó la ropa que llevaba puesta, vació la bolsa en el piso. Tocó todo, hasta que quedó de rodillas, agitado y con el corazón acelerado. Se puso de pie y se apoyó pesadamente contra la secadora, con la cabeza agachada. Las gotas de sudor le habían brotado en la frente.

—Maldición —gritó, golpeando las manos con fuerza contra la máquina y pateándola con la bota—. Maldición. —Todos los que lo rodeaban quedaron en silencio. La dueña no se movió. Duke volvió a guardar todo de nuevo dentro de la bolsa y salió, pasó junto a una mujer que sostenía unos pantalones blancos con una mancha de grasa en la rodilla.

—La melaza quitará esa mancha —comentó con un gruñido al pasar a su lado.

Joe irrumpió en el vestíbulo de la comisaría, gritando:

—Será mejor que no tengas a Petey Grant aquí, por tu bien —aunque ya podía ver a Petey sentado pálido como un muerto, retorciéndose las enormes manos.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo? —preguntó Richie.

Joe saludó a Petey, luego guio a Richie de nuevo al vestíbulo.

—¿Qué diablos está sucediendo aquí? —preguntó Joe—. ¿Qué haces interrogando a Petey sin un adulto presente? ¿Estás loco? Eso es ilegal.

—No, no lo es. No está bajo arresto. Y de todos modos eso a ti no te incumbe —respondió Richie.

—Lo estoy haciendo por mi cuenta —arremetió Joe.

—Pues haz por tu cuenta todo lo que quieras —replicó Richie—. Yo no he hecho nada malo, el tipo no está siendo arrestado. Yo solo quería intercambiar unas palabras con él.

—¿Por qué diablos no lo hiciste en la escuela? Lo estás aterrorizando —dijo Joe—. Se le nota en la cara. Con un tipo así. Ya he hablado con él. No sabe nada sobre Katie.

—Ah bueno, el gran detective norteamericano ha hablado. Ahora todos podemos

ir a casa, caso cerrado.

—¿Qué diablos significa eso? Yo solo te estoy diciendo que estás procediendo mal con esto.

—Y yo te estoy diciendo que te mantengas alejado de las cosas que no entiendes, ¿de acuerdo?

—¿Tienes idea de lo que estás haciendo? —preguntó Joe, levantando el tono de voz—. ¡Es Petey Grant, por el amor de Dios! El tipo es inofensivo. Yo conozco a Petey Grant, Richie...

—Todos conocemos a Petey Grant, desde hace mucho antes que tú y...

—¿Y *qué*? ¿Qué clase de oscuro secreto sabes de él que yo no sepa?

—Él sabe algo. No es solo lo que muestra, él...

—¿Ese es el tema? Un jodido giro del destino es el motivo por el cual Petey está como está. ¿Sabes lo que sucedió? Sí, no me sorprende que no. El chico no recibió suficiente oxígeno al nacer. —Levantó la mano—. Eso es. *Ahí tienes* tu gran secreto.

—¿Y qué? Eso no quiere decir que no haya...

—Oh, vamos, Richie. Conoces bien a Petey Grant y sabes que no mataría ni una mosca. Tuve que explicarle lo que era una prostituta, por el amor de Dios. ¿Crees que un tipo así...? Tú viste a Katie. ¿Sinceramente crees que Petey Grant...?

—Mira, a él le gustaba...

—Podrías encerrar a medio Mountcannon por eso —se quejó Joe—. Esto es absurdo, es absolutamente absurdo. Probablemente un maldito psicópata ande suelto ¿y tú en quién te fijas? ¡En Petey! ¿Alguna vez has trabajado en un verdadero crimen en toda tu vida?

—Maldito arrogante —lo insultó Richie. Se acercó a unos centímetros de Joe.

—Ni lo intentes —lo amenazó Joe.

Richie se quedó parado frente a él, echando humo. Tenía la cara colorada y las venas le latían en las sienas. Le llevaba unos centímetros a Joe pero no tenía su aplomo. Era todo arrebató y furia.

Joe se volvió hacia Petey.

—Bueno —le habló a Richie, que lo había seguido hasta allí—. Hazle tus preguntas. Si él solo está colaborando, no hay nada que impida que yo esté presente. ¿No es así, Petey?

—En realidad, señor Lucchesi, ¿le molestaría si lo hiciera yo solo?

Joe abrió la boca y luego se detuvo.

—Eh, claro, Petey. Si estás seguro de que estarás bien... No te sientes presionado, ¿lo estás?

—No. Estoy bien.

—De acuerdo. Bueno, supongo que te dejaré a solas.

—Gracias —ironizó Richie—. Se lo agradezco.

Joe pasó a su lado y atravesó la puerta.

—Muy bien. Voy a preguntártelo de nuevo —insistió Richie—. ¿Sabes algo de todo esto?

Petey inspiró profundo y confesó:

—Algo.

Richie se movió incómodo en la silla.

Petey alzó la vista:

—El viernes por la noche me encontré con Katie.

—¿Qué quieres decir con que te encontraste con ella?

—Me topé con ella —contó Petey—. Estaba llorando. —Bajó la vista y luego miró fijamente a Richie—. Dijo que había tenido una pelea con Shaun. Richie sonrió.

CAPÍTULO 18

Stinger's Creek, centro-norte de Texas, 1986

Ashley Ames estaba de pie frente al espejo de su habitación decidiendo si había o no terminado de maquillarse. Quedaba sutil en su piel pálida: colorete, rímel y una capa de lápiz de labios tono escarcha. Ella vació la bolsa de cosméticos y pasó la mano por los productos. Encontró lo que estaba buscando, un delineador negro de ojos que apenas sabía cómo usar. Le quitó la tapa y lo acercó más al espejo. Su hermana Luanne, de nueve años estaba detrás de ella sobre la cama.

Al terminar, Ashley se dio la vuelta con un cepillo para el pelo en la boca:

—Hoy, Ashley Ames modela un top fucsia sin hombros con una ultra minifalda gris de algodón hasta la cola, el atuendo se completa con unas Keds blancas clásicas. O, hoy Ashley Ames se encuentra con su chico con una camiseta rosa sin hombros y una falda con volantes hasta medio muslo y unas botas negras de tacón hasta el tobillo.

Luanne continuó:

—Y sus cabellos no podrían estar más levantados y sus ojos más delineados...

—Cállate, Lu —se fastidió Ashley—. ¿Y entonces qué me pongo?

—La de calados —respondió Luanne—. Pero papá se pondrá loco.

—¿Por qué?

—Es un poco de puta —opinó Luanne.

—Como si tú supieras. —Ashley se metió contoneándose dentro de la falda y cerró la cremallera del lateral. Un pequeño rollo le sobresalía por encima de la cintura. Giró y se dio un golpecito en el trasero.

—Disfruta de mi gloria, Lu, disfruta de mi gloria.

Ella se sentó en la cama y se subió el cierre de las botas sobre las pantorrillas regordetas, inclinando las piernas de costado. Cogió el bolso, tiró algunas pinturas dentro y caminó erguida hacia la puerta. Cuando entró a la sala, Westley Ames bajó el periódico.

—No sé, Ash, cariño —movió la cabeza.

—¿Qué es lo que no sabes, papá?

—Si es la ropa adecuada para una jovencita, si están diciendo lo correcto.

—¿Y qué es lo que *tú* piensas que están diciendo, papá?

—No me desafíes de ese modo, Ashley.

—Lo siento, papá. Pero es que todo el mundo... Quiero decir, no es que yo sea la única. A mí me gusta mi ropa. No le están diciendo nada a nadie.

—¿Y qué es todo eso negro que tienes en los ojos? —le preguntó.

—Es delineador, papá, no es para tanto.

—¿Y a propósito, quién es ese joven? —preguntó Westley.

—Donnie Riggs, papá. Ya conoces a Donnie.

—He *escuchado* hablar de Donnie, pero no *conozco* a Donnie y tampoco tú. Recemos para que no se parezca al padre, porque si llego a oler aunque sea una pizca de alcohol en tu aliento cuando regreses a casa, jamás volverás a ver el mundo exterior. ¿Me has escuchado, Ashley?

—Es mediodía, papá. Y sabes que yo jamás bebería alcohol —dijo ella al tiempo que se daba la vuelta y salía sonriendo.

Donnie Riggs estaba sentado en el cordón de la calle, entre dos coches, a una manzana de la casa de Ashley. Arrojó la colilla de cigarrillo a la calle y se puso de pie, alisándose los pantalones vaqueros sucios. Le temblaban las piernas y tenía la cara colorada. Ese día no quería mirar a Westley Ames a los ojos.

Apretó el timbre y la señora Ames atendió, con el brazo derecho enganchado en su estrecha cintura, un collar de perlas le caía horizontal sobre el pecho.

—Hola, Donnie —lo saludó con una débil sonrisa.

—Hola, señora —respondió Donnie—. ¿Está Ashley?

—Entra.

Ella giró la cabeza y sonrió al ver a la hija salir de la sala. Estaba a punto de llorar cuando miró a Donnie.

—Cuídala —le pidió.

—¡Mamá! —se alteró Ashley.

—A ti no te importa que te lo pida, ¿verdad, Donnie? —le preguntó la señora Ames.

—Por supuesto que no, señora —respondió—. Y no se preocupe, cuidaré bien de ella.

Ashley sonrió al tiempo que cogía a Donnie del brazo.

El sol estaba alto y reflejaba ondas de luz plateadas sobre el agua. Duke estaba sentado en la oscuridad de los árboles tupidos, con las piernas flexionadas contra el pecho. Una linterna yacía en la hierba junto a él. Después de esperar en silencio durante media hora, escuchó pasos por el sendero y la risa de una chica. Luego escuchó la voz de Donnie y el ruido monótono de las botellas de cerveza que chocaban. El sonido se alejaba a medida que ellos se acercaban a orillas del agua.

—No. En ésa no me fue tan bien —contó Donnie—. La geografía no es lo mío. Y detesto a Baxter. Es un perdedor.

—Sí —coincidió Ashley.

Donnie jugaba con la tapa de una botella, lanzándola al aire con el pulgar una y otra vez.

—Tierra a Donnie, tierra a Donnie —se burló Ashley.

Él se dio la vuelta para mirarla como si hubiera olvidado que ella estaba allí.

—Disculpa —murmuró—. ¿Quieres otra cerveza?

—Claro —respondió ella.

Él se estiró hacia atrás para coger una botella y al incorporarse sus rostros quedaron a centímetros de distancia. Ella cerró los ojos. Él se inclinó y le besó los labios, guiándola con delicadeza hasta recostarla sobre el hierba a su lado.

—De la cintura para arriba —aclaró ella sonriendo al tiempo que le apartaba la mano.

Una ramita crujió. Duke había estado quieto cerca de ellos, observándolos en silencio. Ashley se incorporó de repente acomodándose el top y miró fijamente a Duke. Donnie se puso de pie con el pánico dibujado en el rostro.

—Hola, Vo... Eh, hola, Duke —saludó ella confundida.

—Seguid con lo vuestro, amigos, no os preocupéis por mí —dijo Duke.

Ella lo miró asustada. Luego sonrió.

—Sí, claro —le respondió al tiempo que miraba a Donnie y reía. Él la miró nervioso. Ella volvió a mirar a Duke.

—En serio —afirmó él con voz fría—. Vamos, seguid.

Donnie la rodeó por la cintura, atrayéndola hacia sí. Ella lo empujó.

—¿De qué estáis hablando? —les preguntó al tiempo que se ponía de pie—. ¿Estáis locos?

—Solo hazlo —ordenó Duke, empujándola encima de Donnie.

Ashley agrandó los ojos. Ella conocía a esos muchachos, podía identificarlos. Luego se le hundió el corazón. Supo que jamás lo haría.

—Hazlo —ordenó de nuevo Duke—. Yo me sentaré aquí a verlo todo y quizá después yo también tenga un poco de acción.

—Vamos, Ashley —le pidió Duke cuando todo terminó. Le revolvió el bolso y luego cogió una polvera—. Arréglate esa cara. Te has estropeado el rímel. Vamos, hazlo.

Él le puso el espejo delante de la cara. Ella se vio las lágrimas rodar por las mejillas. Él cogió el cepillo de la hierba y comenzó a cepillarle la larga cabellera. Le quitó las hojas y le sacudió la tierra de la enmarañada melena castaña.

—¿Qué diría tu padre? Que su pequeña es una ramera, que su princesita salió en su primera cita y se entregó a un inútil como Donnie Riggs —rió.

Donnie estaba callado a su lado. Ashley tomó el cepillo que tenía Duke y se lo pasó por los cabellos.

—Dejadme en paz —sollozó—. No se lo diré a nadie, no puedo contárselo a

nadie. Solo dejadme en paz. Por favor, iros. Duke cogió la linterna manchada de sangre y se marchó.

—La melaza quita las manchas de hierba —murmuró Donnie al tiempo que se daba la vuelta para irse.

Ashley se miró en el pequeño espejo y vio los surcos de rímel que tenía en el rostro. Al limpiárselo y volver a pintarrajearse, estaba casi igual que cuando había salido de casa. Salvo los ojos. Se levantó del suelo y caminó lentamente hacia la orilla del bosque, hasta que salió a la carretera. Cuando iba caminando los últimos metros hasta casa, Duke pasó junto a ella y le hizo un gesto con la cabeza.

—Pudo haber sido mucho peor, Ashley. —Esperó un momento—. Deberías ver lo que haremos en la próxima.

CAPÍTULO 19

Richie estaba de pie junto a una furgoneta negra, garabateando algo en una multa de estacionamiento. La dobló y la metió debajo del limpiaparabrisas. Shaun salió de la cafetería y miró al cielo.

—No me molestarían aunque no sean más que unas palabras rápidas —insistió Richie, corriendo despacio tras él—. Solo quiero aclarar algo. —Se detuvo y sacó el cuaderno, inclinándolo para evitar la llovizna brumosa que había comenzado a caer.

—Claro —accedió Shaun—. Pero voy de regreso a la escuela.

Se subió la capucha del chaquetón que proyectó una sombra sobre sus ojos.

—Solo recuérdame otra vez —pidió Richie—. ¿Exactamente en dónde te despediste de Katie?

Shaun inspiró profundo.

—Allí, creo, junto al paredón del puerto.

—¿Escuchaste el canto? —preguntó Richie.

Shaun se paralizó.

—¿Qué?

—Dijiste que antes estuviste junto al muelle.

—Sí.

—Al igual que una barca española con veinte marineros borrachos cantando a todo pulmón.

Shaun no dijo nada.

—¿Y entonces adónde fuisteis una vez que dejasteis la casa de Katie? No parece que hayáis estado en el puerto.

A Shaun le latía fuerte el corazón. El sudor frío le goteaba por los costados.

—Estuvimos en el puerto, pero antes...

El dueño de la furgoneta salió de Tynan's y levantó las manos en el aire.

—Ay, oficial, por el amor de Dios. Solo estuve dos minutos. ¡Mire... el periódico! ¿Cuánto cree que he tardado en eso? Acabo de llegar de Dublín para pasar un par de días...

Richie se encogió de hombros y se dio la vuelta.

Uno de los asiduos concurrentes al bar pasó junto al hombre de Dublín y se inclinó para decirle:

—Él no lo escuchará, ¿sabe? Le dirá «dos amarillos» y los señalará. Es un gilipollas.

Richie ignoró el murmullo detrás de él y miró fijamente a Shaun.

—Luego fuimos a... caminar —dijo Shaun.

—Me estás diciendo tonterías, Shaun. ¿En dónde estuvisteis realmente?

—Ya te lo he dicho. Fuimos a caminar.

—Deja al muchacho en paz —gritó el borracho antes de desaparecer al entrar a Danaher's—. Gilipollas —dijo entre dientes.

—¿Adónde fuisteis a caminar? —preguntó Richie.

—Por el pueblo y...

—Por el pueblo y ¿después regresasteis hasta aquí y os desviasteis del camino a su casa para despediros?

—No.

—¿Por el pueblo, adónde? ¿Hasta tu casa y de nuevo hasta aquí, desviándoos del camino para luego despediros?

Shaun no podía quedarse quieto.

—¿Sucedió algo, Shaun? Puedes contármelo. ¿Discutisteis?

—No. Todo estaba bien. Ya lo he contado todo antes.

—Entonces no tuvisteis una riña ni nada.

—No —negó Shaun.

Richie comenzó a tomar nota.

—Ella no estaba disgustada.

—No —dijo Shaun.

—Ella no estaba llorando. No le contó a nadie que había tenido una pelea contigo minutos antes de desaparecer.

—No —contrajo la voz.

—¿Lo jurarías?

—Yo... no lo sé.

Richie siguió escribiendo, luego cerró el cuaderno y lo saludó con la cabeza:

—Adiós —le dijo.

Frank estaba frente al cartel de anuncios de la comisaría revisando que las noticias siguieran con fecha vigente. Quitó tachuelas y volvió a colgar pósteres, arrojando los viejos al cesto. No escuchó entrar a Joe.

—Disculpa que te moleste, pero creo que hay algo que tienes que saber. Quizá tenga una conexión con tu investigación.

—¿De qué se trata? —preguntó Frank.

—Hace como un año, yo maté a alguien —dijo Joe—. En el trabajo. A un tipo llamado Donald Riggs. Secuestró a una niña de ocho años, cobró el rescate y luego voló en pedazos a ella y a su madre. Yo lo vi todo. Le disparé a Riggs y quedó tendido en el suelo, muerto. Cuando me acerqué, tenía en la mano un prendedor con forma de halcón. Ese mismo prendedor está en una bolsa con pruebas en algún sitio de One Pólice Plaza en Nueva York. ¿Y entonces por qué encontré uno en la puerta de Danaher's el domingo? —Levantó la palma de la mano.

Frank miró el prendedor y luego a él.

—No lo sé.

—Creo que alguien anda detrás de mí y de mi familia —manifestó Joe—. Creo que el sujeto se llama Duke Rawlins.

—Ése podría ser un prendedor viejo y...

—No es un prendedor viejo —explicó Joe—. Tiene que ver con un evento específico —él apenas podía mencionarlo—, que sucedió en los ochenta cuando... mira, sé que suena descabellado, no tengo idea de quién es este tipo, pero él...

—Ya has pasado por bastante —observó Frank.

—¿Cómo? —dijo Joe.

—Estás bajo demasiada presión.

—Por supuesto que estoy bajo mucha presión —declaró Joe—. Pero no tiene nada que ver con esto. Creo que él ha venido hasta Irlanda.

—¿Lo has visto?

—No —opinó Joe—. Pero no hay ninguna otra explicación para que ese prendedor esté aquí. Nadie sabría nada al respecto y nadie le hubiera dado ninguna importancia en el momento del crimen. Solo era un efecto personal más de un delincuente muerto. El único motivo por el cual significa algo para mí es por el hecho de que fue lo primero que vi en la mano del primer —y espero el último— hombre que he matado.

—No hay mucho que yo pueda hacer con esa información —le anunció Frank.

—De algún modo podría estar relacionada con Katie. Él podría haber ido tras...

—No tenemos ningún modo de saber si él se encuentra aquí.

—¿Cómo? ¡Inmigración! ¡En el aeropuerto!

—Joe, no funciona de esa manera. Si es un criminal, no podría entrar aquí con un permiso laboral oficial. Y si alguien viaja hasta aquí con un visado temporal de turista, no llevamos registro. —Se encogió de hombros—. Pueden hacer lo que quieran.

Shaun entró en la sala vacía con ordenadores de St. Declan's y se sentó frente a un PC. Fue al correo y escribió su contraseña. En su casilla había un mensaje, el asunto estaba en blanco y en el casillero del que enviaba había una serie de letras sin sentido. Abrió el mensaje y apareció una fotografía, era del faro. Frente a él había unas llamas ardiendo en la hierba, pertenecía a la sesión fotográfica de la madre. Movié bruscamente el ratón sobre la mesa, cerró el archivo y luego cogió la mochila que estaba en el piso a su lado. Al llegar a casa todavía estaba furioso.

—Realmente me parece patético el modo en que todos siguen con su vida —le gritó a Anna al entrar.

—De nuevo no te estoy entendiendo —sostuvo Anna—. Estoy cansada y sí, tengo que trabajar. No hay nada que pueda hacer al respecto. Sé que estás atravesando un

momento difícil...

—¿Y entonces por qué me lo refriegas en la cara?

—Yo no te lo estoy refregando en la cara —le contestó ella. Se dio la vuelta y notó su expresión—. ¿Cómo voy a hacer eso?

—Tu *e-mail*.

—¿Qué *e-mail*?

—¡El de la maldita sesión de fotos!

—¿Qué sucede contigo? No permitiré que uses ese tipo de lenguaje conmigo, no importa lo que haya sucedido. Respétame un poco. ¿De qué *e-mail* estás hablando?

—Del que he recibido hoy. Tuyo.

Joe entró en la cocina y dejó el teléfono portátil sobre la mesa.

—Era Frank Deegan —dijo furioso—. Shaun, ¿has estado hablando hoy con Richie Bates?

—Sí. ¿Por qué? —preguntó Shaun.

—Richie dice que negaste haber tenido una discusión con Katie antes de que ella desapareciera. Pero ellos tienen un testigo que afirma lo contrario.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Shaun.

—Solo te estoy diciendo lo que he escuchado. Richie dijo que habló contigo esta mañana temprano en el pueblo.

—Lo hizo, pero yo nunca dije...

—Aparentemente, negaste bajo juramento haber tenido una discusión con Katie. Él cree que mentiste y tomó nota de todo.

—¿Qué significa «bajo juramento»? ¿Algo así como que todo lo que hagas o digas puede ser tomado en tu contra?

—Algo así.

—Bueno, él nunca me lo advirtió. Lo juro por Dios, papá. No lo entiendo. Solo estuvimos hablando.

—Cielos, voy a parecer un idiota...

—¿Por qué? —preguntó Shaun.

—Por nada. Vamos, tú y yo vamos a tener que ir ahora a la comisaría a hablar con ellos, a aclarar algunas cosas. Yo mismo quisiera saber qué diablos es lo que está sucediendo, Shaun.

Ray iba saliendo del apartamento de espaldas, tirando una bolsa negra. La subió a un hombro y se dirigió hacia los cubos metálicos alienados al final del callejón sin salida. Lanzó la bolsa para arriba y aterrizó haciendo ruido encima de las otras. Fue entonces cuando vio el desgarrón.

—Maldición, Ray —lo insultó Richie, acercándose por detrás a grandes pasos.

Ray se dio la vuelta.

—Mira —le mostró Richie, señalándole el desastre que Ray había dejado en la calle desde la casa.

—Bien hecho, guardia Richie —se burló Ray—. Has seguido una pista con éxito. Te ascenderán a oficial.

—¡Cállate la boca, Carmody! Y limpia todo.

—¿Por qué estás tan interesado en lo que sale de mi bolsa? —sonrió Ray socarronamente.

Richie cogió a Ray del brazo y lo pellizcó fuerte con dos dedos.

—Ay —se quejó Ray—, idiota. —No pudo soltarse.

—Si esta noche vuelvo a casa y encuentro esta mierda —dijo Richie mirando la basura que estaba atrás—, juro por Dios que te la meteré por el buzón —y le soltó el brazo.

—Ya entiendo —ironizó Ray—. Mantener limpias las calles de Mountcannon.

—¿Al menos eres dueño de tu apartamento? —preguntó Richie.

—¿Qué diablos significa eso? —dijo Ray.

—¿Eres dueño?

—Lo alquilo. ¿Pero y eso qué tiene que ver contigo? ¿Solo porque tú y tu novio aunasteis fuerzas y os comprasteis un pequeño nido de amor?

—Yo soy dueño del lugar. Oran me lo alquila a mí.

—¿Por qué estamos teniendo esta conversación? ¿Es porque eres una mujer?

Richie le empujó el hombro a Ray.

—Epa, mantén el orden —se burló Ray—. Llevas puesto el uniforme. ¿Qué dirían los vecinos?

Richie echó una mirada a las calles desiertas.

—Contrólate —lo amenazó, pegando la cara a la de Ray.

—Lo hago. Y me gusta —dijo Ray—. Podría hacerlo el día entero.

Shaun estaba hundido en una silla de la comisaría, con las piernas largas extendidas más allá del escritorio. No había dicho ni una palabra aparte de murmurar un saludo a Frank.

—Solo tenemos que esperar a Richie —dijo Frank.

Al cabo de cinco minutos, Richie entró con la cara colorada y sudada. Frank lo miró fijamente y luego se volvió hacia Shaun.

—Solo cuéntanos en dónde estabas esa noche —le preguntó Frank.

—Por favor. Esto ya ha llegado demasiado lejos.

Joe se sentó junto a Shaun, mirando alrededor de la habitación, concentrándose en el silencio del cartel de anuncios montado sobre la pared pintada de color crema pálido. En la esquina había pegada una fotocopia de mala calidad con la cara de una joven enmarcada en el centro. Tenía ojos pequeños debajo de unas cejas gruesas, la

cabellera era una masa negra rizada. Las mejillas regordetas llenaban la foto. Arriba había un cartel que decía «Desaparecida». Siobhan Fallón. Última vez vista en Héroes Americanos, Tipperary Town, el viernes 7 de septiembre. Joe jamás había escuchado hablar de ella. Una persona desaparecida puede captar la atención de los medios, mientras que otra víctima menos atractiva no había llegado más que a aparecer en un póster casero de la pared de una comisaría.

—Vista Marina —confesó Shaun de repente.

Joe giró en redondo.

—Maldición, yo lo sabía.

—Vista Marina. ¿Las casas de veraneo? —preguntó Frank, ignorándolo.

—Sí.

Joe sacudía la cabeza.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó Frank.

—A las siete treinta.

—¿Y qué estabas haciendo allí? ¿Trabajando?

—No —respondió Shaun. Y le lanzó una mirada al padre—. Katie y yo... fuimos allí para estar solos.

—¿Por qué necesitabais estar solos? —preguntó Frank.

Shaun se ruborizó.

—Estábamos...

Joe contuvo la respiración.

—¿Qué? —preguntó Frank.

—Fuimos allí para tener relaciones sexuales.

Joe exhaló y cerró los ojos.

—¿Y Katie sabía para qué ibais hasta allí? —preguntó Frank.

—¿Qué?

—¿Katie esperaba que sucediera eso?

—Sí, ella lo sabía —afirmó él.

—¿Y sucedió? —preguntó Frank.

—Algo así. No lo sé —respondió él.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Lo hicisteis o no?

—Ella estaba, ya sabe, era su primera vez. Estaba nerviosa.

Comenzó a llorar. Las preguntas se habían tomado más personales, casi médicas. Cada respuesta le era arrancada. Luego fue el turno de Richie.

—Entonces, básicamente, como no estaba sucediendo nada, ella se puso muy tensa y a ti eso te molestó.

—No —aclaró Shaun—. No fue así como sucedió. Sí sucedió, pero luego le dolió y entonces paramos.

—¡Y tú te enfadaste porque nada estaba saliendo como se suponía!

—No.

—Ella no se estaba entregando y tú perdiste el control.

—¡No!

—Tal vez ella ni siquiera sabía por qué se encontraba allí. Quizá todo fue una gran sorpresa. Tú la emborracharías un poco y luego adentro.

—¡Imbécil! —se alteró Shaun. Y luego no pudo detenerse—. Maldito imbécil. Yo amaba a Katie. Todo esto es absurdo. —Gritó más fuerte, con la boca temblorosa—. Tú —señaló a Richie—, no tienes ni idea de lo que sucedió, no estabas allí. Yo la abracé y le dije que no se preocupara, que podíamos parar cuando ella quisiera. ¡Tú no sabes nada sobre Katie y yo! Ni siquiera sé por qué os estoy contando esto.

—Me llamaste para que viniéramos y tuviéramos una charla informal, Frank, no abuso —aclaró Joe. Le dolía la cara con cada palabra que tenía que pronunciar. Apoyó los codos en el escritorio y la cara en las manos. Levantó la vista para decir—: Os estamos ayudando. Si hubierais obtenido más cosas en contra de Shaun, a estas alturas ya estaría arrestado. Pero no es así. Aparte de la supuesta negación de haber tenido una discusión bajo presunto juramento.

Richie achicó los ojos. Abrió la boca para contestar, pero Frank fue rápido al ponerle una mano firme en el brazo.

—¿Entonces es cierto que después de eso tuvisteis una discusión? —preguntó Frank amablemente.

—Sí —respondió Shaun, secándose las lágrimas.

—¿Por qué no se lo contaste a nadie antes?

—Porque pensé que ella iba a volver —sollozó—. Creí que estaba tratando de asustarme. Yo no quería que todo el mundo se enterara de lo que había sucedido. Su madre la hubiera matado. —Al escuchar lo que había dicho, comenzó a llorar con más fuerza. Todos esperaron hasta que se calmó.

—¿De qué se trataba la discusión? —preguntó Frank.

—Fue una estupidez —contó Shaun—. Me preguntó si eso me había sucedido antes con alguien en mi país, y yo le pregunté si quería que fuera sincero. Me dijo que sí y entonces le conté que jamás me había sucedido, que cuando había estado con alguien antes, todo había sucedido normalmente, pero que a mí no me importaba que con nosotros no fuese así.

Richie inspiró profundamente. Shaun lo ignoró y continuó hablando en medio de arrebatos desesperados de llanto.

—Pensé que sabía que para mí no era la primera vez, pero ella había supuesto que sí. No sé por qué me lo preguntó, pero supongo que se estaba sintiendo mal y no lo sé. En fin, le molestó que yo no le dijera que ya lo había hecho. Traté de asegurarle que lo que había sucedido antes no tenía importancia, pero ella estaba muy disgustada. Me dijo algunas cosas y luego se marchó hecha una furia.

—¿Qué fue lo que preguntó exactamente? —preguntó Frank a su vez.

Shaun comenzó a sollozar de nuevo.

—Dijo: «Déjame en paz. Estoy destrozada. Me has hecho sentir como una absoluta imbécil».

—¿Y tú qué le respondiste?

—Yo le dije —miró el techo—, yo dije: «Está bien. Entonces te dejaré en paz».

—Continuó entre sollozos—. Y lo hice. La dejé sola. Volví a la casa y lavé los malditos platos. Y ahora mire. —Le temblaba el cuerpo y le brotaron las lágrimas. Joe lo rodeó con un brazo. Shaun ya estaba llorando. Se levantó y corrió al baño.

Joe meneó la cabeza en dirección a Frank y Richie.

—No debió haber mentido —reconoció Frank.

Joe cerró la mandíbula y los dientes se le clavaron como espinas en la boca. Había estado haciéndolos rechinar fuerte durante todo el interrogatorio.

—Iré a ver cómo está —dijo Frank.

—Ya ves, no es necesario mirar tan lejos para encontrar a un asesino —comentó Richie cuando Frank se fue—. ¿Entonces cómo era? ¿El noventa por ciento de los asesinatos son cometidos por el esposo, el novio...?

Joe meneó la cabeza. Pensó en los tipos con los que se había criado, con éstos con los que era imposible hablar por ser tan estúpidos. Era demasiado fácil pelear con ellos.

—Ahora te has quedado bastante callado, ¿verdad? —provocó Richie—. Cagándote en tus estúpidas malditas sugerencias hasta que tu hijo ha quedado involucrado. Luego lo único que queda es el silencio del culpable.

A Joe le dio un espasmo en la mandíbula.

Richie bajó el tono de voz hasta que quedó un sonido gutural.

—Lo que estoy diciendo es que el joven Shaun le toca el culo a su novia, pelean, ella se va hecha una furia y tres semanas después el cuerpo de ella aparece en su jardín trasero. Él no mencionó nada de esto cuando lo interrogamos. ¿A ti qué te sugiere eso? ¿Lo investigarías si se tratara de un caso tuyo, *detective*? —se burló escupiéndole la última palabra.

Una angosta franja de hierba corría a lo largo del centro del sendero que daba a la puerta de los Lucchesi. Había dos furgonetas aparcadas junto a los árboles, y hacia la derecha, oculto detrás del tronco de un roble, Duke Rawlins estudiaba los números de teléfonos que figuraban en los paneles laterales. Mark Nash. Arreglo de césped SUV 089 676746. Duke cerró los ojos y almacenó el número. De repente escuchó un motor al final de la calle y se agachó. El jeep siguió por el sendero hasta la puerta principal de la casa. Duke esperó a que se detuviera antes de escabullirse entre los árboles.

Frank estaba a punto de llamar a O'Connor cuando éste lo llamó.

—Hola, Frank, soy Myles. He estado repasando los testimonios y creo que he encontrado algo.

Frank trató de detenerlo. O'Connor continuó como una apisonadora.

—Aquí está lo que dijo Robert Harrington: «Yo estuve en el puerto desde las siete de la tarde, revisando unos equipos computerizados nuevos en uno de los barcos que acababa de llegar. Vi a Katie y a Shaun arriba en la pasarela. Luego estaban abrazándose y besándose». Esto es así, cuatro pescadores diferentes lo confirman. Pero después, Robert dice que más tarde, Katie y Shaun «debían de andar abajo junto a la lancha salvavidas». No dice «andarían», sino «debían andar». Kevin Raftery y Finn Banks no vieron a Katie ni a Shaun en absoluto.

Ellos llegaron y se encontraron con Robert a las ocho treinta. De modo que todo avistamiento de Katie y Shaun sucedió esa noche antes de las ocho. Y la persona con el mayor apego emocional a la joven extraviada y a su novio —Robert Harrington— nos está llevando a pensar que andaban cerca, aunque no afirmó haberlos visto realmente.

—No estás equivocado —admitió Frank.

Anna estaba de cuclillas en el piso de la torre del faro, recogiendo periódicos duros manchados con pintura y formando una pila. Joe se dio impulso para atravesar la puerta de apertura horizontal y se quedó en silencio frente a ella. Vio el pronunciado ángulo de sus mejillas y extendió la mano. Ella se la sostuvo contra el rostro y comenzó a llorar. La atrajo hacia su pecho, abrazándola con fuerza, dejando escapar un suspiro. El esfuerzo de no haberse tocado durante días los tenía a ambos agotados. Joe sentía el estómago hueco, la cabeza nublada por la medicación y los ojos secos.

—Di algo —suplicó Anna.

Él no se movió ni tampoco la miró.

—Por favor —pidió ella.

—Creo que estoy molesto por pensar que todo era tan perfecto —confesó él.

—Lo era —aclaró Anna—. Lo es. Eso sucedió hace años...

—Lo sé —admitió él—. Pero cuando veo a ese tipo, veo a un perdedor gordo y ebrio y pienso: contra eso compito. Ese tipo tuvo a mi esposa.

—Eso suena espantoso. Y tú no compites con nadie. Fue tan estúpido. Lo que hice fue estúpido. Siempre lo he sabido, pero te amo...

—Debiste habérmelo dicho —insistió él.

—Tú me hubieras abandonado.

Él la separó despacio y la miró a los ojos.

—Sí, lo hubiera hecho —reconoció—. Entonces tal vez sea bueno que no me lo

hayas dicho. —Le ofreció una sonrisa triste—. He pasado los últimos días pensando en eso. En medio de todo. Y a la única conclusión que he llegado es que en este gran cuadro, supongo que no tiene importancia. Lo que le sucedió a Katie, lo que le está sucediendo a Shaun... solo tengo energía para eso. Y por el momento, solo debería destinarla a Shaun. No podemos seguir así. Yo no puedo vivir separado, no importa lo que hayas hecho. Me siento demasiado extraño. Siento lo que te dije. No quise hacerlo. Solo estaba muy enfadado. —Le aferró ambas manos.

»¿Por qué —preguntó él estrechándoselas—, todo se ha vuelto una mierda? —La abrazó más; ella sollozó y él le besó los cabellos.

Martha Lawson estaba enroscada en el sofá, envuelta en un jersey enorme con un cinturón ceñido. El timbre la despertó de un sueño ligero y ella corrió a la puerta. Sonrió débilmente al ver a Richie.

—¿Cómo le está yendo? —le preguntó.

—No lo sé —respondió ella, al tiempo que le hacía pasar. Quitó los periódicos y revistas del sofá y le ofreció tomar asiento.

—¿Tienen alguna noticia? —preguntó, mientras levantaba tazas con té viejo de la mesa y limpiaba con la mano las aureolas que habían dejado marcadas.

—No se preocupe por eso —dijo Richie—. Siéntese. Tengo una noticia, pero en serio, esto es entre usted y yo. Se lo contaré de forma confidencial. Más que nada como un amigo.

Ella lo miró desconcertada.

—Es sobre Shaun.

La habitación estaba completamente a oscuras, las persianas con cortinas *black out* bien desplegadas sobre el alféizar. El olor a sueño flotaba en el aire. Joe puso una mano en el hombro de Anna y le dio la vuelta suavemente hacia él.

—Me voy a Dublín —le susurró.

Ella frunció el ceño y miró el reloj.

—Son las siete de la mañana.

—Lo sé —reconoció él—. Tengo algo que hacer.

—¿Ahora? ¿Estás loco? ¿Y Shaun? Ni siquiera puedo enviarlo a la escuela hoy. ¿Qué he de hacer? Casi no hemos hablado sobre lo que sucedió en la comisaría.

—Me estoy yendo por Shaun —le aclaró él—. Lo dejaron ir por ahora, pero quién sabe de qué forma vayan a unir las pruebas...

—¿De qué manera ayudarías yéndote a Dublín? —preguntó ella—. ¿No puedes hacer lo que sea por teléfono?

—No —respondió él y le besó la mejilla antes de que tuviera tiempo de girar la

cara por completo.

Joe condujo hacia el norte por Waterford Road y dobló hacia Pasaje Este, sumándose a la fila para aguardar el ferry a Ballyhack. Dejó el jeep por el viaje de cinco minutos y subió la angosta escalera hacia cubierta. Cada vez que llegaba arriba lo aguardaba una vista diferente. Se paró contra la baranda y se inclinó hacia la brisa fresca.

Desde Ballyhack, condujo hacia el este, pasando carteles que indicaban Rosslare hacia la derecha y Wexford hacia la izquierda. Tomó el camino de la izquierda hasta llegar a la N11, que lo llevaba a Dublín en poco más de dos horas. Luego avanzó lentamente por un ridículo sistema de calles de sentido único que había en la ciudad hasta que finalmente encontró sitio en un estacionamiento de varios pisos de Temple Bar. Caminó hacia la derecha hasta la calle Westmoreland y pasó bajo la arqueada construcción de piedra del Bank of Ireland, donde cruzó la atestada calle hacia Trinity. Ya había estado en Dublín antes, pero nunca había caminado por los adoquines ni pasado por debajo del famoso arco. De pronto se sintió viejo, rodeado de estudiantes absolutamente modernos en contraste con la arquitectura del siglo XVIII. Pasó junto a la biblioteca y dobló a la izquierda, mirando el juego que se estaba desarrollando en el campo de rugby, donde unos locos despojados de los cascos y hombreras de la Liga Nacional de Fútbol se exponían practicando paces similares. Pronto se encontró parado frente a las enormes puertas monásticas de madera del Departamento de Zoología. El imponente edificio de piedra tenía más de cien años y emanaba una sensación de historia que impactó a Joe en cuanto atravesó el pequeño vestíbulo. A la derecha se encontraba la oficina de Neal Columb, revestida de madera pintada de blanco y vidrio esmerilado. En la puerta había una nota apenas pegada con una letra garabateada en un *Post It* que decía: «Regreso 2:30». Hasta el más mínimo acto daba indicio de cómo era una persona. Joe ya podía imaginar a Neal Columb como alguien desorganizado y rudo. De modo que cuando a las dos y veinte pasó caminando un hombre menudo, recién duchado, con un emparedado en la mano, Joe no prestó demasiada atención. El hombre meneó la cabeza al ver la nota pegada, la quitó y se la guardó en el bolsillo. Abrió la puerta con llave, entró a la oficina y salió inmediatamente con una nota perfectamente escrita que pegó cuidadosamente en la puerta: «Regreso 2:30 de la tarde. Gracias. Neal Columb». Le gritó a la secretaria que se encontraba en otra sala:

—Jane, te dejé la nota. No necesitabas gastar uno de tus preciados *Post It*. — Estaba sonriendo y ella rió en respuesta. Joe revisó su apreciación de Neal Columb y la cambió por alguien bien organizado y amigable. Se alegraba de concederle los diez minutos para almorzar, aunque sentía ganas de entrar a la oficina tirando la puerta abajo.

Finalmente, después de mirar el reloj varias veces, golpeó el cristal.

—Entre —llamó Neal—. Joe, ¿verdad? Tome asiento.

—Ah. Lo vi fuera corriendo —comentó Joe—. Alrededor del campo de rugby.

—Prefiero correr alrededor que tener un motivo para estar dentro —dijo Neal. Tenía unos cuarenta años, acicalado, en forma, y claramente no era un hombre capaz de lanzarse a una melé. Joe echó una ojeada a la oficina. Definitivamente tenía un aire académico, aunque bastantes fotografías en las paredes y toda clase de cosas en los estantes que la volvían acogedora.

—Vayamos al laboratorio y veamos lo que ha traído —le ofreció.

Se encaminaron hacia dos tramos cortos de escalera hasta un pequeño descanso. Una flecha indicaba el laboratorio hacia la derecha, pero Neal le indicó la izquierda con un gesto.

—¿Le gustaría ver primero nuestro fichero de delincuentes?

Joe lo miró.

—El museo —aclaró Neal.

—Eso sería fantástico —aceptó Joe.

Atravesaron la entrada hacia el rancio aire con olor a sustancia química del pequeño museo. Joe retrocedió en el tiempo. Unos antiguos armarios de caoba cubrían todo el largo de las paredes, y un pesado mostrador cubría la parte superior de casi todos los gabinetes que se encontraban en la parte central de la habitación. Detrás de cada puerta había estantes atiborrados de animales y criaturas suspendidas en tenebrosos frascos con formol.

—Adivine —propuso Neal, deteniéndose frente a una de las muestras y cubriendo la placa. Dentro había un objeto redondo de aspecto delicado del color de la raíz de jengibre. En el fondo había un hueco cavado que dejaba ver un centro revestido de algo que se veía como un panal de abejas.

—No tengo idea —reconoció Joe.

—Es el estómago de un camello. Esos pequeños bolsillos internos es donde almacenan agua.

—Guau. Ni me lo esperaba.

Neal señaló otro frasco que había en uno de los armarios con una larga tira de lo que parecía ser un fideo tallarín suspendido en una solución verdosa.

—¿Le gusta la morcilla? —le preguntó Neal.

—Ah, pero no me estropee eso —le pidió Joe.

—Bueno, este amigo es el motivo por el cual siempre hay que cocerla bien. La lombriz solitaria. Gran fanática de los cerdos.

—De ahora en adelante lo coceré en el microondas. —Joe miró dentro del frasco entornando los ojos—. Es muy larga —comentó moviendo la cabeza.

Al darse la vuelta, Neal estaba sacando bandejas de un cajón que olía a madera y a naftalina. Había hileras de insectos preservados sujetos con alfileres a un fondo

color crema. Neal habló de las diferentes especies, luego se detuvo para mirar la hora.

—Bueno. Éste es el laboratorio —le informó—. Tengo que ir a una reunión. Recuérdeme en qué puedo ayudarlo.

Joe mintió para ganarse la vida, pero sentía una extraña compulsión a ser honesto con Neal Columb. Sin embargo, sabía que no podía hacerlo. De modo que se comprometió a comenzar con la verdad.

—Hace un par de noches encontré este saco de crisálidas vacío en el bosque que hay cerca de mi casa. Supongo que solo sentí curiosidad. Hice algunas materias de entomología en la universidad, cuando vivía en los Estados Unidos, pero abandoné... Aunque sigo fascinado por la carrera, no estoy al tanto en un cien por cien.

Luego siguió con la mentira.

—Había un animal muerto cerca y me preguntaba si tendría algo que ver. O tal vez usted podría identificar la especie de mosca y cuánto tiempo estuvo ahí, ya sabe...

—Muy bien —dijo Neal, al tiempo que alargaba la mano para coger el pequeño frasco de pastillas de color marrón donde Joe había colocado la crisálida. Lo deslizó debajo del microscopio de disección y miró.

—Está absolutamente en lo cierto. En efecto se trata de un saco de crisálidas de mosca. Ahora veamos si podemos ponerle nombre a este amiguito.

Sacó guías taxonómicas y las miraba una y otra vez comparando el saco de crisálidas. Cada tanto se detenía y le señalaba algo a Joe. Finalmente se dirigió hacia una mesa atiborrada de especies de insectos encerrados en frascos y trajo uno que contenía un saco de crisálidas y larva en formol.

—Bien. Lo que tiene aquí es una *Calliphora*, que como estoy seguro sabrá es una moscarda. De la especie yo diría *vicina* o *vomitória*, aunque basado en comparaciones ahora puedo afirmar que se trata de una *vomitória*. Lo que viene a concordar con el sitio donde usted la encontró, es... es mucho más probable que se la encuentre en zonas rurales, particularmente en bosques. De hecho es una gran herramienta para determinar la hora de la muerte en las investigaciones de crímenes. —Levantó una ceja—. Pero, por supuesto, usted ya sabe todo esto.

Joe asintió con la cabeza.

—Está bien. ¿Y qué significaría eso en términos de ciclo de vida...? —Se demoró con la esperanza de que Neal pudiera darle un marco de tiempo, para así lograr descubrir algo que pudiera ayudar a Shaun.

—Bueno, las moscardas van al cuerpo casi inmediatamente. Poseen un radar extremadamente avanzado para detectar la muerte. Esto, por supuesto, no sucederá durante la noche, pero sí durante el día. De modo que si su pequeño zorro o lo que haya sido fue muerto por la noche, la mosca azul habrá aparecido a la mañana siguiente y se habrá ocupado de depositar los trescientos huevos de una tirada,

dirigiéndose directamente a los orificios o heridas. —Alzó la vista para mirar a Joe—. Lo estoy haciendo de nuevo, le estoy diciendo cosas que ya sabe. Entonces iré al grano. Básicamente, teniendo en cuenta lo que usted me dijo, yo diría que esto significaría que su pequeña criatura murió como unos veinte días antes de que usted encontrara esto.

Joe vaciló.

—Gracias. —Trató de ocultar su decepción. Eso llevaba la muerte de Katie de nuevo a la noche en que había desaparecido, cuando la última persona que la había visto con vida, aparte del asesino, era el pobre Petey Grant y, antes, Shaun. Arrojó el saco de crisálidas en un cesto de basura y regresó por el campo de rugby. Comprendía su rabia, pero esa sensación que no sabía de dónde venía y que lo golpeaba como una bofetada era un desconocido desconcierto.

—Intenté decírtelo —comentó Frank—, ayer, antes de que llamáramos a Shaun, Joe Lucchesi estuvo aquí con información nueva.

—Qué interesante —ironizó Richie.

—Vamos. Nuestro trabajo es incorporarlo todo. Joe está preocupado porque cree que alguien de un caso anterior acontecido en Nueva York podría andar tras él y fue por Katie para lograrlo. El año pasado Joe mató a un sujeto de un disparo —nadie lo sabe— y el amigo de ese hombre acaba de salir de prisión y cabe la posibilidad de que haya venido hasta aquí.

Frank observaba cómo los ojos de Richie cambiaban el brillo si la conversación se extendía a más de unas frases. El ojo derecho se apagaba levemente y luego volvía a brillar en cuanto regresaba a la realidad.

—¿Y por qué Joe piensa eso? —preguntó finalmente.

—Bueno, para ser justo con él, la otra noche encontró una prueba en la puerta de Danaher's que era un lazo directo con el caso original del disparo.

—Guau —exclamó Richie después de haberlo pensado—. Eso es extraño. Allí podría haber algo.

Frank se puso tenso, esperando descubrir el sarcasmo hasta que se dio cuenta de que no había ninguno. No llegaba a entender a Richie. En un momento se comportaba de una forma, al instante de otra diferente. Se aferraba a cada nuevo acontecimiento como si se tratara del único. Y quienquiera que estuviera conectado con ese hecho, según la lógica de Richie, era sospechoso. Y en consecuencia estos iban apareciendo y desapareciendo: Petey, Shaun, Joe, Duke Rawlins...

Frank estaba a punto de resaltar esto, dar un discurso de pesos y medidas, pero estaba demasiado agotado para un choque frontal con el susceptible policía. En lugar de eso, le proporcionó más detalles y se marchó.

Anna estaba sentada en el sofá leyendo un libro con las gafas puestas. Tenía las piernas extendidas sobre la mesa baja. Joe entró y se sentó a su lado. Cogió el control remoto y comenzó a cambiar canales con la TV sin sonido.

—Entonces no vas a contarme nada —protestó Anna—. Nuestro hijo nos ha estado mintiendo, tú me has estado ocultando cosas...

—Otra vez, no.

—Sí, otra vez. No hablamos cuando a ti no te conviene, Joe. Esto es serio. Él mintió.

—Shaun tiene dieciséis años. Estaba asustado. Lo último que le contarías a un adulto es que estás manteniendo relaciones sexuales, ni hablar de a los padres o un grupo de policías.

Ella lo miró fijamente.

—¿Qué? —preguntó él—. ¿Tú nunca les has mentado a tus padres?

—Nunca te arrestaron por asesinato —siseó ella—. ¿Estás loco?

Él se puso de pie.

—Voy a caminar.

Oran Butler y Keith Twomey estaba sentados en un patrullero sin identificación en la puerta de Healy's Carpet Warehouse. Otros dos policías estaban en un coche en la entrada de la zona industrial.

—No puedo creer que esto esté sucediendo de nuevo —se quejó Keith.

—No lo sabemos —dijo Oran—. Todavía pueden aparecer.

—Son las dos de la mañana. Hemos pasado aquí cuatro horas, Butler. No hay posibilidad.

Oran se apoyó en el apoyacabezas y cerró los ojos. Dormitó durante una hora hasta que se canceló la vigilancia y Keith los llevó de vuelta a la comisaría de Waterford.

Anna había olvidado preguntarle a Shaun sobre el correo electrónico que había recibido en la escuela. Golpeó suavemente en la puerta de su habitación y entró. Los dedos martilleaban el Game Boy Advance, con los ojos inyectados en sangre, fijos en la pantalla brillante.

—Solo quería saber de qué estabas hablando el otro día —empezó a decir ella—. Sobre un correo que se suponía que yo te había enviado.

—Se suponía —resopló él, clavado en el juego—. ¿Quién más me enviaría una foto de tu estúpida sesión?

—Pero si yo ni siquiera he visto las fotos todavía, Shaun. Brendan no me las ha

enviado por correo electrónico.

—¿Qué? —Él perdió la última *vida* que le quedaba y abandonó el juego—. ¡Maldición! —La miró fijamente—. Pero lo vi. En mi cuenta de la escuela.

—¿Por qué haría yo algo así? ¿Y para qué usaría tu cuenta de la escuela? Si fuera a enviarte algo yo usaría Hotmail. Tráemelo mañana.

—Yo reenvío mis correos de la escuela a Hotmail. Puedo mostrártelo ahora.

Fueron hasta el escritorio y Shaun bajó su correo. Hizo clic en el más nuevo. La imagen apareció en la pantalla.

Anna frunció el ceño. Definitivamente se trataba de la toma.

—Pero mira —le mostró ella, señalando la pantalla—. Ahí está Brendan. Él aparece en la foto. No pudo haberla tomado él.

Frank detestaba estar en la comisaría fuera del horario. Era demasiado silenciosa. Estaba leyendo y volviendo a leer cada testimonio que había copiado. Interminables escenarios le pasaban por la cabeza. Sonó el teléfono que había sobre el escritorio y se sorprendió de escuchar a O'Connor del otro lado.

—¿Frank? Myles. Te tengo una noticia relacionada con el registro telefónico de Katie.

—¡Habla!

—A la última persona que ella llamó esa noche...

—¿Llamó a alguien?

—No. Yo diría que a la última persona a la que intentó llamar...

¿Sí?

—... fue a ti, Frank.

La casa estaba en silencio cuando Joe regresó. Se dirigió al estudio y cerró la puerta suavemente detrás de sí. Inspiró profundo y luego marcó Información Telefónica Internacional para averiguar un número de un pueblo que ni siquiera figuraba como un punto en el mapamundi.

—Oficial Henson, Stinger's Creek. —La voz sonaba lenta, lacónica.

—Mi nombre es detective Joe Lucchesi, de la policía de Nueva York. Quisiera hablar con alguien sobre un sujeto local, un tal Duke Rawlins que salió de prisión hace algunos meses, que habría sido ingresado a mediados o fines de los noventa.

—Duke Rawlins. No me suena conocido, pero yo soy nuevo aquí. ¿Por qué lo pregunta?

Joe escogió las palabras con cuidado.

—¿Cree que pueda estar involucrado en algo? Bueno, déjeme ir a consultarlo —pidió Henson—. Pero no podré devolverle la llamada antes de uno o dos días.

—Solo necesito...

—Perdimos un oficial, detective. El funeral es mañana.

—Ah, lo siento —se disculpó Joe—. ¿Qué sucedió?

—Eh, una herida de bala auto infligida. Una tragedia. Además era el ex jefe de la policía. Odgen Parnum, un buen hombre. Recientemente retirado.

—Lo siento mucho —repitió Joe.

—Nosotros también —afirmó Henson—. Deme su número. Lo llamaré en cuanto pueda.

Joe encendió el ordenador y esperó a que se iniciara. Se conectó a Internet y escribió tres palabras: «*Stinger's Creek Parnum*». Obtuvo varios enlaces de lo que parecía corresponder a la misma historia. Accedió a la primera, un breve artículo del *Herald Democrat Online*.

PUEBLO DE LUTO POR TRAGEDIA DE SUICIDIO

«El ex jefe de policía Odgen Parnum, del pequeño pueblo Stinger's Creek del condado de Grayson, fue hallado muerto ayer por la mañana por causa de una herida de disparo auto infligido. El jefe Parnum encabezó los titulares por primera vez a fines de los ochenta, comienzo de los noventa, por su trabajo relacionado con la investigación del asesino de Crosscut cuando nueve jóvenes fueran brutalmente violadas y asesinadas, sus cuerpos fueron dejados en zonas de bosques en las afueras de la I-35. A la fecha, el caso sigue sin resolverse...».

—Dios santo —dijo Joe.

CAPÍTULO 20

Sherman, centro-norte de Texas, 1987

—Uno de estos días, alguien va a partirte en dos, Alexis —dijo Diner Dave, al tiempo que le agarraba la muñeca huesuda y la dejaba caer de nuevo sobre el mostrador.

—Estar delgado está de moda, ¿no lo has oído? —se excusó Alexis, al tiempo que empujaba los brazaletes de plástico hasta los codos y volvía a dejarlos caer deslizándose.

De pronto Dave se estiró y le aferró ambas manos.

—Cuídate ahí afuera, cariño. Te lo digo en serio —le advirtió.

—Guau, Dave, me lo dices todo el tiempo —comentó ella afeitándolo también. Luego se detuvo—: Pareces muy triste.

—Es que veo cómo vienes a veces —le insistió.

—Yo sé lo que hago, pero gracias por preocuparte —le respondió ella—. Ahora dame una cesta de pollo grasiento con patatas fritas.

Cuando terminó de comer, se bajó de la banqueta de cuero colorada, dejando dos manchones de sudor de las nalgas desnudas bajo la corta falda de satén. Salió meneándose por la puerta.

—¡Adiós, Diner Dave! —lo saludó al tiempo que abrió la pesada puerta vaivén—. Hasta la vista —dijo con voz de superhéroe que quedó ahogada en el ruido de la carne que chirriaba sobre la parrilla frente a Dave.

Ella fue hasta la esquina, luego cruzó la calle hasta un descuidado edificio de piedra rojiza. Si hubiera tardado un segundo más en subir las escaleras hasta su apartamento, el teléfono hubiera dejado de sonar y la persona que llamaba hubiera seguido con la cuarta tarjeta profesional que había encontrado en la cabina telefónica. Pero ella llegó, y jadeó en el auricular al llevárselo a la boca.

—Suenan como que ya estamos lejos de tener un buen comienzo —comentó Donnie.

Alexis rió.

—Soy una chica ocupada —respondió, cambiando el tono de voz al que usaba para trabajar—. Soy yo sola.

—¿Quieres contármelo? —le preguntó él.

—¿Por qué no vienes a verlo tú mismo? —lo invitó.

—Aquí tu tarjeta dice que eres rubia, pesas cincuenta kilos. No voy a llegar y encontrarme con una mamá gigante con bigotes, ¿verdad?

—No, señor —respondió Alexis—. Te encontrarás con el coño más dulce que

jamás...

—¿A la hora del almuerzo, está bien? —le preguntó él.

—Bueno, a esa hora es cuando realmente me pongo en marcha —respondió Alexis.

Donnie colgó el teléfono y corrió a la camioneta donde Duke lo estaba esperando.

Cuando todo terminó, Alexis se sentó al borde de la cama.

—Pareces triste, cariño —comentó Donnie—. Es porque...

—Me encanta lo que hago —confesó ella—. Hago feliz a la gente. Los hombres me buscan porque quieren ser felices. Yo les ofrezco eso, se van caminando en las nubes. —Se detuvo—. Me miras como si no lo entendieras.

—Lo entiendo —aclaró Donnie.

—Eres un chico dulce —le dijo ella.

—Déjame llevarte a dar un paseo.

—¿Adónde? —preguntó Alexis.

—¿Fuiste a tu baile de graduación? —le preguntó él.

—¿Cómo? —preguntó ella—. No, no fui. Cuando se celebró el baile hacía tiempo que yo había dejado la escuela.

—Bueno, ¿por qué no sales conmigo en una pequeña cita de graduación? —la invitó Donnie.

Ella buscó el peligro en los ojos de él pero solo vio honestidad.

—¿Por la tarde? Qué diablos —aceptó—. Nunca es demasiado tarde.

Una hora después, Alexis se encontraba desnuda de la cintura para arriba, con las faldas levantadas por la brisa.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —preguntó Duke a voces, al tiempo que la cogía de los cabellos y la sacudía. Ella gritó.

—He preguntado que Cuál-Es-Tu-Verdadero-Nombre. —La tiró hacia atrás y ella giró el cuerpo para aliviar el peso de la cabellera. Él volvió a sacudirla.

—Janet —le respondió.

—¿Janet *qué*? —gritó él.

—Janet Bell —respondió ella, lloriqueando.

—Bueno, entonces adiós Janet Bell... —Se detuvo—. En realidad es ¡adiós Janet Bell, hola nadie! Es adiós Janet Bell y adiós Alexis, la pequeña ramera vagabunda con ese estúpido nombre. ¡Es adiós a todas las tú!

Le soltó la cabellera y luego le dio la vuelta y le pegó una patada que la tumbó en la tierra dura. Ella estaba demasiado débil para moverse, la cabeza le colgaba lánguidamente.

—Corre, pequeña, corre —le dijo Duke.

Alexis lo miró confundida y luego gritó al ver que Donnie sacaba lentamente un cuchillo de una vaina de cuero que tenía en el cinturón. Ella se levantó del piso tambaleándose, invadida por una energía desesperada y corrió lejos de ellos en un torpe zigzag. Duke esperó a que la distancia se abriera hasta un punto que le resultaba desafiante.

—Vamos, Donnie, vamos —gritó.

Donnie salió velozmente con las piernas delgadas y fuertes que lo llevaban hacia ella sin esfuerzo. Alexis miró para atrás, respirando aterrorizada en un acto reflejo que la hizo ver estrellas plateadas bailando frente a sus ojos. Las ramas que había en el suelo detrás de ella crujieron más fuertes. Las piernas se le aflojaron en movimientos discordantes y ella se sintió desmoronarse. Por un instante, todo quedó en silencio cuando Donnie Riggs se le abalanzó aplastándole la cara contra el piso, y luego rápidamente —una, dos veces— la acuchilló en cada riñón. Su grito fue tragado por la tierra mientras Donnie se apartaba y Duke atacó desde atrás y se le echó encima apretándole las heridas con los dedos. Se los clavó como si fueran garras en la parte delantera de su pequeña estructura.

—¡Sácalo! —gritaba ella entre dientes apretados—. Que pare. —Miraba a Donnie. Él se quedó en silencio apartando la mirada.

—Oh, sí, lo haré —afirmó Duke sacando los dedos. Cogió el cuchillo que tenía Donnie, y luego lo deslizó en un primer corte por debajo de las costillas, sacando la hoja lentamente, sintiendo la presión de todo su peso que empujaba profundamente en la carne de ella.

Cuando terminó, se puso de pie, se fue caminando hacia la camioneta, sacó dos palas de debajo de la lona y le arrojó una a Donnie. Regresó hasta donde yacía Alexis, en la tierra boca abajo. Le pateó las costillas ensangrentadas y sonrió. Fue caminando hasta un árbol que había cerca y golpeó con la pala en la tierra firme.

—¡Maldición! Donnie, ven aquí.

Cavaron hasta que el sudor les empapó las camisas y una fosa poco profunda se abrió ante ellos. Duke agarró a Alexis de las muñecas y la deslizó por la tierra hasta el pozo, los cascotes saltaban a su alrededor. La cubrieron con tierra, luego ramas y hojas. Donnie se sentó en la camioneta. Duke se puso solemnemente encima de la tumba y juntó las manos.

—Adiós, Alexis —saludó, y se alejó sonriendo, canturreando el tema de *Dynastia* que estaba sintonizado en la radio: *Buenas noches, J. R. Buenas noches, Mary Ellen... ¿No es así?*

Donnie estaba sentado en el bar de Amazon, con las manos alrededor de la quinta botella de Bush.

—Mírate los ojos, muchacho, todos desorbitados —le dijo Jake, el cantinero.

—¿Cómo puedo mirarme a mis propios ojos? —respondió Donnie.

—Qué pena que tu padre no te diera una zurra en esa boca tan rápida que tienes —continuó Jake, meneando la cabeza.

—De todos modos no hay nada de malo con mis ojos —aclaró Donnie, haciendo un gesto con la cabeza hacia las muchachas que se contoneaban arriba y abajo alrededor de una barra que había sobre la plataforma baja frente a ellos.

Una de las bailarinas atravesó la pista a grandes zancadas, con los ojos encendidos.

—¿Quieres subir el maldito escenario, Jake? —le pidió acuchillando el aire con un dedo puntiagudo—. No puedo trabajar con esos camioneros manoseándome toda la noche. Solo estoy a unos siete centímetros más arriba que ellos. ¿Cómo diablos voy a evitar sus manoseos?

—A mí no me molestaría manosear esas tetas que tienes —comentó Donnie, sentado en la banqueta. El pie le erró a la barra de metal y él se tambaleó hacia atrás y se agarró de ella para mantener el equilibrio. La muchacha le quitó la mano bruscamente.

—Vete al infierno, Donnie Riggs, como dije antes. —Ella se volvió hacia Jake—. Siempre hay tres cosas para decirle a Donnie: «Vete» «al» «infierno».

Jake lanzó una carcajada.

—¿Son reales? —preguntó Donnie señalándole los pechos.

—Cuando estoy desnuda —provocó ella lentamente—, y me miro al espejo y las toco, son muy pero que muy reales. Suaves, como deben ser. Cien por cien norteamericanas. Pero para ti, cariño, jamás serán reales, solo lo serán en tus malditos sueños. —Ella tamborileó las uñas en la barra para atraer la atención de Jake.

—No puedes ponerle dura la polla a un hombre de ese modo y luego dejarlo colgado —dijo Donnie levantando las manos.

Jake lo ignoró y habló con la muchacha.

—El escenario se queda como está, cariño. Quizá tengas que fijarte tú a ver si te pones unos tacones más altos.

Ella le lanzó una mirada y se alejó.

—Estás caliente conmigo —le gritó Donnie cuando ella se iba.

Sin girar la cabeza y con la gracia de una bailarina, ella levantó el codo en el aire, seguido del dedo medio.

—Cielos, hasta hace que ese gesto se vea sensual —se lamentó Donnie.

Jake comenzó a cantar:

—*A los diecisiete supe la verdad...*

Donnie le arrojó un posavasos:

—Ya tengo casi dieciocho —le aclaró.

—¿Y entonces qué harás, muchacho? —rió Jake—. ¿Botar en el culo de ella?

La puerta del bar se abrió y Duke entró y se sentó junto a Donnie.

—Dos Bushes, Jake —pidió.

—Eh, Duke —empezó Donnie—. Aquí Jake me está haciendo pasar un mal rato.

—No es de extrañar.

—Necesito hablar contigo —le dijo Duke.

—¿De qué? —respondió Donnie.

—De cosas —aclaró Duke—. Bébetelo eso y larguémonos. —Lanzó una mirada a las bailarinas y vio a alguien saludando. Entornó los ojos bajo la luz y se dio cuenta de que era una de las viejas amigas de su madre. Apoyó la botella con fuerza y se marchó.

Duke condujo por la carretera hasta la casa de Donnie.

—¿Recuerdas lo que estuve diciendo antes? —le preguntó—. ¿Donnie? ¿Donnie? —dijo sacudiéndolo—. ¿Estás despierto?

—Déjame dormir —balbuceó Donnie.

Duke le dio un puñetazo en la cara.

Donnie pegó un salto.

—Cielos, ¿por qué diablos has hecho eso? —le preguntó; su furia solo se calmó con la mirada amenazante de Duke.

—Te estaba hablando —le dijo Duke con un gruñido.

—Está bien, está bien. ¿Qué pasa? —preguntó Donnie.

—Creo que eso fue muy fácil. Nuestro plan... Ya sabes. Ella fue como una cómplice voluntaria, una muchacha de esas.

—A mí no me pareció demasiado voluntaria —confesó Donnie.

—¿No crees que fue bastante voluntaria en su apartamento al ver que había cincuenta dólares esperándola del otro lado? —dijo Duke bruscamente—. ¿Crees que una muchacha así sea *voluntaria*? Déjame aclararte que ella hubiera hecho peores cosas de las que le hicimos nosotros por ganar un poco de dinero, querido Donnie. Nada se interpone entre una puta y su dinero. Y las drogas. Nada. Tú la hiciste salir, ¿verdad? ¿Y te costó? ¿O ella simplemente salió con un absoluto desconocido que acababa de dejarle cincuenta dólares sobre la mesa de noche?

—Sí, bueno... —respondió Donnie.

—Deja de lamentarte.

CAPÍTULO 21

Joe estaba sentado junto a la ventana de la cocina mirando fijamente el mar, siguiendo una estela blanca de una pequeña barca de pescar que surcaba el agua a mitad de camino hacia el horizonte. Los pasos de Anna eran tenues en el piso de baldosas. Sin decir una palabra, ella le entregó el correo electrónico.

—¿Qué? ¿De quién es?

—No lo sé —respondió Anna—. Llegó a la dirección de la escuela de Shaun. Donde dice «De» está en blanco y cuando uno hace clic ahí solo aparecen símbolos y números. Es del faro, la noche del funeral de Katie, cuando estaba teniendo lugar la sesión de fotos. Pero no fue tomada por Brendan. Es como si la hubiera tomado alguien desde el otro lado de la carretera.

Ella captó hasta el más mínimo parpadeo del rostro de Joe.

—¿Qué? —le preguntó—. ¿Qué?

—Nada —respondió él.

—Si hay algo que no me estés diciendo...

—No hay nada —la tranquilizó él—. *Calmez vous*. —Su acento era malo. Sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos y Anna estalló.

—¡Eres un mentiroso! ¡Eres un mentiroso! ¿Crees que soy estúpida? ¿Lo crees? —Tomó la cara de él entre las manos y lo sacudió—: ¿Crees que soy estúpida?

—En este momento no puedo —aclaró Joe.

—¡Me importa un comino! —se alteró ella—. Estoy harta de esto. Me estás ocultando cosas, pasando a hurtadillas por el escritorio, hablando por teléfono...

—Ah, y tú hablas de andar ocultando cosas.

—No, no, no —advirtió, levantando la mano—. No vamos a estar así todo el tiempo. O me perdonas o no. Simplemente. No uses las cosas en mi contra para castigarme.

Él se encogió de hombros.

Ella le dio un golpe en el hombro.

—¡Connard!

—Epa, Betty. —Ella era como Betty Blue cuando se ponía furiosa y hablaba en francés cuando tenía que decirle bastardo.

Ella sonrió pero la sonrisa se desvaneció.

—Hay muchas cosas que sé sobre ti, Joe. Pero la mayoría son cosas que todo el mundo sabe acerca de ti. Eres inteligente, gracioso, equilibrado... —Se detuvo—. Ya lo sabes, no estoy de humor para andar haciéndote cumplidos.

Joe lanzó una carcajada. Ella lo ignoró y continuó:

—Hay algunas cosas extras que sé porque soy tu esposa: acerca de tu honestidad y de tu amor. Realmente eres un tío sensible. Y luego está todo lo horrible que

ocultas, cosas de las que jamás me entero. Pero, ¿sabes? Aun así percibo que hay cosas ocultas. No tengo idea de lo en este momento pasa por tu cabeza.

—Cielos, ¿por qué quieres saberlo todo?

—No es que quiera saberlo todo, pero no quiero que me mientan. Todos me están mintiendo.

—No, no es así.

—Oh, vamos. Mis dos muchachos me están mintiendo. Me siento una tonta.

—Bueno, eres una tonta sexy —le dijo él, al tiempo que la atraía hacia sí—. Muy muy sexy cuando estás enfadada.

—No es gracioso.

—Sí lo es —afirmó. Pero su expresión decía lo contrario cuando la atrajo hacia su pecho y le acarició la cabellera. Lo que Shaun y Anna no habían visto al final del correo electrónico era la nota de confidencialidad adulterada.

Este correo está dirigido a la persona responsable del asesinato de Katie y puede contener la verdad, que es que la estrangulaste hasta matarla.

.....Los contenidos de este mensaje representan el punto de vista del remitente y de todos. No está prohibido almacenar, revelar ni copiar la presente información.

El teléfono sobresaltó a Anna, pero ella golpeó a Joe para que contestara. Ella escuchó y luego lo miró entrecerrando los ojos.

—En la línea hay un oficial Henson que quiere hablar contigo —cubrió el auricular—. ¿De qué se trata?

—De trabajo —susurró Joe.

—*Tu as raison* —dijo Anna, al tiempo que le alcanzaba el auricular. Joe pensó que ella simplemente había dicho «Claro», pero lo que estaba diciendo era «Tienes razón».

—Me llevaré a Shaun al pueblo —le susurró y luego se marchó.

—Hola, oficial —dijo Joe.

—Aquí tengo el expediente que estaba buscando —le dijo Henson—, pero creo que hay alguien que le romperá la cadena, amigo. Duke Rawlins está muerto.

Nora abrió y alisó el periódico sobre el mostrador de la comisaría. El titular abarcaba dos páginas: MUERTAS PERO NO OLVIDADAS. En la parte derecha de la página aparecía el montaje de fotografías de jóvenes y mujeres sonriendo que habían desaparecido o habían sido asesinadas en Irlanda durante los últimos diez años. La imagen principal correspondía a una hermosa muchacha sonriente con melena castaña. El epígrafe decía: «Katie Lawson (16), Mountcannon, Co. Waterford, asesinada». Frank se

levantó del escritorio y se acercó.

—Dios mío, hay otra reciente —comentó señalando a una rubia. Frank se inclinó hacia delante mientras ella leía: «Mary Casey (19), de Doon en Limerick, brutalmente violada y asesinada en la puerta de su casa».

—Aparentemente —dijo Nora—, había dejado uno de los portones del parque abiertos y el padre la hizo ir a cerrarlo. Están hechos pedazos por eso. Los padres habían ido a dormir. No la encontraron sino hasta la mañana siguiente.

—Que Dios los ayude —comentó Frank.

—Ese pueblo es muy pequeño. Y no hay ningún acusado. Espantoso. Y también está la chica de Tipperary, la de tu póster. —Señaló el cartel de anuncios.

Frank sacudió la cabeza.

—No puedo leer del revés. ¿Qué es lo que dicen sobre la investigación de Katie?

—Que básicamente no hay pistas. Y que «un joven ha sido convocado por segunda vez a colaborar con las indagaciones», como si nadie fuera a saber de quién se trata. E insinúan que tú podrías estar haciendo algo más.

—¿Insinúan o lo dicen directamente? —preguntó Frank.

—Bueno, lo dicen directamente.

—Siempre lo mismo —se quejó Frank.

—Me llevaré esto a casa —dijo ella, al tiempo que doblaba el periódico—. No quiero que te dé un ataque al corazón por mi causa. —Frank sonrió y entró en la oficina. Nora se fue caminando por el pasillo y Myles O'Connor casi se choca con ella. Irrumpió en la oficina de Frank, cerrando la puerta tras de sí y lanzó un periódico sobre el escritorio.

—¿Qué es esto?

Frank miró hacia abajo.

—¿El qué? —preguntó al tiempo que se ponía las gafas.

—La entrevista. —Golpeó con fuerza el dedo en el mismo artículo que Nora había comenzado a leer—: No debiste haber hablado con este tipo. No debiste haberte referido a Waterford. Especialmente si no estás acostumbrado a hablar con periodistas. Dios santo.

Frank miró la página fijamente.

—Ah, ellos andaban husmeando por ahí. Debieron de haber estado haciendo guardia en la comisaría cuando vinieron a los Lucchesi. Yo no podía arriesgarme... no lo sé, yo...

—Ah, sí, ahora están los «yo no sé» —empezó O'Connor. Cogió un marcador del escritorio y señaló partes del texto del artículo. Al terminar había ocho oraciones. Todas decían «No lo sé».

—Es una manera de expresarse —aclaró Frank, al tiempo que se quitaba las gafas y levantaba la vista para mirar a O'Connor.

—Bueno, es una manera tonta cuando te están entrevistando por un caso de homicidio —le aclaró O'Connor—. Quedamos como unos incompetentes. «No lo sé». ¿En qué estabas pensando?

—No lo sé. Parecía un buen tipo, pensé que no perjudicaría en nada. Señaló que pondría en orden lo que dije.

—Estamos haciendo un buen trabajo, no necesitamos esa mierda —dijo O'Connor—. Estamos recibiendo una severa reprimenda por nuestra aparente falta de progreso en la investigación...

—Bien, ¿y dónde está el progreso? No sabemos nada —reconoció Frank—. Tenemos un par de sospechosos y ni una pizca de prueba para mentirles en nada. Lo único que tenemos es a algunas personas colaborando con las indagaciones. O no colaborando...

—Mira, los periodistas han estado llamando aquí sin obtener respuestas, o han sido desviados a Waterford, y lo que están diciendo es que sin duda están asesinando gente por no haber policías en el pueblo.

—Pero es lo mismo...

—Ah, por el amor de Dios, ya sé... es la misma basura habitual con la que salen para vender más.

Permaneció furioso y en silencio un momento y luego habló con tono brusco:

—Alguien ha hecho esto —y golpeó la fotografía de Katie—. Y que me parta un rayo si los dejo que se salgan con la suya.

Anna estaba estacionando el jeep fuera del supermercado cuando Shaun le tocó el brazo.

—Mamá, es la señora Shanley, voy a preguntarle por el trabajo.

—Después entra en Tynan's —le dijo ella.

Betty Shanley estaba junto al coche en la puerta de la panadería, luchando por mantener el equilibrio de las cajas con pasteles y las compras del mercado. Shaun estaba del otro lado de la calle cuando la vio y corrió a ayudarla.

—Hola, señora Shanley —la saludó—. Déjeme coger ésa. —Estiró la mano para ayudarla con la bolsa pero ella la apretó fuerte.

—Está bien. Yo puedo. —Él la miró. Algo había cambiado en sus ojos. Shaun se ruborizó.

—Quería saber cuándo necesitaba que pasara... ¿o está tranquilo?

—Está bastante ocupado —respondió, mirándolo al pasar—. Pero lo siento. Ya no te necesitaré más. El amigo de mi hermana menor está ahorrando para comprarse un coche nuevo, un Renault pequeño. Así que le dije que le daría el trabajo. Barry.

Barry, el de la cabeza rapada, como en *La caída del halcón negro*.

—Ah, bueno. Él está en mi curso en la escuela. —No se le ocurrió nada más que

decir.

A Joe se le revolvía el estómago mientras esperaba en doloroso silencio mientras Henson hojeaba las páginas de los documentos del otro lado del teléfono. Joe lo escuchó tragar algo que le llenaba la boca antes de hablar.

—Sí, ya lo tengo. Rawlins, William. Muerto en prisión. Sus fechas también eran incorrectas, murió en 1992, de modo que no pudo haber ido a prisión en el 97. Lo ingresaron por el asesinato de Rachel Wade en 1988. En la época del asesinato de Crosscut, pero no pudieron adjudicarle nada del resto. Fue cruel lo que les sucedió a todas esas mujeres, a plena luz del día.

—¿Se trata del Duke que yo preguntaba? ¿Duke Rawlins?

—Duke es el segundo nombre del tipo.

—¿Cuántos años tenía al morir?

—Debía de tener, déjeme ver, unos cincuenta y cuatro años.

—Es el sujeto equivocado. Este tipo debería ser más joven. ¿Tiene a algún otro Rawlins en los archivos?

—No creo. Déjeme ver. ¿Puede aguardar en línea?

Joe creía que el pecho le iba a estallar mientras esperaba a que Henson se organizara.

—Ah, aquí tenemos —le dijo al volver—. Rawlins, Duke, fecha de nacimiento 2/12/1970, apuñaló a un camionero en un estacionamiento en 1997, lo enviaron a Ely, Nevada. Tenía razón. Le pido disculpas. Es mi sistema de archivo.

—¿Es todo? —preguntó Joe—. ¿No hay nada más? ¿No hay secuestro, o algo más violento?

—No —respondió Henson—. ¿Qué piensa que hizo este sujeto?

—Ni idea —respondió Joe—. Pero gracias por su ayuda. Ah, ¿podría enviarme su fotografía por fax?

—Por supuesto.

John Miller estaba encorvado en la esquina de Tynan's, hojeando una revista de coches.

—No es que tenga licencia ni nada —le comentó a Anna cuando trató de pasar junto a él. Le echó una mirada de reojo y levantó la ceja.

—Decídetes, John. Primero quieres disculparte y luego te comportas de este modo... ¿Y qué ha sido lo que has estado diciéndole a Joe?

Miraba como si estuviera tratando de recordar.

Anna lo miró furiosa.

—No quiero hablar contigo —le apuntó con un dedo.

—Ay, vamos —estiró el brazo para tocarla. Tenía aliento a alcohol. Le apartó la mano bruscamente.

—¡No me toques! —le advirtió.

—Eso no es lo que solías decirme.

—Cielos, John. ¿Puedes terminar con eso? —se mostró furiosa—. No lo entiendo. ¿Qué ha pasado? ¡No puedo entender cómo has pasado de ser un tipo bueno y normal a un borracho maltratador de mujeres!

Ella se detuvo cuando todo el peso de lo que acababa de decir les cayó encima a ambos. Pero ya era demasiado tarde. Ella bajó el tono de voz.

—Tu madre —empezó a aclarar—. Me lo contó.

Un destello de claridad brilló en los ojos de él. Luchó por emitir una voz sobria y fijar la mirada:

—Jamás golpeé a mi esposa —le confesó con tristeza—. Mi madre hablaba de ella misma. De mi padre. Ella confunde el pasado con el presente. No está bien, tiene Alzheimer. No lo sabe nadie. —Continuó—: Solía darle unas palizas enormes.

Joe entró en la cocina e hizo la llamada que había pospuesto el día anterior. Danny atendió de inmediato.

—... toda la punta se puso verde y se cayó. ¿Hola?

—Uno de estos días llamará tu madre y tú harás eso.

—Ya ha llamado. Le conté que era un caso desagradable en el que estaba trabajando.

—Danny, el otro día la policía citó a Shaun para tener una charla informal y eso me ha tenido preocupado. Dijeron que le tomaron juramento, pero él dice que no. De todos modos, resultó ser que nos había estado mintiendo, ¿entonces qué diferencia hay con una mentira más? Aunque yo sí le creo con respecto a esto. Él también admitió que había tenido una pelea con Katie la noche en que ella desapareció. Ahora lo saben todo, incluso que mantuvieron relaciones sexuales antes de que ella desapareciera y que tuvieron una discusión al respecto.

—Pobre muchacho. Cielos.

—Ya lo sabes, coincidido contigo, pero realmente tuve ganas de darle un puñetazo. Fue el peor día de mi vida, ver cómo lo freían de ese modo. Ya sabes, y ahí ando, tratando de ayudar con la investigación...

»... de ser como uno de esos que detestamos...

»Bastante. Y mi propio hijo es el que está en la mira.

—Es joven y tiene miedo. Eso hace que la gente haga tonterías que normalmente no haría.

—Ya lo sé, pero ahora estoy preocupado de que un enorme dedo lo señale y no hay motivo para que cambie de dirección. Parece que no tienen nada y que él es el

sospechoso número uno.

—¿Y entonces yo vengo a ser la terapia o hay algo más que pueda hacer?

—Pensé que jamás lo preguntarías.

—¿Quieres que vaya hasta allí? ¿Qué le pegue a alguien? ¿Qué hable con algunas chicas irlandesas?

—No podría permitir que pasaran por eso. Pero hay un policía útil en Nevada que quizá te deje hablar con cierto compañero de celda.

—El de Rawlins.

—Ya sabes, para ver qué aporta.

Shaun estaba sentado en un sillón con los pies en alto junto al televisor.

—Sé que probablemente no estés de humor para nada —le insinuó Anna—, pero pensé que quizá esto podía animarte.

—¿Qué? —preguntó Shaun.

—Bueno, ya sabes que el viernes tu padre cumple los cuarenta. Pensé que quizá podríamos hacer un pequeño festejo. No estoy hablando de hacer una gran fiesta ni nada, obviamente. Solo los tres.

Shaun se encogió de hombros.

—Vamos, creo que necesitamos algo que nos levante un poco la moral. Solo será un pastel, velas y esas cosas...

—No estoy de humor para celebrar nada.

—Ninguno de nosotros lo está —admitió Anna—. Pero creo que sería bueno. Creo que tu padre lo valoraría.

—¿Necesitas que haga algo? —se interesó Shaun.

Anna rió.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó ella.

Sonrió.

—Sí, lo digo en serio.

—Encargaré el pastel en el pueblo. Y conseguiré que traigan globos cuando tu padre esté fuera. Pero la gran sorpresa es que él no lo sabrá hasta por la noche. — Shaun la miró para saber más. Ella se llevó un dedo a los labios al ver a Joe entrar en la sala. Cuando Shaun se marchó se volvió a mirarla.

—Se me olvidaba algo —dijo y miró el reloj.

—¿Sabes? Ha pasado exactamente un mes desde que Katie murió. Voy a volver a caminar por esa carretera para ver si se me ocurre algo que no se me haya ocurrido antes.

—Antes de que lo hagas, contra mi voluntad —aclaró Anna—, solo quiero comentarte una cosa, porque es inherente a la investigación. Hablé con John Miller...

Frank caminó por el puerto con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos, obsesionándose con el bochorno que había pasado antes. Sintió un repentino resentimiento hacia los Lucchesi que solo podía explicar si trazaba una línea que dividiera el antes de que se mudaran a Mountcannon y el después. Porque no podía culparlos por la muerte de Katie. Pero antes de que llegaran, el pueblo era lo que era y él podía darlo por seguro porque la vida era buena. En ese momento él quería rebobinar y valorar cada día que investigaba un caso de un coche robado porque eso era lo peor que podía llegar a pasar. En el pueblo habían aparecido más grietas en un mes que en la historia entera. La gente se peleaba con los vecinos sobre quién sospechaba de quién, insultaban a la policía, los defendían, se frustraban tratando de hacer coincidir las teorías con los hechos. Las familias discutían sobre quién había dejado la puerta trasera sin llave cuando así había estado durante sesenta años. Lo único que los unía a todos era la desesperada necesidad de que se encontrara un asesino y se lo encerrara. Eso ejercía un tremendo poder colectivo. Frank no se sorprendía de que la compostura de O'Connor estuviese empezando a flaquear. No sabía nada acerca de la vida hogareña que llevaba, pero en parte esperaba que tuviera alguna Nora esperándolo cada noche para aliviar la carga. No quería pensar en su propia postura. Le rompía el corazón que su último año quedaría marcado por la tragedia. Solo esperaba que el caso se resolviera. Se sentó en un banco desbaratado a orillas del agua, cerró los ojos y comenzó a rezar.

Joe siguió por el mismo camino que sabía había hecho Katie. Se preguntaba si también estaría siguiendo los pasos del asesino. Ella había estado sola en un expuesto tramo del trayecto, era silencioso. Podía escuchar su respiración, el vinilo de su chaqueta, las suaves olas del mar, incluso las suelas de goma de sus zapatos. Katie debía de haber escuchado pasos. Pero todo debía de haber sucedido demasiado rápido: una puerta abriéndose, un hombre conduciendo, el otro empujándola dentro del vehículo, la puerta corrediza de una furgoneta cerrándose de nuevo, un grupo de hombres que la agarraban. O podría haber sido alguien que ella conocía, en quien confiaba, alguien que la hubiera acompañado a casa o que se hubiera detenido al lado y ofrecido ayuda. Pero nada parecía ser lo correcto. Dobló hacia la izquierda camino al cementerio y volvió a pararse en la tumba de Matt Lawson. Volvió a seguir lentamente por el sendero y se quedó parado en la curva donde Lower Road se juntaba con Manor Road. Si tiraba hacia el fondo a la izquierda, llegaba a la casa de Katie. Miró a su alrededor y se detuvo al ver un coche adelante, aparcado en la calle a mano derecha. Caminó hacia él y vio a Richie Bates dentro, con el estéreo a todo volumen. Joe le golpeó la ventanilla del acompañante y Richie se sobresaltó:

—¿Qué quieres? —le preguntó bruscamente al tiempo que bajaba la ventanilla

con la manivela.

—Nada —respondió Joe—. Estaba dando un paseo. ¿Y tú? ¿Tienes averiado el estéreo de casa?

Richie gritó por encima de la música.

—Qué osado eres —le dijo—. Tengo una investigación de la que ocuparme.

Joe resolló.

—He escuchado que un inspector de Waterford está al cargo.

—Vete al infierno —le espetó Richie. Sacudía la pierna derecha en un movimiento descontrolado.

—¿Haces esto en tu tiempo libre? —le preguntó Joe, al tiempo que le miraba los pantalones vaqueros y el jersey.

—¿Te largarás en algún momento? —le gritó Richie—. Eres como un fuerte dolor en mi maldito culo.

—Cielos, relájate —le contestó Joe. Richie aceleró el motor, retrocedió a escasa distancia de Joe y giró el coche hacia el pueblo. Joe regresó y tomó el camino hacia la casa de Katie.

El inspector O'Connor tenía los ojos puestos en la taza de té sin tocar que tenía delante y en el panecillo danés que estaba al lado. Se echó atrás en la silla, se agachó y abrió el último cajón de su escritorio. Había un encendedor blanco con el logo amarillo y verde de una marca de sopas. Recordaba haberlo encontrado en su bolsillo la mañana siguiente a un baile de caridad. Estaba a punto de cogerlo cuando sonó el teléfono. Apretó el botón del altavoz.

—Una llamada para usted en la línea uno.

Cerró el cajón y tomó el auricular.

—¿Habla el inspector O'Connor?

—Hola, habla Alan Brophy del Departamento Pericial Técnico. En cuanto a los fragmentos hallados en el cráneo de Katie Lawson, pertenecen a un caracol.

—¿Cómo?

—Lo sé. El asunto es así: los fragmentos provienen de una concha muy dura, oscura, con un dibujo en espiral blanco amarillento. Se lo ha identificado como caracol de dunas. No necesita el latín, ¿verdad? Si es así, se trata de *Theba pisana*, a mí me suena a un pintor español. De todos modos, se encuentra en las dunas, acantilados y sitios por el estilo. Trepa a las plantas y cosas. Así que ahí tiene. Lo más probable es que la hayan golpeado con una piedra que tuviera un caracol pegado y le haya quedado la concha incrustada en el cráneo. También sabemos que se encuentra en el bosque. Los gusanos carcomen el caracol —las partes blandas del caracol, muchas gracias— y dejan la concha.

—Pero en el cuerpo no había arena...

—No, pero estas bellezas también son halladas en los basureros cerca del mar, así que eso podría explicar el hecho de que no hubiera arena. Podría haber sucedido en un sitio cubierto de hierba o cerca de algún muro de piedra o algo así.

A O'Connor le vino a la mente Mariner's Strand.

—Muy bien, Alan. Gracias.

—Ha sido un placer.

Joe regresó caminando al pueblo y se metió en Danaher's para beber un último trago. Ray y Hugh estaban sentados en la barra.

—Bienvenido, señor —saludó Hugh al tiempo que le acercaba una banqueta.

—Gracias —respondió Joe—. He pasado un día de mierda, tarde, noche...

—Yo llevo una vida de mierda, si eso lo hace sentir un poco mejor —confesó Hugh encogiéndose de hombros.

Joe admiraba a los dos mensajeros. Habían ido al funeral de Katie vestidos con trajes negros, camisas blancas, corbatas negras, ambos tan respetables. Hasta Hugh se había acicalado la cola de caballo. Ese día habían tenido los ojos llenos de lágrimas, pero jamás sacaron el tema a menos que él quisiera hablar de eso. Sabían que su trabajo era mantener las cosas superficiales.

—Esta noche he tenido un roce con Richie Bates —comentó sabiendo que eso los inquietaría.

—En la escuela solían llamarlo Rich Tea Biscuits —recordó Hugh pretendiendo que sonara con cariño. Las Rich Tea Biscuits eran unas galletas tradicionales comunes, chatas y redondas, para mojar en el té caliente.

—¿Alguien te ha dicho que se supone que acortas los nombres? —preguntó Joe.

—Mi nombre es Hugh. No se puede acortar.

—¿No había un tipo llamado H en esa banda pop? Debía ser una forma corta de algún nombre con H —comentó Ray.

—Caballeros, ¿les cuento mi historia con Richie Bates? Esta noche él estaba en su coche junto a la playa, con el estéreo estallando como...

—¿Tonto? —añadió Ray—. ¿Tarado?

—¿Imbécil? —agregó Hugh.

—Yo iba a decir fracasado —aclaró Joe.

—Se pueden aplicar los cuatro —añadió Hugh.

—... y le di un susto tremendo —continuó Joe—, y luego perdió el control y se fue de la lengua como un loco.

—Yo tengo una mejor —contó Ray—. El otro día en la calle anduvo buscándole la quinta pata al gato en la puerta de casa, porque mi bolsa de residuos se rompió. Y estoy diciendo *residuos* por usted, Joe. Normalmente diría basura.

Joe lanzó una carcajada.

—De verdad. Se puso loco. Absolutamente...

Joe escuchaba distraído a Ray que hacía un comentario sobre Richie y la furia al volante cuando una mano huesuda sobre su brazo lo distrajo. Se dio la vuelta y se encontró con uno de los bebedores empedernidos con el rostro cansado que se le acercaba más. Señaló a Joe con un dedo.

—Qué bien que pueda volver a beber cerveza y reír, señor Lucchesi, con todo lo que ha sucedido. —Y estaba yéndose cuando refunfuñó en voz alta—: Maldito recién llegado.

Joe terminó el trago, cogió la chaqueta y se fue de Danaher's irritado por el viejo amargado. Se había sorprendido de la bienvenida que Mountcannon le había dado a su familia; luego tras la muerte de Katie los habían compadecido y ahora los despreciaban. Se dio cuenta de que *frustración* nunca era la palabra indicada que describía lo que se sentía cuando a una persona inocente se la acusaba de sospechosa. La frustración era inofensiva, esto era abrumador, sofocante, extenuante. No solo dudaban de Shaun sino de Joe, debido a su experiencia con el crimen, y de Anna por encubrir posiblemente a su hijo y a su esposo. Se habían hundido en una situación de la que no tenían control. Luego cayó en la cuenta: esto es exactamente lo que alguien debe pretender.

Danny Markey entró al final de la hora punta del almuerzo cuando el gentío había mermado en Buttinsky Burger. Los envoltorios y las cajas cubrían las mesas y los pisos. Esperó hasta que el último cliente abandonó el mostrador.

—Hamburguesa con queso, patatas y coca normal —pidió. El enorme negro que estaba detrás del mostrador sacó dos cajas de cartón del estante tibio que tenía detrás y las deslizó sobre una bandeja—. ¿Hay algo que te gustaría contarme sobre Duke Rawlins?

Abelard Kane levantó la vista lentamente, sus enormes ojos marrones lo miraron fijamente.

Danny se encogió de hombros.

—Me temo que soy un entrometido.

—¿Y no puede buscar la vida de otro donde meterse?

—Tú eres el hombre —respondió Danny.

—Duke Rawlins —el amplio rostro de Kane se iluminó—. ¿Y ahora qué ha hecho mi amigo volador?

—¿Amigo volador? —repitió Danny.

Kane cogió la caja de cartón de la hamburguesa y la llevó por el aire.

—El tipo tenía una obsesión.

—Con volar.

—Con los pájaros.

—¿Qué tipo de pájaros? —preguntó Danny.

—Ah, bueno —dijo Kane—. Sin presentación, sin nada. ¿Quién diablos es usted y a qué se dedica?

—Soy el detective Danny Markey, de la policía de Nueva York.

—Así es como me encontró. ¿Pero qué es lo que anda buscando?

—No puedo decírtelo —respondió Danny—, solo necesito saber un poco más acerca de Rawlins, algo que nos ayude a entenderlo mejor.

Kane silbó.

—Buena suerte, detective.

—Solo cuéntame cómo era. Tú viviste con él durante cinco años.

—L-O-C-O

—¿Algo más específico?

—Sí. Con letras mayúsculas.

Danny lo miró.

—¿Específico cómo? —preguntó Kane.

—El temperamento, preferencias, qué le gustaba y qué no... todo lo que sepas, ya sabes.

—Como en el *Dating game*^[11] —gritó Kane. Se llevó una mano a la cadera, aflautó el tono de voz y susurró: «Hola, me llamo Duke y me gusta dispararle a las latas y dormir con mis primos. Mis pasatiempos son...».

—Está bien, grandote. Al grano. Ayúdame con esto.

—¿Aquí es cuando me niego y usted desliza unos *Benjis* encima del mostrador?

—Y luego te digo que no soy un policía bueno, soy un policía muy malo y te rompo todos los huesos del cuerpo si no me dices lo que necesito saber.

Kane rió burlón.

—Háblame sobre los pájaros —le pidió Danny.

—Halcones. Halcones Harris. Fotos por toda la celda, libros, basura sobre ellos, lo que se le ocurra. Cuando salí podría haberme conseguido trabajo en un negocio de pájaros.

—¿Eso es todo? ¿Qué hay del secuestro planeado por su amigo?

—Ese fracasado terminó muerto. Nadie confiaba en los planes de ese tipo. Si yo fuera usted, estaría buscando pistas por otro lado. Hombre, tendría que haber visto a *Vomitón* ese día. Ése era su apodo, *Dukey Vomitón*. El tipo se volvió loco. Empezó deprimido, después se enfureció, después se puso realmente furioso diciendo que Donnie debía haberlo sabido, que no debía haber quedado acorralado en esa esquina. Luego volaron pedazos.

—¿Algo más?

—Comentó que lo único que Donnie había hecho bien era matar a esas dos personas cuando esa mujer había llamado a la policía: «Hay que cumplir con las

promesas» —dijo.

—Qué tipo más honrado —ironizó Danny.

—Sí —respondió Kane.

—¿Habló sobre si tenía planes para cuando saliera?

—Claro. Me mostró planos de bóvedas de bancos y me dio hora, fecha y lugares.

Ah, y el culpable es Oswald.

—Está bien —aceptó Danny—. Está bien. ¿Pero no se te ocurre nada más?

Kane sacudió la cabeza.

—Un misterio para mí —le comentó—. Ya ve, uno les da los mejores años de su vida... —rió entre dientes y se dio la vuelta otra vez hacia la caja con la mano extendida—: Hamburguesa, fritas y coca. Serán seis dólares con noventa y nueve.

Danny le arrojó un billete de un dólar sobre el mostrador.

—Uno de George Washington es lo mejor que tengo. —Se marchó.

—Eh, detective. Una cosa más —le llamó Kane. Danny giró en redondo.

»Su bebida —le señaló Kane batiendo la coca—. ¿Qué? ¿Pensó que iba a resolverle el caso? —Lanzó una carcajada que resonó en el acero inoxidable.

Danny tuvo que sonreír.

Joe detuvo el jeep para dejar que un grupo de niños cruzara la calle hacia el puerto. Bajó la vista hacia la foto que estaba en el asiento del acompañante. Duke Rawlins lo miraba desde una mala copia de fax. Joe pensó en el médico italiano que en 1800 estudiaba los rostros de los criminales y llegó a la conclusión de que la mayoría de ellos tenía rostros alargados, mandíbula prominente y cabellera oscura y tupida. No como Duke Rawlins. Joe siguió conduciendo y aparcó en la puerta de la comisaría.

—Magnum está de vuelta. —Le susurró Richie a Frank cuando él entró.

—Miren, hay algo que deben saber sobre Mae Miller —dijo Joe.

Ellos lo miraron desconcertados.

—Tiene Alzheimer.

—No hay nada malo con la cabeza de Mae Miller —aclaró Frank, al tiempo que se ponía de pie—. Esa mujer es de lo más despierta. —Se dio golpecitos en la sien con dos dedos—. ¿Por qué habrías de andar diciendo esas cosas?

—No lo ando diciendo por gusto —se defendió Joe bruscamente—. John Miller se lo dijo a Anna. Eh, confidencialmente.

—Bueno, eso es absolutamente absurdo —insistió Frank—. A mí me parece que se encuentra perfectamente bien. Yo me preocuparía por la sanidad mental de John Miller.

—¿No hay nada que les haya parecido inusual cuando hablaron con ella en aquel momento? —preguntó Joe.

—No —respondió Frank. Pero su mente revivió el extraño abrazo sexual en el

que se había visto envuelto en brazos de la respetable maestra de escuela.

El teléfono sonó y Richie atendió:

—Bien —contestó y se volvió hacia Frank—. La Unidad de Agua está aquí.

—¿Buzos? —preguntó Joe—. ¿Por qué?

Frank meneó la cabeza.

—Joe, tengo que irme. —Cogió las llaves y se dirigió hacia la puerta. Joe lo siguió.

—Frank, mira, antes de que te vayas...

—Voy camino al puerto, ¿no puede esperar?

—No, no —aseguró Joe—. Tengo una foto que quiero que veas. Del tipo del que te hablé. Duke Rawlins. Por las dudas. Algunos amigos están haciendo averiguaciones en los Estados Unidos. Y esto —agregó Joe entregándole el correo electrónico—. Alguien le envió esto a Shaun el otro día, sin remitente. Lee la nota de confidencialidad. No puede ser todo una coincidencia. Yo he pasado tiempo dedicándome a esto. Sé de lo que estoy hablando.

—Está bien, Joe. Le informaré a Waterford sobre todo esto por la mañana. Ellos podrán investigar a este Rawlins a través de Interpol, pero con todo el papeleo burocrático, yo diría que tus amigos de Estados Unidos lograrán averiguarlo antes.

—Gracias, Frank. Te lo agradezco. —Le agarró el brazo a Frank cuando intentaba subir al coche—. Han encontrado algo nuevo, ¿verdad? Por eso la Unidad de Agua se encuentra en el puerto. ¿Qué habéis encontrado?

—Ya sabes que no puedo decírtelo.

—¿Qué significa esto para Shaun?

—Creo que más bien se trata de lo que significa para Katie.

Frank subió al coche y volvió a mirar el correo electrónico. Decidió hacer un desvío antes de ir a casa esa noche.

Anna llenó dos cubos con agua caliente y tiró un chorro de jabón líquido en uno. Se puso un gorro de lana gris hasta abajo y un par de guantes de jardinería. Shaun se derrumbó en el sillón junto a la ventana.

—¿Quieres ayudar? —le preguntó animada.

—Sí, claro. Solo las madres creen que las tareas domésticas hacen que la gente se sienta mejor.

Ella suspiró.

—Está bien, está bien. Yo solo preguntaba.

Anna se metió unos trapos bajo el brazo y empujó la puerta trasera. Eran las once y media de la mañana, pero estaba tan nublado que estaba oscuro. Al atravesar la hierba apenas levantaba la vista, controlando el nivel del agua de los cubos. Al llegar al faro, no pudo más que sentirse mejor. Abrió las puertas con llave y subió a la

galería para comenzar a limpiar la lente. A los veinte minutos estaba en el taller recogiendo todos los cubos y trapos posibles. Regresó a casa a buscar a Shaun.

—Disculpa pero no tienes opción. No puedo andar subiendo y bajando esas escaleras todo el día. Tendrás que ayudarme a subir agua.

Shaun la miró furioso.

—No puedo creer que me hagas hacer esto justo ahora. Acabo de perderlo todo en mi vida, incluso mi jodido trabajo, y tú quieres que...

—Lleves unos cubos, Shaun. Nada más dramático que eso. Te llevará media hora. Te recompensaré. Créeme, yo preferiría no estar haciendo esto, pero desafortunadamente la vida continúa.

—Pareces muy fría —la culpó él. En su rostro, notó la reacción que esperaba.

Cuando terminó de ayudarla, fue a su cuarto, se tiró en la cama y cogió el mando a distancia. Puso las noticias: «Un equipo de buzos ha llegado a Mountcannon, condado de Waterford, siguiendo la aparición de una nueva prueba en la investigación del asesinato de Katie Lawson...».

La imagen cambió al puerto. Una reportera vestida con un abrigo beis y una bufanda roja a cuadros levantó el micrófono. Shaun pegó un salto y cogió la chaqueta.

Durante cuatro horas Anna lavó la lente, por dentro y por fuera, luego barrió y fregó los pisos. Dardos de dolor se le clavaban en la cintura. Le dolían los hombros y estaba famélica.

Regresó a la cocina y había un emparedado y una botella de coca sobre la mesa que le había dejado Shaun junto a una nota que decía: «He salido». Comió deprisa y volvió a salir, bajándose la parte superior del mono hasta la cintura y amarrándose las mangas en un nudo. Se puso un buzo azul encima de la camiseta y se dirigió hacia el faro.

—¿Disculpe? ¿Señora Lucchesi? —Ella se dio la vuelta y encontró a un hombre que la estaba sonriendo.

—Hola, soy Gary. De parte de Mark, el del césped; él no podrá venir hoy ni mañana. Problemas personales. A veces me llama para reemplazarlo.

—Ah —dijo ella desconcertada—. Él no mencionó nada al respecto. Hubiera estado bien aunque no viniera durante un par de días. En realidad no hay necesidad de que usted esté aquí.

Él miró la maceta que traía.

—Bueno, he traído algunas cosas, quizá podría descargarlas.

—Es muy bonita —comentó ella, tocando una de las hojas—. ¿Qué es?

—Eh, es una... —miró la etiqueta— hosta.

Anna le examinó el rostro.

—Bueno, puede dejarla aquí —le indicó—. Al pie de la escalera. ¿Está seguro que se trata de eso? ¿De algo personal, por lo que Mark no ha venido a trabajar?

Él se detuvo.

—Claro —le aseguró—. Es solo eso.

Anna lo observó mientras se alejaba, luego entró de nuevo a casa y marcó el número de Mark. Estaba desviado.

Cuando Shaun llegó al puerto, lo primero que vio fue al personal del canal de TV, al cámara levantando el equipo y subiéndolo a la camioneta de noticias por las puertas abiertas. La reportera se encontraba a unos metros, apartándose la melena que se le había caído sobre la cara y luego sentándose del lado del acompañante. Shaun vio cómo subieron la cuesta y el conductor lo saludó con la cabeza al pasar junto a él. Una pequeña multitud se había reunido a ver la actividad que se estaba desarrollando junto al muelle. Shaun permaneció lo bastante lejos como para pasar desapercibido.

Siete hombres con trajes negros de buzo estaban de pie en el puerto examinando el agua, una hilera de botes se balanceaban hacia un lado y otro contra el hormigón que había debajo. Uno de ellos hizo un gesto y el primer buzo se deslizó por un lado y se metió al agua, sosteniendo una gruesa soga en la mano. Mantenía la cabeza en la superficie. Luego tres buzos se pusieron máscaras negras y saltaron detrás de él, cada uno con doble tanque cilíndrico blanco de oxígeno montado en la espalda. Se agarraron a la soga y avanzaron por debajo de los botes.

Martha Lawson se llevó un kleenex a la nariz y volvió la cara, como si inmediatamente fueran a encontrar un nuevo horror al que debiera enfrentarse. Enlazó el brazo de la hermana. Los buzos continuaron durante horas, trasladándose alrededor del puerto y luego más lejos, trabajando desde un pequeño bote.

Shaun siguió allí después de que la mayoría de los curiosos se había ido a casa. Todo lo que veía lo deprimía. Los botes que podían haber pasado un mes acarreando pruebas al mar en esas enmarañadas redes de pesca, la marea agitada que rompía en las piedras a lo lejos, incluso las hambrientas gaviotas que volaban en lo alto. Los secretos que hoy guardaba el puerto no eran los mismos de hacía un mes. De pronto escuchó un grito de uno de los buzos del bote. Los tres buzos que estaban en el agua subieron a la superficie. Uno de ellos sostenía una zapatilla rosa en la mano derecha. Shaun observó cuando la metían dentro de una bolsa de plástico de pruebas. Comenzó a llorar. A él le encantaban esas zapatillas. Eran tan de Katie.

Victor Nicotero estaba sentado en cubierta con un jersey con la cremallera subida hasta el cuello y una lata de cerveza que le estaba congelando la mano. Su esposa, Patti le alcanzó el teléfono.

—Nic, ¿cuándo te llamo?

—Cuando estás buscando algo, Joe.

—Lo sé, lo sé. Y esta vez, es para confirmar otra alarma que suena. Porque aquí está sonando fuerte. Pero ¿honestamente?, en parte no sé si quiero que sea así o no...

—Explícamelo.

—Está bien, si escucharas lo que estoy a punto de decirte... ¿qué es lo que *tú* pensarías? Dos tipos del mismo pueblo, uno secuestrador-asesino y el otro en prisión por acuchillar a un tipo. Antes de eso, el gran crimen de la zona fue la violación de nueve mujeres que en aquel entonces fueron cazadas como animales y luego asesinadas. El caso queda sin resolver. Años más tarde, el primer tipo muere por un disparo. El segundo tipo sale de prisión y a los dos meses encuentran a una chica muerta en el bosque, donde él se encuentra. Mientras tanto, el jefe de policía de su pueblo, jefe del grupo operativo contra el primer asesino en serie, se suicida.

—Tengo que decirte, Joe, que yo también estaría escuchando un ruido. Especialmente si se tratara de la novia de mi hijo...

—No se te escapa una. —Se quedaron callados un momento—. ¿Y qué te parece un viaje a Texas, Nic?

—Estoy viejo. Necesito el calor. Digo que sí.

—Ya te veo dando largas caminatas con los pantalones subidos hasta las axilas...

—Tú me sigues detrás, amigo. ¿Cuándo es el gran cinco cero?

—Dentro de cuatro días. Y diez años.

—Claro, Lucchesi. ¿Y cuál es el plan?

—Necesito que vayas a hablar con la solitaria viuda de un hombre llamado Odgen Parnum. Que averigües todo lo que puedas sobre por qué el esposo jefe de policía decidió volarse los sesos. Y todo lo posible acerca del caso Crosscut en el que él había estado trabajando...

—¿Crosscut? Está bien. Hecho.

Nora Deegan estaba junto a su cuadro favorito, una sencilla acuarela que resaltaba los verdes y púrpuras de la sala. Sostenía una tarjeta pintada y la movía entre hileras de pequeños cuadrados con diferentes tonos de blanco.

—No puedo decidirme —dijo—. Para la galería.

—Demasiados tonos de blanco —opinó Frank. Señaló uno—. A mí me gusta ése. Nora asintió con la cabeza.

—Necesito que hagas algo por mí —le pidió él de repente—. En una de esas pequeñas reuniones de café por las mañanas.

—¿Qué quieres decir con *pequeñas*? Si me permites, son grandes eventos importantes.

—Por supuesto que sí —respondió Frank sonriendo—. Solo necesito que

aplaques las cosas en el pueblo, ya sabes.

—¿Cómo?

—Con respecto a los Lucchesi. Todos en el pueblo hablan de Shaun —le contó—. Pero el muchacho no tiene nada que ver. Si así fuera, ya estaría encerrado. Está hecho pedazos. Ya he visto cómo está reaccionando la gente. Y Anna y Joe. Él ha sido un terrible fastidio desde que todo esto sucedió, pero no se le puede culpar. Creo que el pobre se ha vuelto loco. Creo que está enormemente obsesionado. Me trajo este correo electrónico que es absolutamente absurdo y él pensaba lo peor, como siempre. De todos modos, suficiente con esto, está claro que la familia está un poco bajo presión. ¿Hay alguna posibilidad de que tú, ya sabes, digas lo indicado a la persona indicada? Yo sé que les hablas sobre mis casos a las damas de golf.

Ella levantó una ceja.

—Eres la esposa del oficial, cariño. Ellas confiarán en ti.

Un aroma a lima llenaba el cuarto de baño. Joe entró y se paró junto a una pila de ropa de Anna que yacía revuelta en el piso.

—Ni te acerques allí —le gritó ella desde la ducha—. Son tóxicas.

Él trató de sonreír.

—En serio. Hoy he tenido que hacerlo todo. Algunos obreros no han aparecido, ni siquiera Mark. Estoy empezando a ponerme nerviosa.

Él hizo una mueca. Abrió la puerta del armario con espejo y comenzó a buscar algo.

—Bueno, ¿aparecerías en el trabajo si pensaras que en la casa alguien fue investigado acerca de un homicidio? —comentó Anna.

Joe seguía buscando y levantó un dedo para indicarle a Anna que no podía hablar. A ella una expresión de frustración le atravesó el rostro.

—Pero Shaun fue voluntariamente —logró decir él—. No es para tanto.

—No es así como funciona la cabeza de la gente. Creo que algo extraño está sucediendo, Joe. Contigo tratando de meter las narices y Shaun siendo investigado. Creo que todos nos están evitando.

—No seas tonta, cariño.

—Al menos Mark tiene el decoro de enviar un reemplazo. Aunque casi no tenía idea. Tú sabes el modo en que Mark se desenvuelve, conoce cada trozo de tierra. Este chico parecía nulo. De todas formas le hice marchar. Prefiero esperar.

—Mark regresará al igual que el resto.

—Soy yo la que necesita un descanso —dijo Anna—. Estoy exhausta. —Cerró la ducha.

Joe le alcanzó la bata. Ella lo vio hacer una mueca de dolor cuando giró la cabeza.

—Tengo una bolsa de agua caliente para tu mandíbula. Son como las máscaras

para los ojos. Llevan agua caliente.

—Le señaló el lavabo y los objetos redondos que había flotando. Joe miró y vio dos caras plásticas llenas de gel. Una era la de Homer Simpson y la otra de Bart. La miró y levantó una ceja. Ella sonrió. Las tomó, las secó con la toalla y se colocó una en cada mejilla.

—Mmm. Tibio.

De repente, escucharon unos golpes frenéticos en la puerta de la calle. Intercambiaron las miradas. Joe miró el reloj, era casi medianoche. Volvió a dejar las bolsas en el lavabo. Ambos caminaron lentamente por el corredor, Joe mantenía la mano atrás para que Anna quedara detrás de él. Ella la apartó.

—Oh, oh —se lamentó Joe al mirar a través del cristal. Abrió la puerta.

—¿Qué sucede con tu familia? —preguntó Martha con tono histérico—. ¿Qué les sucede a todos? —Tenía los ojos oscuros y hundidos, el pelo hacia atrás en una delgada cola de caballo. En un mes había perdido unos catorce kilos de su esbelta figura.

Miraba a Joe y a Anna.

—Vuestro hijo viene y tiene... relaciones sexuales con mi hija... ¡Yo no la crié para que mantuviera relaciones sexuales antes del matrimonio! Y luego le miente a la policía. ¿Qué le hizo?

Anna casi llora por lo que estaba presenciando, más debido a la mujer quebrada ante ella que por lo que estaba diciendo acerca de su hijo.

—Martha... —Joe sentía como si le estuvieran arrancando la mandíbula.

—¡Eres un asesino! —gritó ella—. ¿Quién eres tú para hacer algún comentario? Me enteré que mataste a alguien de un disparo. ¡Y yo que vine a pedirte ayuda! Justamente a ti. ¿Estaba loca? ¡Tú... cargaste su ataúd! —Levantó la mano y volvió a bajarla, apretándola adelante en un puño—. Si me entero de que... él, que... juro por Dios... —Se fue callando.

Joe se quedó mirándola.

—¿No tienes nada que decir? —le gritó.

Finalmente habló Anna:

—Shaun realmente amaba a Katie. Lo sabes en el fondo de tu corazón, Martha, él jamás le haría daño.

—Yo no sé nada —gritó ella—. ¡Nada de nada! ¡No sé qué pensar! ¿Por qué la dejó volver sola a casa? —preguntó, con la voz estrangulada y desesperada.

Shaun había ido a la puerta.

—No sé por qué —le respondió, mirando a cada uno de ellos, de manera suplicante—. ¿Está bien? Yo tampoco lo sé. Fue un error.

—Martha, siento tanto lo de Katie —se lamentó Anna—. Todos lo sentimos. Pero ninguno de nosotros sabemos por qué sucedió.

—¡Alguien tiene que saberlo! —exigió Martha—. ¡Alguien tiene que saberlo!
¿Qué más sabes? —le suplicó a Shaun—. ¿Qué más no les contaste?

—Nada, nada, nada —dijo, agotado y resignado—. Ahora ya les he contado todo.
Ella simplemente se fue. No puedo creer nada de esto.

—Mentiras, mentiras y más mentiras —les reprochó Martha—. Sois una
desgracia de familia. —Se dio la vuelta y se marchó tambaleándose por el sendero.

Shaun se fue corriendo a su cuarto.

Joe meneó la cabeza y miró a Anna.

—Dios santo —exclamó con los dientes apretados—. Esto es una maldita
pesadilla.

CAPÍTULO 22

Denison, centro-norte de Texas, 1988

El motor estaba en marcha, un zumbido bajo en la calle oscura. Donnie y Duke estaban en los asientos delanteros de la camioneta.

—Hola, Bárbara —saludó Donnie, sacando la mano.

—¿Por qué le estrechas la mano? —preguntó Duke—. ¿Le estrechas la mano cada vez que la ves?

—No —respondió Donnie.

—Bueno, ¿y por qué diablos lo haces esta noche? —preguntó Duke—. No ESTARÍA bien. —Le hizo un gesto a Donnie para que probara de nuevo.

—Hola, Bárbara —ensayó Donnie—. Estamos organizando una fiesta para Rick y me preguntaba si querías ayudarme a hacer la lista de invitados.

—Así está mejor —aprobó Duke.

Un coche llegó a la calzada y bajó un hombre con traje gris. Caminó hacia la puerta principal.

—¿Qué diablos significa esto? —siseó Duke—. ¿Quién diablos es este tipo?

Donnie cerró los ojos.

—El esposo —respondió.

—¿Qué hora es, Donnie? —le preguntó.

Donnie miró el reloj aunque ya la sabía.

—Once y cinco.

—¿Y qué noche es? —le preguntó, al tiempo que daba un golpe en el tablero.

—Martes —respondió Donnie.

—Estúpido hijo de perra —maldijo Duke—. Idiota. Te lo dije, Donnie. Visualiza, te dije. Visualiza todo. Imagina un maldito reloj con un maldito martes en grande y la maldita hora impresa en números negros grandes en el medio. Once. Y. Cinco.

Donnie se apoyó atrás en el asiento y suspiró lentamente.

—Lo siento —se disculpó, mirando a Duke.

—Yo también te amo, cariño —ironizó Duke lloriqueando—. Detesto cuando peleamos.

El silencio quedó flotando en el aire.

—Maldito desgraciado —resonó la voz de Duke, al tiempo que encendía el motor—. Suficiente. Hora de irnos. No puedo...

—¡No! —gritó Donnie—. Escucha, sé que lo he estropeado, pero no volveré a hacerlo. Lo juro por Dios.

—¿Qué lo has estropeado? —gritó Duke—. ¿Estropeado? Estropearlo es llegar

tarde al cine o echarles sal a los malditos Cheerios^[12]. Tu clase de estropicio podría habernos dejado boca abajo, esposados y levantando el trasero en la maldita ducha de alguna prisión. Éste —gritó cortando el aire con un dedo—, éste fue el peor error de tu vida. Y será el último que cometes.

El corazón de Donnie latía con fuerza. Un dolor punzante le atravesó el pecho. Duke se estiró por encima de él y abrió la puerta.

—Sal —le ordenó—. Sal de mi maldito vehículo.

Donnie bajó de la camioneta a tropezones y cerró la puerta detrás con un suave golpe seco. En medio de un chillido de frenos, escuchó a Duke abrir de nuevo la puerta y cerrarla de golpe.

Rachel Wade limpiaba el mostrador de Beeler's con una toalla sucia que apestaba a cerveza rancia y a ceniza. Se dio la vuelta para sacarle brillo a las botellas que había detrás de la barra, moviendo la melena rubia. Se dirigió hacia el fondo del bar para limpiar las últimas mesas, recogiendo vasos sucios con sus delgados dedos. Cuando iba de nuevo hacia la barra apagó las luces con la mano que le quedaba libre. De repente apareció un hombre desde el fondo del salón a oscuras.

—¿Disculpe? —dijo.

Rachel se sobresaltó.

—¡Cielos! —exclamó ella, al tiempo que se daba la vuelta con la mano en el pecho—. Me ha dado un susto tremendo. Creí que había cerrado la puerta con llave. —Entornó los ojos en medio de la oscuridad, pero lo único que alcanzó a ver fueron los ojos de él, magnéticos y azules.

—Lo siento, señora —respondió él sonriendo—. Quería saber si llego demasiado tarde para pedir una cerveza.

—Cerramos a las cuatro —replicó ella—. Pero usted es el primero que viene desde la medianoche.

—Una botella de Bush, entonces —pidió él.

Ella le sirvió la cerveza, y luego salió de detrás de la barra, recogiendo vasos, limpiando las superficies, volviendo a colocar los dardos en el tablero.

Duke le miró las caderas pequeñas mientras ella se desplazaba entre las mesas, observó el sostén de encaje rosa que presionaba contra la camiseta blanca.

—¿Por qué no me acompaña con un trago? —le preguntó.

—Está bien. —Ella tomó una botella de Jack Daniel's y se sentó en la banqueta a su lado. Una hora más tarde, cerró las puertas con llave y al cabo de dos horas, ya iban terminando la botella. Rachel se puso de pie para ir al baño y se balanceó sobre los talones.

—Epa. Uno piensa que está todo bien hasta que se pone de pie —rió.

Duke rió también y observó la tela vaquera bamboleándose mientras se dirigía al baño.

Rachel usó la secadora de manos y luego se echó una mirada al espejo. Tenía los ojos colorados y apenas podía enfocar. Sacó un tubo de brillo del bolsillo y se lo pasó por los labios. Cuando se estiró para abrir la puerta, se le vino a la cara. Duke empujó para entrar y rápidamente la tomó con el brazo derecho por la espalda y la empujó contra la fría pared de azulejos. La besó toscamente, empujando con la lengua dentro de la boca, chocando los dientes con los de ella. Rachel lo apartó e inspiró profundo.

—Eh —le dijo—. Calma. Volvamos al bar.

—Mejor no —le respondió Duke al tiempo que bajaba rápidamente la mano y la agarraba bruscamente entre las piernas, con la lengua fuera lista para hundirse de nuevo en la boca de ella.

—Oh —se sorprendió ella—. Relájate. —Echó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos confundida. En ese momento él los tenía negros, con las pupilas enormes. Movi6 la mano delante de su rostro.

—Hola. Este no es el modo en que se trata a una dama. —Le sonrió aunque el pánico le subía por el pecho. Comenzó a pensar en el bar, las puertas, el teléfono, los vecinos, los gritos. Se dijo a sí misma que era una estúpida. Entonces trabó la mirada con él y supo que era el fin. Al mismo tiempo se le aflojó el cuerpo y se dio cuenta de que sus brazos, puños y todo le resultarían inútiles. Tenía las piernas deshechas en sacudidas. Se las ingenió para levantar la rodilla pero erró en su entrepierna y fue a dar inofensivamente contra el rígido muslo. En ese instante la agarró del cuello, apretándole la cabeza contra la pared, la besaba de nuevo arañándola por todas partes. Con un último empujón, ella se liberó, abrió la puerta y corrió trastabillando en medio de la oscuridad del salón. Ese lugar que tanto conocía, de pronto le resultó extraño mientras tropezaba con mesas y banquetas, tratando desesperadamente de llegar a una puerta cerrada con llave. En un segundo Duke ya la había alcanzado, empujándola sin esfuerzo contra el piso, aplastándole la mandíbula contra la alfombra azul manchada. El olor a humo y cerveza le llenó las fosas nasales una vez más. Trató de soltarse retorciéndose, pero algo en su interior le dijo que se quedara inmóvil. Pensó que tal vez él sentiría pena por ella, era tan pequeña que no querría hacerle daño. En ese momento estaba llorando de dolor, pero se sentía demasiado débil por el alcohol y el terror como para hacer algo con el peso de ese cuerpo que ejercía presión encima del suyo. Sintió la tela de la camisa rasgada en la espalda, la brisa helada y el sudor frío. Luego sintió algo afilado. No le estaba rasgando la camisa, estaba haciendo cortes con un cuchillo.

—Por favor —sollozó.

—Cierra la maldita boca —le ordenó. La voz era sumamente escalofriante, despojada de la calidez anterior.

—Por favor, no —volvió a intentarlo ella; musitó entre la mandíbula rota y la alfombra.

—Dije. Que-Cerraras-La-Maldita-Boca.

Vio el cuchillo. Se veía muy pequeño, curvo y peligroso en su mano. Era un cúter de alfombra. Oh, Dios. Ella recordaba con qué facilidad cortaba la misma alfombra en la que ahora yacía. Comenzó a llorar. Le tapó la boca y con la mano libre le buscaba los pantalones vaqueros. Empezó a tener convulsiones en todo el cuerpo. Se le puso encima. El temor la dejó inmóvil en el suelo. Luego un desesperado arranque de energía y pánico la impulsó a arrastrarse de lado y se alejó en vano en un último intento por sobrevivir. Él la dejó ir, la dejó llegar hasta la puerta, arañar la madera hasta el cerrojo, pero en tres pasos ya estaba allí arrastrándola de nuevo de cara a la alfombra. Se desabrochó los pantalones vaqueros de un tirón, luego, enfurecido, cogió una botella de cerveza que estaba cerca y se arrodilló frente a ella. Los gritos eran penetrantes. Estrelló la botella en la cabeza y todo quedó en silencio. La invadía el dolor, pero todavía tenía esperanza de que para él ya fuera suficiente. No le importaba, podía dejarla ahí y escapar. Entonces volvió a ver el cuchillo y soltó un grito que le hizo vibrar hasta los dedos. Metió la mano en los bolsillos, sacó un pañuelo y se lo metió en la boca para mantenerla cerrada. Le dio la vuelta, luego le deslizó el cuchillo por debajo y utilizó su propio peso para enterrárselo en la carne debajo de las costillas. La soltó y volvió a hundirlo, provocándole una segunda y una tercera heridas profundas. Luego, cuando estaba a punto de trabajar en el costado izquierdo, escuchó un crujido. Fuera.

—¿Rach? ¿Rach, cariño? ¿Estás ahí?

Duke la miró.

—Mierda, mierda, mierda. —Los ojos de ella eran suplicantes. Él se estiró y agarró una banqueta.

Donnie cambió de canal en la TV y captó los minutos finales de un informe.

«... se cree que no está relacionada con las otras muertes, al parecer todo indicaría que se cometió durante las horas diurnas». —Mientras veía cómo sacaban un cuerpo de un bar en una camilla cubierta de negro, escuchó a alguien que golpeaba la puerta lateral.

—Donnie, abre, abre... lo siento, hombre, maldición, Donnie. —Los puños martilleaban la madera hasta que oyó la cerradura que se corría y Donnie apareció frente a él.

—Dios santo —se alarmó Donnie. Duke estaba cubierto de sangre, tenía la camiseta empapada, los pantalones vaqueros salpicados, con la cremallera a medio cerrar. Entró a la cocina tambaleándose y con el pecho agitado.

Donnie tomó un trapo del lavabo y comenzó a limpiar las manchas de la puerta.

—¿Por qué no fuiste a la ensenada como siempre? —le preguntó.

—Perdí el control, hombre, perdí el control —respondió Duke—. Alguien apareció. Yo casi la dejo con vida.

—La chica de la TV.

—¿Ya apareció en TV? Hijo de perra.

—¿Y si Geofif estaba allí?

—Su coche está fuera de Amazon —dijo Duke.

Donnie lo observó dirigirse hacia el baño a grandes zancadas.

—Entonces sí soy bueno para algo —le comentó a sus espaldas.

—Sí lo eres, Donnie. Antes yo lo estropeé. Estaba loco. No lo haré solo. Lo que dije fue una tontería.

CAPÍTULO 23

—Actualización del caso Katie Lawson —anunció O’Connor, de pie en su conocido sitio, en el extremo de la sala de conferencias.

»Como ya habéis escuchado, la prueba de la autopsia ha llegado —fragmentos de caracol— que indica que Katie fue asesinada en otro sitio y el cuerpo fue transportado hasta el bosque. El lugar donde nos estamos concentrando es en Mariner’s Strand, donde encontramos otras muestras del, eh... caracol de dunas. Ayer la Unidad de Agua inspeccionó el área, al igual que el puerto, y encontraron una de las zapatillas rosas de Katie, que hoy está siendo analizada para examinar las huellas dactilares. A estas alturas creemos que Katie visitó la tumba de su padre en Church Road —dejaron una rosa blanca allí— y pudo haber seguido por esa calle hasta la zona de Mariner’s Strand donde fue atacada. Por algún motivo pudo haber sido atraída hasta allí; aún no sabemos si se trató de un crimen oportunista o de alguien que habría estado observando sus movimientos. Sabemos que la última llamada que intentó hacer fue a Frank Deegan —señaló a Frank con un gesto, que tenía una expresión turbada en el rostro—. Eso podría significar que era consciente de que se encontraba en peligro o que tal vez estaba llamando por otro crimen. El hecho de que haya llamado a Frank y no al 999 es un dato interesante, aunque ella conocía bastante a la familia Deegan.

»Debido a la demora de tres semanas en encontrar el cuerpo, no esperamos que ninguna otra prueba salga a la luz de nuestra búsqueda en Mariner’s Strand. Algo que destacar es que los posibles movimientos de Katie de esa noche entran directamente en desacuerdo con las declaraciones de Mae Miller, de modo que eso es algo que tendremos que examinar. En cuanto a que el cuerpo fuera dejado en el bosque, podría deberse a varios motivos que incluyen: el aislamiento que provee la naturaleza, la familiaridad con el asesino, la conveniencia, o podría deberse a un motivo más profundo del cual todavía no estamos al tanto. Las propiedades más cercanas al bosque obviamente son la casa de los Lucchesi y la Huerta Miller. Es necesario seguir investigando a fondo a las personas involucradas en esto.

La música se escuchaba fuerte por los altavoces, una melodía metálica y reiterada sobre un bajo retumbante. Duke miró a la peluquera. Llevaba puestos unos pantalones vaqueros de cintura baja que le ceñían los kilos de más y le oprimían por encima de la pretina el vientre perforado con arete. La prenda de arriba negra brillante, sujeta en el cuello y en la espalda, tenía un escote bajo que dejaba a la vista un pecho con una reacción alérgica al autobronceante. Ella movía los labios siguiendo la letra de la música. Mientras cortaba el pelo, los mechones mojados caían sobre un periódico abierto. Ella se agachó y lo limpió, dejando a la vista un dibujo

compuesto por la policía en la página húmeda.

—Eso fue espantoso, ¿verdad? —comentó ella, al tiempo que lo señalaba con el peine—. Esa muchacha que desapareció en Tipperary.

—Espantoso —respondió Duke, mientras miraba un rostro que pretendía ser el suyo.

—Una jovencita se presentó después de unas semanas y habló con la policía. Ella se encontraba en ese sitio —Héroes Americanos— cuando el tipo estuvo allí. Imagine, no se presentaba porque pensaba que tendría problemas en la escuela. Qué pérdida de tiempo. —Seguía cortando—. Dios sabe, a estas alturas la muchacha pudo haber olvidado el aspecto del hombre.

—Probablemente —coincidió Duke—. Aunque algunas caras se te quedan grabadas de por vida, para bien o para mal. Supongo que si lo atrapan nos enteraremos. —Las tijeras se movieron cerca de las orejas de él, cortando el pelo al ras de la cabeza.

El estudio estaba en silencio salvo por el lento zumbido de la máquina de fax. Una tras otra las páginas se deslizaban, volando hacia el suelo hasta formar una pila en el piso de madera. Shaun se acercó y se quedó confundido, tratando de concentrarse en las imágenes borrosas de una página suelta dada la vuelta. Se agachó, la cogió y la acercó más. Era una mujer, con el rostro intacto y el cuerpo profanado con tinta negra por sangre. Unas flechas toscas dibujadas a mano señalaban «heridas punzantes como de zarpas» en el torso, «tres laceraciones simétricas en el área inferior a las costillas», «destripamiento parcial». Una sensación helada latió en la cabeza de Shaun. Cayó de rodillas, aferrando las páginas mientras encontraba una sobre otra las imágenes borrosas pero vividas que resaltaban en blanco una bolsa o un calzado que yacía a un lado que hacía que esas mujeres muertas desconocidas parecieran tan reales. Él se desplomó en el piso.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Joe al tiempo que entraba corriendo—. Shaun, no.

Cayó al piso torpemente atrayendo a su hijo hacia sí, abriéndole los dedos aferrados a las páginas arrugadas.

—Ese fax era para mí, solo para mí —le aclaró en vano.

—¿Es eso lo que le sucedió a ella, papá? —preguntó Shaun en un tono de súplica—. ¿Es eso lo que le sucedió a Katie? Porque es una mierda. Es lo más espantoso que jamás haya visto. Es una absoluta mierda. ¿Alguien hizo eso? ¿Algún tipo hizo esa mierda? —Las palabras y los sollozos se mezclaron horriblemente en su garganta. Joe lo rodeó con los brazos. No recordaba la última vez que habían estado tan cerca. Él no se sentía diferente a su propio padre. Lo soltó y comenzó a juntar las hojas. En ese momento supo que tendría que hacer otro viaje a Dublín.

Mae Miller abrió la puerta todo lo que se podía. Llevaba puesto un vestido largo plateado, con un cordón de cuentas púrpuras anudadas que le caía hasta la cintura, unos guantes negros hasta los codos y un grueso brazalete de perlas en la muñeca. Se había recogido la cabellera gris en un rodete.

—Hola —saludó con una amplia sonrisa.

—Oh, señora Miller —contestó Richie—. No tenía intención de encontrarla a punto de salir. —Miró el reloj. Eran las once de la mañana y él acababa de desayunar.

—En absoluto —respondió Mae—. Simplemente estoy disfrutando de la presentación. No sabía que usted era aficionado a la ópera.

Richie desvió la mirada.

—Eh, quería saber si podría hablar un momento con John.

—Es el intermedio. Se ha ido al bar.

—¿A Danaher's? —preguntó Richie.

—No. Aquí —respondió ella, señalándole arriba.

—¿Le molestaría llamarle?

—Será un placer —respondió Mae, al tiempo que se alejaba como deslizándose—. ¿John? ¿John? —lo llamó—. Mira con quién me he encontrado.

Richie había entrado al vestíbulo y estaba de pie junto a la puerta. John bajó las escaleras pesadamente y frunció el ceño al ver a la madre.

—¿Qué tal, Richie? —saludó abruptamente.

—Ah, John —dijo Mae—. ¿Estás listo? —Ella se dio la vuelta hacia la puerta de la cocina y estiró el brazo como si esperara que la acompañaran. Miró a Richie por encima del hombro—: No queremos perdemos la segunda parte.

—Eso es bastante justo, señora Miller —respondió Richie, mirando el suelo.

Joe conducía hacia el norte de Dublín por Malahide Road. Antes de llegar a la autopista que iba al aeropuerto, dobló a la izquierda y atravesó los portones de hierro rojo del Centro de Entrenamiento de Bomberos, siguiendo una calle con curvas, flanqueada por árboles. El cartel de la morgue lo guió alrededor de un enorme campo donde en una esquina había medio aeroplano apoyado sobre una de las alas. Al ver el falso frente de un club nocturno pintado sobre una pared de ladrillo, se dio cuenta: fuego, entrenamiento. Estacionó frente a cuatro casas prefabricadas, hogar temporal de la oficina de la patóloga estatal. Tenía esperanza de que la doctora McClatchie se encontrara sentada junto a su escritorio. No estaba. Estaba dentro, hablando con su asistente.

—Doctora McClatchie, hola, mi nombre es Joe Lucchesi, soy detective de la policía de Nueva York, y, eh... querría saber si tiene un minuto —le sonrió él.

Ella se vio acorralada pero dijo:

—Está bien, pase a mi oficina.

—Es acerca del asesinato de Katie Lawson —le anunció él.

—Ah —respondió, al tiempo que tomaba asiento y le indicaba con un gesto que hiciera lo mismo—. ¿De la policía de Nueva York? ¿Por qué lo han hecho intervenir?

Él sopesó las palabras.

—Eh, no es así —confesó finalmente. Sacó el fax y lo puso sobre el escritorio que había entre ellos y encima una de las fotografías más gráficas. El nombre Tonya Ramer aparecía escrito arriba. Estaba tendida en la morgue, con el rostro espectral aunque casi sereno. Claramente el cuerpo había sido hallado días después del asesinato. Entre las piernas tenía un revoltijo de tejido y trozos negros de algo que él sabía era madera. Las demás heridas visibles eran laceraciones disparejas en las rodillas y tres cortes de similar tamaño debajo de cada costilla. Lara bajó la vista y luego se apoyó enseguida en el respaldo, aunque continuaba separando las páginas mientras lo miraba fijamente a él.

—¿A qué está jugando? —le preguntó, confundida más que molesta.

—Quiero que mire estas fotografías y me diga si en algún sentido las heridas son similares a las sufridas por Katie Lawson.

—¿Está loco? —le preguntó ella con tono entrecortado, como si estuviera a punto de hacer un gesto con la mano para ordenarle a alguien que ejecutara a ese hombre.

Él tomó aire enérgicamente y agregó:

—Katie Lawson era la novia de mi hijo.

Se apoyó atrás y suspiró.

—Y sé —continuó diciendo él—, que mi hijo es el sospechoso número uno. Creo que el hombre que cometió *estos* asesinatos —señaló sobre la mesa—, puede ser el mismo que asesinó a Katie.

Ella bajó la vista de manera refleja y repasó todas las fotos.

—Usted sabe que no es posible que yo hable de esto con usted. En realidad me sorprende que haya venido hasta aquí.

—No puede culpar a nadie por intentarlo. Créame, realmente aprecio lo que está tratando de hacer, probablemente más que cualquier otra persona que esté trabajando en este caso.

—Ah, pero entonces usted *no* está trabajando en este caso.

—Me descubrió —admitió—. Pero muero por hacerlo. —Lanzó una mirada hacia afuera, donde estaba la puerta de la morgue. Sonrió y se inclinó sobre el escritorio para volver a apilar las fotos—. Siento haberla molestado —se disculpó, cruzando una mirada con ella—. Aunque espero que mi visita no llegue más lejos.

—¿Perdón? —dijo ella.

—No puedo dejar que la policía sepa que me he presentado aquí.

Ella miró al cielo.

—Bueno, tampoco le he dicho nada.

«Ah, pero sí que me ha dicho todo», pensó Joe. Había recibido entrenamiento relacionado con las reacciones viscerales y con las reacciones derivadas de éstas: parpadeos, tics nerviosos, temblores, tragos de saliva, palabras caricaturescas que describían cosas que a él le servían para diferenciar a un hombre sincero de otro mentiroso. La reacción que ella había tenido ante las fotos para él habían sido por demás elocuentes: las heridas no eran las mismas. Igualmente, lo único que no lograba precisar era el motivo del leve ceño fruncido que detectó en su rostro en el último momento y su casi renuencia a soltar las fotos.

—Aquí tiene mi tarjeta por si necesita contactar conmigo.

Ella lo miró fijamente. Él ignoró la expresión, tachó el número de Nueva York y anotó el número del teléfono móvil de Irlanda. Se puso de pie para marcharse, pero el movimiento fue demasiado rápido para un estómago vacío y trastabilló de costado, agarrándose del escritorio para apoyarse.

—¿Se siente bien? —le preguntó Lara al tiempo que se le acercaba.

Cuando él levantó la cabeza, unos puntitos plateados bailaron delante de sus ojos.

—Siéntese —le sugirió Lara, y le acercó una silla—. ¿Se siente bien?

Él logró asentir con la cabeza. Se llevó la mano a la nuca y comenzó a frotarse.

—Solo me he sentido algo mareado —le contó—. No he comido. —De repente, alargó la mano, cogió el cesto de papeles y tuvo violentas arcadas, escupiendo saliva sobre los papeles arrugados y las peladuras de lápices que había adentro. Le ardió la cara.

—Sabía que no debía comprar mimbre —comentó ella.

—Cielos, lo siento mucho —se disculpó él—. No sé...

—¿Tiene dolor de estómago? —le preguntó ella—. Se le ve terriblemente pálido.

—No. Es solo que no he comido y he tomado algunos calmantes y otras cosas. Y café.

—¿Le molesta si le pregunto por qué toma calmantes? ¿O es que todos los policías siguen la misma dieta?

Él rió resoplando.

—No para la primera pregunta y sí para la segunda. Pero siento mucho dolor de mandíbula y presión en la cabeza. Comer puede ser peor, así que supongo que por eso me mareo...

—¿Le molesta si lo examino? —le preguntó ella, ya estirando las manos.

Él echó la cabeza atrás de un tirón.

—Está perdiendo su tiempo.

—En mi oficina mando yo —se impuso ella, ignorando la renuencia de él y presionando los pulgares fríos a los lados de la nariz y en las mejillas, luego sobre ambas cejas. Él contuvo la respiración. Evitaron el contacto visual.

—Lo siento —le apartó la mano—. Tengo que respirar.

—Yo no le he pedido que no lo hiciera —aclaró ella.

Él lanzó una mirada al cesto de papeles de mimbre.

Ella soltó una carcajada.

—Tendría que oler mi mundo. —Volvió a sentarse al borde del escritorio—. Bueno, no son los senos —le informó—. Ha dicho que le duele al comer. ¿Dónde?

—Aquí —respondió él, frotando los dedos en el borde puntiagudo de las patillas. Y cambió de posición en la silla.

—Bien —dijo ella y él bajó las manos. Le puso los dedos a ambos lados en el mismo lugar.

—Abra y cierre la boca —le pidió—. ¿Siente algo?

—Como un crujido —le respondió.

—¿Dolor?

—No, pero ya he tomado muchos calmantes.

—Ah, sí. ¿Alguna vez se le traba la mandíbula? ¿Algunas veces escucha que hace ruido?

—Sí.

—¿Siente dolor en el cuello o en las mejillas?

—Sí.

—¿Alguna vez le han diagnosticado dolor de muelas, de oído o sinusitis?

—Sí, mire, se lo agradezco, pero realmente tengo que irme.

—¿Alguna vez ha sufrido alguna herida en el rostro o en la mandíbula?

Las imágenes de las peleas de su infancia le pasaron volando por la mente, un accidente de coche en la adolescencia, una paliza en un bar en su despedida de soltero, una puerta que se le cerró en la cara durante una redada, una explosión...

—Sí —le respondió.

Ella retrocedió.

—¿Buenas o malas noticias?

—Malas.

Ella movió la cabeza.

—¿Es pesimista?

—En el peor de los casos.

—Antes que nada, yo no soy su médico clínico, de modo que lo que le estoy dando es una opinión experimentada. Podrían ser dos cosas: algún tipo de neuralgia facial, o posiblemente una disfunción de la ATM. Significa articulación temporomandibular, las articulaciones que le permiten abrir y cerrar la mandíbula. Y como es norteamericano entenderá la parte de la disfunción.

En Lara McClatchie nada iba más allá de un comentario.

—Yo me inclino por la disfunción ATM —le dijo—. La he visto antes. Y mi

hermano la padece.

Lo examinó un momento.

—¿Por qué tengo la sensación de que usted simplemente me está siguiendo la corriente?

Joe no dijo nada.

—Usted ya sabe esto, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—¿Y por qué no ha hecho nada al respecto?

—He estado muy ocupado.

—Realmente tendría que encontrar el tiempo para hacerse un tratamiento. Su cerebro gasta mucha energía cuidando esa articulación. Y si está estresado el problema empeora, que, dadas las circunstancias, yo diría que lo está. Probablemente le hagan un entablillado, una protección bucal que usará todo el tiempo o solo por las noches. Aunque también hay otras opciones, como la cirugía... —Ella rió al ver su reacción—. Ah —bromeó—, he llegado a la raíz de la negación.

Él se encogió de hombros.

—No se irá —le advirtió ella.

—¿Podría darme algo por el momento?

—Se está olvidando de que yo veo gente muerta.

—Ah, sí —sonrió él.

—Apuesto a que no lo ha estado haciendo demasiado últimamente —comentó ella.

—No —respondió él.

—Aquí tiene —le ofreció al tiempo que se inclinaba por encima del escritorio y garabateaba algo en una hoja—. Éste es el nombre de una especialista del Hospital de Oftalmología y Otorrinolaringología, la doctora Morley. Podría resolverle el problema. Fuimos juntas a la universidad. Me robó el novio.

—¿Y qué? ¿Me envía como su revancha?

—Buen punto —admitió Lara con una sonrisa burlona—. Devuélvame eso.

Tachó ese nombre y anotó otro.

—Aquí tiene. Vaya con este tipo. Él no es muy amante de las cirugías —sonrió ella.

Se lo agradeció y se marchó. Lara salió a la puerta en busca de su asistente.

—¿Gilí? —llamó—. ¿Sabes dónde están mis pinzas?

Gilí asintió con la cabeza.

—Bien, si pudiera quitar algo con ellas en este momento sería la banda de platino de cuatro dedos de ancho de la mano izquierda de ese hombre.

—Platino —repitió Gilí—, lo dice todo.

—No puedo creer que casi se lo envió a esa arpía de oftalmología y otorrino —

suspiró—. Hablando más en serio, necesito que me traigas un expediente.

—Pero *sí* estabas hablando en serio de ese hombre.

—Cierto.

John Miller estaba sentado en el bar con una cerveza, jugando con un vaso de whisky pequeño. Ed se quedó observándolo unos minutos, luego de repente se inclinó por encima del mostrador y le dijo firmemente al oído:

—Voy a decirte algo y espero que estés escuchando.

—¿Qué? —preguntó John.

—Tú no eres un alcohólico.

John apoyó la cerveza suavemente.

—Lo que te estoy diciendo, Miller, es que tu cuerpo no es adicto al alcohol. Tú solo eres adicto a estar ausente para poder olvidar. Mañana podrías parar sin ayuda y creo que lo sabes. Pero dentro de seis meses podría llegar a ser otra historia.

—Cielos, solo he venido por un par de tragos —se defendió John.

Ed golpeó el puño en la barra. Luego se dio la vuelta y tomó una de las fotos que había en la pared. Era el equipo de rugby Munster de 1979. La arrojó sobre el mostrador y señaló con furia la fila de atrás donde estaba situado John Miller, joven y saludable, con una amplia sonrisa amigable.

—¡Eras un ganador! —comentó Ed.

—Ah, finalmente todas son tonterías —respondió John.

Ed casi le grita.

—¡Deja de comportarte de ese maldito modo difícil, por el amor de Dios! Tengo suficientes clientes y con uno menos no habrá gran diferencia. He escuchado tus mierdas sobre tu esposa e hijos todos los días durante más de un mes. Lo que estoy diciéndote es que dejes de lloriquear y que hagas algo al respecto. Si tu esposa no quería que aquel tipo bueno regresara, definitivamente no querrá a este desperdicio en el que te has convertido.

Victor Nicotero estaba a punto de hacer una llamada cuando vio una luz roja titilando en el contestador automático. Pulsó *Activar*.

—Hola, Nic, soy Joe. El viaje a Texas queda suspendido. No estoy seguro... ¿Qué puedo decirte? Todo y nada tiene sentido. Tengo la cabeza fundida. Pero gracias de todos modos.

Anna estaba cansada y pálida al llegar al supermercado. Se desplazó rápidamente entre los pasillos cortos, tratando de ignorar las miradas dirigidas en su dirección. La cara se le estaba empezando a poner caliente y las manos húmedas y frías. La cesta

casi se le resbala de la mano, y cuando se inclinó para sostenerla vio un par de botas de pescador en el piso frente a ella. Levantó la vista.

—No me gusta lo que ha hecho Shaun —arremetió Mick Harrington. Se había preparado para decir eso, pero se lo veía claramente abochornado.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó Anna.

—Ya sabes, hizo que Robert le cubriera las pruebas. Hizo que fuera a Vista Marina y apagara la luz después de haber estado allí con Katie. Robert pudo haber sido arrestado.

—Yo no sabía que Shaun hubiera hecho eso —se sorprendió Anna—. Pero sé que no estuvo bien. No sé qué más decirte, Mick. Shaun se encuentra muy turbado. No tenía idea de que nada de esto estaba sucediendo. Hubiera hecho algo al respecto.

—Parece que tú y Joe desconocéis bastantes cosas, ¿verdad? —comentó Mick—. ¿O es que estáis negándolo?

Anna no podía hablar.

—Robert no volverá a ir por allí —advirtió Mick.

Anna se quedó sola en el pasillo. Contuvo las lágrimas y se dirigió hacia la caja. Mientras estaba en la cola escuchó que alguien gritó su nombre.

—Anna —volvió a escucharse la voz, esta vez con un golpecito en el hombro—. ¿Cómo estás?

Se dio la vuelta y vio a Nora Deegan que le sonreía cálidamente.

—Debe ser espantoso por lo que estás pasando. Espantoso.

Su voz sonaba fuerte y firme.

Aferró el brazo de Anna. La mujer que estaba en la caja miró.

—De todos modos, no nos quedaremos con eso —se solidarizó Nora—. Me preguntaba si te gustaría pasar esta tarde a tomar café.

—Claro —aceptó Anna—. Sería estupendo.

Barry Shanley fue hasta la puerta de entrada, dando golpecitos con los dedos en una mancha de sangre en la cabeza afeitada. Respiró profundamente al ver quién estaba fuera.

—Hola, Barry. ¿Puedo pasar? —preguntó Frank y le miró los pantalones militares, la camiseta negra con una inscripción que decía «No abandones a ningún hombre».

—Sí, claro. —Barry retrocedió.

—¿Está tu padre?

El padre de Barry trabajaba en los traspordadores de Rosslare. Rara vez estaba en casa.

—Eh, sí.

—¿Y tu madre?

Barry asintió con la cabeza.

—¿Quiere que los busque? Estoy en mitad de mi tarea. —Se aferró a la baranda.

—También necesito hablar contigo —agregó Frank.

—Ah. Está bien.

El señor y la señora Shanley guiaron a Frank hasta la sala y se sentaron en el sofá con cautela. Barry se apoyó en la puerta desgarrada. Frank sacó un trozo de papel y abrió el correo electrónico para entregárselo al señor Shanley.

—¿Qué es esto? —le preguntó.

—Bueno, en los viejos tiempos, le hubiéramos llamado anónimo. Pero hoy en día, uno puede hacerlo por correo electrónico. Le fue enviado a Shaun Lucchesi y yo creo que fue Barry. —Sus padres lo miraron.

—Jamás en mi vida he visto eso —respondió Barry. Los padres hicieron un gesto con la cabeza.

—Vamos, Barry —insistió Frank—. Ayer de regreso a casa le hice una visita al señor Russell, el profesor de informática de la escuela y logró rastrearlo hasta ti.

—Debe haber algún tipo de error —empezó a decir la señora Shanley—. Esto es terrible. Algo espantoso para enviar, no importa lo que haya hecho Shaun Lucchesi.

—¿Qué cree que ha hecho Shaun Lucchesi? —preguntó Frank.

La señora Shanley se ruborizó.

—Sí, es algo espantoso para enviar —opinó Frank—. Y me temo que Barry es la persona que lo envió —se volvió hacia él—. El señor Russell es un experto y podría jurarlo en la corte si fuera necesario.

Barry abrió los ojos.

—¿Tendré que ir a la Corte? —Comenzó a temblar.

—Esto es culpa tuya —la señora Shanley acusó al esposo.

Todos se volvieron a mirarla.

—Bueno, sí lo es —aseguró ella—. Nunca estás aquí para imponer disciplina al muchacho.

Frank se concentró en Barry.

—No —le respondió—, no tendrás que ir a la Corte. Pero creo que les debes una disculpa a los Lucchesi.

Barry empezó a llorar.

Danny Markey se colgó por el borde del respaldo del sofá a las seis de la mañana, cogió el teléfono y marcó un número.

—Hoy en día uno no sabe quién te está escupiendo la hamburguesa —dijo.

—Danny. ¿Qué sucede? ¿Cómo es que tú estás despierto?

—Otra de esas noches de sofá en la residencia Markey. Hablé con Kane. Está lanzando hamburguesas aquí mismo en Nueva York, así que gracias por traer la

montaña a Mahoma. Y quiero decir montaña. Es un tipo enorme, aunque extrañamente cariñoso. Algo cómico. Igual no podría incluirlo en esos rap de mierda. Tortura, mutilación... le sacó los ojos a alguien, con una muleta. Psicópata hijo de puta.

—¿Y qué hay con Rawlins?

—Me temo que nada importante. Aquí va: loco; Kane se encargó de delectarme, como si él supiera hablar; obsesionado con los halcones Harris, lo cual respaldaría la primera acusación; se volvió loco cuando mataron a Riggs, pero también pensaba que el tipo hizo lo correcto al hacer volar a la madre y a la hija, porque las promesas se cumplen. Eso fue todo. No te mencionaron, amigo.

—No creí que lo hiciera. No lo sé... —Sentía que las palabras se le mezclaban en la cabeza, debatiéndose por ver cuál salía primero.

—Realmente necesitas relajarte con todo esto, Joe. No pareces en tus cabales. ¿Va todo bien? ¿Qué hora es allí? ¿Has estado bebiendo cerveza?

—No —respondió Joe—. Es solo el dolor. —Nada le salía bien. Empezó a sentir pánico.

—Mira —lo tranquilizó Danny—, todo acabará y algún loco de ahí caerá encerrado por eso.

—No estoy tan seguro —reconoció Joe.

—Hombre, hablas como si necesitaras dormir un poco.

Joe resolló.

—Dormir. Genial. —Se frotó los ojos.

—Bueno, entonces date una ducha. Soy yo el que está llamando a mitad de la noche, recuerda —dijo y rió. Joe no.

—¿El nombre Rawlins te dice algo, Danny?

—Desde ahora solo significa *loco*.

—¿Y antes? ¿Nosotros trabajamos con algún Rawlins?

—Se lo estás preguntando a la persona equivocada.

—¿Qué hace ruido.

—Jamás lo hubiera imaginado. Mierda. Ahí viene Gina de nuevo. Tengo que irme.

Anna nunca había estado antes en la casa de los Deegan. Quedaba en una pequeña calle lateral de Mountcannon, pero del otro lado de la comisaría, de modo que no tenía vista al mar. Estaba pintada preciosa, con un techo de paja recién terminado y puerta y ventanas con marcos de color verde tradicional. No había timbre, de modo que Anna golpeó suavemente con el llamador de bronce.

—Bueno, la esposa del oficial no va a andar invitando a su casa a la madre de un asesino, ¿verdad? —comentó Nora al tiempo que la hacía entrar.

La franqueza de Nora podía llegar a ser impactante, pero Anna trató de reírse.

—Es un placer. Bueno, en realidad, es un poco egoísta por mi parte —admitió Nora—. Tenía la esperanza de explotar tus conocimientos mientras estés aquí.

—Claro. ¿Sobre qué?

—La galería. El interior, más específicamente. Quiero que quede perfecta, pero no tengo presupuesto, ya lo sabes.

—Me encantaría ayudar —ofreció Anna—. Pero ¿estás segura? No quiero dificultarte las cosas. Sé como es la gente.

Nora miró al cielo.

—Necesito una experta y basta. No les prestes atención a ellos ni a sus tonterías.

—En realidad no soy una experta —reconoció Anna—. Soy nueva en esto.

—Pero estás trabajando para una de las revistas de interiores más importante del mundo.

—Fue suerte y contactos —admitió Anna—. Ellos no vinieron a mí. En realidad estaba comenzando, solo hace cuatro años que soy diseñadora. Fui yo la que acudí a ellos... con una propuesta que esperaba que no rechazaran. Mi profesora de decoración de interiores me dio una buena puntuación. Cuando le expuse mi idea, me envió a hablar con su amigo de la revista a quien le gustan los desafíos.

—Bueno, entonces te lo merecías. Éste es un riesgo elevado. Quiero decir, no te lo habrían concedido de no pensar que eras capaz de llevarlo a cabo.

—Joe diría que no soy muy buena con los presupuestos.

Shaun sacó la maleta del armario y la abrió sobre la cama. Estaba sacando una pila de ropa limpia de la cómoda cuando Joe bajó las escaleras hasta su habitación.

—¿Qué está ocurriendo? —le preguntó.

Shaun giró en redondo.

—¿No podías llamar?

—Lo he hecho. No has contestado. ¿Qué estás haciendo?

—El equipaje.

—Vamos, Shaun, deja esa actitud. ¿Adónde crees que vas?

—A casa. De regreso a Nueva York.

—¿Cómo?

Shaun bajó la vista.

—El abuelo me ha enviado un pasaje. —Señaló el escritorio. Joe cogió un delgado sobre de viaje.

—Sí, bueno, ya lo veremos —amenazó mientras iba caminando hacia la puerta—. Y puedes dejar la maleta —agregó—. Después de hablar con tu abuelo, iré a caminar y después a Danaher's. Será mejor que estés aquí cuando regrese.

—Probablemente no te sirvan nada —le gritó Shaun—. Todos nos detestan.

Nora bajó de un rincón del escritorio una pila de libros, revistas y papeles y los llevó hasta la mesa de la cocina. Abrió los libros por las páginas que había marcado con tarjetas y le mostró a Anna los artistas cuyas pinturas esperaba exhibir. Miró detenidamente recortes de secciones de cultura de periódicos, notas de arte de revistas y faxes de contactos de otras pequeñas galerías de todo el país.

—Creo que quizá tenga algo en casa que podría llegar a gustarte ver —ofreció Anna—. Una idea en la que comencé a trabajar antes, pero no he tenido la oportunidad de terminar.

—Brillante —respondió Nora, seleccionando más documentos.

—¿Quién es este sujeto? —preguntó Anna, señalando la mitad superior de un rostro solemne, oculto bajo unas hojas—. ¿Un artista?

Nora quiso coger el fax, se ruborizó, pero Anna ya lo había sacado y supo que lo que estaba viendo era una foto. Se llevó una mano a la boca.

—Es de Frank —aclaró Nora—. Debí de haberla arrastrado con mis cosas.

El rostro de Anna palideció.

—Oh, Dios mío —exclamó—. ¿Quién es? —se volvió hacia Nora—. ¿Quién es? ¿Por qué Frank tiene esta foto? —Le temblaba la mano. Nora no respondió. Anna volvió a mirar la hoja y notó un garabato escrito, cinco letras cortadas al borde de la página, *chesi*—. ¿Esto tiene algo que ver con Joe? —le preguntó con voz temblorosa.

—Tendrás que preguntárselo a él —respondió Nora—. Lo siento. Ha sido un error por mi parte.

—No, no lo ha sido —la desculpabilizó Anna—. Pero tendré que irme. Tengo que hablar con Joe.

Joe marcó los números en el teléfono y caminaba por la cocina antes de que Giulio contestara.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —le preguntó.

—Supongo que estarás hablando de los pasajes de avión. Estoy ayudando a mi nieto.

—Haciendo tu gran jugada. Él no necesita tu ayuda.

—El chico ya ha pasado por demasiadas cosas. Necesita un respiro.

—Eso no depende de ti. ¿Estás loco? ¿Venir a arrastrarlo de vuelta a Nueva York? ¿Crees que aquí eso le hace bien a alguien?

—Él me llamó, buscando ayuda. Y yo lo estoy ayudando.

—A huir. No puedo creer que esta conversación esté teniendo lugar. Ni siquiera puedo creer que Shaun te haya llamado.

—No, creo que no llegas a entender del todo lo que ha estado pasando por su

cabeza —le dijo Giulio.

—¿De qué estás hablando?

—Se siente como un criminal. Solo tiene dieciséis...

—¿Y qué diablos sabes tú sobre tener dieciséis años?

—Y luego tú, yendo de un lado a otro tratando de involucrarte, avergonzando al pobre muchacho.

Joe quedó desconcertado.

—Nada de esto es de tu incumbencia —lo reprendió bruscamente.

—Sí me incumbe, si mi nieto es infeliz.

—Pero si tu nieto es infeliz... «Comprende, Joseph. Mamá y papá aún te quieren, es solo que no pueden vivir juntos». —La voz sonaba cruel—. Eres un tipo muy frío, Giulio.

—Shaun necesita marcharse, relajarse, donde nadie se cruce de acera para evitarlo.

—Nadie se está cruzando de acera para evitarlo, por el amor de Dios.

—Él ve las cosas diferentes. Necesita que lo acepten en esta etapa de la vida. Y eso no es lo que está sucediendo en ese pequeño pueblo de por allí. Maldición, déjalo ir antes de que el daño sea mayor. Él está en una etapa importante...

—¿Cómo? ¿Ahora estás compensando el tiempo perdido? ¿Es eso? ¿Estarás a su lado porque no lo hiciste conmigo?

—Bueno, y mira cómo has terminado, no puedes seguir adelante con nada.

—Dios santo, de nuevo con la universidad. Déjame aclarártelo, jamás iba a resultar. No nací para ser nada que creas que se vea bien ante tus amigos profesores o a quién demonios quieras impresionar. Sí, mi hijo es policía, sí, sí. Apuesto a que eso no sale demasiado en las conversaciones de almuerzo con el rector. ¿Papá? Hubiera sido un entomólogo de mierda, ¿de acuerdo? Pero sí soy un maldito buen policía.

—¿Y entonces por qué no estás trabajando ahora?

Joe estaba furioso.

—Lo echaste a perder, Joe, y lo sabes.

La línea quedó zumbando. Joe no podía estar más furioso, de modo que hizo lo mejor que podía hacer. Respiró profundamente varias veces, bajó el tono de voz y habló despacio.

—Crees que no puedo seguir adelante con nada, ¿eh? ¿Es eso lo que sientes? ¿Y Anna? ¿Qué hay con la mujer que amo y que prometí amar con todo mi corazón el día en que me casé con ella? Diecisiete años de matrimonio. Ahí tienes, ahí hay algo... he seguido adelante con mi esposa. Que creo que coincidiremos en afirmar que es muchísimo más honesto que dejar abandonada a una muerta.

El jeep se fue y, cuando Anna regresó, la casa estaba vacía. El teléfono móvil de Joe

estaba sobre la mesa de la cocina. Ella aún estaba tratando de llegar a una conclusión con respecto a la foto. No quería pensar en lo que significaba. Recordó el proyecto que quería mostrarle a Nora y fue hasta el archivo que estaba en el estudio. Buscó en el cajón de arriba, pero estaba abarrotado. El de abajo aún estaba abierto. Se agachó y tiró. Al fondo, una esquina de una hoja se salía de una carpeta marrón sin etiqueta. Su mano revoloteó por encima de la hoja. Era el cajón de Joe, estiró la mano y la sacó. Era una breve carta destinada al departamento de personal de One Pólice Plaza. Se le hundió el corazón. Bajó la vista y leyó: «Joe Lucchesi... Número de placa... desearía reincorporarse... lo antes posible... tengan a bien considerar mi solicitud...».

Anna cerró el cajón de una fuerte patada.

El cielo estaba gris en la Mariner's Strand. Joe caminaba por la arena con guijarros, deseando ser unas de las personas que estaban disfrutando de la vista. En cambio estaba pensando en el sufrimiento: en el suyo por la pérdida del matrimonio perfecto, en el de Shaun por la muerte de su hermosa novia.

Vio a Frank y Nora Deegan junto al agua y se acercó. Frank le hizo un gesto a la esposa y ella se adelantó.

—No sé si sean buenas o malas noticias para ti, Joe, pero descubrí quién le envió ese correo electrónico a Shaun. Fue Barry Shanley, un estudiante de quinto año del St. Declan's que estaba tratando de hacerse el duro.

—¿Estás seguro? —preguntó Joe—. Pero...

—Lo he rastreado todo en detalle con el profesor de informática de la escuela. No hay absolutamente ninguna duda y, aparte, Barry lo admitió. Cuando me fui estaba llorando. Ya has pasado por mucho, Joe. Es comprensible que este tipo de cosas te pongan nervioso. Ah, y hoy Richie fue a ver a Mae Miller y dijo que no hay problema con ella. No creemos que sufra de Alzheimer, Joe. Puede que John Miller sea un tipo extraño, probablemente en busca de un poco de compasión.

—Ah.

Joe se alejó sin más que decir, con la mente ya distraída por un arranque de resentimiento hacia Giulio. Hasta los menores fallos volvían a recordarle la baja expectativa que su padre tenía en relación a él. Siguió caminando por la playa, respirando profundamente, luchando contra la furia que sabía —por esta agotadora reacción en cadena— se despertaría en él a la larga. Se detuvo y se dio la vuelta a mirar el mar. Una gaviota atravesaba el cielo a lo lejos, las alas con puntas negras la guiaban con gracia. Joe se quedó paralizado hasta que la gaviota bajó súbitamente en picado hacia el agua y de pronto devolvió a Joe a la palma de la mano abierta de Donald Riggs y a la silueta del halcón. Recordó el silencio dentro de su cabeza, escalofriante, en contraste con el caos que lo circundaba. Y entonces cayó en la cuenta. Rawlins. Rawlins. Buscó a tientas el teléfono móvil dentro de la chaqueta y

marcó el número de Danny.

—Danny, soy yo. Hazme un favor. Envíame por Fed Ex *el expediente gris*. Ahora.

Anna caminó por la casa tratando de decidir qué hacer. No quería desperdiciar su rabia en una llamada telefónica que Joe podía cortar. Quería que él registrara cada pizca de dolor y decepción que ella estaba sintiendo. Había estado en lo cierto, sus dos hombres le habían estado mintiendo. Había luchado por ellos más de una vez y ése era el modo en que le pagaban.

—¡Al diablo! —Estaba volviendo al cajón cuando escuchó sonar el timbre. Se quedó inmóvil.

Volvió a sonar. Irrumpió en el vestíbulo y abrió la puerta bruscamente. Había un hombre sonriendo parado frente a ella. Llevaba puestas unas botas marrones de excursionismo, pantalones ceñidos, una camisa a cuadros y un chaleco color crema. El ritmo del corazón de Anna aumentó tan bruscamente que se quedó paralizada. Él le recordó que era Gary, el jardinero sustituto. Ella se descubrió mirándole fijamente los tendones de los brazos. Y luego se percató de que él había dejado de hablar. Levantó la vista, sus ojos se encontraron y a él se le borró la sonrisa. Anna comenzó a buscar la puerta a tientas, desesperadamente. Trató de trabarla con el pie descalzo. Duke ya la estaba empujando y deslizándola contra la pared. La madera áspera le raspó los pies, arrastrando astillas en la piel rasgada. Ella gritó y quitó los pies bruscamente golpeando atrás ruidosamente contra la pared. Cayó de rodillas y pasó a gatas junto a Duke. La alcanzó de un paso. Le envolvió los brazos alrededor de la cintura, luego la giró y le apretó el estómago y las costillas. Ella intentó calcular la distancia del brazo, pero él la apretó con fuerza. Algo se hundió en su interior. Mientras la sacaba de nuevo por la puerta, ella captó el extraño reflejo distorsionado de él en el vidrio. Lo único que logró distinguir fueron las pupilas dilatadas que la hicieron gritar. Como ventanas de un alma... un alma negra.

Ray y Hugh estaban sentados en el bar manteniendo una de sus típicas discusiones cuando Joe se les unió.

—Para mí, esos rostros confeccionados por la policía son como toda una raza aparte —comentó Hugh—. Como ese sujeto de ese lugar, Héroe Americano. Ese rostro no existe en ninguna realidad. Solo en un expediente policial o en el periódico. Quiero decir, el rostro que nosotros vemos en realidad no es el de nadie. Es como el de un mutante, confeccionado de acuerdo a un recuerdo. Yo siempre imagino esos rostros bidimensionales flotando en un lugar, con esos ojos malvados, esos pómulos angulosos y siempre con esa extraña boca pequeña: «Hola, soy el boceto del robo.

¿El del banco? ¡Guau! ¡No te pareces en nada al sujeto que mostraron!». —Miró a Ray y a Joe—. ¿Entendéis lo que digo? —agregó.

—El PC de Hugh está en reparación —dijo Ray—. Para él ha sido un fastidio.

Hugh asintió con pesar.

—No he visto el dibujo del que estáis hablando, pero creo que son todos una mierda —opinó Ray—. Hace un par de años, había un violador por Waterford y la policía publicó uno de esos dibujos compuestos que era mi imagen. Lo juro por Dios. Apareció en todos los periódicos. Creí que yo era el único que lo había notado, pero todo el mundo me miraba fijamente...

—Yo diría que Richie Bates lo dibujó solo para fastidiarte —sugirió Hugh.

—No me extrañaría viniendo de él —respondió Ray.

—Bueno, después de aquel episodio de furia al volante del otro día en la calle... —comentó Joe.

—¿Y ahora qué es lo que ha hecho? —preguntó Ray.

—¿Qué es lo que quieres decir? Eras tú quien estabas ahí.

Ray lo miró fijamente.

—¿Con la basura en la calle en la puerta de tu casa?

Ray y Hugh intercambiaron miradas. Ray rió resoplando. Tres cervezas llegaron delante de ellos y la conversación cambió.

Robert Harrington salió por la ventana del techo del invernadero, montado a horcajadas sobre los paneles de vidrio, apoyando los pies con cuidado sobre el aluminio. Bajó lentamente, luego saltó al jardín, lo atravesó corriendo a toda velocidad y salió a la calle.

—Vía libre —anunció Shaun, al atender la puerta—. Mamá y papá han salido.

—Tú y tus expresiones irlandesas —le dijo Robert—. ¿No deberías decir algo así como «estoy solo en casa»? Eres una mierda, a propósito.

—Gracias. Entra. Te lo contaré todo. Mi vida es un desastre. Creo que deberíamos asaltar el armario de bebidas.

—Sin excusas —coincidió Robert—. Y he llamado a Ali. Está en camino.

La mesa de la cocina estaba cubierta de expedientes. Frank se sentó, apoyado sobre los codos y examinó una carpeta abierta. Nora se quedó parada en la entrada.

—Pensé contarte lo que sucedió hoy...

Frank levantó la mano para detenerla. Y luego levantó la vista con las gafas de aumento.

—Lo siento —se disculpó—. Estoy hasta el cuello tratando de resolverlo todo. —Se apartó de la mesa.

—Sé que es así, cariño —lo calmó Nora—. Estás pálido. Y tus ojeras son enormes —le sonrió ella—. ¿Te sientes bien?

—Tengo el estómago hecho trizas. —Hizo un gesto señalando la cafetera.

—A veces vale la pena —le respondió ella sonriendo—. Si es que has bebido demasiado para mantenerte activo.

—Es que... me estoy volviendo loco tratando de deducir por qué de todas las personas, Katie escogió llamarme a mí. ¿Por qué no al 999 o a la comisaría o a Shaun por lo que fuera?

Aunque hubieran discutido, como supongo... —Él suspiró—. Simplemente no lo sé.

—No permitas que O'Connor te escuche decir eso.

Rieron.

—No te preocupes por la llamada. Pronto descubrirás de qué se trata todo —lo tranquilizó Nora, al tiempo que se acercaba y le ponía las manos sobre los hombros. Le inclinó la lámpara que tenía al lado—. Así está mejor.

—Gracias —respondió él.

—Te dejaré con esto.

Mientras Joe entraba con el jeep por el sendero, las luces delanteras enfocaron la cima del faro donde había una silueta peligrosamente inclinada sobre las barandas del balcón. Retrocedió el vehículo y las luces alumbraron a otras dos personas debajo que saludaban al que estaba arriba. Aceleró de golpe y condujo hasta la mitad del sendero, detuvo el motor y bajó de un salto a las escaleras que daban al faro. Caía una llovizna brumosa y cuando se acercó, vio a Ali inmóvil en el lugar. Robert se volvió tambaleándose para mirarlo de frente.

—Señor Lucchesi —señaló arriba hacia el balcón—. Es Shaun. Está ahí clavado. Dice que va a saltar. —Robert apestaba a cerveza, pero estaba casi sobrio del susto.

—Dios santo —exclamó Joe—. ¿Qué diablos está sucediendo?

—Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios —repetía Ali de manera histérica.

—Estábamos bebiendo en casa —contó Robert—. Después él quiso salir bajo la lluvia, entonces accedimos y luego dijo que quería mostrarnos el faro y se adelantó corriendo y ha estado colgado de la baranda desde hace mucho tiempo diciendo que quiere morir. Nosotros no sabíamos qué hacer. No podíamos dejarlo.

—¿Dónde está Anna? —preguntó Joe.

—No lo sé —respondió Robert—. Shaun dijo que salió.

—¿Él ha tomado algo? —preguntó Joe.

—¿Como drogas? No. Solo ha mezclado bebidas.

—Mierda —maldijo Joe.

Ambos observaban cómo Shaun vomitaba en el viento y todo se le volvía encima.

—Quiero morir —se lamentaba.

—Bueno, y yo quiero matarte —lo regañó Joe entre dientes.

Robert sonrió.

—Lo siento, señor Lucchesi. No tenía idea...

—No es culpa tuya —lo disculpó Joe—. Él ha estado pasando momentos difíciles. Era inevitable.

—Tú no quieres morir, Shaun —le gritó Joe—. Baja, por el amor de Dios. Te prepararé café.

—Mi vida ha acabado —gritaba Shaun, sujetándose de la baranda y balanceándose hacia atrás—. Katie ha muerto y todos piensan que yo la maté.

—No, no es así —gritó Robert.

—¿Y tú qué sabes? —respondió Shaun—. Tu padre ni siquiera me quiere cerca.

Robert se encogió de hombros hacia Joe.

—Vamos, hijo —le pidió Joe—. La que está hablando es la cerveza. Voy a subir por ti y vamos a bajar juntos. ¿Puedes quedarte dónde estás?

—Vete al diablo y déjame en paz —gritó Shaun, tratando de subir la rodilla para trepar. Retrocedió trastabillando y golpeó contra la pared, el estómago se le partió en dos. Volvió a vomitar y se limpió con la manga.

—Ay, cielos —dijo Joe—. Voy a subir, muchachos. Esperad aquí. Él no va a saltar. Ni siquiera lograría subir la pierna a la baranda.

Joe corrió hacia las puertas dobles y escaleras arriba hacia la torre del faro, empujó las puertas hacia el balcón. En ese momento Shaun estaba llorando, frotándose los ojos con las manos, le temblaban los hombros. Joe se sentó y lo atrajo hacia sí, acariciándole los cabellos y diciéndole que todo saldría bien. Les gritó a Robert y a Ali que se fueran a casa.

Al cabo de media hora, logró poner a Shaun de pie y guiarlo escaleras abajo y atravesar el césped hasta la casa. Shaun murmuró cosas durante todo el trayecto, pasando salvajemente de una emoción a otra.

—Anna —llamó Joe cuando llegaron.

—Madre —gritó Shaun con acento inglés—. Oh, madre. Joe rió y luego le preguntó.

—¿Tu madre te dijo antes si iba a salir?

—No —respondió Shaun—. No lo recuerdo. Tal vez. ¿Pero en realidad quién sabe? —Suspiró.

—Bueno, claramente no me sirves para nada. A la cama. Ahora. En realidad, ¿sabes qué? Primero ducha.

Shaun se desplomó en el piso y se encorvó haciéndose una pelota, el rostro descansaba sobre la alfombra de cerda y tenía los ojos cerrados.

—Levántate —pidió Joe, arrastrándolo por la alfombra. Lo llevó al cuarto a la

rastra—. Puedes hacer el resto.

Joe miró en la cocina, pero estaba vacía y a oscuras. Subió y llamó de nuevo a Anna. No obtuvo respuesta.

CAPÍTULO 24

Stinger's Creek, centro-norte de Texas, 1989

Los bancos de madera estaban vacíos y los aspersores activados. Un jardinero mayor con una camisa lisa clara se estiró y se despegó la tela de la espalda sudada. Duke Rawlins estaba parado junto a un enorme cartel que le avisaba con una elegante letra verde que se encontraba en la puerta del Geriátrico Placer.

Vestido con pantalones vaqueros rasgados, camiseta negra y botas de ciclista negras, Duke iba caminando por el largo sendero y se secó la frente con un brazo al llegar al fresco vestíbulo de la entrada. Una enfermera sonriente le señaló el ascensor. Él bajó en el tercer piso y buscó la sexta puerta a la izquierda. Estaba abierta. Golpeó suavemente.

—¿Señora Genzel? Soy Duke. Duke Rawlins. De quinto grado.

—¿Todavía por aquí? —preguntó la señora Genzel, apenas girando la cabeza desde la ventana—. Tenía la esperanza de que te hubieras trasladado.

Duke sonrió.

La habitación tenía paredes lilas y olía a perfume y a rosas. No había equipo médico, ni tanques de oxígeno, ni goteros, ni píldoras, ni jarabe, ni andadores, ni bastones. La cama doble que había en el centro estaba cubierta de almohadones mullidos de colores brillantes. Había una cuerda de luces púrpuras con forma de flores enrollada en el marco de hierro blanco. La señora Genzel estaba sentada junto a la ventana en un sillón con respaldo derecho. No había cambiado el peinado, no había aumentado ni un gramo de peso desde que Duke la había visto por última vez, el año en que se había jubilado, el año en que él había terminado el quinto grado. Estaba vestida con unos pantalones grises y zapatos azules, con una blusa blanca y un jersey blanco con ribetes de cintas.

—Siéntate —le pidió—. Sufro de miedo al abandono cuando me alejo de la ventana.

—Estoy seguro de que es una bella vista —le dijo Duke, al tiempo que acercaba un sillón rosa claro junto a ella.

—Sí. Algunos de los otros miran la TV todo el día dentro. Cuando hace un frío del demonio, yo voy decidida y me uno a ellos. Tengo mis libros comunes —señaló ella—, y mis discos de audio. —En la mesa de noche había un reproductor de CD con auriculares muy grandes.

Duke los miró.

—No me gustan esos auriculares pequeños. Me hacen daño en los oídos y se me caen... —Le sonrió ella.

—Pensé que quizá no me recordaría.

—Te recuerdo —le respondió ella—. Me alegro de que hayas venido a visitarme.

—Me enteré de que estaba aquí. ¿Le gusta?

—Me gusta más de lo que piensas.

—No, es cómodo. Bonito y cómodo.

—Sí, lo es. Y he hecho algunos buenos amigos que visito a diario. Y hablamos de todo lo que queremos, de libros, cine, teatro, sus familias...

—Cosas comunes, supongo...

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y tú, Duke? ¿Qué has estado haciendo? En relación al trabajo.

—Eh, distintas cosas. Ya sabe. Trabajé un tiempo en el restaurante. Y en la pista de *karting*. Eso fue divertido.

—¿Aún ves a tu amigo Donald?

—Todo el tiempo. Le está yendo muy bien. Está trabajando en un depósito para una importante empresa papelerera.

Hablaron de todo lo que pudieron para tratarse de dos personas que en realidad no se conocían. Luego se quedaron en silencio. Finalmente, Duke se inclinó hacia delante frotándose los muslos.

—Fue usted, ¿verdad? —le preguntó de repente. Habló sin mirarla.

—¿Qué? —preguntó ella.

—La que los llamó ese día. Después de que Sparky muriera. La autoridad que haya sido... fue a nuestra casa. Echaron una mirada y hablaron con mamá. —Él se apretó los ojos cerrados—. Y nunca más regresaron.

La señora Genzel estiró la mano y se la apoyó suavemente en el brazo.

—Lo siento. Lo siento.

—¿Fue usted?

—Una llamada anónimo diría. —Le palmeó el brazo.

Duke le estudió el perfil y luego se volvió hacia la ventana.

—Bueno, será mejor que siga mi camino —le anunció al tiempo que se ponía de pie. Volvió a empujar el sillón hacia el rincón y regresó hacia donde estaba ella.

—Cuídese —le pidió.

—Tú también, Duke.

—Gracias —le respondió él desde la puerta.

La señora Genzel se cruzó apretado el jersey. Se quitó las gafas y las frotó con un pequeño pañuelo de tela que tenía guardado en el bolsillo. Se estiró hacia atrás y tomó de la mesa de noche una gruesa guía de viaje. Retiró el marcador y trató de leer. Al ver que no funcionaba, permaneció inmóvil siguiendo las escenas que se desarrollaban en el jardín.

Una joven enfermera atravesó la puerta abierta.

—Bueno, señora Genzel, usted sí que es la que más nos sorprende en este establecimiento. ¿Quién era *él*?

La señora Genzel no se dio la vuelta para responder.

—Ojalá lo supiera. —Meneó la cabeza tristemente—. ¿Pero a quién podría llamar ahora?

La enfermera meneó la cabeza con asombro.

—Sí que era *guapo*.

El triciclo amarillo brillaba, con las cintas color arco iris colgando flojas del manillar bajo el intenso calor. Cynthia Sloane abrió completamente la puerta trasera de la casa. La luz del sol transparentó su vestido, marcando la silueta de sus esbeltas piernas a través del fino género. Estaba agotada y malhumorada. Durante tres tardes seguidas, cada vez que intentaba echarse una siesta, la despertaba un gato que lloraba como un bebé en el patio trasero. Con dos pequeños y un recién nacido, el dormir era lo que ella más anhelaba, y el hecho de ser despertada por el lamento de un animal la estaba volviendo loca. Esperó con una escoba en la mano derecha. Finalmente escuchó el maullido y esta vez se preparó. Avanzó hasta la mitad del patio y se detuvo. Escuchó un crujido en el rincón oscuro del fondo del sendero. Avanzó con cuidado y empujó la maleza con la escoba. Se retiró y volvió a empujar.

—¡Vete, mierda! —gritó— vete, pequeño...

De repente, una mano aferró la escoba tirando de ella bruscamente hacia adelante y luego hacia atrás sobre la tierra. Ella gritó. Donnie se le abalanzó apretándole la boca con una mano. Ella se inclinó, cogió la escoba y le golpeó en un lado de la cara. Él la aferró más fuerte, arrastrándola hasta el sendero donde Duke estaba esperando, con el coche oculto entre las sombras.

CAPÍTULO 25

Joe caminó por todas las habitaciones y terminó en el estudio.

—¡Mierda! —maldijo al ver su carta de solicitud en el suelo. Movi6 la cabeza—. Mierda. —Sentía en el pecho todo el peso de la culpa. Su primera idea fue mentir, fingir que la carta era un plan de apoyo; podía devolverle la culpa a Anna diciéndole que la había escrito cuando ella le habló sobre John Miller. Lo siguiente que pensó fue que su esposa era demasiado inteligente para decirle eso. Ella no se hubiera ido si pensara que había una explicación menos obvia para la carta. Entonces sintió un arranque de furia, imaginó una discusión con ella gritándole: «Ser policía es mi vida, Anna. ¿Por qué siempre tengo que hacer lo que tú quieras?». Poco convincente. Ni siquiera era cierto. Él había hecho eso solo una vez al llegar a Irlanda. Y además sabía que cualquier cosa que dijera en una discusión resultaría inútil. Era consciente de que si ella llegaba a perdonarlo no debía haber discusión. Se preguntaba en qué había estado pensando al escribir la carta sin consultárselo.

Entró en la habitación y abrió el armario para ver si se había llevado una maleta. Soltó un suspiro al verlas todas apiñadas en el estante de arriba. Si se hubiera llevado una, no tendría ni idea. Lo mismo pasaba con su ropa, la lencería o los zapatos.

—Mierda —repitió. Se sentó en la cama y luego apoyó la cabeza en la almohada. Captó el tenue perfume de ella, citrus y hierbas, nunca le gustaron las esencias fuertes. Todo en Anna era sutil. Frunció el ceño. Alejarse de él no era sutil. Se levantó rápidamente de la cama y corrió al teléfono. Marcó su móvil y escuchó una voz estridente que decía: «La persona a la que está llamando tiene el teléfono apagado...» o «está enormemente molesta contigo», pensó Joe. Miró la hora. Era la una de la mañana. ¿Estaría tan molesta como para no dejarle una nota o llamarlo? Apretó la mano en el pecho para suavizar el dolor que lo atravesó. Apartó las cortinas de la puerta principal y miró hacia fuera. Era como buscar unas llaves sobre una mesa vacía. Fue a la sala con el teléfono portátil y se sentó en el sofá. Encendió la lámpara, tomó el mando a distancia y cambió los canales velozmente. Se detuvo en las noticias y luego continuó. Cada vez que escuchaba un ruido apagaba el volumen. Finalmente, se rindió y se quedó en silencio. Volvió a marcar el número de Anna y recibió el mismo mensaje hablado. Comenzó a ponerse furioso. Él no se lo merecía, sin importar lo que hubiera hecho. La amaba y ella lo sabía. No era ningún esposo imbécil que la tratara mal. Sin embargo, ella había tenido una aventura y ahora se había marchado. Él debía de estar haciendo algo mal. Intentó de nuevo.

—Vamos, Anna.

Agarró el primer libro que encontró en el estante de debajo de la mesa de café y comenzó a hojear las fotos de los lujosos hoteles... lo cual le hizo pensar en Anna. Solo quería que regresara a casa. No podía soportar la idea de que lo abandonara. Su

matrimonio solía ser perfecto. Todas las veces que ella se había marchado en viajes de negocios, o a visitar a sus padres él se había sentido perdido. Aunque no era el tipo de esposa que lo hacía todo por el marido, cuando ella no estaba, siempre terminaba comiendo con la TV encendida. Le enfermó la idea de que lo hubiera abandonado. Todo por su trabajo. Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos. Veinte minutos más tarde se despertó sobresaltado con el corazón acelerado. Por un instante no supo dónde estaba. Miró a su alrededor.

—¿Anna? —llamó. Se levantó y entró en la cocina. Estaba oscura. Volvió a revisar la nevera por si había una nota. Revisó la mesa vacía. De nuevo se encontraba en el sofá y esta vez supo que le había entrado el pánico. Eran las dos y media. Ella no podía estar haciéndole esto. Trató de llamarla otra vez y al no responderle se dirigió al vestíbulo y tomó las llaves del jeep. Condujo colina arriba y sintió un extraño escalofrío al pasar por el sitio donde habían encontrado a Katie. Aminoró la marcha al pasar por la casa de John Miller y luego volvió a acelerar.

«Vamos, Anna. Me estás matando del susto». Tamborileaba los dedos en el volante nerviosamente. Hacía frío, estaba oscuro, su esposa se había ido y no le había dicho adonde, algo en su interior le decía que las cosas no estaban bien. Pero era tarde y no estaba seguro de si debía confiar en su instinto al no haber dormido y al sentirse dividido por la culpa. Trató de deducir a qué se debía su temor: si era por si le había sucedido algo, o por si solo la hubiera afectado su maldita carta. No quería quedarse solo. Se imaginó al cabo de unas semanas sentado con Shaun en McDonald's, tratando de ser su amigo, como el resto de los padres divorciados que miraban los rostros abúlicos de los adolescentes.

De repente vio una silueta en el medio de la carretera. Torció el volante a la derecha y se desvió hacia una cuneta poco profunda. Miró para atrás y vio un zorro muerto. Era claro que la mayoría de los otros conductores no habían sido lo bastante rápidos para esquivarlo. Retrocedió de nuevo a la carretera y siguió conduciendo. A los pocos minutos cogió de nuevo el teléfono móvil y volvió a llamar.

—¡Maldición! —gritó lanzándose hacia atrás. Condujo durante horas solo para darle el tiempo suficiente a que ella estuviera en casa cuando regresara. Volvió a sentir un espasmo en el abdomen. Se dirigió a casa y estacionó en el sendero, la examinó en busca de algún cambio desde que se había ido. Atravesó la puerta y supo que todo estaba igual. De todos modos subió y revisó todas las habitaciones. Empezó a dolerle la cabeza. Sintió su mandíbula rígida. Al abrir la boca sentía como si le estuvieran arrancando cada uno de los dientes. Fue hasta la cocina donde había dejado las pastillas y tomó muchas. Se sentó en la cama de la habitación de huéspedes con el teléfono portátil y el móvil a su lado. Sentía la cabeza pesada. Si se quedaba dormido ella podía estar allí por la mañana, probablemente enfadada pero bien.

Se despertó con el teléfono que sonaba. El corazón le dio un vuelco.

A Nora nunca le había gustado el viejo sillón de Frank. Era de terciopelo marrón. Los apoyabrazos desgastados y la funda holgada. Estaba en el pasillo de abajo esperando que alguien se lo llevara como trasto viejo. Allí fue donde encontró dormido a Frank a las ocho de la mañana, con la cabeza echada atrás y la boca abierta. Había una pila de expedientes desplegados en abanico en el piso frente a él. Se puso de rodillas y le acarició las manos con suavidad.

—Cariño —lo llamó.

Él abrió los ojos lentamente y le costó mirarla.

—Oh. He debido quedarme dormido. ¿Qué hora es?

—Las ocho —respondió ella—. ¿Esto es una especie de protesta? Si hubiera sabido que estabas planeando hacer una sentada... jamás hubiera sugerido deshacernos del sillón.

Él sonrió.

—Solo me senté un instante para descansar la vista...

—¿Hasta qué hora estuviste despierto?

—Como hasta las cinco —respondió él.

—Pobrecillo. ¿Algo nuevo?

Él movió la cabeza.

—En realidad no.

—Vamos —le dijo ella dándole un golpecito en las manos al tiempo que se ponía de pie—. Desayuno.

A Joe se le hundió el corazón cuando la voz que escuchó no era la de su esposa.

—¿Lo he llamado en un mal momento? —preguntó la doctora McClatchie.

—No. Yo... no.

—¿Se ha puesto en contacto con el especialista?

—No.

—Detesto pedírselo, pero con respecto al fax que me trajo el otro día... bueno, me preguntaba si podría verlo de nuevo.

—No.

—Realmente es muy importante.

Joe respiró profundamente y habló deprisa para atenuar el dolor en la mandíbula, que había aumentado durante la noche.

—Eso ha sido bastante inapropiado, doctora. Me encontraba en una situación emocional que no debió haber comprometido mi juicio. Y mi teoría estaba errada...

—Apenas puedo oírlo. ¿Puede hablar más alto?

Él repitió lo que dijo, le latían las encías y el dolor le llegaba hasta las sienes.

—Bueno, hay un proyecto que me puede ser útil. Estoy por dar una charla...

—Lo siento —se disculpó Joe—. Lo eché a la basura cuando supe que no tenía nada que ver con Katie.

—Ah. ¿Alguien se lo dijo?

—No con tantas palabras.

Colgó el teléfono y volvió a caminar por la casa. Sentía como si por las venas le corriera sangre caliente y fría al mismo tiempo. Intentó comunicarse con el teléfono de Anna y tomó más pastillas. Se echó en el sofá hasta que lo invadió un placentero adormecimiento. Pero estaba sucediendo con demasiada rapidez; se estaba hundiendo demasiado profundamente. Parpadeó para mantener los ojos abiertos.

Myles O'Connor estaba apoyado sobre los codos en el techo del coche. Tenía el teléfono en una mano y el cable del manos libres le colgaba del oído. Acercó el pequeño micrófono a la boca.

—¡Mira! Para empezar: Yo soy nuevo, él es viejo. Yo estoy entrando, Frank Deegan va de salida. Sangre fresca *versus* jubilado. ¿A quién diablos *crees* que puede importarle el caso más que a mí?

Frank se quedó paralizado detrás de la pared con la bolsa del emparedado en la mano.

Shaun se despertó sudando y sin poder moverse. Permaneció así durante unos cinco minutos hasta que finalmente logró girar la cabeza. Sobre la mesa de noche había medio litro de agua. Él se estiró para cogerla y la tiró al suelo. Trató de maldecir pero no logró mover la lengua. En cuanto se sentó, sintió un movimiento vertiginoso en la cabeza y volvió a desplomarse sobre la almohada. Se le revolvió el estómago y supo que no lograría llegar hasta el baño. Se inclinó a un lado de la cama y vomitó bilis amarilla en un cubo que Joe le había dejado allí. Volvió a vomitar y le salió por la nariz, y los ojos se le hincharon por la fuerza. Tosió seco por el gusto ácido que le quedó en la garganta, después siguió vomitando hasta que no le quedo nada más que echar. Cogió una camiseta del suelo y se limpió la boca. Volvió a hundirse en la cama, con la cabeza mareada. Los fragmentos de la noche anterior lo invadían. Sabía que Ali y Robert se reirían, pero no deseaba enfrentarse a sus padres. De pronto, las imágenes de Katie estaban por todas partes. No soportaba el alcohol que le corría por el sistema nervioso y le sumaba confusión.

Joe golpeó la puerta y entró. Shaun abrió los ojos lentamente y pensó que el padre parecía borracho. Tenía los cabellos desgreñados y los ojos inyectados en sangre.

—Lo siento, papá —se disculpó Shaun con un gemido.

Joe trató de sonreírle.

—Está bien, hijo. —Se acercó a la cama y apartó el cubo del camino. Tomó asiento.

—Tengo algo que decirte —empezó—. Necesito que duermas esta borrachera...

Shaun notó el temor en los ojos del padre por primera vez en su vida.

—Cuando tú regresaste anoche, tu madre se había ido. —Sus palabras sonaban lentas y pronunciadas con dificultad.

—¿Cómo?

—Ella... se fue —dijo Joe. Parpadeaba de nuevo, concentrado en sostener la cabeza firme. Quería tenderse de nuevo en la cama y despertar cuando todo hubiera terminado.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con que se fue? ¿Adónde?

—No lo sé —respondió Joe—. No está aquí. Tampoco estaba cuando tú regresaste a casa. —Sentía los párpados pesados.

—¡Papá, papá! ¿Te encuentras bien? No pareces... estás... ¿has estado bebiendo? —Le sacudió el brazo y lo volvió en sí.

—No —respondió Joe con firmeza—. No, no estuve bebiendo.

—¿Qué es lo que estabas diciendo sobre mamá? —preguntó Shaun.

—Tu madre se ha ido a alguna parte.

—¿Adónde? ¿Tenía planes o algo así?

—No, que yo sepa.

—No te ofendas, pero tu memoria es nefasta.

—Mira, quizá se haya molestado conmigo por... algo.

—¿Cómo?

—Eso queda entre tu madre y yo.

Shaun frunció el ceño.

—Bueno, ella no estaba molesta conmigo. Me podría haber dicho si tenía que ir a alguna parte.

—Tal vez no.

Shaun parecía herido.

—¿Qué haremos?

—Nada por ahora. Yo me encargaré de eso. Tú ve a la escuela. Cuando vuelvas, ella ya estará en casa.

—Prefiero quedarme aquí... podría esperarla... no me siento bien. —Dejó caer la cabeza sobre la almohada.

Joe se levantó y volvió a taparlo.

Shaun se quejó y se enroscó en posición fetal.

Joe movió la cabeza. «Eres un perdedor y lo sabes».

Frank se sentó junto a su escritorio, preguntándose qué era lo que realmente quería O'Connor esa mañana. Había hecho algunas preguntas sobre el progreso del caso, pero luego solo se había quedado con las manos en los bolsillos, mirando fijamente el mar. Lo único que a Frank le había provocado su visita era sentirse ofendido. Percibió que al pensar en eso se ponía rojo. Esperaba que O'Connor hubiera dicho lo que había dicho de rabia o para impresionar a alguien, no porque pensara que era cierto. Más tarde Frank descubrió que la llamada había estado dirigida al comisario Brady. Y a él no le agradaban las calumnias. Tal vez eso era lo que O'Connor estaba pensando mientras miraba fijamente por la ventana.

Frank desenvolvió el bocadillo y una vez más le quitó la corteza del pan. Jamón y mostaza. Había cierta comodidad en esa combinación. Pero antes de comer, le hizo una breve llamada a alguien que sabía que lo apreciaría.

—Doctora McClatchie. Le habla el oficial Frank Deegan de Mountcannon.

—Ah, hola.

—Solo una breve llamada; creí que estaría interesada en saber qué resultaron ser esos fragmentos... encontrados en el cráneo de Katie. Ya sabe, después de lo que dijo sobre que nunca se entera de nada.

—Absolutamente.

—Era concha de caracol. De la especie de duna, ¿puede creerlo? Probablemente de la piedra que usted mencionó que fue usada.

—Bueno, es muy considerado por su parte hacérmelo saber, oficial. Supongo que finalmente el cuerpo fue trasladado.

—Sí, pero creemos que sucedió inmediatamente después del asesinato. Y como ninguna de las otras pruebas evidenció nada, entonces...

—Bueno, eso tendría sentido.

—Bien. Entonces... la dejo volver a lo suyo.

—Ya que llamó, hay algo curioso que me gustaría que escuche. El otro día recibí una visita de Joe Lucchesi...

—¿Cómo? —dijo Frank.

Lara tuvo que apartar bruscamente el teléfono del oído.

—Bueno, claramente él no está entre los libros buenos —comentó ella—. En fin... me mostró ciertas fotografías de escenas de crímenes de los Estados Unidos, me preguntó si había alguna similitud entre éstas y el asesinato de Katie Lawson, que no la había. Y no, a él *no* se lo dije. No obstante, lo curioso es que las heridas eran casi idénticas a las de un caso de la policía metropolitana del que estuve al cargo hace unas tres semanas sobre esa pobre muchacha de Doom, Mary Casey, la que fue encontrada muerta en el campo cerca de su casa. Saqué mi expediente y juraría que esos crímenes fueron cometidos por la misma persona. Las heridas de ella son más descuidadas pero son casi idénticas.

—Dios santo —dijo Frank.

—Sí. Lo extraño es que cuando Joe vino a mi oficina, lo cual fue una movida arriesgada, tiene que admitirlo, él estaba muy... no quisiera decir insistente, pero claramente se comportaba como alguien que trabajara en una misión. Pero cuando lo llamé por teléfono esta mañana, él no mostró interés. Quiero decir, yo medio le mentí acerca de por qué se lo estaba preguntando, quizá lo haya notado, pero en fin, me dijo que había tirado el fax a la basura... lo cual me pareció extraño, teniendo en cuenta hasta dónde había llegado. ¿Y usted qué cree?

El timbre sonó corto tres veces. Joe corrió. Buscó la cerradura a tientas, luego abrió la puerta y vio a un tipo de Fed Ex que extendió un paquete grueso y rectangular y un portapapeles adjunto. Joe garabateó una firma y cerró la puerta. *El expediente gris*. Joe rasgó el plástico y lo abrió. Lo miró fijamente, solo era un manojito de papeles con letras y una carpeta marrón lisa. El mismo tipo de expediente que podía contener indicaciones médicas, informes impositivos, archivos personales... papeles de divorcio. La gente recibía mierda en carpetas a diario. Y ésta significaba más para Joe de lo que él soportaba imaginar. La hojeó y se detuvo cerca del final. Escudriñó una larga lista de nombres, con el corazón agitado... y allí estaba.

Oran Butler estaba doblado con un acceso de tos, agarrándose la garganta y esparciendo motas de salsa de tomate por el piso de la cocina. Un bol con mozzarella y hongos salió disparado. Se desplomó en una silla y trató de calmar su respiración. Luego tomó la porción de pizza que tenía enfrente y la arrojó al váter. Richie entró desde la sala.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, mirando el desorden.

Oran gruñó.

—Toda la salsa se me ha salido de la boca.

—Yo lo limpiaré, no te preocupes —Richie señaló el piso.

—Bueno, eso ya lo sabemos —respondió Oran.

Richie ya estaba cogiendo un estropajo.

—A propósito, mañana tendremos una breve charla con tu amigo —contó Oran.

—¿Qué amigo, quién?

—El inspector O'Connor. La brigada antidrogas está fuera durante la semana, de manera que O'Connor se rebajará a cubrir las calles con nosotros.

—¿De veras? —preguntó Richie—. Tú lo disfrutarás.

—No si regreso a casa todas las noches y tú estás aquí sufriendo por él.

Joe iba a toda velocidad por la carretera a Waterford, muy concentrado en los escasos coches que los rebasaban. Ya no tenía la mente paralizada por la bruma sino acelerada por la adrenalina que latía en su interior. Pisó el acelerador con fuerza, alimentando la parte de él que quería seguir conduciendo hasta dejarlo todo atrás y que Anna estuviera en casa. Estacionó el jeep junto a los atracaderos y entró directo en la librería Fingleton, agarrando el teléfono móvil con la mano. En la atestada calle adoquinada, Fingleton parecía un negocio rectangular, pero se abría en tres plantas. Estaba oscuro y en silencio, con un área hundida en la planta baja bordeada de estantes negros altos. Rápidamente, Joe escudriñó la sección de historia natural y escogió el único libro sobre halcones Harris. En la tapa había dos, cernidos y alertas sobre la rama de un árbol. Mientras hojeaba buscaba a tientas, deteniéndose en las fotografías y en los dibujos, examinando rápidamente los pasajes. El escritor era un halconero embelesado con el tema. A Joe lo intrigaba el hecho de que un pájaro pudiera llegar a captar la imaginación de un halconero, un criminal, y, en ese momento, de un policía. Permaneció allí varios minutos, absorto en las palabras, dividido entre sentirse reconfortado o un constante pánico desesperado.

Duke Rawlins volvió a sentarse en la silla de madera blanca, con el rostro iluminado por el destello del teléfono móvil de Anna. Presionó una hilera de teclas, entrando y saliendo del menú. El dedo vaciló al abrirse frente a él un juego que reconoció vagamente. Giró el teléfono en la mano, apretó una pequeña tecla roja y la pantalla se puso negra.

Anna yacía enroscada de lado mirando la pared del cuarto. Sabía que la cabaña estaba alejada, porque durante horas había podido gritar hasta que la garganta le quedó irritada, atrás en el piso, atada de pies y manos, agotada. Pero tampoco iba a quedarse dormida en compañía de ese hombre. Mantuvo los ojos cerrados para borrar la oscuridad absoluta; no había casas aledañas, ni luces de calles, ni faros de vehículos que le dieran alguna esperanza.

Shaun estaba esperando en el vestíbulo cuando Joe entró. Su rostro era una mezcla de esperanza, alivio y ansiedad. Miró la bolsa que Joe traía en la mano.

—¿Fuiste de compras? —le preguntó.

Joe envolvió el plástico tirante alrededor del libro.

—Investigación.

—Mamá no ha regresado. —Su voz sonaba cargada de culpa.

—Lo supuse.

—¿No crees que es un poco extraño? Mamá jamás ha huido de nosotros. Jamás.

—No, no creo que sea extraño. ¿En este momento? Pienso que tu mamá está realmente enfadada conmigo y está necesitando espacio. Solo les diremos a todos que se fue a París unos días a ver a sus amigos. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Sí. Pero no veo por qué tenemos que hacerlo.

—Porque eso nos da tiempo. Mamá regresará y le compraré flores y la llevaré a cenar y todo estará bien.

Shaun le examinó el rostro.

—Ni siquiera te lo crees tú.

—Sí, lo creo. Joe lanzó una mirada al teléfono y pensó en llamar a Frank.

—Deja de tratarme como a una especie de idiota.

—No lo hago —aclaró Joe con paciencia—. Simplemente necesito conservar la calma.

—Ajeno, querrás decir —gruñó Shaun.

—Hijo, estás enfadado —le dijo Joe con tono suave—. Creo que debes desahogarte con alguien por...

—¡Mira a Katie! ¡Mírala! ¿Y qué hay con eso? ¡Mira cómo resultó! Eso salió bien, ¿verdad? ¿Verdad? —La voz crecía cada vez más firme a medida que se ponía histérico—. ¿Y si alguien se ha llevado a mamá? Y nosotros esperándola aquí como dos idiotas...

—Nadie se ha llevado a mamá.

—¿Y si así fuera? —insinuó Shaun. Alzó la vista como si acabara de pensar en algo—. ¿Podría esto tener que ver con aquel correo extraño que recibí?

—No, no tiene que ver —respondió Joe pacientemente—. Resultó que era de ése de tu escuela que se hace el soldado.

—¿Barry Shanley? —preguntó Shaun aturdido.

Frank llamó a Richie a la oficina y le pidió que cerrara la puerta detrás de sí.

—Bueno, necesito informarte de algo inusual que ha surgido. —Le explicó lo de Joe, la doctora McClatchie y el fax.

—Guau —dijo Richie—. Eso es extraño. —Frank casi podía escuchar cómo le trabajaba la cabeza. Le recordó a un juego con un panel plástico vertical donde hay que rotar una serie de piezas con ranuras para hacer maniobras con una pequeña ficha en una bandeja que hay abajo. Caída. Así se llamaba. Se preguntó si la ficha de Richie caería.

—Llamé a Limerick y hablé brevemente con el encargado de allí. Me reuniré con él mañana. Se encuentra de vacaciones en alguna cabaña de Ballyhoura Mountains. No hay pistas. Han investigado a un par de lugareños, pero los han descartado. De modo que esta novedad de la doctora McClatchie es interesante. Y mira esto. —Le

dio la vuelta a un mapa para que Richie pudiera verlo.

El ojo derecho de Richie giró hasta quedar de nuevo en su sitio.

—Nadie quiere que estos crímenes estén relacionados —comentó Frank—. Pero mira. —Desplegó el mapa hasta que pudo ver la mitad sur del país. Dibujó un círculo alrededor de Doon, donde Mary Casey había sido encontrada muerta en el campo, luego Tipperary, donde Siobhan Fallón había desaparecido. Lentamente, hizo lo mismo con Mountcannon. Miró a Richie—. Todos estos pueblos quedan por la misma carretera. —Se detuvo—. Creo que Joe está un paso por delante de nosotros. Y para ser justos, después de todo el trabajo del caracol, parece estar en lo cierto con respecto adónde fue Katie aquella noche, más allá de lo de Mae Miller. Tenemos que seguir esto. Recuerda, Joe nos ha pasado por encima y fue directamente a la patóloga...

Richie asintió con la cabeza.

»... entonces hay algo que no nos está contando —anunció Frank. Bajó el bolígrafo y suspiró—. Y no es que yo lo culpe.

CAPÍTULO 26

Stinger's Creek, centro-norte de Texas, 1990

Donnie miró un portapapeles imaginario.

—Busco a un ama de casa —dijo—: A una tal señorita Susie.

—Más gracioso que la mierda. —Duke estaba en el patio de adelante con pantalones de gimnasia grises y un par de guantes amarillos de goma. Estaba retorciendo el agua sucia de un trapo de la cocina.

—¡Mierda! —insultó Donnie—. Tu casa era toda blanca.

—Esta mañana está hecho una furia.

Donnie esquivó un cubo de agua para acercarse más a la casa de listones de madera. La parte izquierda era de un gris pálido amarronado y la derecha estaba lavada y había quedado lo más blanca que podía quedar. La pintura era barata y se estaba descascarillando y los delgados ríos de agua sucia se habían secado en la superficie.

—Tienes que lavar esto con el chorro de la manguera —le indicó Donnie.

—Sí, eso después de que haga una pequeña danza de la lluvia aquí en el patio —ironizó Duke.

Donnie amagó con sentarse en el escalón.

—Ni siquiera lo pienses —gritó Duke, al tiempo que le arrojaba con fuerza una esponja mojada contra el pecho desnudo.

—Hijo de puta —lo insultó Donnie. Cogió la esponja, la metió en el cubo de agua que había a su lado y se la lanzó de vuelta.

Duke rió, luego corrió detrás de él y lo agarró por detrás. Donnie se retorció.

—Oh, vamos —Duke le aplastó la esponja sucia en la cara de Donnie hasta que no pudo más de la risa.

Donnie se apartó inclinándose hacia delante y escupiendo tierra.

—A quemarropa —meneó la cabeza. Entró en la casa y metió la cabeza debajo del grifo de agua fría—. ¿No es extraño no tener a Wanda aquí? —comentó. No obtuvo respuesta—. Dije —gritó, sacando la cabeza por la ventana—, ¿no es extraño...?

—Te he escuchado la primera vez —aclaró Duke.

Donnie volvió a salir, cogió la esponja del cubo y comenzó a lavar la madera. Cada cinco minutos, se detenía y decía:

—Detesto esta mierda.

Duke lo ignoraba.

—De veras —decía Donnie—. Detesto esta mierda.

—Eso es —continuó Duke—. Echa un vistazo, entra y saca un poco de basura. ¿Crees poder encargarte de esa tarea?

—Aleluya. —Donnie arrojó la esponja a un lado y fue hasta una enorme caja de cartón marcada con una X.

—Déjame aclarar esto —dijo—. Nos desharemos de todo lo que tenga una X.

—Sí —coincidió Duke—. Como dije.

Donnie miró alrededor del patio y vio X por todas partes.

—¿No has dejado nada dentro?

Él se inclinó hacia una de las cajas.

—La misteriosa caja que había en el armario. Reconozco el cartel de NO ENTRAR. Se supone que eso es para la puerta del cuarto.

La rodeó con los brazos y la levantó hasta la cintura. Pero apretó demasiado y el fondo se desprendió. Él miró fijamente con la boca abierta.

—¿De dónde has sacado toda esta mierda? —le preguntó. Se volvió hacia Duke para escuchar una respuesta, pero él estaba mirando al vacío. Donnie se arrodilló y comenzó a escoger entre la pila de juguetes, todos cerrados. Héroe de acción originales detrás de las ventanas de plástico, camiones de basura, aviones de combate, guantes de boxeo, un pez *dispenser*, un juego de herramientas mecánicas. Los colores primarios brillaban bajo el sol.

—¿Siempre has tenido los Invasores del Espacio? —preguntó Donnie sin querer, señalando otra de las cajas—. Eh, mira a este pequeñito —comentó mientras tomaba un oso amarillo pálido con una etiqueta que decía «Benton».

—¿Cómo has podido ocultar al pobre Benton en este armario oscuro... —cogió un muñeco alto y negro—... junto con Dark Vader? A menos que sea... —bajó la voz hasta un tono dramático— ...su padre.

rió nerviosamente. Miró a Duke. Él esperaba en silencio, luego se puso de pie y comenzó a recoger los juguetes en una caja vacía que había al lado, sosteniéndolos un momento más de lo necesario.

—Tal vez... digo, ¿no deberían ir a algún hogar de niños o algo así?

—¿Estás ciego? Hay una X en cada caja. Una enorme X de mierda.

Duke llevó un bote de pintura roja a su cuarto. Las paredes eran grises con rayas beis. Wanda jamás había terminado el empapelado que había comenzado cuando se mudaron allí.

—Muy bien. ¿Y ahora qué sigue? —preguntó Donnie, al entrar detrás de él. Miró alrededor del cuarto, frotándose la barriga desnuda con la mano—. ¿El tocador?

—Estoy pensando en pintar una pared de rojo y otra de negro —anunció Duke, señalando—. ¿Qué opinas?

—Qué bien. ¿Nos llevamos el tocador? —preguntó, golpeando la parte de arriba.

—Sí —le respondió.

Se inclinaron y lo levantaron de cada extremo, inclinándolo hacia atrás para que no se deslizaran los cajones. Cuando iban saliendo Donnie se golpeó el hombro con el marco de la puerta.

—Maldición —gritó. Soltó el extremo de su lado y se fijó en la herida que se había hecho—. Se me ha levantado un pedazo de piel.

—Enseguida te traigo un ungüento —ofreció Duke—. Ahora levanta esto y sigamos.

—¿La subimos a la camioneta? —preguntó Donnie retrocediendo por la escalera.

—Sí —respondió Duke.

La levantaron y regresaron hacia casa.

—Eso es todo, salvo la cama —aclaró Donnie.

—Yo me encargaré de eso —afirmó Duke.

—Tú solo no, no lo harás.

—Ve a traer un cigarrillo —le dijo subiendo los escalones de dos en dos.

Donnie se encogió de hombros, sacó un paquete de Marlboro de los pantalones vaqueros y se dirigió hacia un rincón del patio con sombra. Alcanzó a ver la silueta de Duke en la ventana, luchando por mantener el colchón de forma vertical.

—Puedo entrar y ayudarte cuando termine esto —le gritó.

—Yo puedo —le respondió dejando que el colchón volviera a caer en la cama. Desapareció y luego apareció un momento después con una sierra.

—Probablemente eso sea lo apropiado —comentó Donnie cuando volvió a entrar al cuarto. Echó una mirada a los trozos de madera y de colchón—. No creo que todo hubiera entrado por la puerta.

Duke arrojó la sierra.

—El ungüento —pidió Donnie.

—Ah, sí. En el baño.

Duke abrió el armario y sacó un tubo achatado y enrollado casi hasta la punta. Apretó para sacar un poco de ungüento con la yema de los dedos y le dio la vuelta a los hombros hacia la luz. Donnie captó su propia imagen en el espejo de la puerta.

—¿Ya lo has hecho? —le preguntó, tratando de doblar el cuello.

—Lo estoy haciendo en este momento —respondió Duke, mientras le frotaba el ungüento con caricias suaves sobre la piel rota. Volvió a coger el tubo y le extrajo más. Donnie movió apenas los pies. Duke se apartó. Su mano buscó a tientas, temblorosa, en la base de la espalda de Donnie.

CAPÍTULO 27

Joe salió de la ducha, y miró, recuperándose del susto que se había llevado con las pastillas, impactado por la sensación de que iba perdiendo el control paulatinamente. Se envolvió una toalla en la cintura y se miró al espejo. Estaba agotado pero tenía los ojos despejados. Estaba impresionado por su imprudencia, dejar la casa, a Shaun solo, conducir mientras la cabeza le daba vueltas. Apenas recordaba haber llegado a Waterford. Entró en la habitación y tomó una LV8 verde lima del tocador. La usó para aplacar el efecto del Fuel It. Entonces sonó su teléfono móvil. El número de Anna brilló en la pantalla. Se le aflojaron las rodillas.

—Grac...

—Buenos días, gente.

Joe se quedó rígido al escuchar el acento tejano.

—¿Hola? —habló Duke—. ¿Hola?

—¿Tiene a Anna... mi esposa?

—Sé quien es ella. ¿Y usted qué piensa?

El corazón de Joe latió con fuerza. Punzadas de dolor explotaron en su interior.

—Por favor —pidió—. Por favor, no le haga daño a mi esposa.

Duke lanzó una carcajada.

—Solo si usted promete no matar a mi compañero de un balazo.

Joe vaciló.

—Hablemos de eso en otro momento —ordenó Duke.

Joe interrumpió.

—Tiene que saber... —pensó en esas tres palabras de *el expediente gris* y la lucha comenzó: ¿debía decirle a Duke Rawlins lo que sabía o era mejor ocultarlo?... eh, que mi esposa...

—¿Qué? —preguntó Duke bruscamente—. ¿Es diabética? ¿Necesita azúcar, no necesita? ¿Necesita medicamentos o morirá? Ya sabe, como en las películas.

—No —respondió Joe lentamente—. Ésta es una situación muy real. Lo sé. Esto es importante para los dos. Aquí ambos necesitamos algo y lo que yo necesito es a Anna, mi esposa, sana y salva. —Un leve temblor le afectó la voz—. ¿Y usted *qué* es lo que necesita... señor Rawlins? —Miró el techo y esperó.

Escuchó un ruido metálico cuando Duke bajó el teléfono y empezó a aplaudir. Al cabo de un instante, volvió a cogerlo.

—Sí que sabe esa mierda. Señor Rawlins... me gusta. Pero no me hubiera llevado a su esposa para devolvérsela. ¿Qué sentido tendría?

—¿Anna está bien? —preguntó Joe—. ¿Le ha hecho daño? Déjeme hablar con mi esposa, por favor.

—Dice que lo salude —lo provocó Duke—. Salvo que no, no me lo dijo.

—Por favor, dígame qué necesita y se lo conseguiré —rogó Joe—. Se lo prometo.

—¿Lo que necesito? Eso es asunto mío. ¿Qué es lo que *usted* necesita? Ahora, eso es mucho más interesante. Esa es mi prioridad con todo esto.

—No comprendo —dijo Joe.

—Cuando todo termine, no importará ni un comino lo que comprenda o no, detective. Todo acabará. Callejón sin salida. No importa cómo diablos llegue hasta ahí, al final del camino.

—Déjeme hablar con mi esposa.

—No.

—¿Puedo verla?

Duke resolló.

—Venga al estacionamiento que hay junto a ese gran acantilado del puerto en cinco minutos. ¿Cómo se llamaban esas cosas? Ah, sí, ratas campestres.

El teléfono, resbaladizo por el sudor, se escurrió por la palma de la mano de Joe y cayó al piso haciendo ruido.

Frank Deegan se encontraba en la mitad del sendero cuando Nora le gritó.

—Lo que traté de decirte la otra noche... tal vez haya hecho algo tonto. —Ella salió a su encuentro—. Dejé que Anna Lucchesi viera esa foto que Joe te dio. La de la cara del sujeto.

—¿Cómo pudiste hacerlo?

—Lo siento. Fue un accidente. Se había mezclado con mis cosas. Ella pareció un poco inquieta con todo. Pensé que quizá estaba molesta con que Joe no se lo dijera, o lo que fuera. —Se detuvo—. Pero ahora que lo pienso, en realidad parecía bastante nerviosa.

—¿Qué quieres decir con nerviosa?

—Bueno, creo que vi que la hoja temblaba cuando ella la cogió. Luego se llevó la mano a la boca. Miró un poco a su alrededor, con cierto pánico.

Frank conocía esa reacción. Generalmente terminaba con: «Es él. Éste es el hombre».

Joe corrió al jeep y se alejó de Shore's Rock. Condujo por el pueblo, con la mente acelerada por la cafeína que le hizo efecto. Había tomado el equivalente a ocho cucharadas de café.

Pensó en Hayley Gray. Recordó a los padres esperando, indefensos, por haber llamado a la policía. Gordon Gray se había sentado en el sofá, leyendo el periódico. Joe pensó que qué frío e indiferente se mostraba. Pero entonces el hombre se había levantado de repente, gritando: «¿Qué hago aquí? ¿Qué se supone que tengo que

hacer? ¿Miro la TV, trabajo, qué diablos hago mientras está sucediendo esto? ¡Alguien se ha llevado a mi hijo!».

El poderoso empresario se había derrumbado en brazos de un policía, llorando: «Es una tortura, esto es una tortura, ¿por qué está sucediendo esto?». Luego se detuvo de repente. En el silencio que siguió, sus palabras calmadas sonaron con fuerza: «Yo lo hice. —Abrió mucho los ojos y parpadeó con la boca abierta—: Oh, Dios, es culpa mía. Todo».

Joe miró adelante. En ese momento sabía exactamente lo que había sentido Gordon Gray. Esto era *su* culpa. Era una venganza por lo de Donald Riggs. Podía haberse equivocado con respecto a Katie, a las mujeres de Texas, pero en una cosa tenía razón: un hombre llamado Duke Rawlins lo tenía en la mira.

Se preguntaba qué hacer con respecto a la información del *expediente*. La idea de tomar una decisión al respecto volvió a despertar el pánico en él. Aferró el volante y pisó el acelerador. Pensó en llamar a Frank Deegan. Hasta alargó la mano para coger el teléfono móvil. Luego, de repente, volvió a recordar los últimos segundos de la vida de Hayley Gray... y se dio cuenta de que Duke Rawlins podía quedarse tranquilo al saber que él jamás llamaría a la policía.

—¿A quién amas más, a tu esposo o a tu hijo? Si tuvieras que elegir —preguntó Duke de repente.

—A mi hijo —respondió Anna con calma.

Duke rió.

—¿Así de sencillo? —le preguntó.

—Sí. Voy a abandonar a mi esposo.

—Me estás diciendo tonterías —dijo Duke.

—No —respondió ella—. Se terminó. —El corazón le latió con fuerza.

Duke le estudió el rostro.

—Será mejor que no me estés diciendo tonterías.

—No lo estoy. Por favor, no toques a mi hijo.

Duke la miró fijamente, luego estiró la mano y la abofeteó con fuerza con el dorso. Le partió el labio inferior.

—Buen maldito intento —le apartó los cabellos del rostro para mirarla a los ojos. Estaba llorando.

—No te atrevas a mentirme —le advirtió—. Jamás podrías escoger entre los dos. Lo llevas escrito en toda tu flacucha cara francesa.

—Lo siento —susurró ella—. Lo siento.

Duke se encogió de hombros.

—Demasiado tarde —le anunció—. Plan B, solo por gusto.

Barry Shanley iba camino a la escuela, escribiendo un mensaje de texto en su teléfono, cuando sintió que algo lo agarró de la mochila y lo tiró al suelo. El teléfono rodó por la calle. Barry cayó de espaldas en el sendero, luchando por ponerse de pie. Logró darse la vuelta, pero Shaun volvió a tirarle de la mochila, arrastrándolo hacia atrás.

Barry arañó cerca de una piedra.

—¡Suéltame! —gritó Barry tratando de levantarse.

—¡Vete al infierno! —gritó Shaun—. Maldito enfermo. Enviarme correos como un maldito loco.

—Te he cogido, Lucky, ¿verdad?

—¿Estás loco? Mi madre fue... —Shaun tuvo que detenerse. Cerró fuertemente los ojos.

—¡Ay, tu mamá! —se burló Barry—. Maricón.

Barry deslizó la mochila por los hombros y la dejó caer al suelo. Empezó a ponerse de pie delante de Shaun con los brazos levantados.

Shaun resopló.

—Me estás asustando, Karate Kid.

Barry se estiró y trató de agarrar a Shaun por el cuello pero éste lo agarró de la muñeca, se la torció en la espalda y la subió hasta hacerle gritar. Lo empujó hacia adelante y lo tiró al suelo.

—No voy a molestarte en pelear contigo —dijo Shaun. Se inclinó y cogió el teléfono de Barry. Pasó los mensajes de la pantalla. Leyó en voz alta—. «Grábame *Home and Away*. Volveré a las siete. Besos». A ver, ¿a quién le estás enviando esto? Ah, sí, aquí está: Mamá. Vete al demonio, Shanley.

Joe frunció el ceño. Más adelante había una mujer parada en el lateral de la carretera.

—¿Qué diablos?

Se balanceaba hacia adelante y atrás como si estuviera ebria, tratando de hacerle señas para que parase con brazos pesados. Él frunció el ceño y miró la hora. Tenía tres minutos para llegar al estacionamiento. Miró a su alrededor, con la esperanza de que alguien más pasara y ayudara a esa mujer. Luego vio la sangre chorreándole por el brazo. Se fijó si había rastros de que hubiera sufrido un choque o si había otra persona, pero estaba sola y cuanto él más se acercaba, ella más histérica se ponía. De pronto comenzó a sacudir los brazos frenéticamente.

—Mierda —murmuró él al tiempo que se detenía a su lado. Ella cogió la manilla de la puerta, erró varias veces antes de abrirla finalmente y lograr subir al asiento del acompañante. En ella había algo que a él le puso los pelos de punta.

La observó mientras se apoyaba en el asiento.

—Muchas gracias por detenerse, señor, gracias. —Tenía la cara roja mojada del sudor, y la respiración pesada.

Se apartó la melena y trató de ordenarla y se le enganchó un mechón en una de las tres pequeñas argollas de oro que tenía como pendientes.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Joe.

—¡Un maniático me atacó! Yo salí a dar un paseo y él apareció de algún lado. — Lo miró abriendo los ojos.

—Creo que iba a violarme —agregó ella. Joe reparó en su estructura física. Los asientos del jeep eran bastante amplios, pero ella lo llenaba y casi lo desbordaba. Solo un hombre de gran tamaño podría llegar a doblegarla. Quizá por eso había logrado escapar.

—Necesito llegar a un hospital. Él me apuñaló, con un cuchillo. —Parecía asombrada. Luego un extraño arranque de furia le atravesó el rostro como si estuviera por terminar la frase con *el muy imbécil*.

—Muéstremelo —pidió Joe, señalándole el brazo.

Ella vaciló.

—Soy oficial de policía —le informó él.

Ella se echó atrás el jersey envuelto en el brazo y él vio un corte profundo que se extendía diagonalmente en su brazo pulposo. Era un corte definido, hecho —imaginó Joe— con un movimiento rápido y descendente cuando ella habría levantado el brazo para esquivarlo. Encendió el motor y se volvió hacia ella.

—Estará bien —le aseguró—. Pero no puedo llevarla al hospital. Tengo una reunión...

—¿Una reunión? ¡Usted es policía! —le gritó ella—. No puede simplemente...

—Estoy fuera de servicio —le respondió él—. Lo siento. Lo que haré es dejarla en la comisaría de policía y el oficial que está allí, Frank Deegan o el guardia, Richie Bates, la llevarán al hospital. Dígales que Joe Lucchesi la ha dejado allí.

Lanzó una mirada al reloj. Ya iba tres minutos retrasado cuando dobló hacia la calle principal y estacionó en la puerta de Danaher's.

—Es por allí —le señaló. Pero ella no se bajó del auto.

No pudo pedírselo, entonces se bajó, corrió del otro lado, abrió la puerta y la guió amablemente tomándola del brazo izquierdo.

—Todo saldrá bien —la contuvo apretándole la mano—. Lamento lo que le sucedió. Siento tener que dejarla aquí.

—Gracias —dijo ella—. Es usted... muy amable. —Parecía que iba a ponerse a llorar. Él volvió a subir al jeep de un salto, giró en U y se encaminó hacia el acantilado. Cuatro minutos tarde. La adrenalina lo recorría. Las manos comenzaron a temblarle. Bajó del jeep y miró el espacio vacío a su alrededor.

El inspector O'Connor estaba sentado junto al escritorio con una hilera de expedientes abiertos adelante. Todo lo que leía lo irritaba. Había seis miembros de la brigada antidrogas y quedaba claro que nada de lo que habían hecho durante el año anterior aportaría nada. Él ya lo sabía, pero el hecho de leerlo en ese momento, de corrido por primera vez en meses, lo llevó a preguntarse. ¿Por qué todo había ido mal desde que él se había marchado?

—Ahhh —se burló Duke—. ¿Quién llegó tarde a la fiesta?

A Joe se le hundió el corazón.

La llamada no sonaba como si fuese exterior. Joe miró a su alrededor, pero el estacionamiento estaba vacío, sin autos, ni gente.

—No puede simplemente...

—Puedo hacer lo que yo quiera, amigo —amenazó Duke—. Yo soy el que tiene aquí a la *frrrancesita*. Y también es bonita. —Hizo un ruido como de rana.

Joe no sabía qué hacer.

—Yo... vamos, hombre. Le daré lo que sea. —Caminaba de un lado a otro frente al coche.

—Yo quería que estuviera aquí a las tres treinta.

—Solo son las tres treinta y cinco.

—Ajá, y por eso le estoy diciendo que *llegó tarde a la fiesta*. No debió haberse detenido por la chica, maldito bobo. —Colgó.

Joe se esforzó por calmar la respiración. Se concentró en la vista. En lo alto del acantilado por encima del puerto, solo se alcanzaba ver una pequeña parte del pueblo. Y la carretera a Shore's Rock quedaba invisible hasta la primera curva saliendo del pueblo. Joe frunció el ceño. Desde donde estaba parado, era imposible ver el sitio donde él se había detenido por la chica. Lo único que Rawlins podía haber visto era el coche de Joe yendo hacia Danaher's, aunque no podía haber alcanzado a ver al pasajero. A menos que Duke jamás hubiera tenido la intención de llevar a Anna allí y lo estuviera observando desde un sitio totalmente distinto. Joe subió al jeep de un salto y condujo hacia las afueras del pueblo, deteniéndose de vez en cuando en el camino que había tomado. Condujo a lo largo de los árboles que bordeaban la carretera, buscando alguna señal que indicara que Duke Rawlins había estado allí. No quería pensar que Anna podía haber llegado a estar a metros de él todo ese tiempo. Pero no veía el modo. Dobló en Shore's Rock y condujo por el sendero con cautela. Al llegar a casa, marcó el número de la comisaría.

—¿Hola, Frank? Soy Joe. Solo quería saber si esa jovencita llegó bien al hospital. Silencio.

—¿Frank?

—¿Qué joven?

—La que dejé en la puerta de Danaher's. Con la herida de cuchillo. Le dije que entrara a buscarte. Ella, ella necesitaba una ambulancia. Y yo tenía que... Cielos, espero que no se haya desmayado...

—No sé de qué estás hablando, Joe. Yo he estado aquí la mañana entera, no ha entrado nadie y nadie se ha desmayado en la acera de Danaher's. Supongo que me habría enterado. ¿Te sientes bien? ¿Joe?

Él imaginó a la muchacha tirada en el pavimento desangrándose. Luego imaginó a Frank parado junto al mostrador de la comisaría, pensando en que estaba loco. Y entonces se le ocurrió algo.

—Tengo que irme —le dijo.

Corrió hasta el estudio, tomó el libro de halcones Harris, examinó el índice, luego hojeó hasta llegar a la página que buscaba. Seguía las palabras con los dedos mientras leía: «... cazan en forma conjunta... trabajan en equipo... observan desde las alturas... uno saca a la presa del escondite y el otro ataca». Tomó el teléfono y volvió a llamar a Frank.

—Siento lo de antes —se disculpó—. Absoluta confusión. Me estaba preguntando... ¿esa muchacha desaparecida de Tipperary? La que está en tu cartel de anuncios. La grandota.

—Sí —respondió Frank—. Ah, Siobhan Fallón.

—Ésa. ¿Podrías fijarte en la foto y darme alguna seña particular?

—Bueno, tiene un lunar grande en el hombro izquierdo, un arete en el ombligo, tres argollas de oro en la oreja izquierda.

Joe sintió un calor que le subía por el rostro. Lo invadieron las náuseas. Luego rabia. Después furia.

Se esforzó por agradecerse a Frank y colgó antes de que él le hiciera más preguntas.

Frank se volvió hacia Richie.

—Acabo de recibir la llamada más extraña. Joe Lucchesi quería saber las señas particulares de esa chica Fallón. —Señaló el póster con personas desaparecidas y frunció el ceño—. ¿Puedes explicar eso?

Shaun regresó para almorzar y no quiso volver a la escuela. Tenía la esperanza de que Anna estuviera allí, pero la casa estaba vacía y fría. Se sentó en la cocina, demasiado consternado como para prepararse algo de comer. Cuando sonó el timbre levantó la vista. No había posibilidad de que atendiera. Tenía órdenes. Volvió a sonar. Luego alguien golpeó fuerte la puerta.

—¿Señora Lucchesi? —Llamó alguien con un pronunciado acento de Dublín al

nombrar *Le Chessy*. Shaun se acercó hacia la voz sin saber qué hacer. Alcanzó a ver a un hombre de pie junto al cristal de la puerta principal. Agitaba un portapapeles y lo señalaba. Shaun casi rió. No había modo de que aquel repartidor regordete no fuera inofensivo. Abrió un poco la puerta.

—Estoy aquí con los globos —dijo el hombre.

Shaun miró sorprendido.

—Cielos —se sorprendió el hombre, mirando el portapapeles—. No serás el tío de la sorpresa, ¿no? —Leyó la hoja—. Ah, no, no eres. —Le echó una mirada a Shaun—. Definitivamente a mí no me parece que tengas cuarenta —rió.

—Ah, sí, es mi padre. Son para él.

—Espero que no tengas ese aspecto lamentable cuando se los des. —El hombre rió y Shaun volvió a pensar en lo extraño que le resultaba que la vida siguiera andando para el resto, sin importar lo que estuviera pasando con la de uno.

—¿Están pagados? —Logró preguntarle.

—Por suerte para ti, sí lo están —comentó el hombre—, a juzgar por el pánico en tu cara. No te preocupes, tu mamá ya lo hizo.

—¿Ella está por ahí? —preguntó Shaun, entusiasmado. Torció el cuello para mirar hacia el sendero de entrada.

El hombre frunció el ceño.

—Eh, no. Fue con tarjeta de crédito, por teléfono.

—¿Hoy? —preguntó Shaun abriendo los ojos.

—No —respondió el hombre—. La semana pasada.

—Ah —se decepcionó Shaun.

—Debes estar muy apegado a ella —comentó el hombre, con el ceño fruncido. Le señaló la furgoneta con un gesto—. ¿Dónde los pongo?

Shaun miró a su alrededor como si fuera a encontrar la respuesta en los árboles.

—En el faro de allá —señaló.

El hombre calculó el trayecto.

—Eh, creo que tú puedes hacerlo, amigo. No son tantos. —Se fue hasta el vehículo y tomó tres fundas de plástico transparentes, anudadas en la base; cada una cubría un manojo de cinco globos llenos de helio. Tenían un contrapeso de un pequeño globo azul con arena con un cartel al través que decía: «Felices 40».

—Gracias —respondió Shaun.

—¡Eh! —le dijo el sujeto al tiempo que se alejaba—. ¡Ánimo!

—Tu esposa me mintió —Joe alcanzó a escuchar una bofetada fuerte a través de la línea de teléfono—. Así que le enseñé una lección. —Bofetada—. Tu esposa trató de hacerme creer que iba a abandonarte, para que yo no le hiciera daño al pequeño Shaun. —Bofetada—. Tu esposa ofendió mi inteligencia. —Bofetada final.

El tono de voz de Joe se volvió un témpano.

—Suficiente con *mi* esposa, Rawlins. Hablemos de la *tuya*.

CAPÍTULO 28

Stinger's Creek, centro-norte de Texas, 1991

—Estás muy guapa —dijo Vincent Farraday—. Permíteme tomar tu mano. —Wanda Rawlins llevaba puesto un traje de color lila con una falda tubo hasta las rodillas, medias y zapatos blancos que había comprado para usar en la Corte. Al bajar del coche se inclinó, sujetando el sombrero lila por la brisa. Miró la pequeña iglesia de listones de madera y el arco de rosas blancas en la entrada.

—Es muy hermosa, Vince —comentó ella, dándose golpecitos en las esquinas de los ojos con un pañuelo de encaje—. Es como si estuviera viendo cosas que jamás he visto antes.

—Ahora serénate, pequeña —le pidió Vincent—. Simplemente disfruta de este día. Olvida todo lo malo.

—Lo intentaré —respondió ella.

El reverendo Ellis salió del arco hacia el sol, cubriéndose los ojos con la mano. Vio a Wanda y caminó hacia ella.

—Wanda Rawlins, debe hacer dos años... Bienvenida a casa —le dijo, cogiéndole la mano—. Me alegra tanto verte tan bien. —Tenía una sonrisa cálida y sincera—. Espero que ésta no sea solo una visita fugaz.

—Este debe ser el afortunado —sacudió la mano de Vincent.

—Sí, señor. Mi nombre es Vincent Farraday. Encantado de conocerlo.

—Sea muy bienvenido a Stinger's Creek. Ahora, por favor, discúlpeme mientras voy a buscar al novio.

Duke se sentó encorvado al fondo de la iglesia del lado de afuera, fumando un cigarrillo.

—¿Señor Rawlins, cómo se siente en este día tan feliz?

—Bien, gracias, reverendo —respondió Duke, al tiempo que se ponía de pie—. Mi traje es de una talla más pequeña —agregó, tocándose el terciopelo azul ceñido. Notó unas manchas de ceniza en la camisa con volantes y las sacudió en la brisa.

—Estoy seguro de que Samantha no lo notará —aseguró el reverendo.

—Nadie me estará mirando a mí —comentó Duke, sonriendo—. Este día es para Sammi.

El reverendo Ellis guió a Duke hasta el altar a través de la puerta trasera de la iglesia. Él respiró profundamente al ver a la madre en el primer banco. Ella lo saludó rápidamente con la mano y le ofreció una sonrisa nerviosa. Él se le acercó.

—Mamá —preguntó—. ¿Cómo te has enterado?

—La hermana de la madre de Sammi va a mi iglesia en Denison...

—¿Tú vas a la iglesia?

Wanda se ruborizó.

—¿Vives en Denison? —le preguntó.

—Éste es mi esposo, Vincent —lo presentó Wanda—. Él fue quien me ayudó con, tú ya lo sabes...

Duke alcanzó a ver la culpa y el temor en sus ojos, la frágil sonrisa en su rostro relleno y se preguntó cómo podía vivir cada día sabiendo lo que sabía, y sin droga. Él sonrió y le estrechó la mano a Vincent. El hombre le ofreció una amplia sonrisa.

—Un placer, hijo, estoy contento de estar hoy aquí.

—Gracias —respondió Duke, y ocupó su lugar en el altar.

Él revisó el reloj y miró a su alrededor. El reverendo Ellis se le acercó.

—Acabo de recibir una llamada de Donald —le informó—. Está atascado en la interestatal detrás de un accidente. No podrá llegar. Aunque dijo que tú tenías los anillos y que empezarais sin él. Quizá llegue a la recepción.

Duke movió la cabeza. Lanzó una mirada alrededor de la iglesia para ver si encontraba a alguien que lo reemplazara. La mayoría de los invitados eran de la familia de Sammi. A la única persona que podía pedirselo era a Vincent. Le hizo un gesto. De repente, comenzó la música y se abrieron las puertas dobles al fondo de la iglesia. El padre de Sammi caminaba con ella del lado derecho, con su pequeña mano apoyada en el brazo de él. Se había hecho la permanente en el pelo y se veía brillante cayéndole por debajo de los hombros; tenía un recogido alto en la parte de adelante con un broche que sujetaba el largo velo. El vestido estaba salpicado con cuentas. El padre se la entregó a Duke y meneó la cabeza. Tenía una sonrisa tensa.

Cuando la ceremonia terminó, los invitados cruzaron la calle hacia el bar del Ferrocarril, un nombre irónico para un pueblo que había sido bordeado por un ferrocarril en el año 1800 y desde entonces no se había recuperado.

La pista de baile era pequeña y las parejas se apretujaban unas contra otras para entrar en el círculo de madera. Las mujeres vestían ceñidos trajes de satén con bordes de encaje, estirados sobre vientres abultados. Los tacones altos las dejaban inclinadas hacia un lado. Los hombres llevaban trajes con pantalones angostos o camisas vaqueras almidonadas. Bebían cerveza con whisky y le gritaban a la banda de música. Duke estaba de pie al borde de la pista observando a su nueva esposa menear las caderas al ritmo de la música, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras bailaba cerca, pellizcándole las mejillas y besándole los labios.

—Por supuesto que sí —respondió él—. Supongo que solo estoy un poco triste porque el tío Bill no esté hoy aquí para ver todo esto.

—Lo sé, cariño. Parece que es un buen tipo. Ojalá lo conociera.

—Yo también lo deseo —confesó Duke—. ¿Sabes algo, Sammi? Tú eres la novia más bonita del mundo entero. Y prometo serte fiel el resto de mi vida. Sé que he cometido algunos errores, pero de algo estoy seguro, si hay alguien que para mí significa tanto como tú, lealtad es lo que le ofrezco. De eso estoy seguro.

—Hoy no te emborraches por mí —le pidió ella.

—No, señora —respondió Duke.

—Te quiero firme. —Ella le sonrió y levantó las cejas.

Duke frunció el entrecejo.

—Cállate, Sammi —le pidió él.

—Hoy no —respondió ella—. Hoy no me pidas eso. Hicimos un trato.

—Está bien —accedió él—. Solo no me des la lata.

—No lo haré, siempre y cuando no te emborraches. Te estaré vigilando a ti y a Donnie, cuando aparezca.

Wanda se apoyó en el lavabo con el rostro inclinado hacia la luz de arriba del espejo.

—¿Ese es el polvo compacto de los que se usan ahora? —se oyó una voz desde detrás de ella.

Wanda no dijo nada.

—¡Estoy hablando contigo!

—No me interesa, Darla —respondió Wanda, volviendo a guardar el polvo compacto en la cartera.

—¿Piensas que ahora eres respetable con tu lindo traje y tu enorme esposo?

—Dije que no me interesa —repitió Wanda con calma.

—Prostituta de mierda.

Wanda se dio la vuelta y tomó a Darla de los pelos, tirando de ellos bien hacia arriba. Luego se echó atrás y le escupió en la cara asustada, observando las gotas de saliva que le caían de los párpados.

—Basta —ordenó Wanda, señalándola con el dedo—. Ésta es la boda de mi hijo. —Lanzó la cabeza de Darla de nuevo contra la pared, se lavó las manos y salió del baño.

—Como si eso te importara un comino —le gritó Darla.

Donnie entró al bar y levantó los brazos.

—¡Bueno, mira quién es! —exclamó Duke—. ¡Te has perdido mi gran momento! —Sonrió ampliamente.

—Felicitaciones —saludó Donnie estrechándole la mano a Duke y dándole un golpecito en la espalda—. ¿Me he perdido mucho?

—¿Dónde diablos estabas? —siseó Duke tomándolo del codo y acercándose a su

oído.

—¿Oficialmente? Al final de una cola de coches —contó Donnie—. ¿No oficialmente? Tenía ese pequeño asunto de que ocuparme... ya sabes, escondidas en el bosque. —Le guiñó un ojo—. También le di un zuuum con la pala. Ah, ya me acuerdo... Se llamaba Tally.

Duke lo miró como si no le importara.

Sammi llegó y le dio un golpecito en el hombro.

—Eh, Donnie —lo saludó.

—La pequeña señora Rawlins —le dijo haciéndola girar—. ¿Casada a los diecinueve y encinta a los veinte?

—Ni bromees con eso —respondió Sammi, escapándose hacia donde estaban las damas de honor.

—Tráeme una —le gritó él. Ella le hizo un gesto con la mano. Donnie se fue al bar.

—Tuve que escoger —confesó Wanda acercándose a Duke por detrás—. Y eso me partió el corazón.

Duke se dio la vuelta y la miró fijamente.

—Escoger entre tú y Vincent —explicó ella—. Fue lo más difícil que una madre ha tenido que hacer. Supongo que imaginé que crecerías y ya no necesitarías más a tu madre.

—En eso tienes razón —coincidió Duke—. Pero estás equivocada con respecto a una cosa. Tú no escogiste a Vincent, mamá. Lo único que siempre escogiste fue a ti misma.

Donnie cogió a la dama de honor por la cintura y le dio la vuelta al tiempo que se abría paso de nuevo hacia Duke.

—Ella me quería a mí —dijo.

—Claro —dijo Duke—. Y gracias por cuidar de todo. No debí haberme enfadado.

—Eh. ¿Quién es el de la camisa azul y el sombrero de vaquero? ¿No es Vincent Farraday, el cantante? ¿Quién es la dama que está con él con ese traje púrpura?

—*La maldita Mujer Bonita* —respondió Duke.

CAPÍTULO 29

—Dicen que Sammi Rawlins ha estado haciendo algunos trabajos cerca de la casa...

Joe dejó el comentario flotando en el aire.

—¿Qué quieres decir con *trabajos*? —preguntó Duke.

—Ah, ya sabes, con la mano, con la boca...

—Si tratas de decirme que mi esposa es una prostituta, sé que estás diciendo tonterías.

—¿Quién dijo algo de prostituta? Tu esposa le ha sido cien por cien fiel a un solo hombre mientras tú estabas en prisión. Es una pena que no hayas sido tú.

—Estás diciendo estupideces.

—Ah, y ni siquiera he llegado a la mejor parte —provocó Joe—. ¿No quieres saber quién es el tipo? Vamos, si fuese tú yo querría saberlo. ¿Has visto a tu esposa desde que saliste?

—Ella está en casa de su madre... Mira, ¿por qué estoy hablando contigo? ¿Por qué estoy escuchándote a ti y tus estupideces?

—Afróntalo, Rawlins. Tu esposa se ha estado agachando para otro hombre mientras tú estabas en prisión, con una mano en tu...

—¿Estás completamente desquiciado? —gritó Duke de pronto—. ¿Crees que me creo una sola palabra de mierda que escupe tu boca? ¡Eres policía! Y eres un policía que no puede mantener la maldita boca cerrada en este momento. Una palabra más y mataré a tu esposa. ¿Estás loco?

El corazón de Joe le latía con fuerza. Lo único que había logrado era sacar a ese loco de quicio.

El inspector O'Connor estaba frente a la sala.

—Estoy harto —dijo—. Por algún motivo, estos traficantes van un paso por delante de nosotros. Nosotros aparecemos y ellos no. Ellos no aparecen y nosotros sí.

—Miró alrededor de la sala y vio a un grupo de policías aburridos y agotados.

—¡Maldición, despertad! —gritó.

Algunos de ellos saltaron.

O'Connor movió la cabeza.

—¡Cielos, muchachos! ¿Qué sois?

Los hombres cambiaron de posición en las sillas.

—¿Qué sucede —preguntó O'Connor—, cuando no funciona el plan? ¿Qué es lo que hace la gente? ¿Owen?

—Eh, ¿cambia de plan?

—Descarta todo e idea un plan nuevo —se oyó una voz desde el fondo.

—¿O? —preguntó O'Connor sonriendo—. Simplemente no tiene plan.

Lo miraron inexpresivamente.

—Quiero que penséis un momento en las sorpresas. En los próximos diez minutos quiero tres lugares de la ciudad donde cada uno de los equipos irá en algún momento del día con la esperanza de cazar a uno de estos cabrones trabajando. Aquí no hay plan principal, solo el nombre de un sitio y dos de vosotros en un coche en la puerta. Butler tú vas con Twomey.

Se escuchó un ruido de sillas y baldosas mientras los hombres se levantaban y salían hacia sus coches.

Cuando colgó el teléfono después de hablar con Duke Rawlins, Joe escuchó un ruido de voces abajo.

—¿Hola? ¿Quién está abajo? —preguntó, al tiempo que se dirigía hacia el corredor y se asomaba a la puerta de la habitación de Shaun.

Escuchó a Shaun subir las escaleras deprisa. Abrió un poco la puerta.

—Yo —le respondió irritado—. Y Ali. ¿Por qué?

—No te he dicho que pudieras traer a nadie a casa.

—No le he dicho nada sobre mamá, si a eso te refieres.

—Mándala ahora a su casa.

—¿Qué pasa contigo?

—Solo sácala de aquí —siseó Joe.

Shaun se sobresaltó:

—Está bien, está bien.

Corrió escaleras abajo mientras Joe caminaba por la sala de un lado a otro. Escuchó a Ali atravesar el vestíbulo.

—Eh, señor Lucchesi —gritó ella.

—¿Adónde vas? —le preguntó Joe.

Shaun se paró detrás de Ali y miró al padre fijamente como si hubiese perdido la memoria.

—Ella se va a casa —le respondió.

—¿Sola? —preguntó Joe volviéndose hacia Ali.

—Sí —le respondió ella—. Ya soy mayor —sonrió.

—Shaun, ven aquí un momento —le pidió Joe.

—Espera —le respondió él dejando a Ali en el vestíbulo.

Joe lo cogió del codo y luego sintió que él se sacudió con fuerza para soltarse. La voz sonó baja y apremiante cuando le alcanzó el teléfono:

—Llama a su padre con este teléfono y que venga a buscarla por la puerta de casa. Y tú espera hasta que lo haga.

—¿Qué es lo que está pasando? —preguntó Shaun, mientras el pánico se apoderaba de su voz.

—Solo hazlo —ordenó Joe.

Ali hizo la llamada y asomó la cabeza en la sala.

—Frank Deegan venía camino de aquí. Así que papá le dijo que me llevara a casa. Llegará en cualquier momento.

Joe quería explotar. Lo último que necesitaba era que alguien viera un patrullero en la puerta de la casa. Se levantó rápidamente.

—Te ayudaré.

—No, qué estupendo —dijo Ali—. No podría sacarlo de sus cosas. Lo juro por Dios, Frank viene en camino. Estaré bien.

—No hay problema.

—Quiero hacerle escuchar un tema más en mi CD —interrumpió Shaun, al tiempo que la empujaba hacia el sótano.

Joe se sentó y apoyó la cabeza en las manos. Se quedó así hasta que sonó el timbre.

—Hola, Joe —saludó Frank. Le entregó una tarjeta envuelta en un sobre azul—. En la entrada me encontré con el cartero.

Joe reconoció la letra de Danny.

—¿Puedo entrar a hablar un momento contigo? —le preguntó Frank.

—Eh, en realidad no. Ahora no tengo tiempo. Tengo mucho que hacer. —Movía lo ojos rápidamente, más allá de Frank y en dirección a los árboles.

—En realidad no tienes demasiada opción, Joe. Es sobre el fax que le llevaste a la doctora McClatchie.

Joe sintió una oleada de furia por la traición.

—No hay problema con que lo hayas hecho —le aclaró Frank—. Solo necesito verlo. La doctora McClatchie tiene ciertas inquietudes. —Joe alcanzó a ver que Frank tenía un boceto policial en la mano y la foto de la cara de Duke.

—No lo tengo, está en la basura.

—Lo siento, yo creo que sí lo tienes. ¿Puedo pasar?

—Está bien —accedió Joe con tono brusco, al tiempo que apuraba a Frank a entrar al vestíbulo y cerraba rápidamente la puerta tras él—. No tengo tiempo para esto.

—Yo tampoco —coincidió Frank—. Voy camino de una reunión en Limerick y necesito verlo. Antes puse en duda lo que dijiste sobre este hombre Rawlins. Y ahora te estoy haciendo saber que he cambiado de opinión. Me estoy arriesgando. No lo he notificado a mis superiores, porque antes de hacerlo necesito asegurarme de haber atado todos los cabos.

Joe sintió el impulso de sacudir a Frank de los hombros y gritarle: «Ya es un poco tarde». Fue hasta el estudio y trajo el fax. Lo dobló y lo metió dentro de un sobre marrón. Se apoyó en el escritorio cuando un intenso dolor le atravesó las sienes.

Abrió el cajón del escritorio y vio un frasco vacío de Advil, cerró el cajón rápidamente. Aunque hubiera veinte pastillas, él se había prometido que hasta que todo acabara, no tomaría ninguna medicación... a menos que el dolor fuera extremo. Miró la tarjeta de Danny sobre el escritorio y la abrió por si acaso fuera importante. Era una copia de *El Grito* de Munch. Joe movió la cabeza y trató de sonreír. En el interior decía: «¿Te recuerda a alguien? Felices cuarenta, compañero. Que lo pases bien». Joe deseaba que así fuera.

—Aquí tienes —le dijo al regresar y entregarle el fax a Frank—. Ahora guárdalo en el bolsillo interno.

Frank frunció el ceño.

—Está bien —aceptó—. ¿Por qué?

—No importa. ¿Es todo?

—No. Necesito hablar con Anna.

—Ah, ella está en París, lo siento.

Frank sacudió la cabeza.

—¿Tienes un número donde pueda contactar con ella?

—No —respondió Joe—. Sus padres no tienen teléfono.

—¿De veras? Bueno, entonces quizá deba decirte que ella vio la foto de esta cara. El otro día estuvo con Nora en casa. Reaccionó muy mal. Fue como si...

El corazón de Joe latió con fuerza.

—Yo no le había dicho que estaba haciendo averiguaciones —le contó él rápidamente—. Estaba molesta conmigo por no decírselo. Por eso se marchó a París.

—Cuéntame por qué me llamaste para preguntarme sobre Siobhan Fallón —preguntó Frank de repente—. ¿La has visto?

—No. Pero pensé que el otro día podría haberla visto.

—¿Dónde?

—En la ciudad. Pero no era ella. Frank, de veras no puedo quedarme hablando. —Se apretó la mandíbula con la mano.

Frank se dio la vuelta y abrió la puerta principal.

—Enviaré a Ali para que vaya contigo.

—Está bien. Gracias por el fax, Joe. Te lo agradezco. —Salió y luego miró para atrás—. Lo que no agradezco es que se me mienta.

Oran Butler y Keith Twomey aparcaron su Ford Mondeo en el estacionamiento del supermercado Tobin. Era un edificio lúgubre de ladrillo rojo que quedaba en un barrio feo. Dos carniceros gordos con delantales ensangrentados estaban parados en la esquina fumando cigarrillos. Un grupo de muchachos de melena larga con pantalones holgados y enormes sudaderas pasaron junto a ellos deslizándose en patinetes por el pavimento llano.

—¿Cuánto tiempo hemos pasado aquí? —preguntó Oran, quitándose el toffee de los dientes. Se le había formado una pila de envoltorios entre las piernas.

—Dos horas —contestó Keith.

—¿Has visto que *alguno* de ellos complete el número?

—No —respondió Keith mientras observaban a otro muchacho en patinete que trataba de saltar por encima de una baranda. En cambio tropezó con los peldaños y la tabla golpeó contra el pavimento.

—Ese maldito ruido me está atravesando —maldijo Keith.

Oran pisoteó los papeles del suelo y comenzó a formar un nuevo montón. Keith miró para abajo.

—Con toda la gente que hay, compartir vivienda con Richie Bates, que es el más desordenado del mundo... No sé cuál de los dos me da más pena.

Otro patinador dio media vuelta con la tabla y aterrizó a ambos lados con los dos pies en el suelo. Los hombres se miraron e hicieron un gesto con la cabeza. Cuando volvieron a mirar había un hombre que pasaba junto a los muchachos hacia la entrada. Se movía torpemente, como si las articulaciones se le salieran del lugar con cada paso. Guiaba con la barbilla y los ojos como rendijas miraban el suelo. Se alisó los cabellos grasos y lacios rojo César sobre la frente con granos y aminoró el paso al acercarse al muchacho más alto.

—No puedo creerlo —Keith se incorporó—. Veamos qué sucede aquí. Ése es Marcus Canney, un absoluto cabrón.

Observaron mientras Canney hablaba, luego buscó en el bolsillo y sacó algo, extendiendo la mano hacia el muchacho y dándole más que un apretón. Oran y Keith salieron velozmente y en un segundo estuvieron junto a la pareja.

Joe habló antes de que Duke pudiera hacerlo, en cuanto oprimió la tecla verde para contestar la llamada.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—Ya sabes por qué —respondió Duke.

—Sí, está bien, lo sé. Pero lo has entendido todo mal, amigo. Necesito que recibas información nueva, para ver si aún quieres hacer lo que has venido a hacer hasta aquí.

—Pero esta no es una situación de diálogo.

—Pero para ti dos personas funcionan mejor, ¿verdad, Rawlins?

—¿De qué demonios estás hablando?

—¿Dos en uno facilitan un poco las cosas?

Alcanzó a escuchar la respiración de Duke, lenta y dificultosa.

—Yo he notado cosas —dijo Joe—. Tengo ojos... como los de un halcón.

Duke no dijo nada.

—Sé lo que has estado haciendo hoy —afirmó Joe—, y qué pena esa muchacha

que encontraste para arrojar tu mierda. Pero entonces no pudiste hacerlo por tu cuenta... —Se detuvo—. ¿Crees que eres hombre? No eres más que un pedazo de mierda, un pedazo de mierda cobarde.

—Vete al demonio —maldijo Duke—. Tú no sabes nada.

—Estás equivocado. Aquí hay algo que sé seguro. En este momento, la esposa de Duke Rawlins se encuentra en el Departamento de Policía de Stinger's Creek asentando serias acusaciones en tu contra.

Duke resolló.

—Tonterías. Ahora estoy *seguro* de que dices tonterías.

—Tal vez recuerdes unos asesinatos que sucedieron hace un tiempo —dijo Joe, usando la misma forma de hablar de Duke, los mismos trucos que usaba con los drogadictos y prostitutas—. Resulta —continuó Joe—, que tu esposa le dice a quien quiera oír que tú eres a quien deberían estar buscando. El asesino de Crosscut. Un sujeto. Solo tú. Que ella te cubrió el culo demasiado tiempo.

Duke no dijo nada.

—Ahora, ¿por qué de pronto tu esposa te querría hacer encerrar cuando acabas de salir? —preguntó Joe—. Tal vez para que no vayas a matarla por haber mantenido relaciones sexuales con tu amigo. —Esperó un instante—. Fue Donnie, Duke. Tu esposa se estaba tirando a Donnie.

Duke lanzó una carcajada fuerte.

—Tengo pruebas —anunció Joe rápidamente. Al ver que Duke no lo interrumpía, continuó—: El nombre Rawlins me sonaba porque tu esposa estuvo allí el día en que Donnie murió. Estaba parada mirando del lado incorrecto del cordón policial. Ella tuvo que dar su nombre, la revisaron y tenía un pasaporte. Apuesto a que tú no sabías que tu esposa tenía pasaporte. Estaba allí para ayudar a Donnie...

—¿Qué prueba hay?

—El expediente del caso. Allí está asentado su nombre. Aquí lo tengo.

—Déjame echarle un mirada —pidió Duke.

—Déjame *a mí* echarle una mirada a mi esposa.

En cuanto colgó el teléfono, Joe percibió algo detrás de él en el cuarto. Giró la cabeza lentamente. Shaun estaba parado en la puerta, tembloroso y pálido.

Joe solo lo miró fijamente.

—¿Cuánto hace...?

—¿Cuánto hace qué? ¿Serías capaz de seguir mintiéndome?

—¿Qué has escuchado?

—¿Dónde está mamá? ¿Con quién estabas hablando?

—Me estoy encargando de eso.

—¿Qué? ¿Quién la tiene? ¿Quién se la ha llevado? ¿Dónde está?

—No necesitas saber los detalles.

—¿Has llamado a la policía?

—No. —Joe esperó.

—Por favor, dime que estás bromeando —rogó Shaun—. Por supuesto que no —respondió Joe bruscamente—. No puedo meter a la policía en esto.

—¡Eres un hipócrita! —lo insultó Shaun, subiendo el tono de voz—. ¿Cómo dice el reglamento? ¿Qué si no los encuentras en las primeras veinticuatro a cuarenta y ocho horas es una *operación* de rescate, *no un rescate*?

Joe meneó la cabeza.

—Por el amor de Dios, Shaun.

—Tú haces que la gente llame a la policía siempre.

—Tal vez eso no siempre sea lo mejor.

—Claro, si es el *detective* Lucchesi el que se presenta en la puerta.

Joe no se exasperó con eso.

—Lo siento, papá.

—Sé que es así.

Durante un momento, Shaun simplemente lo miró fijamente y cuando finalmente habló, tenía la voz firme.

—Lo que harás es coger el teléfono, papá. Cógelo, ¿de acuerdo? —Se abalanzó sobre el aparato—. ¡Cógelo!

Joe se adelantó, debatiéndose por hacerlo, sostuvo el teléfono en el aire, tratando de apartarlo. Shaun retrocedió tambaleándose, horrorizado.

—No puedo hacerlo —dijo Joe. No puedo hacer la llamada.

—¿Cómo vas a hacer para recuperarla? No podemos estropearlo. No podemos.

—Tranquilízate, ¿está bien?

—Tranquilízate —soltó—. No sabes cómo va a acabar esto. ¿Qué va a sucederle a ella? ¿Por qué mamá? ¿Qué es lo que mamá...?

Joe esperó a ver cómo seguía.

—Dios mío. Esto es por tu culpa, ¿verdad? —preguntó Shaun—. Alguien se la ha llevado y es por tu culpa. A nadie le interesaría una madre, pero sí la esposa de un policía, ¿verdad? —Se detuvo—. ¿Esto tiene algo que ver con Katie? —Tomó a Joe del brazo y empezó a sacudirlo.

—No, no —contestó Joe—. Por favor, cálmate, Shaun. Por favor. Aún tengo cosas que averiguar. Por ahora no podemos dejar que nadie sepa nada de esto, ni los policías ni nadie. ¿Me estás escuchando? Es muy importante que no digamos nada.

Marcus Canney estaba sentado con las rodillas flexionadas contra el pecho, en el piso de la celda de la comisaría de policía de Waterford. Tenía las piernas delgadas enfundadas en unos pantalones de gimnasia negros de nailon y las zapatillas blancas llenas de lodo. Una cazadora colgada sobre los hombros.

—Cuidado al entrar a tu habitación —le advirtió O'Connor mientras entraba en la celda con un pequeño paquete blanco.

Canney lo miró con el ceño fruncido.

—Parece haber un hueco en las tablas del piso —comentó O'Connor—. ¿Sabías que tenías —miró la coca— unos treinta mil dólares escondidos ahí debajo?

Canney se puso pálido.

—Váyase a joder —le soltó.

—Estoy muy ocupado jodiéndote a ti —respondió O'Connor.

—Jamás en mi vida he visto eso.

O'Connor miró al cielo.

—Solo dime dónde la estás consiguiendo. ¿Y por qué estabas aquí encerrado hace doce meses?

Canney le lanzó una mirada.

—Sí, ya sé —dijo O'Connor—, hay una muy buena razón por la cual no te habíamos atrapado hasta ahora. Y es eso lo que estaremos esperando aquí esta mañana.

Duke se volvió hacia Anna y rió.

—Tu esposo piensa que soy una especie de retrasado mental. —Marcó su teléfono en el móvil de Anna. Se conectó directamente con el contestador automático y estuvo a punto de dejar un mensaje cuando se dio cuenta de que estaba escuchando una voz que no conocía—. Este número ya no se encuentra en servicio. Por favor, contacte con... —Duke colgó, revisó el número y volvió a marcar. Recibió el mismo mensaje. Se palpó los bolsillos de la chaqueta, luego los de los pantalones vaqueros. Después miró alrededor del cuarto, fijando la vista en Anna.

—¿Y ahora dónde he puesto mi cuchillo?

Victor Nicotero caminaba por el sendero del delicado jardín de la casa del fallecido jefe de policía Odgen Parnum, encogiendo los hombros de modo que la caída de la chaqueta del traje le sentara bien. Tenía una carpeta vacía bajo el brazo izquierdo; con la mano libre pulsó el timbre. Antes de alcanzar a tocarlo, la puerta se abrió y una rubia impactante de unos cincuenta estaba frente a él.

—¿Quién es usted?

—Delroy Finch —respondió—, de FOP, Fuerza de Orden Público de la Policía.

—Ah —ella miró al suelo—. Pase, señor Finch.

—Gracias, señora.

Lo guió hacia una sala anticuada, le indicó con un gesto el sofá y se sentó frente a él en un sillón de mimbre con respaldo alto.

—Antes de nada, señora Parnum, me gustaría expresarle mis condolencias por la pérdida de su esposo.

—No lo perdí, señor Finch. Él se pegó un tiro en la cabeza con un rifle de gran calibre. No es necesario evitarme horrores que ya conozco.

—Le pido disculpas —dijo Victor—. Déjeme ir directo al grano. El motivo de mi visita es preguntarle de qué forma le gustaría que la Fuerza del Orden conmemorara a su esposo, señora Parnum. Podemos ofrecerle una placa recordatoria...

—Permítame interrumpirlo ahí, señor Finch. Mi esposo era un hijo de perra. Me ha dejado varios recordatorios de su existencia tal cual era, y cada uno de ellos es un mal recuerdo. Aprecio lo que está tratando de hacer y sé que su organismo hace un buen trabajo, pero el más acertado que podría hacer sería el de olvidar que el Jefe de Policía Odgen Parnum alguna vez existió.

—Señora, reitero mis disculpas si he desenterrado algo doloroso para usted, pero...

—No, no lo ha hecho en absoluto, señor Finch. Aquí usted no es culpable.

—Dígame, señora Parnum. ¿Por qué piensa que su esposo se suicidó?

—Porque era desdichado, porque estaba deprimido, porque se detestaba a sí mismo, porque su vida era insostenible. ¿Por qué la gente se suicida?

Victor esperó.

—Ahí va de nuevo —dijo la señora Parnum—. No puedo evitarlo. —Ella lanzó una carcajada corta y nerviosa—. Específicamente, no sé por qué se suicidó. No dejó una nota, si a eso se refiere, pero... —ella se detuvo, y luego levantó la vista abruptamente—. ¿Qué es lo que quiere saber?

—A veces pasa con este trabajo y yo siempre estoy interesado, sabe, en qué se podría hacer para evitar que vuelva a suceder, para salvar a otra persona. —Andaba a tientas—. ¿Qué era lo que iba a decir? Dijo *pero*...

—Pero... esa mañana, una mujer vino a casa para hablar con Odgen. Yo jamás la había visto antes. Era rubia, de cerca de cuarenta años, con traje a medida. Y la expresión más extraña apareció en su rostro al verme a mí —se detuvo—. Supongo que se podría describir como lástima.

—¿Lástima?

—Bueno, ese era el tema. ¿Por qué esta desconocida sentiría pena por mí? Maldición, para la gente que me conoce, yo tengo una vida encantadora. Pero era como si esta mujer hubiera aparecido en mi puerta y hubiera visto a través de mi alma.

Victor asintió con la cabeza lentamente.

—Y la cara de Odgen al verla... Resultó ser Marcy Winbaum, la fiscal del distrito, yo no la había reconocido. Solía trabajar con Odgen hace años. Desde entonces ha cambiado bastante. Y aquel día, ella definitivamente tenía una obsesión.

De todos modos, insistió en hablar con Odgen en privado. Él se la llevó de nuevo a su estudio. Bueno, yo sentí curiosidad, de modo que apoyé el oído en la puerta después de que pasaran bastante tiempo ahí dentro, y el tono de voz de esta mujer era elevado, lo cual me llamó la atención. La escuché decir algo como «enterrar» cosas y «vivir contigo mismo». Dijo que ella había encontrado a alguien que juraría algo en la Corte y que él tenía dos alternativas. Luego se encendió el cronometrador de mi horno y tuve que regresar a la cocina para sacar un pastel.

—¿Después le preguntó a su esposo de qué se trataba todo eso?

—No quise preguntar. Y a la siguiente noche me pareció que él había creado una tercera alternativa que era volarse los sesos.

—¿Puedo hacerle una pregunta? Su esposo trabajó en el caso Crosscut. Esos homicidios quedaron sin resolver hasta el momento de su muerte. ¿Cree que él se pudo haber visto afectado por eso?

—Esas pobres muchachas. Odgen lo pasó realmente mal. Pero eso sucedió hace bastante tiempo. —Ella frunció el ceño—. ¿No se supone que su organismo suavice los fallos de un policía muerto?

Victor frunció el ceño y luego recordó su rol.

—Supongo que se lo estaba preguntando por curiosidad personal —arriesgó—. ¿Está segura de que no hay algo que podamos hacer para conmemorar a su esposo en vida?

—Déjeme hablarle de Odgen Parnum —empezó ella de repente—. Yo solía ver arañazos en su espalda, pequeños arañazos y lunitas de uñas de alguien ávido. Y también en su rostro. Solo le echaba vistazos, solo vistazos, porque jamás me atreví a actuar de otro modo. Y míreme. —Trazó con una mano la curva de sus esbeltas caderas—. No soy una mujer que se descuide —se detuvo—. Y lo que no comprendo es que no hay nada que yo no hubiera hecho por él, si es que usted llega a comprenderme. Yo tengo calle, señor Finch. Él no se casó con una joven dulce e inocente —levantó la vista—. ¿Qué tenía yo de malo? —preguntó con las lágrimas brotándole de los ojos—. ¿Qué tenía yo de malo?

Marcus Canney se comía las uñas sucias.

—Esta no es una llamada de atención del juzgado —aclaró O'Connor señalándolo—. Estarás ahí sentado con tu traje barato y los cabellos achatados como te los peina mamá, con esa mirada recia en la cara... y nada importará un comino. Porque estará Delaney —sonrió—. El juez resentido. Y tú estarás hundido. —Canney se movió nervioso.

—A mí no me dará gusto meterte en la cárcel —dijo O'Connor—. Pero tus proveedores...

Silencio.

—Vamos, Canney. Ya no estás jugando a los bandidos ni a los indios. Este es un tema serio y te van a caer cinco o siete años. Entonces te quedarás solo.

Canney se movió nervioso.

—¿Y dónde estarán los grandes jugadores? Ocupados entrenando al nuevo. Tal vez entonces hagan un mejor trabajo. Y después se preguntarán cuál será el mejor modo de sacarte de escena. ¿Se encargarán dentro o esperarán a que estés en libertad pensando que tienes toda la vida por delante?

Canney miró fijamente hacia el frente.

—Mira —le advirtió O'Connor—. Puedes irte de aquí y ellos jamás se enterarán de nada. Puedo prometerte eso.

—Sí, claro.

—Estás hundido hasta el cuello, Canney. No sé de qué otra forma decírtelo. Pero tienes una salida. Olvidaremos todo. Vete. Nadie lo notaría. Y todos contentos.

—No hay maldita forma de que caiga con eso.

—¿Por qué crees que estoy sentado aquí y no en una sala de interrogatorio con la grabadora encendida?

Canney miró fijamente más allá de él, con el ceño fruncido.

—Sí, bueno...

—¿Bueno, qué? Dime. ¿Quién te está proveyendo?

—Mire, no voy a decir nada. ¿Cree que soy estúpido?

—Tu llamada —dijo O'Connor al tiempo que se ponía de pie—. Ya he hecho lo que estaba a mi alcance. Te veré en la sala de interrogatorios. —Caminó hacia la puerta—. Igual son siete años. O cinco. Ésa es la pena mínima para este sujeto. No creo que haya libro de quejas —comentó él tamborileando los dedos en la frente. Sostuvo el picaporte más tiempo de lo necesario.

Canney finalmente habló.

—¿Y si supiera algo acerca de esa muchacha de Mountcannon que fue asesinada? O'Connor giró en redondo.

Canney estaba sonriendo, asentía con la cabeza lentamente.

—Eres de lo más bajo, Canney...

—¿Y si hablara en serio?

O'Connor se volvió hacia la puerta moviendo la cabeza.

Canney se encogió de hombros.

—¿Y si yo fuera una de las últimas personas que la vio con vida?

Victor Nicotero entró al restaurante de Stinger's Creek y cambió veinte dólares por un manojo de monedas. Salió y fue hasta un teléfono público y marcó el número de Joe.

—En este momento no puedo hablar —respondió Joe rápidamente.

—Sí, pero puedes escuchar. Y hablo en serio. Sé que cancelaste mi viaje, pero aquí estoy, en el centro-norte de Texas. Mi instinto me indicó que viniera. Hablé con la viuda y déjame decirte que la señora Parnum es una mujer atractiva, pero es una amargada. Detestaba al esposo, parece que la engañaba, bla, bla, bla...

—¿Dijo algo sobre por qué se quitó la vida? ¿O sobre el caso?

—Simplemente que él lo pasó realmente mal. En cuanto a por qué el esposo se quitó la vida, a ella ni le interesa, mencionó rápidamente los motivos conocidos. Un témpano. Pero creo que tenemos un gran motivo. ¿Sabes con quién querrías hablar? Con la última persona que visitó a Odgen Parnum antes de que él jugara a la ruleta rusa con la recámara completa. Marcy Winbaum, la fiscal del distrito que solía trabajar con Parnum, regresó a la universidad, bla, bla, bla y ahora ha dado orden de reabrir el caso en una especie de *alguien ha ofrecido nueva información*. Todavía nadie se lo ha dicho a Dorothy Parnum, porque al parecer su difunto esposo está —o estaba— metido en la mierda profunda. Marcy Winbaum está con un as escondido en el pecho, pero se dice que es porque está a punto de atrapar al asesino.

Anna había observado a Duke Rawlins revisar la cabaña y sacar de un rincón húmedo y mugriento una bolsa que ahora le cubría la cabeza. Cada vez que respiraba, el hedor rancio a gato mojado y leche cortada le llenaba las fosas nasales. Había tenido arcadas durante todo el viaje y había estado acurrucada e indefensa en el estrecho piso de la camioneta. Ahora se encontraba de nuevo fuera, percibiendo levemente un frescor que se debatía con el hedor.

—Muy bien —susurró Duke, tirándola del brazo. Anna se detuvo, aunque podía escuchar unos pasos más pesados que continuaban yendo adelante.

—Sheba —siseó Duke—. Sheba, regresa aquí, gor...

Siobhan Fallón se dio la vuelta, su rostro no podía ocultar el dolor. Caminó lentamente hacia él mientras le ataba las piernas a Anna a la altura de los tobillos.

—Por favor, deja de llamarme Sheba —le pidió Siobhan con calma—. No es tan difícil de pronunciar. Sivawn. Es fácil.

—Déjame ver —empezó a decir Duke—. Sh... Sh... Shh. Bah. ¿Está bien? —La sonrisa de él quedó congelada.

—¿Por qué estás... qué he hecho? —Ella estiró la mano para tocarle la mejilla. Él la detuvo a mitad de camino y se la apretó con demasiada fuerza.

—Ah, has hecho un muy buen trabajo —le respondió él—. Sí que lo hiciste. Piensa en tus mejores órdenes de hamburguesa con guarnición de fritas, mayo, pickles y salsa extra de barbacoa, con una malteada, todo escrito en tu pequeño cuaderno, deletreado diez veces.

Ella sonrió de manera nerviosa. El pulso le latía en la muñeca por la que la tenía retenida. Trató de soltarse pero él la acercó más.

—Quítate ese viejo jersey enorme que tienes —le ordenó él.

—¿Por qué? —le preguntó con voz afectada.

—Porque tengo esto. —Le soltó la muñeca y sacó una cuchilla curva del bolsillo trasero y se la llevó a la cara. Ella quedó paralizada. Duke la miró fijamente. Ella se quitó lentamente la manga derecha manteniendo el codo pegado al cuerpo. Hizo lo mismo con el brazo izquierdo hasta que el jersey quedó colgando del cuello. Las mangas caían y apenas le cubrían el sostén de algodón gris descolorido. Se le erizó la piel pálida y comenzó a temblar. Duke se inclinó y desató la cuerda de alrededor del cuello de Anna, al tiempo que le quitaba la capucha. Anna apartó la cabeza. Duke le agarró el rostro obligándola a mirar.

—No querrás perderte esto —insistió. Se llevó el mango del cuchillo a la boca para tener las manos libres.

—Ahora déjame ver si recuerdo cómo se hace —dijo, al tiempo que rodeaba a Siobhan y le desabrochaba el sostén. Los generosos pechos flácidos le cayeron hasta los rollos de la cintura. Una mirada de desagrado surcó el rostro de Duke. De repente, Siobhan sacó una mano y cogió el mango del cuchillo y lo atrajo bruscamente hacia sí de modo que el filo se deslizó por la comisura de la boca de Duke. Ella se dio la vuelta para salir corriendo, pero él se le abalanzó y rápidamente la tiró al suelo inmovilizándole las manos por encima de la cabeza.

—Hija de perra —siseó él, escupiendo en la hierba al lado de ella. Luego apretó la cara contra la de ella, dejando que las largas y lentas gotas de sangre le cayeran en los labios y corrieran suavemente por sus mejillas mezcladas con sus lágrimas.

—¡Levántate! ¡Ponte de pie! Y quítate los pantalones...

—Déjala en paz —ordenó Anna bruscamente—. Déjala.

Duke le aferró la cara y la sacudió con tal fuerza que la silenció.

Se volvió hacia Siobhan.

—Quítatelos, todo. Ya has visto lo que este cuchillo puede hacer. —Le sonrió, llevándose la mano hacia la herida profunda que tenía en el rostro. Ella hizo lo que le pidió, tratando desesperadamente de cubrirse el cuerpo con las manos. A Anna se le revolvía el estómago. Tenía la esperanza de que Siobhan la mirara a los ojos y tal vez pudiera llegar a hacerle saber que todo estaría bien, que jamás le contaría a nadie por lo que había tenido que pasar. Pero cuando Anna volvió a mirar a Duke Rawlins, tenía una renovada expresión de abandono escalofriante y ella supo que la muchacha iba a morir. Y luego nada tendría importancia.

Él se volvió hacia Siobhan.

—Corre, coneja, corre —gritó.

Joe levantó el teléfono para llamar a Marcy Winbaum, la primera persona a la que él tuvo que contarle la verdad desde que se habían llevado a Anna. Hablaba con la

seguridad de una mujer que había trabajado duro para llegar adonde estaba. Cada palabra que ella le decía le aceleraba el corazón, le debilitaba el cuerpo, pero le fortalecía la resolución. El jamás había experimentado eso, un crudo pánico que corría en su interior, comenzando por el pecho y que bajaba y latía simultáneamente con la cabeza. Intentó arduamente calmar la respiración. Destellos del fax le vinieron a la mente, las víctimas descartadas como muñecas rotas. Las imágenes fueron reemplazadas por la foto de la cara de Duke Rawlins, el cuerpo sin vida de Donald Riggs. Y luego Anna. Joe sintió que algo se desgarraba en su interior. Había puesto a su esposa en el camino de ese maniático. Su única esperanza era que ahora contaba con una carta de cambio.

Victor Nicotero salió de la cabina de teléfono, pensando en Dorothy Parnum y en cómo las personas podían ser tan fuertes aunque tan frágiles al mismo tiempo. A él eso le gustaba. Sacó la falsa carpeta de FOP para anotar esa reflexión en sus memorias. Buscó el bolígrafo de jubilado en el bolsillo interno. No estaba. Revisó en la carpeta. Se palpó los otros bolsillos.

—Maldición —dijo y dio la vuelta.

Duke se arrodilló junto al cuerpo de Siobhan Fallón y siguió ocupándose de él con la cuchilla curva. Con los tobillos desatados pero amarrada a un angosto tronco de árbol, Anna se inclinó bruscamente hacia delante y vomitó entre las piernas. Con la fuerza, sintió un leve movimiento en el nudo que le sujetaba las muñecas.

—Sigue mirando —le ordenó Duke—, o haré que te arrepientas.

Anna lo miró con ojos vidriosos.

—No te culpes —dijo Duke—. Esto es por causa tuya y de tu esposo. Échale la culpa a ambos.

Él sonrió y completó cada paso del ritual, mirando todo el tiempo atrás por encima del hombro hacia donde estaba Anna, cuyo bonito rostro horrorizado le provocaba agradables escalofríos que le corrían por la espalda. Al darse la vuelta de nuevo, ella huyó.

Frank Deegan abrió las hojas de fax en forma de abanico sobre el asiento del acompañante, pensando en que podía echarles un vistazo en el camino. Hacia la segunda hoja, tuvo que detenerse a un lado. Examinó las fotos y leyó las indiferentes descripciones de piel y huesos jóvenes, cabellera y extremidades y las espantosas heridas que las profanaban a todas. Él jamás entendió cómo había hombres que pudieran querer despedazar a esas criaturas tan delicadas. Volvió a mirar las fotos.

Logró conectar los puntos entre las víctimas de Héroe y las sufridas por Mary Casey en Doon. Pero había un punto extra, un poco alejado con el que casi no podía establecer conexión: Joe Lucchesi. Y luego un punto justo al lado: la pequeña y delicada Anna.

Dorothy Parnum se estaba dando golpecitos en la comisura de los ojos con un pañuelo apoltonado cuando abrió la puerta. La máscara de pestañas se le había corrido y el lápiz de labios con efecto de escarcha había desaparecido, dejando una desagradable huella del delineador rosa alrededor de la boca.

—Olvidé mi bolígrafo —y ella ya se lo estaba entregando.

—Gracias.

—Gracias —repitió ella—. Disculpe mi comportamiento de antes. No sé por qué le dije todo eso. —Nuevas lágrimas le brotaron de los ojos—. Pero es que usted parece el hombre más cálido que una viuda acongojada podría encontrarse. —Ella le apretó el brazo pero eso solo la hizo llorar más fuerte. Finalmente, respiró hondo y trató de sonreír.

—No más búa, búa —dijo ella—. Eso solía decirme Odgen. No más búa, búa... pero siempre había más.

CAPÍTULO 30

Stinger's Creek, centro-norte de Texas, 1992

Odgen Parnum cerró la carpeta de plástico y observó la huella de la mano sudada contraerse y secarse en la superficie. Miró el espacio entre dos fotos que había en la pared del frente, luego colgó la cabeza hasta que se le tensó la nuca y la sangre le latió en las sienes. Se pasó los dedos una y otra vez por la fina cabellera, luego apretó el intercomunicador.

—Marcy, creo que tenemos que hacer entrar a alguien. Ven a mi oficina.

—Claro, jefe. —Odgen Parnum había trabajado con cinco delegados a lo largo de los años, pero nadie era tan brillante y eficiente como Marcy Winbaum. En ese momento supo que ella era la última persona que necesitaba que estuviera involucrada en ese caso. Y el sospechoso al que se veía obligado a hacer pasar era la última persona a la que quería ver.

—¿No es emocionante? —sonrió ella señalando el informe del laboratorio.

—Ve con calma, Marcy. Creo que todo es un poco prematuro y creo que podría llegar a haber alguna otra explicación.

—Yo no lo creo, señor. Creo que finalmente podríamos llegar a estar cerca de hacer justicia para todas esas víctimas trágicas: Janet Bell, del 87, Mimi Bartillo, del 88, Cynthia Sloane, del 89, Tonya Ramer, del 90, Tally Sanders, del 91, y ahora nuestra Jane Doe. —Ella se sabía los detalles de memoria—. Son seis mujeres, jefe. Y si la prueba de hoy...

—¿Pero no crees que Rachel Wade, la camarera, no crees que ella fue también una de las víctimas del asesino de Crosscut, cuando Bill Rawlins fue encerrado por eso? —En cuanto mencionó el caso, todo en lo que había estado trabajando durante los últimos cuatro años tomó la forma de una deprimente realidad. Él se esforzó por seguir hablando—. Eres nueva en esto, Marcy. Concéntrate, ¿de acuerdo? No nos precipitemos.

Su sonrisa se desvaneció y en cuanto recibió los detalles por parte de él, salió y retomó al expediente abierto sobre el escritorio y al cuaderno amarillo que estaba al lado. Parnum la siguió, cerró el expediente y se lo puso bajo el brazo.

La sala de interrogatorios del Departamento de Policía de Stinger's Creek era pequeña y sin ventanas. La luz llegaba desde una tenue bombilla que colgaba floja del techo, apenas cubierta por una pantalla verde llena de polvo. Proyectaba sombras lúgubres.

—¿Podría esperar aquí para hablar con el jefe? —pidió Marcy.

—*Hablaré* con el jefe, señora, claro que hablaré. Pero me gustaría hablar con él a solas. —Duke Rawlins se desparramó en la silla de metal, de espaldas a la pared, extendiendo lejos las piernas, inclinando la pelvis hacia arriba. Marcy Winbaum se dio la vuelta y se marchó. Parnum se quedó en la puerta mirando fijamente al hombre que tenía enfrente. Las gotas de sudor le brotaron en la frente y se las secó con un pañuelo que sacó del bolsillo de los pantalones.

—¿Me recuerdas? —Duke se dio la vuelta y apoyó un codo en el respaldo de la silla.

Parnum cerró la puerta tras de sí, luego la empujó hasta que hizo ruido.

Duke levantó la ceja y sonrió.

—¿Qué es lo que soy para ti? ¿Tu putita, tu mariconcito, tu niño, tu ramera con el culo ceñido o tu potro salvaje?

—Hace una hora recibí el informe del laboratorio —Parnum bajó la voz hasta que quedó un siseo—, que revelan que la pintura que había en el zapato de Jane Doe coincide con la de la camioneta Dodge Ram. Y por Dios que hay solo una que yo conozca y está estacionada en tu patio.

Duke lo miró con calma.

Parnum golpeó el puño en la mesa.

—¿No lo entiendes? Otras personas lo saben. Marcy, el laboratorio... ¡Hemos encontrado pruebas!

—Bueno, esto es así —empezó a decir Duke, apoyándose sobre las palmas de las manos, y acercándose—. Bien pudiste no haber encontrado las putas pruebas.

Parnum retrocedió.

—¿Estás loco? Yo no puedo...

—Ahora déjame pensar. ¿Y qué hay con la señora del Jefe de policía y los hijos del Jefe? ¿A ellos les gustaría saber tu secreto? ¿Y qué hay con el reverendo Ellis? ¿Qué hay con la sublime gracia del coro de la Primera Iglesia Bautista?

Parnum permaneció en silencio. Finalmente habló:

—Veré qué puedo hacer.

—No, *harás* lo que puedas hacer.

—Has asesinado a siete mujeres.

—¿Eso crees?

Parnum tragó saliva.

—Ah, no me juzgues, no te atrevas a juzgarme, maldito hijo de perra.

Oleadas de náuseas invadieron a Parnum. Se aferró al borde de la mesa.

—Tú estuviste ahí el viernes por la noche...

—Si hubiera estado *ahí* el viernes, Jefe, ¿cómo pude haber apostado todo al par de sietes?

—Yo no jugaría al póquer con un...

—¿No jugaría al *póquer* conmigo? —resolló—. De todos modos, no era solo yo. Donnie Riggs también estuvo allí. No hubiéramos tenido cerveza de no haber sido por Donnie.

—Santo cielo. Donnie Riggs. Jamás...

—Supongo que en este momento la vida está pasando ante ti como en fotos, grandullón.

—Maldito hijo de perra.

—¿Yo? —Duke lanzó una carcajada fuerte.

—Yo sé lo de Rachel Wade —anunció Parnum—. Hiciste meter a tu tío en la cárcel...

Duke achicó los ojos.

—¿Cómo? ¿Me ves como a un miembro del jurado? ¿Me parezco al de Twelve Angry Men? O —se detuvo— ¿tal vez me parezco a los muchachos de las rosquillas que trabajaron en el caso, cogieron al sujeto equivocado y entonces lo único que yo podía hacer era apoyarlo? Asistí todos los días al juicio...

»Me senté allí a escuchar el detalle de tu...

»Ahora cuida tu boca. Cuidado con lo que vayas a decir. Ahora no querrás hacer algún tipo de acusación que no puedas fundamentar, ¿verdad?

—Bill Rawlins era un buen hombre —aclaró Parnum.

—Nunca dije que no lo fuera.

—Su pañuelo fue hallado en la boca de la muchacha... —Parnum movió la cabeza—. Tú lo dejaste morir.

—Te lo diré de nuevo: Yo no provoqué nada. Yo no estaba en la celda cuando él se aferró el corazón y cayó al suelo. Si hubiera estado, yo le hubiera hecho masajes en el pecho mucho más rápido que los retardados que lo encontraron.

—Eres un...

—Ahora sh, sh, sh.

La sala quedó en silencio. Fuera, Marcy Winbaum cerró un cajón con fuerza. El teléfono sonó.

El aire acondicionado producía un zumbido.

Duke habló:

—¿Crees que eres un buen hombre, Jefe? ¿Lo crees?

—Eh, yo, eh...

—¿De veras lo crees? —vociferó Duke—. ¿Lo crees?

—Sí.

—¿Ves? Lo sabía. Sabía que eso era lo que pensabas. Lo cual hace todo más placentero. —Duke se tocó la entrepierna y se agarró los testículos. De este modo, para mí es un empate. Obtengo la maldita castidad del placer que eso provoca. Y para mi ronda extra, sé que cada noche que estés en la cama, estarás pensando en mí. Y

esta vez, no tendrás hierbas en los calzoncillos. Sino el helado sudor del miedo empapando las sábanas.

Parnum se puso rígido. Duke se puso de pie y se inclinó hacia su rostro demacrado. Se acercó y lo besó fuerte en las mejillas, pasándole la lengua por el mentón. Parnum se estremeció.

—Quizá alguna vez mi culo haya sido tuyo, Parnum... pero en realidad, ahora el tuyo es el que es muy mío. —Apartó la silla de una patada y salió de la sala.

—Aquí no hay nada que ver —le dijo a la delegada al salir al frío aire nocturno.

CAPÍTULO 31

El inspector O'Connor abrió la puerta de la sala de interrogatorios y atravesó el corredor deprisa. Cogió el teléfono de la recepción y marcó el número de la comisaría de Mountcannon. Inmediatamente la llamada se desvió a su propio conmutador. Corrió al coche. La sirena sonaba por la ciudad mientras él tomaba la carretera hacia el pequeño pueblo a toda velocidad.

Joe estaba doblado encima del cajón de la cocina, revolviendo desafortadamente las pastillas y los frascos de medicamentos que no calmarían el dolor que le crecía en el cráneo. Llenó un vaso de agua y trató de beber, pero el frío le repercutía en los dientes y sintió que la cabeza le daba vueltas. Le pasaban imágenes por la mente como si fueran diapositivas activadas por un proyector, aparecían destellos de cuerpos blancos y sangre negra. Trató desesperadamente de no imaginar a Anna entre ellos, herida o muerta o... no podía ni pensar de qué otra cosa era capaz Duke Rawlins. En algún rincón de su interior, se cerró una persiana para preservar su sanidad mental. Se propuso pensar en toda imagen bella que tenía de Anna, caminando por el corredor, cargando a Shaun en la cadera, pintando el apartamento nuevo, parada en el vestíbulo con los cabellos desordenados cuando él iba a dormir al cuarto de huéspedes.

Se secó las lágrimas y se concentró en el hombre al que sabía estaría obligado a enfrentarse. Duke Rawlins había ido a prisión por el delito menor de apuñalar a alguien pero había escapado de los crímenes más atroces. Había logrado conseguir una coartada de un jefe de policía que le había durado más de diez años. Joe sabía que era improbable que él descubriera el motivo. En ese momento lo que importaba era que había sido succionado al mundo de un psicópata. Su proceder de un día soleado en el parque de Nueva York había llevado a ese asesino hasta su familia y al pueblo que amaban. Joe decidió que merecía el dolor que estaba sintiendo.

Su único consuelo era que él ya había descubierto lo que esperaba fuera el último golpe para arruinar el plan de Rawlins. Lo había despojado de su razón de ser, le había dicho que su esposa y su mejor amigo lo habían traicionado. Luego, en un desesperado arranque de pánico, se dio cuenta de que acababa de crear una situación en la que Duke Rawlins no tuviera nada que perder.

Sonó el teléfono.

—Hay alguien esperándote en la orilla de tu patio —le informó Duke—. Y digo... alguien, en serio.

A Joe le dio un espasmo en el estómago. Corrió, tomó una linterna y salió de la casa a toda velocidad para internarse en el anochecer. Se resbaló en la hierba húmeda, amortiguando la caída con la mano, volvió a ponerse de pie y corrió hasta acercarse

lo suficiente para ver una silueta que yacía boca abajo junto a una maraña de arbustos. Apuntó el haz de luz lentamente por encima de la hierba hasta la silueta. Contuvo la respiración y luego la soltó junto con un leve y culpable suspiro de alivio. Siobhan Fallón había intentado huir cuando dos flechas desde atrás le habían perforado la carne. La sangre formaba un charco debajo de ella y parecía negra en contraste con la hierba. Joe reconoció el corte que tenía en el brazo. Recordaba el modo en que ella se lo había mirado, con sorpresa y luego con furia. En ese momento él lo comprendió. Era la primera herida de un hombre que le había prometido el mundo a cambio de compartir el juego con él, y que luego, cuando ella jugó su parte, le había quitado todo.

Sonó el teléfono en el bolsillo, Joe lo sacó. Después de un silencio que se prolongó varios segundos, Joe se dio cuenta de que Duke luchaba por respirar a causa de su fuerte risa.

—¡Ay, hombre! —rió ahogadamente—. Ay, hombre. —Luego la voz cayó hasta sonar como un gruñido—. ¿Estás contento ahora? Solo quedamos tú y yo: cara a cara.

Joe cerró los ojos y habló lentamente a través de una boca que apenas podía abrir.

—En algún oscuro rincón de tu mente, tú crees que lo que haces es noble, que lo que haces cuando cazas, violas, asesinas, es noble. Tú tienes tu técnica, tus juegos, tus mierdas. Pero cuando te despojas de la técnica, Rawlins, ¿qué es lo que queda? La venganza. La vieja y conocida venganza. Un motivo bajo que no te diferencia de cualquier pedazo de mierda que siga en la fila y el que siga a éste.

—Y si tuvieras oportunidad —provocó Duke—, ¿no me pegarías un balazo en el pecho por lo que estoy a punto de hacer?

—¿Qué quieres decir con «lo que estoy a punto de hacer»? —Entonces Joe alejó el teléfono del oído y gritó—. ¿Sabes qué? ¡Yo ya no juego más, cobarde, maldito hijo de perra! Lanzó el teléfono a la hierba. Tenía las cuerdas vocales irritadas. El dolor le estalló en el rostro. Enterró la cabeza entre las manos y luego se dio cuenta de que Duke Rawlins no obtendría ningún tipo de placer de todo aquello si no estaba observando. Entonces se detuvo y miró a su alrededor, concentrándose en la mejor posición de ventaja desde la que pudiera ver.

—¿Quieres *el expediente*? —gritó en la oscuridad—. Tengo *el expediente*.

De repente un grueso haz de luz lo atravesó y se dirigió hacia el mar.

—Oh, por el amor de Dios —se fastidió O'Connor, inclinándose hacia la izquierda tratando de observar la carretera y marcar el número de Frank en el teléfono móvil nuevo que tenía montado junto a la radio. El pequeño *joystick* quedaba perdido entre sus dedos—. Qué porquería —maldijo, deteniéndose al borde del camino. Cogió el teléfono y buscó el número de Frank. Marcó y recibió el mensaje del contestador.

—En dónde estás, dormido... —Inmediatamente se sintió mal. A él le agradaba

Frank. Pero en ese momento sentía deseos de abofetearlo, aunque eso fuera algo que todos habían evitado. O'Connor hizo un viraje brusco para volver a la carretera y aceleró. Lo que le había sucedido a Katie estaba muy mal. Lo invadió una oleada de tristeza al pensar en una muchacha que solo había conocido a través de una fotografía. Con el inspector Myles O'Connor a la cabeza, todos la habían defraudado. Su nombre siempre estaría asociado con una parodia de investigación. Lo único que él podía hacer en este momento era llegar allí a tiempo para llevar el caso de Katie Lawson lo más cercano a que se hiciera justicia.

Richie Bates aparcó el patrullero cuidadosamente detrás de una hilera de árboles en las afueras de Shore's Rock. Se quedó paralizado al ver a Joe Lucchesi bajo una luz espeluznante proyectada por una linterna tirada en la hierba del patio, arrojando algo al aire y gritando. Lo vio correr hacia el faro.

O'Connor se detuvo en la puerta de la comisaría haciendo chirriar los neumáticos a centímetros de la pared. Bajó de un salto y corrió a la puerta, estuvo a punto de golpear el intercomunicador. Se detuvo, respiró hondo y apretó el botón con suavidad, esperó, le gritó a Frank. No hubo respuesta.

Anna entraba y salía del estado de consciencia, se desplomó hacia delante, se enrolló sobre la soga que la ataba a la escalera, sintiéndose débil por la presión que le dividía el estómago. Se le habían doblado las rodillas, los pies se desesperaban por sostener el peso. Tenía las muñecas apretadas a la espalda, atadas con un cable delgado. Una gruesa cinta le tapaba toda la boca.

—¡Dios santo! —gritó Joe con la voz quebrada. Ella tenía los ojos cerrados y el cuerpo flojo. Guardó *el expediente* en la chaqueta y tiró de la cinta que le cubría la boca. Buscó detrás de la escalera y quitó la soga ensangrentada. Rápidamente se soltó y colgó formando pliegues flojos en los muslos de Anna. Trató de atraerla hacia sí pero le deslizó la mano por la espalda y sintió algo que le revolvió el estómago, la levantó lentamente, por encima de los hombros de ella y vio gotas de sangre chorreando de su mano y antebrazo. Bajó la vista. Ella tenía la sudadera y la parte de arriba de los pantalones vaqueros empapados. De repente él escuchó pasos y luego un grito detrás:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Giró en redondo. Shaun estaba de pie mirando a sus padres fijamente, impactado y mudo.

—Te dije que te quedaras en casa —gritó Joe por encima del ruido. Arriba, el

viento ululaba alrededor de la torre del faro, golpeando la puerta con fuerza hacia adelante y hacia atrás.

Joe le gritó:

—Cierra esa puerta de arriba.

Trató de bajar a Anna al suelo en ese espacio reducido y tuvo que patear la sogasuelta por debajo de ella... sogas que se había soltado con el menor de los esfuerzos. Lo recorrió un escalofrío con un recuerdo enterrado. Demasiado fácil. A Anna le dio un espasmo y despertó. Sacudió la cabeza violentamente de lado a lado. Los ojos pegaban alaridos.

Shaun cerró la puerta contra la fuerza del viento pero ésta volvió y golpeó contra él tirándolo al suelo.

Joe alzó la vista hacia donde venía el ruido y vio a Duke Rawlins meterse por la puerta que abría horizontalmente, con la cara pegada a la de Shaun, la sangre seca del cuchillo descamándole la piel al muchacho.

—No aprendes una mierda, ¿verdad? —dijo Duke—. Las cosas no te caen simplemente en el regazo, *detective*. —Agarró a Shaun con más fuerza, tirándolo hacia atrás, apretándole en la garganta una cuchilla con forma curva.

—Oh —le alcanzó un cordón a Joe.

Él lo tomó y al mirar para arriba vio un globo de helio flotando. Duke sonrió.

—Feliz cumpleaños.

Cuando Frank Deegan se alejó de las montañas, su teléfono sonó volviendo a la vida. Estuvo en área de cobertura el tiempo suficiente para indicarle que Myles O'Connor había intentado comunicarse con él siete veces. Pero no lo suficiente como para que él pudiera hacer algo al respecto.

Richie cerró la puerta del coche suavemente detrás de sí y atravesó la cuneta y un hueco en el cerco de protección. Se agazapó y avanzó hacia el faro y las sombras que bailaban en lo alto de la torre.

—Ella trató de ayudar a esa gorda puta —maldijo Duke, señalando a Anna con un gesto; su pequeño cuerpo golpeó contra la pared—. Sheba.

—Siobhan —murmuró Anna—. Su nombre era Siobhan.

Duke resopló e hizo un gesto como si no le importara. Volvió a señalar a Anna.

—Hasta huyó de mí... pero solo por un instante —sonrió.

La lente del faro rotó por encima de ellos, emitiendo un sonido como el de un soplete gigante. Joe miró hacia los respiraderos de metal que rodeaban el cuarto al

nivel del piso y como a dos metros. Sabía por Anna que los respiraderos que daban tanto al norte como al sur debían ser abiertos dependiendo de la dirección del viento. Pero estaban cerrados y no había modo de que salieran los humos de keroseno que estaban llenando el reducido espacio.

—Bueno, esto no llevará demasiado tiempo —dijo Duke—. Será una de esas decisiones que uno toma rápido, como por ejemplo si se le dispara o no a un hombre desarmado. Sí, yo sé que él estaba desarmado, *detective*, porque lo único que el pobre Donnie tenía era el prendedor. Y eso era por un motivo. Sostenía ese prendedor cerca por un motivo que usted jamás entenderá. Lealtad... —Cerró los ojos.

—Un hombre leal no se acostaría con tu esposa, Rawlins.

—Bueno, eso es solo un detalle.

—*El expediente* —dijo Joe, al tiempo que lo sacó y manchó la tapa con la sangre de Anna—. Aquí está. Aquí aparece su nombre. Se encontraba en Nueva York el mismo día en el mismo parque. ¿Puedes explicarlo? Ella admitió ante el fiscal del condado de Grayson que Donald Riggs estaba a punto de recibir el dinero del rescate para ellos, no para ti sino para ella y para Riggs, para que pudieran alejarse de ti lo más posible cuando fueras un hombre libre.

—Donnie quiso morir sosteniendo ese prendedor...

—No, no lo hizo —lo contradijo Joe con calma, apoyando *el expediente* despacio entre ambos—. Quiso arrojarlo.

—Le señaló la pila de fotos, los testimonios de los testigos, los descubrimientos de la autopsia, los informes de la corte, todo contenido en la ligera carpeta de cartón. Duke le echó una mirada pero sacudió la cabeza.

—No —decía—. No.

Permanecieron en silencio por un instante, Duke balanceándose suavemente mientras miraba fijamente hacia el vacío. Joe contenía la respiración mientras lo observaba, nervioso por pensar en lo que podía llegar a explotar de esa calma.

—Ahora puedes marcharte —le dijo—. No te encerrarán. No tendrás que pasar el resto de tu vida en la cárcel por todos esos asesinatos.

—¿Qué asesinatos? —preguntó Duke, encogiéndose de hombros. Entonces algo restalló en él y cuando habló, la voz sonó helada—. Mira, yo aquí no estoy para perder el tiempo, *detective*. Te estoy dando una oportunidad. Rápido. —Chasqueó los dedos—. Tiene que ser muy rápido.

En ese momento Richie Bates alcanzó a ver que Duke Rawlins ya había llegado... y había traído con él una oportunidad que podía cambiarlo todo.

Shaun estaba de pie en la cornisa de ocho centímetros que corría por fuera de la

barandilla del balcón. Duke lo tenía agarrado del pecho con el brazo.

—Agárrate fuerte, Shaun —gritó Joe en medio del ruido que hacía la lente que estaba sobre ellos y el viento que entraba por el balcón. El dolor le quemó la mandíbula y él se llevó bruscamente la mano a la mejilla derecha en un acto reflejo.

—¿Te duele algo? —preguntó Duke, con una sonrisa que le brotó en el rostro. Él se adelantó un paso. Shaun se balanceó hacia atrás y adelante.

Joe contuvo la respiración y trató de negar con la cabeza.

—¿Algo como esto? —preguntó Duke, golpeándole violentamente con el puño en los dedos que tenía en la mejilla, y enviándole la presión del impacto profundo hasta el cerebro. Un intenso espasmo desgarró el estómago de Joe. Las lágrimas le brotaron en los ojos.

—Ahora, cierra la boca —le ordenó Duke. Sacó un teléfono móvil con la mano que tenía libre y marcó un número con el pulgar. Lo sostuvo en alto para que Joe lo viera: 999.

—Creo que tu esposa podría necesitar una ambulancia —sugirió Duke. Joe se dio la vuelta y miró a Anna. Estaba en un charco de sangre, con el rostro gris y los ojos cerrados.

—Esta es tu opción —lo provocó Duke—. Suelto el teléfono o suelto a tu hijo, ¿cuál es?

Joe quedó petrificado. Buscó algo en el cuarto, algo que lo ayudara en su decisión o lo ayudara a matar al hombre que tenía enfrente. Volvió a mirar *el expediente*.

—Por favor —le rogó. La sangre le corría por la comisura de la boca.

Duke avanzó un paso, pero en lugar de inclinarse, abrió *el expediente* con la punta de la bota. Luego volvió a patear y las hojas volaron con el viento.

—No —dijo Duke, pateando de nuevo—. Una vez más: ¿Suelto el teléfono o suelto a tu hijo? ¿Cuál es la opción?

Joe volvió a mirar a Anna. Solo por un instante ella abrió los ojos y meneó la cabeza, un leve movimiento que le consumió toda la energía. Joe se le acercó.

—Mantente alejado de ella —ordenó Duke al tiempo que apretó *Enviar* en el teléfono—. Ambulancia, señora. —Trabó la mirada con Joe—. Está bien. Se terminó el tiempo, *detective*. ¿Qué suelto, el teléfono o al muchacho? —Extendió el brazo y el teléfono quedó suspendido por encima del balcón.

—El teléfono —escogió Joe quedamente.

—No te oigo —insistió Duke—. ¿Qué has dicho?

—¡No, papá, no! —gritó Shaun—. ¡No! —Corcoveó contra las barandas.

—¿Qué es, *detective*?

—El teléfono —gritó Joe—. Suelta el maldito teléfono, maldito hijo de perra.

—Ambulancia, hola, ¿puedo ayudarlo? —La voz sonaba diminuta y lejana cuando Duke se inclinó por encima del balcón y dejó caer el teléfono unos 10 metros

y hacerse trizas con el impacto.

Shaun pegó un grito cuando Duke le soltó el pecho, luego en el último momento lo atrajo brusca y rápidamente de nuevo hacia sí.

—Ah, también te corté la línea de casa —agregó Duke. Le habló a Shaun—. Engancha las manos en la baranda. Luego puedes venir a saludar a tu padre. Él acaba de matar a tu madre.

Shaun volvió a subirse y cuando estaba por entrar, Duke le dio una patada en la espalda y lo lanzó adelante haciéndolo aterrizar contra el padre, que trastabilló hacia atrás por el peso. Shaun se apartó tambaleándose y Joe se abalanzó a la puerta, pero Duke fue más rápido, salió por el balcón y huyó.

Joe se volvió hacia su hijo.

—Pide ayuda. Dile a la policía lo que ha ocurrido. Ella estará bien. —Salió empujando contra la corriente del viento que le silbaba en la boca, encontrando las cavidades que le provocaban más dolor, con una intensidad que él jamás había experimentado antes. Al mirar a su alrededor, el balcón estaba vacío y una soga solitaria se mecía con el viento. Joe se dio la vuelta para correr de nuevo por el faro cuando quedó iluminado desde atrás con destellos azules y blancos.

—Es la policía —le gritó a Shaun—. Enviarán una ambulancia. Yo tengo que irme. —Bajó la vista y vio a alguien que bajaba del coche—. Mierda —maldijo—. Es Richie. Este tipo jamás me creará.

O'Connor sacó un cigarrillo y lo encendió. Cerró los ojos y dio una calada profunda. El teléfono móvil vibró una vez, luego sonó al volumen más alto que él pudo seleccionar.

—Myles, soy Frank Deegan.

—¿Dónde has estado? —le gritó O'Connor—. He estado tratando de contactar contigo durante toda la tarde.

Frank vaciló.

—En las montañas Ballyhoura, la cobertura se va y cae como un yo-yo. Ya casi estoy de vuelta. Tengo algunas noticias para ti. Te las contaré cuando te vea.

—No, no lo harás —le dijo O'Connor bruscamente.

Frank quedó pasmado.

—¿Perdón?

—Dímelo ahora, Frank, ¿qué diablos es lo que está sucediendo?

—¿Qué quieres decir? ¿Sobre qué? Estuve averiguando sobre esa mujer Mary Casey de Doon. Ese Duke Rawlins del cual hablaba Joe Lucchesi, he visto lo que les ha hecho a esas mujeres en los Estados Unidos. Y es exactamente lo que le sucedió a la mujer de Limerick, heridas de cuchillo en los mismos lugares, todo. Ese hombre está en el país. No tengo dudas al respecto. —Podía escuchar a O'Connor gritándole

por encima de su voz que se callara y escuchara.

—Ése es el caso Limerick —vociferó O'Connor cuando Frank dejó de hablar—. Si hubieras tenido el ojo puesto en la maldita pelota de aquí...

A Frank le ardió la cara.

—Mira —dijo O'Connor—, ya has pasado la información y es suficiente...

—¿Cómo? —dijo Frank—. ¿Pero y qué hay con Katie Lawson? Yo creo que él cambió su *modus operandi* para hacernos creer que Shaun o Joe...

—Hay algo que ha surgido en relación a Katie Lawson —continuó O'Connor bruscamente—. Solo ve directo a la casa de Lucchesi. No entres. Te veré allí.

Joe corrió hacia Richie, con una explicación preparada, pero él no la necesitó.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó Richie—. Algún loco abrió la puerta y me hizo pedazos la radio.

—Necesito una ambulancia para Anna —pidió Joe—. Fue él, Rawlins. Le hizo algo a Anna. —Ambos miraron la radio hecha trizas, sobresalían los pedazos de plástico y los cables colgaban inútiles.

—¿En dónde está ella?

—Con Shaun en el faro. Pero... —el pánico brilló en los ojos de Joe.

—Lo sé —dijo Richie—. Necesitas atrapar a ese cabrón. Sube. La ambulancia no tardará en llegar. Usaré mi teléfono móvil.

Richie se alejó del coche para tener señal. Habló deprisa y luego volvió corriendo al coche, encendió el motor e hizo crujir los neumáticos en la hierba hacia la carretera.

—Va en una camioneta Ford Fiesta blanca. Solo está a unos diez minutos de nosotros —confirmó Richie—. Va colina arriba. No encenderé las luces ni la sirena, sentirá miedo. ¿Adónde crees que se dirige?

—Él sabe que está acabado —aseguró Joe—. Está buscado por bastantes crímenes en su país, ahora ya lo sabe. Querrá largarse de Dodge, pero no podrá tomar ningún avión.

—Pero podría ir a Inglaterra o Gales —sugirió Richie—. En ferry.

—¿Desde Rosslare? ¿Lo sabrá?

—El tipo no es estúpido. Habrá planeado cada detalle de esto.

—¿Crees que deberíamos llamar a Frank?

Richie levantó una ceja.

—¿Y seguir las reglas? —Le echó una mirada a Joe—. Este tipo intentó matar a tu esposa...

Obtuvo la respuesta en el silencio de Joe. Doblaron por la siguiente curva y pasaron a toda velocidad el giro de mano derecha que daba a Manor Road, que los hubiera conducido al pueblo pasando por la iglesia. Ambos miraron hacia la derecha.

Richie frenó.

—Dios santo —se sorprendió Joe, golpeando el puño con fuerza en la guantera. Richie retrocedió y la camioneta blanca apareció a la vista—. ¿Qué diablos está haciendo él en el pueblo?

Shaun acunaba la cabeza de la madre sobre el regazo, sintiéndose extraño por tenerla tan cerca. Ella tenía los ojos cerrados y el rostro pálido. Le había estado frotando la frente compulsivamente durante quince minutos desde que Joe se había ido. Un viento helado azotaba con lluvia alrededor del faro y a él le dolían los oídos. Paró y le tapó los oídos a Anna para que no lo sintiera. Él le había puesto su camiseta sobre el estómago y le presionaba sobre las heridas. Aunque sabía que había sangre por todas partes y no podía mirar.

Richie estacionó el coche en un recodo, con los faros enfocados en la camioneta destartalada. Joe bajó de un salto y arrancó rápidamente la puerta trasera para abrirla con una palanca. Vacío, el espacio parecía enorme. Volvió corriendo hasta donde estaba Richie, entrecerrando los ojos por la luz.

—¡Vamos! ¡Larguémonos! Ahí no hay nada. Se ha ido.

—Maldición —Richie giró el coche hacia el pueblo y pisó el acelerador.

Llegó a más de cien kilómetros por hora al tomar la siguiente curva, con la mente puesta en la persecución y no en el volante.

—¡Dios santo, cuidado! —gritó Joe.

Richie pisó los frenos, atónito por la escena que tenía enfrente. No había modo de esquivarla. El camino que pasaba por la iglesia estaba atestado de coches, la mayoría estacionados, algunos se movían y había uno que estaba en un ángulo de noventa grados, con el conductor petrificado al ver un patrullero que le caía encima a toda velocidad. Richie giró bruscamente el volante hacia la izquierda y comenzaron a dar vueltas sin control, patinando sobre la superficie mojada, salpicando agua de lluvia enlodada hasta que finalmente se detuvieron vibrando a metros del impacto.

—Esto está jodido —dijo Joe.

Richie bajó de un salto y cerró la puerta violentamente. La guantera se abrió de golpe. Un frío temor invadió el cuerpo de Joe. Cogió del tablero el teléfono móvil de Richie y se fue corriendo. A su alrededor, la gente iba deprisa a sus coches, forcejeando con los paraguas en el viento. Los conductores hacían señas con las luces y tocaban la bocina. Mientras corría, Joe apretó la tecla de rellamada para saber el número de Frank. La lluvia cayó sobre la pantalla. Él la secó y leyó la lista de números marcados. Entonces se quedó petrificado, pasó las escaleras de la iglesia, donde se encontraba el grueso de la gente y las personas ya estaban empezando a

darse cuenta de que algo andaba mal. Él siguió corriendo. Una colilla de cigarrillo le cayó en la manga, lanzando una lluvia de chispas. Alguien maldijo a sus espaldas. Cuando la multitud mermó, alcanzó a Richie. Lo atacó por las piernas y lo tumbó al asfalto mojado. Le dio la vuelta y le dio un duro golpe abriéndole la piel debajo del ojo.

Shaun escuchó una sirena. Las lágrimas comenzaron a correrle por el rostro. Las luces volvieron a alumbrar fuera del faro. Escuchó un motor que se detuvo y los gritos a lo lejos que se acercaban lentamente.

Joe repasó velozmente todo lo que sabía. La ira de Richie, la furia al volante, la cara de asombro de Ray cuando él se lo había mencionado. Ray no había dicho furia al volante sino violencia por consumo de esteroides. Esteroides. Drogas. La nerviosa arrogancia producto del consumo de cocaína, el intranquilo Richie en Mariner's Strand un mes después de la muerte de Katie. Probablemente él había estado allí un mes antes, y también estaría allí al mes siguiente... para un encuentro habitual con el traficante al que podía darle información. Una imagen de Katie parada sola en la oscuridad se le cruzó por la cabeza. Sostenía el teléfono móvil y llamaba a Frank Deegan porque sabía que era la única persona en quien ella podía confiar. Pero jamás tuvo la oportunidad de terminar de hacer la llamada porque el maldito encargado de mantener el maldito orden, de un metro noventa, confundido por la droga...

Richie le dio un golpe en la mandíbula, provocando que el dolor subiera vertiginosamente. Él retrocedió tambaleándose y aterrizó con fuerza en el suelo. Una multitud renuente había comenzado a reunirse y Richie les hizo a todos un gesto para que mantuvieran la distancia. Avanzó hasta donde se encontraba Joe tirado y se puso en cuclillas junto a él.

Frank Deegan subió de dos en dos los escalones hasta la torre del faro. Subió las escaleras y levantó la cabeza con cuidado por la puerta de apertura horizontal. Lo primero que vio fue sangre. Tuvo que apoyarse en las manos para entrar y sentarse antes de lograr levantarse. Al llamar a O'Connor se le quebró la voz.

—Pide una ambulancia, Myles, por el amor de Dios.

—Shaun —preguntó Frank suavemente—. ¿Quién ha estado aquí?

—El tipo que hizo esto —susurró él, aferrando a su madre—. Mi padre fue tras él. Está con Richie.

Frank miró a O'Connor. Ambos cruzaron sus miradas. O'Connor cogió la radio.

Joe se inclinó hacia la cara de Richie.

—He visto tu teléfono móvil.

—Dame el maldito teléfono —ordenó Richie, propinándole un codazo en la muñeca y soltándose.

—Ni siquiera le pediste la ambulancia a Anna, maldito hijo de perra. Encontraron huellas en las zapatillas de Katie que estaba en el puerto. Frank me dijo que descartaban a Shaun. Y tú tenías esperanzas de involucrar a Duke Rawlins, para que yo me encargara de eso...

—Oh, pero creo que después de todo esto sí puedo hacerte cargo —le dijo señalándole con un gesto a la gente que estaba comenzando a rodearlos.

Joe dijo con un bufido:

—Ellos no te respetan.

—¿Quién lo dice, el policía del gatillo fácil? Aquí yo soy el único que tiene uniforme, recuérdalo —siseó Richie—. Tú no tienes ninguna maldita esperanza. No hay huellas, Joe. Y tú estás cubierto de sangre, ¡me cago en la puta! Estás en un país extranjero. Y aquí cada uno se cuida solo. Nadie va a creerte. Observa esto. —Miró hacia atrás por encima del hombro—. Alguno de ustedes, ayúdeme aquí —gritó, con la voz cargada de autoridad—. Este tipo es un maniático.

Joe lo miró sorprendido. La furia ardió en su interior. Se quitó a Richie de encima y se levantó con dificultad. Dos hombres fornidos avanzaron para enfrentarse a él, pero Petey Grant les bloqueó el paso. Petey se inclinó torpemente hacia delante, cerrándose bien fuerte las solapas del abrigo por debajo del mentón con sus grandes manos. La lluvia le chorreaba por el rostro pálido.

—No ayudaste a tu amigo —le dijo señalando a Richie.

—Joe no es mi amigo —respondió Richie, levantándose lentamente.

—No lo ayudaste.

Richie lo ignoró y se volvió hacia Joe, con los puños apretados.

—¡No lo ayudaste! —gritó Petey—. ¡Tu amigo! Justin Dwyer. En el mar. Yo te vi. Te quedaste ahí parado y él murió.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Richie.

—Él estaba gritando y tú no lo ayudaste... —Una ráfaga de viento le abrió el abrigo y rápidamente la lluvia le empapó la camisa blanca.

—Fue un accidente... —admitió Richie.

—Lo sé, pero tú no lo ayudaste. Sabes nadar. ¿Por qué no lo ayudaste? ¿Por qué? Observabas cómo se iba hundiendo. Yo te vi. Yo estaba allí. Escondido... —Petey empezó a llorar.

—Cállate, idiota —ordenó Richie—. Solo cállate.

—No —sollozaba Petey—. No puedo. No.

Durante unos segundos, el único sonido fue la lluvia que caía. La multitud estaba

quieta suspendida en la confusión, desconcertados por la violencia en el tono de voz de Richie, inseguros de quién sería la víctima en medio de todo ese caos. La señora Grant se adelantó y cogió la mano temblorosa de Petey. Antes de que ella pudiera atraerlo, él cruzó una mirada con Joe, con el rostro suplicante e inseguro. Joe se estiró y aferró el hombro de Petey, haciéndole un gesto con orgullo. Luego se volvió hacia Richie.

—Hijo de perra —insultó, al tiempo que lo tiraba al suelo. Volvió a mirar a la gente—. Ni se les *ocurra* tratar de detenerme. Aquí, su policía... —Sentía deseos de gritar lo que Richie había hecho, pero alcanzó a ver a Martha Lawson aterrorizada agarrada al brazo de su hermana y se percató de que no quería que ella se enterara de ese modo. Richie se incorporó rápidamente.

La mano de Joe salió disparada y le sujetó el cuello.

—Será mejor que me dejen encargarme de este bastardo o...

—¿O qué? —sonrió Richie, mirando por encima del hombro de Joe. Los dos hombres pasaron deprisa junto a Petey y cogieron a Joe, sujetándole de los brazos por la espalda.

Anna fue llevada velozmente en la ambulancia a la sala de primeros auxilios del Waterford Regional Hospital. Shaun trató de seguirla, pero una enfermera le apoyó una mano amable en el brazo y lo guió por el corredor para que aguardara en la sala de espera para familiares.

Richie fue rápido con las esposas. Joe forcejeó salvajemente, suplicándoles a los otros hombres.

—No me hagan esto. Por favor, no me hagan esto. Mi esposa se está muriendo. Anna se está muriendo, Malditos... —gritó.

—Eso es lo que sucede cuando se ataca a la propia esposa —acusó Richie y les hizo un gesto a los demás—. El que tenemos aquí es un sujeto enfermo.

—¡Hijo de perra! Al menos llamen a una ambulancia —les gritó Joe a los hombres—. ¡Qué alguien llame a una ambulancia a Shore's Rock!

—No se preocupen, amigos —dijo Richie—. Yo puedo encargarme de eso llamando por radio.

—Él rompió su radio —gritó Joe con tono histérico—. Él rompió su propia radio con la linterna. Está en la guantera. Hay astillas por todas partes. —Pero Richie estaba gritando más fuerte, diciéndoles a los hombres que Joe estaba delirando, haciéndoles gestos para alejarlos del coche, cerrando la puerta de golpe, clavando los pies en el suelo.

La enfermera entró sigilosamente a la sala de espera para familiares. Titubeó al ver la camiseta de Shaun empapada en sangre. Él amagó con levantarse.

—Quédate dónde estás —pidió ella, al tiempo que se sentaba a su lado.

—Tu madre está muy enferma. En estado crítico.

Shaun creyó que iba a ponerse a llorar de nuevo. Lo que no se había dado cuenta es que desde que había subido a la ambulancia, no había parado de hacerlo.

Joe estaba paralizado a causa de la furia y la frustración. Tenía que llegar hasta Anna. Le pasaban volando por la mente opciones que no tenía.

—Finalmente —habló Richie.

Joe levantó la vista, pero Richie hablaba por un móvil.

—He estado tratando de contactar contigo durante todo el maldito día.

Joe recordó el teléfono móvil y las quince llamadas marcadas a un tal MC.

—¿Dónde diablos estás ahora? —preguntaba Richie—. ¿Sí? Bueno, quédate ahí mismo. Yo voy de camino.

Shaun corrió al pasillo tan pronto como escuchó el golpe en la puerta.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó.

—¿Ya ha llegado tu padre? —preguntó ella.

—No.

—Estoy segura de que llegará en cualquier momento, no te preocupes.

—Espero que sí.

—Bien, por el tipo de heridas que ha recibido tu madre, necesitamos llevarla al quirófano ahora.

—¿Qué quiere decir con el tipo de heridas? —preguntó Shaun.

—Una herida que podría parecer superficialmente muy pequeña pudo haber causado daño interno. Tal vez no, pero tendremos que estar atentos a eso.

—Pero y toda esta sangre... —Se señaló la camiseta.

—Sí, ella ha perdido mucha sangre, pero también ha recibido seis unidades —se detuvo—. Vamos, si te das prisa, puedes verla antes de que la lleven.

Richie condujo el coche con cuidado alrededor de la plaza desierta del centro del barrio de viviendas de protección oficial. La maleza salía por las grietas de la pared, había basura desparramada por todas partes y, en un rincón, Marcus Canney estaba apoyado en el último garaje de una hilera de cinco. Richie dio la vuelta y aminoró la marcha, se detuvo y bajó del coche de un salto. Se acercó a Marcus.

—¿Qué pasa? —preguntó Marcus.

—Nada —respondió Richie.

—¿En qué andabas?

Richie lo miró:

—Solo dame el maldito equipo.

—Aguarda un momento.

Marcus se fue por el lado, la puerta del garaje se abrió y cuatro policías salieron corriendo, honrados de hacer de ese uno de los arrestos más memorables: el de Richie Bates.

Shaun apenas logró pasar a través de los tubos para ondas de choque y cables que conectaban a Anna a monitores que él no entendía. No sabía dónde podía tocarla. Finalmente extendió el brazo y le puso una mano en la frente. Percibía la urgencia del personal. No quería que se la llevaran a ninguna parte. En ese momento ella estaba con vida y así quería que se quedara. La cirugía podía llegar a empeorar las cosas. La gente moría durante las cirugías. Todavía le caían las lágrimas, pero él se secó la última y soltó un suspiro tembloroso. Sabía que las palabras que le dijera a su madre no sonarían elocuentes, y si eran las últimas palabras que tendría que escuchar de él, sabía que ella no esperaba que fueran esas. Se inclinó y le aferró los dedos suavemente.

—Estarás bien, te lo prometo —vaciló—. Lo estarás, mamá. Sé que lo estarás, tú también eres una Lucky^[13].

Joe atravesó a empujones las puertas del hospital. Estaba cubierto de sangre, de él, de Anna, de Richie.

—Lo siento —se disculpó Frank, corriendo a su encuentro—. Rawlins escapó, pero la policía del país entero está alertada. Anna acaba de ir al quirófano. Shaun está en la sala de espera de familiares. —Bajó la vista—. No teníamos idea sobre Richie...

—Lo sé —aceptó Joe.

Siguió caminando. Dobló a la izquierda hacia una puerta que Frank le había señalado. Lo invadió una ola de pánico. Dobló por una esquina y más adelante había una mujer mayor apoyada contra la pared, con el cuerpo doblado por la congoja y un hombre joven tratando de reconfortarla. El corazón le dio un vuelco, miró la hilera de puertas, golpeó en la primera y estaba vacío. Probó en tres hasta que escuchó un sí apagado. Entró, Shaun levantó la vista y luego corrió hacia él.

—¿Qué? —preguntó Joe—. ¿Qué?

Richie Bates atravesó las puertas de la Comisaría de Policía de Waterford con las manos esposadas en la espalda. La chaqueta se le abría donde se le habían aflojado los botones y tenía la piel abierta desde la sien hasta la mandíbula. Un viejo compañero de clase estaba en la recepción, moviendo la cabeza lentamente.

Shaun habló entre estallidos de angustia, cada respiración era rápida y superficial.

—Ella estaba muy mal. La atendieron en la ambulancia... y aquí... y ahora está en el quirófano.

Joe veía a Shaun tratando de comportarse como un adulto. Eso casi le rompe el corazón. Se preguntaba de dónde había sacado fuerzas después de todo lo que había pasado.

—Ven aquí —le pidió atrayéndolo hacia sí—. Ven aquí. No tendrías que haberte encargado de esto solo.

—Estoy bien —lo tranquilizó Shaun.

Joe quería llorar ante la simpleza de la respuesta.

—Qué bien —le dijo—. Lo hiciste bien.

Se sentaron juntos y Joe lo rodeó con un brazo. Recordaba haber ido al hospital con su madre cuando tenía catorce años y no haber demostrado nada de esa entereza. Ella estaba angustiada porque sabía que le dirían que tenía cáncer. Y en lo único que él pensaba era en sí mismo. Estaba preocupado por encontrarse con el médico que solía curarle las heridas en la puerta trasera cada vez que se metía en alguna pelea.

—No puedo, siéntate aquí, aguarda —pidió Joe—. Ahora vuelvo. Necesito... —Corrió hasta el Servicio de Urgencias. Miró alrededor, presa del pánico. Una enfermera pasó deprisa a su lado y antes de que pudiera darse cuenta, él estiró la mano y la agarró del brazo.

—Por favor —rogó con voz ronca—, mi esposa. Anna Lucchesi. Ella... dígame, ¿se pondrá bien? —Retiró la mano—. Lo siento, yo...

—Aguarde —le pidió la enfermera amablemente. Desapareció detrás de una de las cortinas y trajo a la enfermera que había hablado con Shaun.

—Yo ni siquiera sé lo que le ha sucedido... —dijo Joe.

—En cuanto ella salga de cirugía, el doctor vendrá a hablar con usted, señor Lucchesi. Sabemos dónde encontrarlo. Lo que puedo decirle es que su esposa se encuentra en estado crítico y estamos haciendo todo lo posible. —Ella lo miró de modo cálido—. Usted está empapado. Déjeme traerle unas toallas, así se seca —se detuvo—. ¿Hay alguien a quien crea debe llamar?

Frank Deegan estaba con O'Connor en la sala de espera, con la cabeza gacha.

—Y yo fui tan estúpido de pensar que él quería ser policía para salvar a la gente, para darse una segunda oportunidad. Pero quedarse mirando cuando ese muchacho Dwyer se ahogó, bueno, una parte suya lo habrá disfrutado. —Meneó la cabeza.

—Con Richie era una cuestión de poder —aseguró O'Connor.

—¿Y este es el único trabajo que él pensó que le ofrecería eso? Santo cielo.

—¿Cómo llegó a esa conclusión...?

—¿Sentía que tenía que luchar con alguien? —preguntó Frank—. Pero, ¿sabes? Siempre había una lucha interna en él. Se podía percibir, siempre esperando un motivo para...

—No tiene sentido —lo animó O'Connor—. Tú no lo sabías. Yo no lo sabía...

—¿Es que el mundo entero se ha vuelto loco? —dijo Frank, con la voz quebrada. Sacó un pañuelo blanco del bolsillo y se lo llevó a los ojos—. Esto es por mí —se culpó—. Tenías razón en lo que dijiste. Yo voy de salida. —Se encogió de hombros—. Ha llegado la hora.

Joe no podía armarse del suficiente valor para llamar a los padres de Anna. Esperaría hasta tener buenas noticias, hasta que ella saliera del quirófano. Se sentó con Shaun y trataron desesperadamente de llenar los silencios que crecían, y de evitar que sus imaginaciones construyeran los finales equivocados. Hablaron de deportes, de la escuela, de Nueva York, de películas y de libros.

—Podemos hablar de mamá —sugirió Shaun.

—No puedo —respondió Joe—. Simplemente no puedo.

El Renault Clio rojo estaba parado en una esquina tranquila de un estacionamiento reservado en la terminal de ferry Rosslare. Duke Rawlins estaba hundido en el estrecho asiento del acompañante. Percibió una presencia en la ventanilla, luego tomó el bolso del suelo y bajó.

—Vamos. —Barry Shanley estaba vestido con pantalones militares negros y un chaquetón verde. Debajo llevaba puesta una camiseta con un helicóptero Apache negro y una leyenda que decía: «Puedes huir pero no ocultarte». Guió a Duke por un oscuro pasillo hasta una puerta de madera gruesa y un corto tramo de escaleras de cemento.

—Es por aquí —revisó el reloj—. Tendremos que esperar un minuto. —Se apoyó en la pared. La luz fluorescente del techo brilló sobre su cabeza afeitada.

Al cabo de dos horas, un cirujano joven golpeó la puerta. Joe se puso de pie con el corazón latiéndole con fuerza y le hizo un gesto a Shaun para indicarle que se

quedara donde estaba. Guió al cirujano hasta el pasillo.

—¿Cómo está ella?

—La operación ha salido bien.

—¿Qué le ha ocurrido? No me lo han dicho.

—Ella sufrió una herida de cuchillo en el riñón izquierdo. Eso provocó daño en el mismo riñón pero también un daño más severo en la arteria que se comunica con éste. También sufrió un corte profundo en el abdomen, aunque no encontramos daño aparente en el intestino.

—¿Fue atacada por algún otro...?

—No. Esa fue la única herida.

—¿Habrá algún tipo de secuelas a largo plazo...?

—Ella tendrá cicatrices y tal vez dolor durante algún tiempo, pero debería ser mínimo. Ahora va camino a la Unidad de Cuidados Intensivos. Veremos cómo evoluciona en las próximas horas. Podrá verla cuando esté instalada.

—Gracias —dijo Joe—. Gracias.

El cirujano le saludó y se marchó, dejando a Joe temblando en medio del pasillo vacío. Respiró profundamente y se dio la vuelta mientras Shaun abría la puerta.

—Tu madre tiene una enorme resistencia —afirmó—, para ser pequeña —y obtuvo la sonrisa que esperaba en lugar de las lágrimas.

Duke apoyó firmemente una mano en el brazo de Barry Shanley.

—¿Estás seguro de que está todo bien? —le preguntó.

—Siempre venimos por aquí por mi padre —aseguró Barry—. Privilegios de empleados.

Duke lo miró fijamente.

—Mira, está bien, ¿de acuerdo? El amigo de papá nos hará pasar. No hay problema. Tú eres mi amigo, vienes conmigo, estamos yendo a Fishguard. Luego yo bajaré después de que embarques.

—El tipo va a decir algo...

Barry sonrió.

—El tipo no le dice nada a nadie. —Miró a través de la pequeña ventana de vidrio esmerilado que había en la puerta—. De todos modos, para ti todo esto es muy sencillo —comentó él mirando hacia atrás por encima de su hombro—. Maldito Delta. Increíble. ¿Cómo puedes andar caminando normalmente después de haber bajado con una soga de un maldito Black Hawk^[14] en medio de una tormenta de mierda como esa? Increíble.

Duke se encogió de hombros.

—Uno hace lo que tiene que hacer. «Maldito ingenuo».

Barry miró por el cristal hacia atrás y luego tiró de la puerta para abrirla.
—Bien. Vamos, vamos, vamos —le dijo. Y Duke Rawlins fue.

EPILOGO

Joe se sentó en el sofá crema y dorado, mirando fijamente la mesa de café. Encima había una revista de lujo envuelta en un plástico. Estaba dirigida a Pam Lucchesi. Joe la atrajo hacia sí y metió el pulgar en una esquina abriéndola suavemente hasta que quedó descubierta. Vogue Living. Revolución Rústica: Desembarcar en la costa de Irlanda. La foto de la portada era despampanante, el blanco extremo del faro en contraste con el cielo platino. Saltó las páginas de texto y hojeó deteniendo el tiempo al golpearlo el impacto de su vida anterior. Contuvo el aliento cuando finalmente apareció la finca, las dos páginas centrales de doce. La casa estaba impecable, con blancos cálidos y de estilo minimalista. Ángulos de las habitaciones desde donde nunca las había visto, velas perfectas, zapatos y batas sin usar. La cocina estaba demasiado vacía, sin salsa de chile sobre la mesa, ni botas en la entrada, sin Anna. Hasta que levantó la mano. Abajo estaba la más delgada de las sombras, tendida torcida y con piernas largas sobre la hierba de fuera, del otro lado de la puerta corrediza. En general ella rehusaba a que la fotografiaran para una nota, pero allí estaba captada para siempre en una toma, en penumbra. Joe se apretó los ojos, pero no había lágrimas. Todo lo que sentía lo tenía oprimido en el pecho. La última foto de la nota era el faro tal como había quedado: trágico, deslucido e intacto. Ésa era la fotografía que él seguía mirando una hora más tarde cuando entró Giulio.

—¿Cómo está ella? —le preguntó.

Joe parpadeó:

—Hace tiempo que no hablamos. Supongo que está yendo bien.

—Sabes que puedes ir allí cuando quieras y yo cuidaré de las cosas aquí.

—Acabo de regresar al trabajo. No van a permitir que me vaya.

—Creo que dadas las circunstancias...

—Mira, ¿honestamente? No creo que ella esté preparada para verme todavía —dijo Joe—. Yo soy el responsable de lo golpeadas que están nuestras vidas. Y ahora yo ando de nuevo atrapando delincuentes... ah, sí, menos uno muy importante. ¿Tú crees que eso hará que ella vuelva corriendo? ¿Crees que eso será lo que la haga sentirse segura?

—Se recuperará. Tu trabajo es parte de lo que eres... y lo haces bien.

Joe levantó las cejas.

—Si lo hiciera tan bien, Duke Rawlins jamás hubiera salido de Irlanda. Pero no, él goza de más libertad que nosotros, por el amor de Dios.

—¿Hay alguna esperanza de rastrearlo?

—Eso depende de lo que entiendas por esperanza. Recibo toda la maldita actualización de la investigación, con la esperanza de que sea la indicada, pero... —Se encogió de hombros—. Y yo también estoy haciendo lo que puedo. Pero no lo sé.

Él es inteligente. Ha logrado escapar de sus mierdas la mitad de su vida. ¿Quién garantiza que no vaya a seguir del mismo modo la otra mitad?

—Las autoridades lo encontrarán.

Joe lo miró fijamente.

—Yo no quiero que las autoridades lo encuentren.

El silencio se prolongó entre ambos.

Joe inspiró profundamente.

—Creo que por ahora Anna necesita quedarse con sus padres.

—Tal vez —coincidió Giulio—. Por ahora.

—Sencillamente no sé cómo ayudarla. Si llora en medio de la noche, yo no puedo decirle que solo fue una pesadilla que no es real y que no volverá a suceder. ¿De qué diablos sirve eso? —Respiró lentamente—. Y después están los reproches, que sé que en este momento ella no puede evitar. Él dijo que la mataría a ella y a Shaun. No a mí, y ella lo sabe. Él deseaba un mundo de dolor para mí, pero no quería verme muerto. No, yo tenía que vivir con todo eso, igual que él con la mierda de vida que haya tenido.

Hizo una pausa.

—¿Y sabes qué? Yo tengo mis propias pesadillas.

—El tiempo se encargará de todo.

—Anna ni siquiera tiene cuarenta y ya duda en mostrar señales de vida. Está sufriendo, tiene cicatrices que no soporta mirar. Llama todo el tiempo queriendo saber en dónde está Shaun, con quién está, qué está haciendo. No voy a contarle que ha andado bebiendo y saliendo hasta tarde. Tú lo has visto. Has visto lo difícil que es detenerlo. ¿Qué hago? ¿Me arriesgo a pensar que saldrá del otro lado en mejor estado? No sé qué diablos estoy haciendo aquí. Cuando Shaun habla con ella por teléfono se muestra muy paciente. Ellos tienen este lazo extraño. Y yo solo soy un espectador. Es como si me temieran.

Mientras Giulio estiraba el brazo y apoyaba una mano sobre el hombro de Joe, él vio la revista, la tomó y la acercó.

—Su trabajo es impresionante.

Joe asintió con la cabeza.

—Mira, escucha esto. —Tomó la revista y leyó en voz alta la letra pequeña que aparecía al final de la página—: «Anna Lucchesi está de vacaciones. Para obtener más detalles sobre esta nota, por favor póngase en contacto con Chloe Da Silva.».

Joe se rió.

—¿Vacaciones? Dios santo. Ojalá.

Se apoyó atrás y miró por la ventana hacia donde estaba Shaun sentado en un banco bajo de madera con su chaquetón holgado. Estaba inclinado hacia delante, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y el teléfono móvil pegado al

oído. La respiración humedecía el aire frío.

Cerró el teléfono de golpe y fue corriendo hasta la ventana. Estaba sonriendo, luego articulaba algo que Joe no alcanzó a descifrar. Le hizo un gesto indicándole que abriera el pestillo.

—Era mamá —le dijo—. Esta noche deja París. Está viniendo a casa, papá.

Fin

Agradecimientos

Agradezco a mi agente, Darley Anderson, su confianza, entusiasmo y calidez. Y, a todo el equipo de Darley Anderson Literary Agency, su arduo trabajo.

Un agradecimiento especial a esa persona iluminada que es Kate Miciak de Bantam Dell.

Gracias a Nita Taublib de Bantam Dell por su fe.

Gracias al brillante equipo de HarperCollins, UK.

Por su profesionalidad y generosidad compartida con una novata, gracias a: Ron Campbell; Dr. Stuart Carr, MRCSEd (A&E); profesora Marie Cassidy; Gerry Charlton, abogado; Joan Deitch; Dick Driscoll; profesor Jim Fuxa —Universidad del estado de Louisiana—; Colin Hennessy; Dr. Martyn Linnie —Departamento de Zoología de Trinity College, Dublín—; Brett McHale; Tony O’Shea. Ellos se han encargado de los hechos, yo de la ficción; cualquier error solo puede serme imputado a mí.

Por su apoyo, amor y risas, le debo mucho a mi amada familia: Bymes, Morris y Williams. Por su aliento y el perfecto ambiente de trabajo y recreación, gracias a Sue Booth-Forbes, Maureen y Donald O’Sullivan y familia, Anna Phillips, Una Brankin, Mary Maddison, Maggie Deas y Matthew Higgins.

Gracias a todos mis maravillosos amigos.

Un agradecimiento especial a Brian y Dee por agarrarme, dar el salto y jamás soltarme.



ALEX BARCLAY. Nació en Dublín (Irlanda) en 1974. Estudió periodismo y trabajó durante un tiempo como editora de moda en la RTE Guide.

En 2005 escribió su primera novela *La casa oscura* protagonizada por el detective Joe Lucchesi. Otras novelas escritas por ella son: *The caller* (2007), *Blood runs cold* (2008), *Time of death* (2010), *Blood Loss* (2012).

Notas

[1] El C-4 es una variedad común de explosivo plástico de uso militar (*N. del T.*) <<

[2] ESU: Unidad Electroestática. (*N. del T.*) <<

[3] Con Ed: *Consolidated Edison, Inc.* Empresa de energía de EE.UU. (*N. del T.*) <<

[4] Commissioners of Irish Lights - Organismo encargado de toda la gestión de los faros de la isla de Irlanda incluida Irlanda del Norte. (*N. del T.*) <<

[5] Mezquite: Árbol de América, de la familia de las mimosáceas, de copa frondosa y flores blancas y olorosas en espiga. (*N. del T.*) <<

[6] Travelodge: red de hoteles y moteles ubicados en EE.UU, Canadá y México. (*N. de T.*) <<

[7] Autora americana de libros de cocina y presentadora de varios programas de TV.
(N. de T.) <<

[8] El Luminol posee la capacidad de enseñar por medio de luz visible, cuando hay oxido de hierro. Por esto es una herramienta muy utilizada en la investigación forense, ya que gracias a sus propiedades puede revelar, en solución con un oxidante, hasta los rastros más ínfimos de sangre, por medio de un brillo azulado. *(N. de T.)* <<

[9] *Tree stand*: Plataforma para espera en los árboles y en la caza. Incluye arnés de seguridad para el tirador y sujeción al árbol. (*N de T.*) <<

[10] VICAP (Programa de captura de criminales violentos) / HOLMES (Principal sistema de indagación del Ministerio del Interior, Inglaterra. *(N. de T.)* <<

[11] *Dating time*: juego Nintendo de búsqueda de pareja. (N. de T.) <<

[12] Cheerios: marca de cereal. (N. de T.) <<

[13] Lucky: persona con suerte. (N. de T.) <<

[14] Black Hawk: es un helicóptero polivalente de origen estadounidense utilizado mayormente para transportar tropas hacia el campo de batalla. (N. de T.) <<